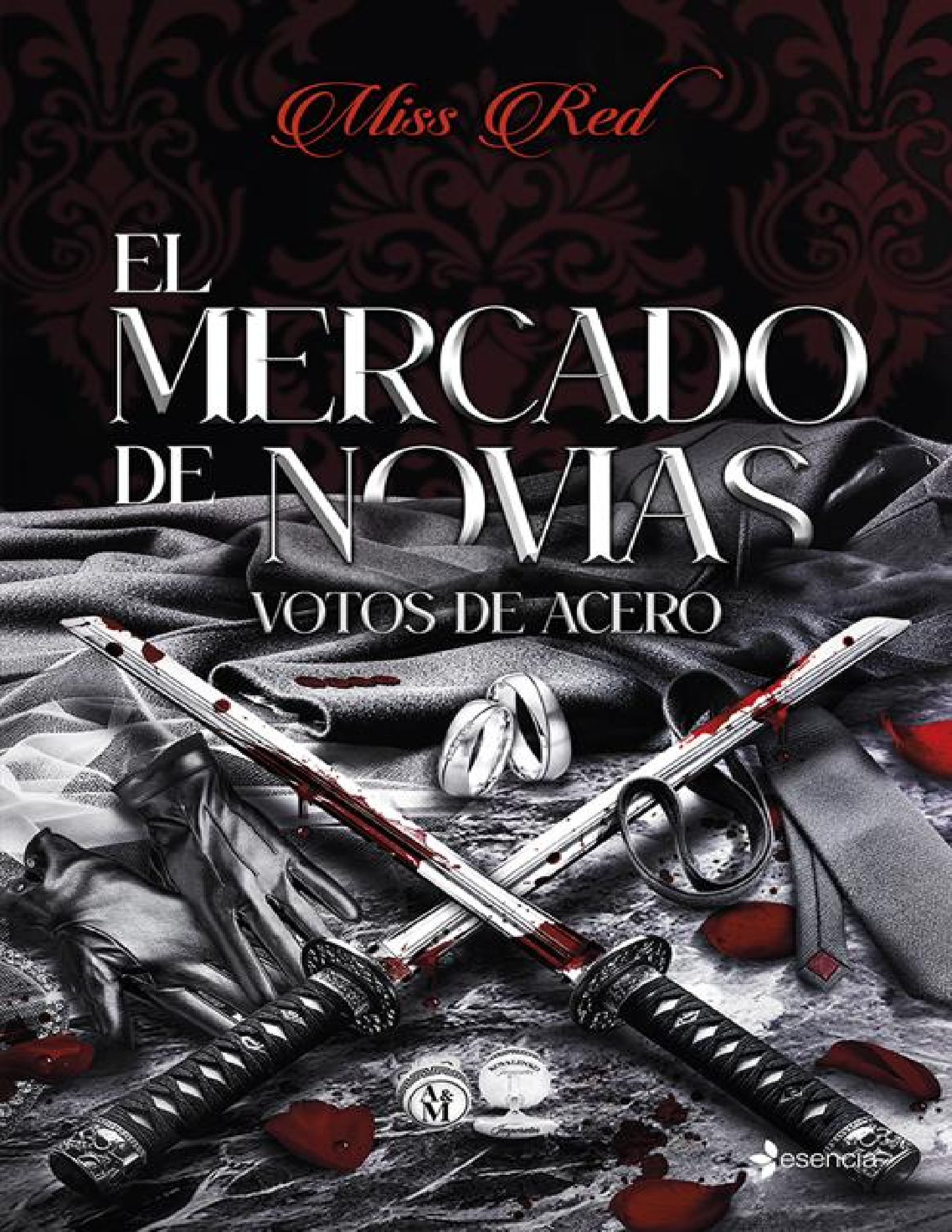
Miss Red

EL MERCADO DE NOVIAS

VOTOS DE ACERO



esencia

Índice

Portada

Portadilla

Nota de la autora

Advertencia de contenido

Tropos

Cita

Prólogo

1. Legado en la piel

2. Prueba no superada

3. De lecciones y yakuzas

4. El Barón

5. Rosas blancas

6. Fiesta de disfraces

7. Déjà vu

8. Hijos del infierno

9. La prisionera del diablo

10. La próxima jugada

11. Su universo

12. Desilusión

13. El infierno en sus ojos

14. Cenizas del pasado

15. Entre copas y balas

16. Heridas que no sanan

17. Quiebra

18. Secretos que queman

19. El arte de romperse

20. Sorpresas

21. Duelo en el alma

22. Te necesito vivo

23. Hombres de acero

24. Solo trampas

25. En sus brazos

26. El pasado siempre vuelve

27. Eryol

28. Dueña de mi destino

29. No creo en los finales felices

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Notas

Créditos

El mercado de novias, 2. Votos de acero

Miss Red

Esencia/Planeta



Nota de la autora

Si te dejaste corromper por *Votos de sangre* y ya viviste intensamente el primer tomo de la bilogía *El mercado de novias*, entonces formas parte de esta historia. Ya conoces sus luces, sus sombras y sus cicatrices, y eso significa que estás preparado/a para el segundo tomo, *Votos de acero*.

Esta bilogía no nació para contar una dulce historia de amor, sino una historia necesaria: la de una mujer que lucha contra un sistema injusto que la somete y la reduce a simple mercancía. La de un hombre hecho de acero por fuera y de ruinas por dentro. La de un amor que nunca fue fácil, limpio ni seguro. Un amor oscuro, peligroso y contradictorio, pero profundamente real.

Gracias por elegir quedarte.

Gracias por no abandonar a Anastasia cuando más te necesita.

Gracias por amar a Máximo incluso cuando duele comprenderlo y cuesta perdonarlo.

Gracias por atreverte a vivir esta aventura llena de emoción y abrirle las puertas a una historia que no busca gustar a todo el mundo, sino marcar para siempre a quien la lea con la mente y el corazón abiertos.

Advertencia de contenido

Esta obra contiene temas, escenas y dinámicas propias del romance oscuro y mafia romance que podrían resultar sensibles o perturbadores para algunos lectores. Todos los personajes, relaciones y situaciones son ficticios y no pretenden ser ejemplos a seguir, sino una exploración de la complejidad emocional y la moral dentro de la ficción. Se recomienda la lectura solo a público adulto.

En estas páginas encontrarás:

- Escenas de violencia explícita, enfrentamientos armados y peleas cuerpo a cuerpo.
- Referencias a ambientes vinculados al crimen organizado, burdeles, trata de personas y dinámicas de poder propias de clanes mafiosos y códigos de honor inspirados en tradiciones como la *yakuza* y la *bratva*.
- Descripciones de coerción, secuestro y amenazas.
- Relaciones románticas intensas, a veces tóxicas y obsesivas.
- Temas de maternidad y separación forzada de un hijo.
- Referencias a adicciones, corrupción y dilemas éticos de difícil desenlace.
- Lenguaje adulto, sexualidad explícita, sutiles juegos de dominación y sumisión.
- Representaciones de sororidad y hermandad femenina, así como supervivencia en entornos adversos.

Si bien la trama se desarrolla en escenarios reconocibles, todos los hechos y personajes de esta novela son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas, o con organizaciones reales, es pura coincidencia y responde únicamente a las necesidades del universo literario.

El código de honor, las referencias culturales y las estructuras criminales que aparecen han sido documentadas y reinterpretadas con respeto, pero siempre desde la ficción, con el objetivo de construir una historia verosímil.

Tropos

- Enemigos que se enamoran.
- Protagonista masculino de moralidad gris.
- Protagonista femenina empoderada.
- Proximidad forzada.
- Amor prohibido.
- Conflicto moral.
- Mentiras que destruyen.
- Segundas oportunidades.
- Identidad falsa.
- Tensión sexual explosiva.

No me pidas volver a la oscuridad después de conocer tu luz. Incluso los monstruos como yo merecen soñar con un arcoíris.

Desenvaina tu catana.
Escanea el código y ponte los auriculares.
Escucha. Lee. Disfruta. Lucha. Sobrevive. Perdona.
Ama.



Prólogo

Katia



Montecarlo, Mónaco, dos meses después

Hijo:

Si esta carta ha llegado a tus manos es porque ya no estoy. Y si no me he muerto de viejo, o por alguna enfermedad, entonces Mikhail Romanov finalmente se ha cobrado su deuda conmigo.

Quisiera poder mirarte a los ojos para explicártelo todo, Máximo, pero no tengo el valor. Nunca lo tuve contigo ni con Katia. Y si aún me queda una pizca de dignidad, te dejo esta carta que le confiaré a mi buen amigo Vladím para entregártela, porque merecéis saber la verdad.

Nuestra sangre no es corriente. Los Kovalenko somos de sangre noble, parte de la vieja estirpe rusa. Alguna vez tuvimos ejércitos y respeto, hasta que llegaron las banderas rojas. Mientras tu tío, Dimitri, siguió la senda recta del ejército soviético para lavar nuestro apellido, yo caí en la miseria. Esa fue mi elección y mi condena.

Cuando estalló la guerra soviética en Afganistán, en la década de los ochenta, deserté del frente. Acabé en Yokohama como un exiliado sin patria y allí conocí a otro huérfano de la guerra, Mikhail Romanov. Éramos muy jóvenes, perros callejeros hambrientos de algo que nos devolviera la dignidad. Aprendimos observando a los clanes japoneses lo que era el poder, el miedo y el honor. Y juramos levantar algo así para los nuestros: una hermandad rusa en tierra extranjera. Así nacieron los Dragones Blancos, nuestro clan, creado a imagen y semejanza de la yakuza*, con su disciplina férrea, sus códigos y sus espadas. A mí me llamaban el Emperador; a él, el Zar. Y juntos construimos un reino clandestino, pero el amor lo dinamitó todo.*

Fue por ella: Anna. La mujer de ojos verdes que me embrujó, heredera de una familia en decadencia. Nosotros los necesitábamos por las influencias que aún tenían en Europa del Este y ellos a nosotros, por el acceso a Rusia. Un favor a cambio de otro. Y así fue. Anna se convirtió en la esposa de Mikhail.

Y sé que te dolerá leer esto, hijo, pero me enamoré de Anna perdidamente. La amé mucho, más que a tu madre. Y ella me amaba a mí. Aun así, tuvo una hija con Mikhail, una hija a la cual prometí cuidar y criar como mía cuando, tras la muerte de tu madre, Anna decidió escapar conmigo por el gran amor que nos teníamos. Nos refugiamos en España, pero Romanov nunca perdonó tal humillación. Juró que nos lo haría pagar y así fue. Se las llevó a las dos y casi acabé bajo tierra. Quizá lo recuerdes. Tenías cerca de doce años y te dije que había tenido un accidente de coche. Te mentí. Estuve en el hospital meses.

Jamás volví a saber nada ni de Anna ni de esa niña, y quizá te preguntes si las busqué. Lo hice. Removí cielo, mar y tierra, pero fue en vano.

Ahora todo parece tranquilo, pero sé que él jamás descansará hasta verme muerto, al igual que yo a él. Es por eso por lo que he decidido escribirte esta carta. Por precaución. Mientras yo esté vivo, os protegeré, pero si no lo estoy, debéis saberlo.

Hijo mío..., mi último deseo es que tú y Katia viváis lejos de mi mundo. Tú eres mi orgullo y ella, mi alegría, no lo dudes. Siempre he querido lo mejor para vosotros, y solo puedo suplicarte: no sigas mi camino, Máximo. No heredes mi odio. No cojas el camino de la delincuencia. No juegues con la muerte. Aléjate de mi pasado y de mis errores y, lo más importante: aléjate de los Dragones Blancos. Cuida de tu hermana, porque ten claro que él no se detendrá hasta ver correr la sangre del último Kovalenko.

Vive, hijo. Solo vive y sé feliz. No te conviertas en el monstruo en el que yo me convertí.

Y, si puedes, perdóname.

Con toda mi culpa y todo mi amor,

tu padre,

Viktor Kovalenko

—Viktor Kovalenko... —susurro con la mirada fija en el nombre.

Doblo la carta despacio y la aprieto en el puño como si así pudiera borrar el dolor. No funciona, y el nudo que siento en la garganta se hace aún más grande.

Han pasado diez años desde que mi padre escribió esto. Diez años en los que Máximo tuvo tiempo, de sobra, para decirme la verdad. Sin embargo, no lo hizo. Ojalá no me doliera tanto reconocer que me engañó con el mismo silencio con el que intentó protegerme.

—Máximo... —murmuro desolada.

Ahora su ausencia amplifica la pesadilla que estoy viviendo, aquí parada, frente a nuestro hogar. Un hogar que ya no existe, gran parte está carbonizado. El mármol del patio principal del castillo está

agrietado y, donde antes había ventanales, ahora solo hay huecos negros, vacíos, que devuelven el eco del mar que resuena en la lejanía.

Aquí ya no vive nadie.

De los nuestros solo quedan Sergei y unos pocos hombres. Todos murieron hace dos meses. Toda esa gente que me vio crecer y a la que no pude salvar, ni con todas las catanas del mundo y las horas de entrenamiento con Sensei.

Y ahora ya lo entiendo todo: Mikhail Romanov no es solo el hombre que mató a mi padre, hace casi una década; también es nuestro verdugo. Y Anastasia, la que creí la nueva esposa de mi hermano, es ni más ni menos que su hija.

«Joder».

A Máximo no le bastó con ocultarme el motivo que el ruso tenía para vengarse de nuestra familia, sino que también me engañó haciéndome creer que Anastasia era una mujer normal y corriente. Y que ahora está desaparecida. Igual que él.

¿Por qué cuando da la impresión de que todo se arregla siempre ocurre algo que lo destroza de nuevo?

Dos meses.

Dos malditos meses sin mi hermano. Sin una tumba. Sin respuestas.

Dicen que cayó al vacío y que probablemente falleció, pero lo cierto es que el agua se lo tragó y jamás nos lo devolvió, ni vivo ni muerto. Es por eso por lo que no pienso vestir de luto, me niego a enterrar a un miembro más de mi familia.

—Vámonos, Katia. Los chicos ya han cargado el equipaje. Aquí no queda nada.

Oigo la voz de Ecaterina detrás, ni siquiera me he dado cuenta de que el motor de un coche acaba de arrancar. Ella me está esperando

al lado del vehículo, vestida de negro, con el rostro pálido y los ojos hundidos por un duelo que, en este caso, tiene cuerpo. Ha enterrado a Vladím, su padre, y el nuestro, tantas veces. Incluso en sus últimos momentos de vida, Vladím me defendió como si yo fuese sangre de su sangre, y eso me rompe más aún.

—Señora... —dice Sergei, abriéndome la puerta—. Este sitio no es seguro. Los hombres del Zar podrían volver. La están buscando.

No me sorprende.

«Soy la heredera de Viktor Kovalenko. La única superviviente», pienso.

Me vuelvo hacia él con el corazón golpeándome en el pecho, buscando esas respuestas que necesito.

—¿Alguna novedad?

—No —responde bajando la mirada—. Lo siento.

Odio esas palabras: «Lo siento».

—Pero no perdamos la esperanza... —añade con voz grave.

Me coloco unas gafas oscuras y respiro hondo intentando reprimir las lágrimas, pero antes de subir, lo agarro del antebrazo.

—Sigue buscando —digo con firmeza—. Y no se te ocurra volver sin noticias de mi hermano.

1

Legado en la piel
Anastasia



El truco está en volverte invisible cuando todos esperan que desaparezcas.

Palermo, Sicilia, más de un año después

El olor a tinta y alcohol me invade. Aprieto los párpados con fuerza antes de que la aguja empiece a marcar mi piel. Pero, como siempre me pasa, no puedo estarme quieta. Abro un ojo, intentando percibir qué ocurre a mi alrededor, y bajo la mirada cuando la luz blanca me ciega. Quizá parezca una tontería de críos, pero me dan miedo las agujas. Aun así, me armo de valor e inclino la cabeza levemente para ver mi costado desnudo. Pensar que he dado el visto bueno para que usen mi piel a modo de lienzo me provoca un escalofrío, aunque a la vez me enorgullece. Es un sentimiento extraño, a decir verdad.

—¿Queda mucho?

La aguja zumba.

Zzzzz.

Otra vez.

Zzzzz.

No lo pregunto por el dolor, sino por impaciencia.

La impaciencia siempre ha sido mi mayor enemigo, aparte de la curiosidad. Aunque recientemente he añadido un elemento más a mi lista de *enemigos*: las agujas. Sin embargo, a pesar de que me dan pánico, estoy empezando a tolerar el dolor. He aprendido a hacerlo a la fuerza, y mi cuerpo lo agradece. Prueba de ello es mi abdomen plano, repleto de duros músculos, y la manera en que busco dominar el temblor de mi vientre cada vez que la aguja se abre paso.

El estudio es pequeño y las paredes están forradas con fotografías y bocetos de calaveras y criaturas mitológicas. El bullicio de las calles de Palermo ruge más allá de la ventana, y una marea de bocinas, vendedores ambulantes y el runrún constante del tráfico se entremezclan con la música rock que suena desde un pequeño televisor que cuelga en un rincón.

Clavo la vista en Lucía y admiro su pelo rubio y rizado, que brilla con gracia bajo la lámpara del estudio. Sin embargo, lo que más llama mi atención son las decenas de tatuajes que le cubren los brazos y el cuello. Sus dedos expertos sujetan la pistola de tinta, dominando el temblor, pero es la amistad que nos une la que me hace confiar en ella.

—Relájate, cariño —murmura sin apartar la mirada de mi piel—. Si encoges la barriga, te dolerá más.

—No me duele.

Sonrío y respiro hondo. Aprieto los dedos contra el borde de la camilla, notando el tacto suave del cuero. Un sudor frío recorre mi columna, mezclándose con el ardor del alcohol que Lucía aplica cada tanto para limpiar el exceso de tinta y sangre.

El dolor físico es fácil de soportar, he aprendido a hacerlo. Lo difícil es no ceder psicológicamente y hundirme de nuevo en esos pensamientos suicidas que van y vienen. Sentirme como una hoja al viento, tan solo movida por la corriente. Y por otras personas que, por caprichos del destino, decidieron mover los hilos y convertirme en una marioneta.

Qué difícil resulta a veces luchar contra tu propia mente.

—¡Listo! —dice mi amiga de pronto.

Me enderezo cuando me ofrece un espejo ovalado. Lo cojo y me miro con los ojos bien abiertos, sin perderme ni un solo detalle del tatuaje que me acaba de hacer: un dragón. Y no uno cualquiera. El dragón va tomando forma a lo largo de mis costillas, y sonrío complacida con el resultado final. Sus fauces abiertas, las escamas apenas perfiladas y el rastro de tinta blanca difuminando el negro lo hacen perfecto. En mitad del pecho del dragón, la letra «E» queda resaltada con líneas gruesas. Sus ojos son de un verde claro, y me parece precioso.

Lucía no puede con su curiosidad.

—Venga, confiesa, ¿por qué un dragón? No me digas que es por *Juego de tronos*, que borro tu número de teléfono —pregunta apagando la pistola de tatuar.

Se me escapa una risa, aunque en el fondo me siento un poco culpable por mentirle.

—Nada tan épico, Lu. Supongo que es porque, según mi madre, nací en el año del dragón, aunque no creo que le salieran bien las cuentas. —Pienso rápido e invento aún más rápido—. La verdad es

que me emociona la idea de escupir fuego cuando alguien me toca las narices.

Ella se ríe y sacude la cabeza.

—Ajá. Pues yo era rata, y no pienso tatuarme una, por si acaso.

Yo también me río mientras me bajo la camiseta y me quedo sentada en la camilla.

Entonces el pitido de su teléfono móvil resuena en el estudio. Parece que ha recibido un mensaje, y salta como un muelle del pequeño taburete. Da dos pasos rápidos hasta el mostrador para cogerlo, y en ese movimiento agarra el mando de la tele. La música rock se corta de golpe y, en su lugar, en la estancia irrumpe una voz grave y neutra que habla en italiano: *«La scomparsa dell'imprenditore russo-spagnolo avvolta nel mistero...».*[1]

Un escalofrío me recorre la espina dorsal antes incluso de que mi cerebro lo procese del todo. Me adelanto cuando ella dirige el mando a la televisión, con la intención de apagarla o cambiar de canal.

—Lu... —murmuro con voz tensa—. Déjala.

Lucía me mira extrañada pero obedece, y coge su móvil distrayéndose con el mensaje que ha recibido. Yo desvío mi atención a las noticias, casi con miedo. Leo el titular:

«Quince meses después, la desaparición de Máximo Kovalenko sigue sin resolverse».

Escucho la voz del periodista, sin aliento:

«Las autoridades monegascas mantienen activo uno de los casos de mayor repercusión internacional de los últimos años, el del empresario de origen ruso-español desaparecido hace más de un año tras caer en un cauce formado por las fuertes lluvias cerca de su residencia, próxima a la capital. Desde entonces, diversos operativos de búsqueda terrestres y marítimos se han llevado a cabo de forma

continuada por parte de los organismos oficiales de Mónaco, con la colaboración de los cuerpos de seguridad de Francia e Italia, sin que se haya obtenido ningún resultado concluyente hasta la fecha.

»En el último año se han registrado varias falsas alarmas tras el hallazgo de restos humanos en distintos puntos del litoral del noroeste italiano, pero todos ellos han sido descartados tras las pertinentes comprobaciones forenses.

»Se reitera que, hoy por hoy, no se ha localizado ningún cadáver que pueda ser vinculado de forma concluyente con el desaparecido. La hipótesis principal sigue siendo que las corrientes marinas arrastraron el cuerpo tras su caída en el cauce, si bien las fuentes oficiales reconocen que, transcurrido este período de tiempo, las probabilidades de un hallazgo son ya muy remotas.

»El caso permanece oficialmente abierto, con la coordinación de las fuerzas de seguridad internacionales, y continúa siendo objeto de seguimiento por parte de los servicios de investigación».

Las palabras del noticiero provocan un terremoto en mi interior y, por un instante, se me nubla la vista. Siento el peso de la camilla bajo los dedos y me aferro a ella con fuerza, como si el mundo estuviera a punto de venirse abajo.

«Yo lo maté. Fui yo. Yo le disparé».

La frase no suena en voz alta, pero retumba en mi mente una y otra vez. Mis pulsaciones aumentan y me falta el aire.

—Ana... —susurra Lu, acercándose—. ¿Estás bien?

Alzo la cabeza despacio, tragando saliva.

—La anemia —miento con una media sonrisa—. A veces me mareo.

Ella frunce el ceño porque no se lo cree del todo. Entonces, justo cuando en la tele aparece un anuncio publicitario, la apaga deprisa.

—Vale. Ya está bien de noticias aburridas —dice agitando el móvil en la mano—. ¡Yo tengo una mejor!

Trato de recuperar el aliento, aunque mis ojos se muevan a la pantalla oscura sutilmente mientras Lu estalla mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Pongo los ojos en blanco de inmediato, sospechando que debe de ser algún cotilleo. Siempre que quedamos le pasa lo mismo, y no es capaz de tener las manos quietas y centrarse en nuestra conversación. No es que Lucía sea cotilla, es que el mundo la empuja, y ella solo se deja llevar.

—Tía, ¿me vas a explicar esto o tengo que enterarme por mi amigo periodista?

—¿De qué hablas?

—De esto.

Me pone el móvil a dos palmos de la cara, como si no pudiera ver sin gafas. Ella no sabe que, en realidad, no tengo problemas de vista, y que los cristales no están graduados; es solo una tapadera. Las cojo de la mesita continuando con la farsa hasta el final.

Tras colocármelas, enfoco la pantalla de su móvil, donde aparece la foto de una mujer morena con el pelo liso, gafas grandes y un conjunto de color rojo coral de chaqueta y pantalón. Me admiro por un instante, orgullosa de mis recientes músculos y mis glúteos escandalosamente bien moldeados, junto con mis brazos, cada día más fuertes.

—Ana..., eres tú.

Miro atentamente a la persona que me acompaña en la foto. A mi lado está Angelo, vestido de traje, mostrándome una sonrisa encantadora mientras me indica la entrada con una mano apoyada en mi cintura.

«Faltaba esto», pienso centrándome en el texto del post en cuestión.

Intento oxigenar mis pulmones ante la evidente catástrofe que no solamente sacudirá a la mafia siciliana, sino al continente entero: «La misteriosa española que ha robado el corazón del Barón: ¿boda secreta a la vista?».

Noto el sudor bajándome por la espalda y las costillas ardiendo bajo la tinta cuando Lu sigue con el interrogatorio.

—Ahora lo entiendo todo, pensaba que eran rumores. Que sepas que no me esperaba que tuviera que enterarme por la prensa. Y ahora cuéntame el truco, ¿qué te has hecho, un Tinder para millonarios? ¿O debería decir *mafiosos*? Todos saben a qué se dedica Angelo Barone, y... —sigue con lo que ya sé, pero la interrumpo deprisa.

—No tenía ni idea de esto, Lu.

—Ajá. Y yo soy la hija del papa. El Vaticano no está tan lejos, ¿eh?

Trato de fingir una risa, pero la boca se me queda seca. Guardo silencio y reviso la foto como si fuera otra persona. No queda ni rastro de la mujer pelirroja de cabello largo de hace un año, y la peluca está haciendo su trabajo. Intenté teñirme, pero descubrí que tengo alergia y no tuve otra opción.

El tono oscuro de los ojos se debe a las lentillas de color que llevo, y las gafas de montura moderna me dan una imagen muy diferente. Aunque la sonrisa podría delatarme perfectamente, porque es mía, al igual que el hoyuelo en la mejilla derecha.

Lucía me observa seria.

—Pero, entonces, ¿te vas a casar o no? ¡No me digas que será una boda íntima, solo con la familia y esas mierdas! —habla atropelladamente, como si se sintiera ofendida.

Cojo la cazadora de cuero de la camilla y me la coloco deprisa, trasladando mi mirada a la salida. Examino las ventanas en busca de cualquier sombra y vigilo con disimulo el par de coches aparcados

frente al estudio. Lo llevo haciendo tanto tiempo que me sale sin pensar.

—Te juro que como sea verdad...

—No me voy a casar. —Recojo mi mochila a toda prisa, sintiendo que el techo se desplomará sobre mí en cualquier momento—. Sabes que la prensa se dedica a inventar cosas.

Ella sigue con una ceja enarcada.

—Oye, que yo no juzgo, ¿eh? —contesta deprisa al notar la actitud incómoda que muestro inevitablemente—. Cariño, jamás podría juzgar a una mujer que intenta rehacer su vida. Eso de que una madre soltera esté condenada a no volver a casarse es una gilipollez. Y si ese hombre va a criar a tu hijo como suyo, qué menos que...

—Mi hijo es mío, Lu. —Me giro bruscamente, contestándole con tono afilado—. Solo mío. Mío y de nadie más.

Me tiemblan las manos y aguanto la respiración aún con la imagen de Angelo y mía llegando juntos a la inauguración de uno de sus clubes.

—¡Vale, perdón! —Alza los brazos, sorprendida por mi tono agresivo.

No soporto la manera en que Lucía me mira, como si sospechara algo. Es la misma mirada que me lanzó cuando, hace casi seis meses, tras ayudarme con el parto, le dije que el padre de mi hijo había fallecido. O quizá todo está en mi cabeza. Me conformé con que se lo tragara y no hiciera más preguntas, pero al contarle que estaba viviendo en Palermo por negocios, abrí la caja de los truenos.

—¿Tienes turno en el hospital esta noche? —le pregunto al verla coger una bata blanca de un perchero mientras suelto unos billetes sobre la mesa. Pagar en efectivo es lo que siempre hago para no dejar rastro.

—Sí. —Pone los ojos en blanco—. Eso pasa cuando tienes unas compañeras inútiles que faltan al trabajo continuamente. *Porca puttana!*[2] —maldice—. Las italianas tienen el arte de pillar la gripe día sí, día también. Pero solo cuando se trata de trabajar —añade metiendo la bata en una bolsa de plástico.

Me río.

—Tu italiano está mejorando, que lo sepas —le digo con una sonrisa—. Ojalá yo pudiera decir lo mismo, pero con tantos idiomas en la cabeza, al final...

—¿Cuáles? —me pregunta curiosa, dándome un codazo—. No me digas ahora que hablas japonés. Así entendería lo del dragón.

—Eeeh...

«Japonés no, pero caló y ruso sí», pienso.

—Olvídalo —respondo deprisa—. Decir cuatro palabras en francés no me convierte en políglota.

Lucía se ríe, el sonido resuena en los cristales del escaparate mientras apagamos las luces del estudio.

—¡Mentira! Seguro que tienes un diploma con un nivel de nativo —bromea mirándome de reojo.

Salimos juntas a la calle. El aire de Palermo huele a pan recién hecho y a pizza, un olor que tengo más que interiorizado desde que vivo aquí. La plaza Quattro Canti empieza a llenarse de gente, y veo a un grupo de adolescentes comprando helados, ancianos discutiendo en siciliano mientras les echan migas de pan a las palomas y a dos turistas sacándose selfis delante de una fuente.

—Por cierto, aún no me has dicho de qué parte de Barcelona eres —comenta entonces Lucía—. Mañana iré a ver a Ery y, si me invitas a un café, te contaré un par de anécdotas sobre mis viajes allí. Y no iba a ver la Sagrada Familia, precisamente.

—Ya lo imagino. No sé por qué, pero tengo la impresión de que algún hombre lleno de tatuajes te resultaba más interesante que el templo de Gaudí —bromeo con una risita.

—¡Y qué hombre! —exclama—. ¿Te digo una cosa? Me encantaría saber cómo era la Ana de antes de ser mamá.

—Aburrida.

De fondo, una Vespa pasa haciendo el típico ruido de motillo con fuga. Dos adolescentes la saludan, señal de que la conocen, y Lucía les saca la lengua.

—¿Aburrida, tú? Eso no se lo cree ni mi gato —suelta ella revolviendo los ojos.

Me encojo de hombros, centrándome en el bullicio de la plaza. Pero, de repente, una figura vestida de negro se cruza bruscamente en mi camino. Siento el golpe en el hombro, lo bastante fuerte para dar un paso a un lado. Alzo la mirada y me quedo inmóvil al darme cuenta de que se trata de un hombre alto y moreno. Lleva una gabardina negra, unas gafas de sol oscuras y se apoya en un bastón. Cojea levemente, pero camina erguido, como si toda la plaza le debiera algo. Ni siquiera se molesta en pedir disculpas por haber chocado conmigo.

—*Stronzo!*[3] —suelta Lucía indignada.

Pero yo apenas la escucho, pues no puedo apartar la mirada de ese bastón.

«¿Y si...?».

—Máximo...

Todo mi cuerpo reacciona y siento un escalofrío que me sacude hasta la coronilla. La palabra me sale en un susurro. Sin pensarlo, avanzo con rapidez y lo sujeto por el brazo.

—¿Máximo...?

El hombre se detiene y me examina desconcertado cuando mis dedos se aferran a su gabardina. Se quita las gafas de sol, revelando así unos ojos que no son los suyos. No, reconocería sus ojos oscuros entre millones. Al igual que la cicatriz en su ceja derecha y ese mentón prominente con la barba de tres días. Y sus labios. Los labios más perfectos que he visto en mi vida, al igual que el hoyuelo en su barbilla.

—*Va tutto bene?*[4] —pregunta con una voz grave pero ajena.

Me quedo paralizada, incapaz de responder, mientras siento cómo el suelo se abre bajo mis pies. Me mojo los labios y parpadeo repetidamente, con lágrimas en los ojos. Por un instante, la decepción es tan fuerte que me tambaleo. Pero Lucía llega junto a mí cuando asiento con la cabeza levemente y el hombre sigue su camino, desapareciendo entre la multitud.

—La gente está tonta, te lo juro... —dice enfadada—. ¿Y quién es Máximo?

Miro al suelo, apartándome un mechón de la frente.

—Nadie.

—¿Estás bien? Te has puesto blanca.

Intento recomponer la sonrisa, pero solo logro una mueca.

—Sí.

Miento. No estoy bien, pero finjo que sí. Siempre he sido buena fingiendo, incluso cuando era una niña y mamá o Milena me miraban preocupadas, preguntando qué me pasaba. Siempre les decía que eran mis pestañas —tan largas que a veces me entran en los ojos—, aunque sabían que era mentira. En realidad, era la libertad lo que me hacía llorar: la que soñaba y no tenía, las ganas de una vida diferente, lejos de Serra Rosa y sus normas ancestrales.

Y ahora que la tengo, ahora que por fin soy libre y lo tengo todo, sigo fingiendo sonrisas. Porque da igual que sea la heredera de un

clan *yakuza* que domina Asia y está ganando terreno en Europa. Que coma en la misma mesa con la mafia siciliana, una de las más peligrosas del mundo. Que viva en una mansión con piscina y helipuerto, que pueda estudiar en cualquier universidad del mundo o que pueda viajar al sitio que desee.

Me falta lo más importante.

Ellos.

Él.

Y ojalá no tuviera memoria para recordarlo todo.

Recordar que hasta no hace mucho era una joven que vivía sometida a las normas de los gitanos Valkov, en un pueblo tercermundista. Recordar que mi propio padre —adoptivo— me vendió a un tipo misterioso que apareció de la nada en el mercado de novias que se celebraba todos los años a las afueras de Barcelona. Que ese mismo hombre me convirtió en su esposa pocos días después, ofreciéndome una boda de sangre. Y que, por más que intente olvidar lo decepcionada que me siento, no consigo borrarlo de mi vida.

Con todo lo ocurrido, he descubierto que no duelen los hechos en sí: duele la memoria. Esa maldita traidora que insiste en devolvernos los instantes felices, como caricias venenosas. Y algunos de mis recuerdos más felices llevan su nombre.

«Ojalá pudiera darte algo más —me decía—. Algo más sano. Sin peligro, sin... sangre. Enamorarte de mí significa enamorarte del infierno. Y tú te mereces lo mejor del mundo, Anastasia. El paraíso».

Tenía razón, pero ya es demasiado tarde. Me enamoré del infierno y aprendí a sobrevivir en él. A respirar humo en vez de aire y a dormir entre llamas como si de sábanas se tratara. El amor nunca muere, incluso cuando te decepcionan; simplemente se convierte en odio. Y ahora mismo... eso es lo único que siento. Odio.

—¡Ana!

Lucía está tratando de llamar mi atención, pero lo único que quiero es irme de aquí cuanto antes. Esto de tener cuidado con cada palabra que digo se está convirtiendo en una pesadilla. No aguanto más.

—Te dejo, Ery lleva más de dos horas sin mí —me despido dándole un abrazo apretado—. Avísame cuando llegues, ¿OK?

—Prometido, *mamá*. ¿Algo más?

—Nada, que conduzcas con cuidado. —Le guiño un ojo.

Me revuelvo el cabello mientras camino hacia la moto aparcada a unos metros. Una Ducati Panigale nueva, con detalles plateados en los laterales y el asiento de cuero. La bestia de dos ruedas brilla bajo las farolas, y me siento bien. Comprarme una moto fue lo primero que hice después de la cesárea, en un gran intento por aumentar mi confianza.

Quizá también me la haya comprado porque me hace recordar momentos felices. Cuando siento la corriente de aire en la cara, recuerdo los paseos con Raskol en la colina detrás de nuestra casa. A estas alturas, no dudo de que esté muerto. Todos lo están, y tengo la sensación de que mi vida entera ha sido una maldita mentira. O quizá porque montar en moto es sinónimo de velocidad, adrenalina y aire fresco. Mi propia versión de libertad.

Me ajusto el casco y me pongo los guantes. Arranco el motor y dejo que el rugido de la Ducati me devuelva a la realidad. El flujo intenso de aire se me resiste, pero yo soy más salvaje; me lo prometí. En el retrovisor, Lucía me despide con un gesto de la mano y una sonrisa. Miro una última vez hacia la plaza, justo hacia el lugar donde he visto al hombre del bastón. El escalofrío permanece, pero no es nada nuevo. No cuando llevas más de un año viviendo con la

paranoia de que el hombre que te compró para atrapar a tu padre, y probablemente matarte, te está buscando.

Todos saben que una muerte sin un cadáver es solo un rumor. Y cada vez que oigo un ruido extraño, que noto que alguien me sigue o que las luces de un coche se reflejan demasiado tiempo en mis retrovisores, me repito lo mismo: él está aquí para arrebatarme la única gota de felicidad que me queda.

A cada minuto, vigilo todo lo que se mueve a mi alrededor, y cada sombra representa una amenaza. Y no es miedo. No temo por mí, yo ya sé lo que es la muerte, la he visto de cerca y hasta le he sonreído. Lo que me hiela la sangre es pensar que puedan arrebatármelo a él: Eryol. El dueño de mi corazón y el motivo por el cual me he hecho el tatuaje del dragón.

Respiro hondo, intentando animarme por dentro, y pienso que solo son alucinaciones.

Tomo la vía secundaria que conduce hacia la villa, casi en modo automático. La carretera se estira como una serpiente entre palmeras y charcos por la reciente lluvia. El asfalto brilla bajo las farolas, que lanzan destellos sobre el parabrisas de los coches aparcados. Septiembre es un mes caluroso en la costa siciliana, no obstante, lleva dos días lloviendo. Me aferro al manillar de la Ducati con fuerza y siento el cuero de los guantes apretándome los nudillos.

Pero no puedo más con esta incertidumbre.

Me detengo un momento, ajusto el auricular y marco un número de teléfono. Espero. La llamada apenas da un tono.

—Anastasia... —oigo la voz de Angelo al otro lado.

2

Prueba no superada
Anastasia



Borrar tu nombre es fácil. Lo difícil es recordar quién era antes de conocerte y quién soy después de ti.

—Dime que *yamas* porque, por fin, te has decidido a probar la carbonara que hago. Y también dime que no estás ahora mismo en esa moto que tan poco me gusta. —Pronuncia «llamas» como *«yamas»*, con ese acento italiano que transforma la elle en una i suave.

Reprimo una sonrisa y pienso en lo fácil que le sale a Angelo sonar tan encantador, hasta en un día tan pésimo como hoy. O quizá sean esas palabras mal dichas en español las que me hacen gracia, pese a que las pronuncie con tanta firmeza que hasta él mismo se las cree.

—Pero a mí sí me gusta, *don* Barone —me burlo—. Y no me digas que has mandado a alguien seguirme.

—Cariño... —chasquea la lengua y sigue hablando en ese tono calmado y seductor—, no es necesario. Palermo es mía, al igual que todo lo que se mueve. Y a mis cámaras no les pasaría desapercibida una *bella* morena en una Ducati. ¿Por quién me tomas? No hay nada más sexy que una mujer en una moto. Por cierto, ¿te he dicho que el pelo oscuro te queda genial?

—Lo siento mucho, Angelo, pero yo no seré tan amable —agudizo el tono recordando el motivo de mi llamada.

—¿Ery está bien?

—Sí, lo está —digo apretando los dedos en el manillar—. Pero ¿qué hay de la prensa? ¿Has visto las noticias?

Silencio. Casi puedo oírlo recolocando los papeles en su despacho desde el otro lado de la línea. Angelo Barone es dominante, halagador, caballeroso, y me he dado cuenta de que también es un poco obsesivo con el orden. Me lo imagino alineando los bolígrafos en la mesa y cuadrando los documentos sobre el escritorio. Lo hace con las servilletas y las copas cada vez que me invita a comer. Tiene que tenerlo todo bajo control, desde la seguridad de sus negocios, hasta el menú de la cena. Y, aun así, siempre le queda tiempo para cuidar de Ery.

En realidad, nunca pensé que un hombre tan acostumbrado a tener a todo el mundo pendiente de él pudiese estar tan volcado en su familia, y mucho menos en sus hermanos. Ni que me cuidara a mí y a mi hijo con tanta naturalidad.

—Explícame de qué noticias hablas —dice calmado, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Odio los rumores. Sabes que prefiero pasar desapercibida, y no sé por qué no evitaste que se filtrara esa foto en la que salimos juntos.

—Lo siento. —Su tono se suaviza—. En el fondo, sabía que en algún momento se enterarían de que hay una mujer en mi vida.

—Soy tu *amiga*, y el titular es una mentira. No dejarás que esa mentira se haga más grande, Angelo —lo amenazo.

—¿Seguro que no es por... miedo?

Su pregunta me toca de nuevo la fibra sensible. Trago en seco, pero no soy capaz de responder, y el silencio entre nosotros se torna incómodo.

—¿Te ha vuelto a pasar? —continúa.

Sé exactamente a qué se refiere.

—A veces. Ya no sé si es mi cabeza o si tengo motivos.

—Es tu cabeza.

—Siento que... —cojo aire— me está siguiendo. Podría hacerlo.

—Si estuviera vivo, corazón.

—Más de un año, ¿vale? —Afilo mi tono porque odio que me tachen de loca—. Desaparecido.

—Con más razón. Piénsalo.

Lo confieso. Angelo siempre parece estar ahí para escuchar. He hecho de él un aliado, y su carácter es más llevadero que el de mi padre. Quizá Mikhail Romanov haya sufrido tanto que a veces pienso que ni siquiera el tiempo que hemos pasado juntos ha hecho que estrechemos lazos. Por más que intente acercarse a mí, su frialdad y ese aire militar me alejan de él más aún. No me sorprende, sirvió en el ejército soviético durante muchos años cuando era joven, aunque luego desertara en Japón.

—Tranquila —intenta calmarme Angelo—. Después de lo que has pasado, lo raro sería que durmieras por las noches y que no tuvieras miedo. Si te sirve de algo, solo te diré que conozco a los hijos de puta como Máximo Kovalenko. Si estuviera vivo, ya habría venido a buscarte, créeme. No le concedas tanto poder a un fantasma.

Me muerdo el labio.

—No le tengo miedo —le respondo apretando los labios.

—¿Entonces?

—Nada. Ahora es otra cosa la que me preocupa, y no cambies de tema, Angelo —matizo—. El titular dice que nos casaremos, y sabes que eso no pasará. No quiero hacerte daño.

Barone baja la voz, e incluso me lo imagino arrugando el entrecejo con ese aire dramático que adopta cuando algo no encaja. No sé si es él o es algo típico de los italianos.

—¿Daño? —pregunta con una risita ronca—. A mí los noes me hacen cosquillas, o ni siquiera eso.

Hace una pausa y de fondo se oye el tintineo de un vaso.

—¿Sabes qué es lo bueno de crecer sin un padre, nena? Que aprendes a comerte el puto suelo y a levantarte. Y también aprendes a no soltar lo que quieres, y no permitiré que tu hijo se críe sin esa figura paterna que a mí me faltó.

Pongo los ojos en blanco. No sé por qué los hombres piensan que una madre no es suficiente. Lo es, y Eryol no necesitará un padre.

—Angelo... —Quiero hablar, pero no me deja.

—A mí los desafíos no me desaniman, sino que me alimentan, *capisci?*[1]

Otra breve pausa, como si se acomodara la corbata. Conozco ya sus gestos de memoria.

—¿Te molesta el titular? Dame cinco minutos y hago que desaparezca.

—Eso espero.

Tengo ganas de creerlo. No solo porque sea él —atractivo, inteligente, con ese aire de tipo duro que puede con todo—, sino porque, desde que llegué a Palermo, ha estado pendiente de cada

detalle, no solo de Ery, sino también de nuestros negocios, incluso de mis pastillas para dormir.

—Y, cambiando de tema, le he comprado un regalo al campeón.

Sonrío mientras unas gotas se deslizan por mi visera. Tomo una curva cerrada.

—No hacía falta.

—No es nada, una tontería, pero creo que le gustará —explica—. Y también tengo una sorpresa para ti.

—¿Otra? Si sigues así, me vas a malacostumbrar.

Él suelta una risita corta.

—Aunque tienes que portarte bien y no salir sola a la calle. Al menos hasta que comprobemos que no hay peligro.

—No puedo prometerte eso —respondo bajito.

Me tenso, acelerando un poco más de la cuenta. No le da tiempo a contestar, porque justo entonces una furgoneta blanca irrumpe en mi carril.

«¿Cómo?».

—¡Eh, cuidado! —exclamo enfadada, y freno en seco.

La Ducati derrapa, y el manillar vibra salvaje en mis manos. Por el retrovisor veo un coche que se me acerca demasiado.

—Angelo... —intento decir algo, pero no lo consigo.

Oigo su voz a lo lejos, alarmada:

—¿Qué ocurre? ¡Anastasia!

Apenas me da tiempo a comprender lo que sucede cuando otro coche, de color oscuro, se cruza en mi camino y me cierra el paso.

«¡Mierda!».

Intento apoyar un pie en el suelo para estabilizar la moto, pero todo ocurre demasiado rápido. De la furgoneta saltan tres hombres encapuchados, vestidos de traje, y antes de que pueda reaccionar, uno de ellos me golpea con brutalidad en la espalda, robándome el

aire de los pulmones. El golpe implacable me hace caer de la moto y rodar sobre el asfalto. Noto cómo el brazo se me abre en un escozor ardiente con cada raspón y el casco sale volando de mi cabeza.

Dos tipos se inclinan sobre mí y me agarran.

—¡Soltadme! —rujo como una bestia.

Intento morder al tipo que me sujeta por detrás sin éxito y empiezo a patalear y a gritar. Me revuelvo con rabia, pero las manos son demasiadas, y entonces siento cómo un puño me golpea en la cara, dejándome aturdida. Acto seguido, una palma áspera me cubre la boca sofocando mi voz y, en un movimiento firme, deslizan sobre mi cabeza una bolsa negra que me asfixia.

—Joder... —susurro con el aliento desbocado, tan solo pensando en mi bebé.

«Sé fuerte, mi amor —digo para mis adentros—. Mamá estará bien».

Me empujan al interior de la furgoneta como si fuera un saco. El olor a gasolina me invade, y un portazo resuena tan fuerte que se me ponen los pelos de punta. Unas manos rudas me inmovilizan los brazos. Noto unas bridas segándome las muñecas cuando me juntan las manos a la espalda.

—No lo jodas, átala bien —oigo que dice uno en italiano con un acento extraño.

—Se mueve demasiado, la muy zorra —replica otro.

«Madre mía. ¿Qué coño está pasando? ¿Y si es él?». No me faltan personas que quieran verme aniquilada. Podría ser Máximo, o los gitanos Valkov. O cualquier mafia italiana que quiera ver a los Dragones Blancos fuera de su territorio.

Quedo sumida en una oscuridad sofocante en la que la respiración me arde y el corazón me late tan fuerte que lo percibo en la garganta. Miles de pensamientos vienen y van, sabiendo que

retomar mi vida después del parto y salir a la calle supondría justo esto.

El dolor en las muñecas es insoportable cuando tiran de mis brazos, pero no me doy por vencida. Lo primero que aprendí desde que desperté en esta isla es que ser heredera de la mafia significa dejar de ser una persona. Y, no, no te conviertes en leyenda. Te conviertes en bestia. Entonces, me revuelvo con los dientes apretados, recordando las palabras de Igor: «Nunca dejes que el miedo decida por ti. Golpea cuando nadie se lo espere».

Giro la cadera, clavo la rodilla de una pierna contra la otra e intento doblar la muñeca hasta hacerme daño para romper el plástico. Lanzo mi peso hacia un costado con la esperanza de zafarme, aunque lo único que consigo es que alguien me dé un puñetazo en el estómago. Eso me corta el aliento y me deja tendida como un animal que se resiste a ser cazado.

—¿Quién hay ahí, joder? —grito a la nada.

Solo sé que estoy en la parte trasera de una furgoneta, pero no veo una mierda a través del plástico negro de la bolsa que me cubre la cabeza. Agudizo más mis sentidos, intentando saber qué está pasando al oír el motor arrancar. La furgoneta da un bandazo y me golpeo la cabeza contra la chapa.

No sé cuántos minutos pasan. Pueden ser dos o veinte. Pierdo la noción del tiempo mientras en mi mente reina el caos y el sudor me resbala por la frente asquerosamente, pegándose a la bolsa. Por desgracia, el silencio del trayecto es peor que los golpes; solo oigo susurros demasiado bajos para entenderlos.

La paranoia vuelve. ¿Y si es él de verdad?

El viaje no dura mucho y, cuando nos detenemos, me arrastran fuera, subiéndome a trompicones por una escalera estrecha. Me golpeo contra la barandilla varias veces. La bolsa se me adhiere a la

boca cuando intento respirar y casi me ahogo cuando me empujan contra una silla. Por último, noto unas manos frías sujetándome con violencia.

Entonces llega la primera orden, una voz masculina desconocida que habla en español con acento ruso. «¿Ruso?». Se me corta el aliento pensando en lo inevitable. «Oh, Dios. Debe de ser él. Máximo».

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntan.

Mi garganta arde y las lágrimas asoman en la comisura de mis ojos, pero me mantengo firme.

—¿Quién hay ahí? —Alzo la voz, aunque por dentro esté temblando.

—¡Di tu maldito nombre!

Un golpe fuerte contra algo hace que todo resuene como un trueno en mi cabeza.

—Dilo.

—Soy... —murmuro— Ana Rosell.

Una risa seca pero ronca. Mi alma salta en mi pecho con cada voz enronquecida por el tabaco que oigo a mi alrededor. Me imagino que es él, aunque sé que lo reconocería entre miles.

—¡Mientes!

—No, yo... —murmuro negando con la cabeza.

—Eres Anastasia. Anastasia Kovalenko —dice la misma voz.

No, esto no es real. Es una jodida broma sin sentido.

Aprieto la mandíbula hasta que mis dientes crujen y me aferro a mi mentira como si de ella dependiera la vida de mi hijo. Esto no puede estar pasando, todo está planeado al más mínimo detalle, y llevo meses trabajando en mi nueva identidad. No pueden saber quién soy.

—Me llamo Ana Rosell —repito más alto, como un escudo—. ¡Mira mi puto DNI!

De repente, un puñetazo acaba en mi estómago, reventándome por dentro. Veo las estrellas mientras toso, inclinada hacia delante, pero las bridas me retienen las muñecas contra el respaldo de la silla.

—¡Di tu maldito nombre! Sabemos que eres ella. Anastasia Kovalenko. Rusa. Mujer de Máximo Kovalenko. ¡Eres la maldita hija del Zar! —dice esa voz rasposa agarrándome por el cabello, a través del plástico. Me asesta un intenso puñetazo en el estómago.

Siento un dolor insoportable en el abdomen, pero me aguanto las ganas de vomitar. Solo rezo para que no me desmaye.

—Ya te he dicho mi nombre, hijo de puta. Soy Ana Rosell, española. De hecho, te estoy hablando en español. No sé ruso y no conozco a ningún maldito Kovalenko. Así que, si quieres matarme, mátame... —susurro con el sudor deslizándose por mi cara y las lágrimas a punto de salir.

Me muerdo la lengua hasta sentir el sabor metálico de la sangre para no gritar, y retuerzo las manos a mi espalda, desesperada. Pero la respiración del desconocido se vuelve más cercana. Entonces, lanza la frase más horrible que podría oír:

—Tenemos a tu hijo.

El mundo se desmorona en un segundo. La razón me dice que es imposible, que está a salvo. La villa está repleta de Dragones, es una verdadera fortaleza, y tanto los hombres de Barone como los de mi padre velan para que él esté a salvo.

Entonces, ¿de qué demonios está hablando?

El corazón se me detiene con la sola imagen de sus manitas aferradas a mí y sus ojitos color avellana. Marrones, como los de su padre.

—Solo di quién eres y todo habrá acabado.

Me aferro a la imagen de Eryol como a un ancla para no perder la puta cabeza. La voz de Igor se repite en mi mente una y otra vez. La última vez que me colocó una catana en el cuello, hace dos días, me dijo: «No caigas en la trampa. Te contarán mil y una historias con tal de tenerte arrodillada. Y te prometerán mil cosas. Pero todo es mentira, *Imperatritsa*».[2]

—¡Estás mintiendo!

—Para tu desgracia, no. Pero no te preocupes, esto acabará pronto —añade esa voz siniestra—. Sabemos que Eryol es un niño bueno, aunque parece que está a punto de llorar. Oh, pobre, necesita a su mamá...

«Cielos. Saben el nombre de mi hijo».

Unos suaves quejidos se oyen de repente, el llanto de mi pequeño resuena con fuerza de fondo. Sus quejidos me atraviesan el alma y sé que esto no es una maldita broma. Y ahí se rompe todo. Ya no soy la heredera ni la mujer fuerte que ha entrenado con Igor día y noche durante los últimos tres meses. Solo soy madre, y eso me pone de rodillas.

—¡Soy ella, maldita sea! —le grito con lágrimas en los ojos—. ¡Soy Anastasia!

El eco de mis propias palabras me sale desgarrado del pecho y me golpea más fuerte que todos los puñetazos recibidos. Y después..., silencio. La sala entera enmudece.

—Quítasela.

La bolsa desaparece y una fuerte luz me deslumbra, obligándome a parpadear varias veces. Y entonces lo veo. Mi padre está erguido frente a mí, con los brazos cruzados y esos ojos de acero que siempre intimidan, observándome decepcionado. A su lado, Igor.

—Prueba no superada —declara acto seguido con la misma voz de hielo.

3

De lecciones y yakuzas

Anastasia



Si pudiera, te prestaría mis ojos para que lo vieras. Y mis manos... para poder sentirlo.

Mechones de cabello se me pegan a la nuca y siento gotas de sangre deslizarse por la comisura de mis labios. Enseguida, mi vista tropieza con el origen de aquel llanto: no es un bebé, es un teléfono móvil apoyado en una mesa de metal que reproduce en bucle un sonido idéntico al de los lloros de mi hijo. La mentira es tan perfecta que me paraliza.

—¿Mikhail? —susurro con un hilo de voz, buscando una explicación coherente.

Porque no es lo que una hija espera de un padre. No es lo que una madre puede soportar. Que la golpeen y la chantajeen con su hijo solo para... ¿ponerla a prueba?

—¿Unas pocas semanas entrenando y ya crees que estás preparada? —dice con tono punzante, señal de que está cabreado—. ¿No lo ves? Has hablado en cuanto hemos tocado lo que de verdad

te duele. Ese es tu punto débil, Anastasia. Y mientras antepongas la impulsividad a tu seguridad, a la de tu hijo y a la del clan, seguirás siendo vulnerable. Quien controla tu miedo te controla a ti.

Trago saliva mientras noto mi aliento desbocado. Pero no me derrumbo, lo miro de frente.

—¿Me has puesto una jodida... prueba? —pregunto sin dar crédito —. ¿Mandas a tus hombres a secuestrarme solo para comprobar si me delataría? ¿Humillarme así...?

—Prefiero una hija humillada que una hija muerta. Tienes que aprender que aquí nadie va a darte una segunda oportunidad. Ni siquiera yo, aunque lleves mi sangre.

Me late el pulso en las sienes y la rabia me seca la boca. Mikhail permanece de pie tras la mesa, inmóvil, con los brazos cruzados y la espalda tan erguida que parece esculpido en acero. Su rostro anguloso y surcado de arrugas apenas se mueve, salvo por el gesto irónico que exhibe. Su cabello, casi blanco por completo, muestra que los años no pasan en balde.

—*Tsar, ona deryotsya kak demon*[1] —le murmura uno de los encapuchados, bajando la cabeza en señal de respeto.

Siento un nudo en la garganta y la respiración me sale a trompicones, pero no cedo.

—¿No piensas soltarme las manos? —le espeto.

—No, si no me prometes que no volverás a poner en peligro la vida de mi nieto. De lo contrario, te arrepentirás de haber nacido —dice con una tranquilidad aterradora.

—Nadie ama a Eryol más que yo. —Aprieto los dientes—. Y ahora, desátame ya las putas manos, o serás tú el que se arrepienta.

Finalmente, hace un movimiento seco; uno de los tipos que me han golpeado minutos atrás se acerca y me desata las muñecas. Sin

el pasamontañas, lo reconozco: es el mismo hombre que suele abrirme la puerta de los coches de lujo en los que viajo.

Me pongo en pie de un salto mientras contengo la furia, con las marcas rojas de mis muñecas ardiendo en mi piel. Lo miro perpleja. Mikhail suelta entonces sobre la mesa una funda de cuero, dejando a la vista el mango de una catana tradicional. Aún me quedan muchas cosas por aprender, pero sé identificar esas espadas por la empuñadura.

—¿Y bien? Espero que hayas aprendido algo hoy.

Su presencia impone respeto, y por un momento hasta Igor, mi *sensei*, parece tensar los anchos hombros. Noto su mandíbula contraída y cómo se pasa una mano por la melena rojiza, recogida en un moño.

—No pienso vivir escondiéndome toda mi vida —digo alzando el mentón.

—No se trata de eso. —Suspira irritado, acariciando el mango de la catana—. No puedes moverte sola por ahí, y mucho menos desarmada. ¿Te imaginas qué ocurriría si una reina saliera sola a la calle?

—Yo no soy una reina. Y te equivocas, sé defenderme —respondo con firmeza, flexionando los dedos para devolverles la circulación.

—Hija, ni siquiera Igor o yo salimos solos. Y no es cobardía, es estrategia. La calle es un tablero, y si te expones antes de tiempo, caes. ¿Te enfrentarías a un campeón de ajedrez sin dominar bien los movimientos?

—Llevo una pistola en la bota —señalo.

Su sonrisa es una línea de hierro, apenas visible. Seguramente piense que, aunque lleve un arma, no me ha servido de nada.

—Una pistola... —repite con desprecio, arrastrando las palabras—. Dejemos las pistolas para los sicilianos. Es un arma para vagos y

tontos. Un Dragón Blanco no pelea con pistolas, hija. Lucha con velocidad y estrategia. Y lo disfruta.

Con un gesto elegante, desenfunda la catana y la sostiene frente a mí; el filo refleja la luz mortecina de una especie de almacén. Puede ser uno de los almacenes que usamos para la carga y descarga de la mercancía con la que traficamos los Romanov: armas blancas y explosivos de alta gama.

—Si crees que empuñar una pistola te hace fuerte, no comprendes la esencia de tu legado —añade—. Las pistolas encubren la cobardía; las espadas exigen que seas mejor que tu propio miedo. Y si tengo que renunciar a las catanas, ten claro que usaría un arma de destrucción masiva, y no esa mierda de juguete.

Me lo creo. Le gustan los explosivos, y el próximo proyecto del Zar son las bombas nucleares.

—¿Sabes qué es lo peor? Que confié en ti cuando hace meses me pediste salir de la isla de Barone porque querías tener una vida normal —remata con un deje de decepción.

Me acerco y cojo la catana de sus manos. Los encapuchados se tensan, Igor apenas pestañea, pero no me retracto.

—Soy una mujer adulta y no soy tan estúpida como para no saber a qué me expongo.

—No lo parece. No estás cumpliendo con el trato que hicimos.

Me limpio el hilo de sangre que noto resbalar por la barbilla, con calma. El silencio es denso, tan solo quedan nuestras respiraciones y mi mirada escaneando la espada como a un bicho raro.

—No le tengo miedo —digo tendiéndosela de nuevo—. He vivido toda mi vida bajo el control de un hombre. Pero ¿sabes qué? Estoy cansada. Que Máximo Kovalenko venga, Mikhail. Lo estaré esperando.

Algunos de los presentes bajan la vista y otros sonríen, probablemente pensando que soy una estúpida. No fue hasta llegar aquí que me enteré de la fama de Máximo —mi querido marido— en el mundo criminal. De él y de los Águilas, que es como los Dragones llaman a su ejército, o lo que haya quedado de él.

—No vendrá —suelta una risa satisfecha—. Está muerto.

Me río con desprecio, dando dos pasos a un lado, sin apartarle la mirada.

—¿Estás de coña, *papá*? —susurro irónica, porque él sabe que no soy capaz de llamarlo así; solo cuando estoy muy cabreada—. Hace meses, Angelo y tú me dijisteis eso mismo, pero jamás han encontrado su cadáver. Así que ahora no me vengas con eso. Son puras suposiciones.

La indignación y la asfixia vuelven a apoderarse de mí. Pero parece que esta vez lo tiene claro, porque Romanov niega con la cabeza lentamente. Abro mucho los ojos, aunque algo dentro de mí me dice que me largue, y no sé qué coño hago aquí, después de lo que acaba de hacerme. Definitivamente, no aguanto más, así que avanzo a zancadas, deseando comprobar que mi hijo está bien.

—Espera... —Me detiene agarrándome del codo—. Lo conozco y sé que, si fuesen suposiciones, ya estaría aquí, enfrentándose a mí. Intentando recuperar a su hijo. Máximo Kovalenko ya es historia, y espero que te quede claro de una maldita vez, Anastasia.

Me giro, enfrentándolo con la mirada.

—Tu marido dejó de existir. Punto —continúa rudo—. Me da la impresión de que te estás aferrando a un fantasma. Te estoy preparando para ser mi heredera, no para sentimentalismos. Sé que estás afectada, y es normal. Hasta de un perro te encariñas... —Hace un gesto despectivo con la mano libre—. Pero se te pasará.

Un frío seco me recorre la espalda. No por lo que dice, sino porque se nota que lo cree. Cree que soy débil y que sigo amando a Máximo. Que necesito que me cuiden porque sin él me desmorono.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —Sueno peligrosa incluso para mis propios oídos.

Mi padre no pestañea.

—Pienso que te estás comportando como alguien que no entiende aún cuál es su lugar.

Me mantengo erguida, con la barbilla en alto, aunque por dentro las piernas me tiemblan tanto que temo desplomarme de un momento a otro. Sin embargo, no pienso darle ese placer a Mikhail Romanov, el mismo que ha ordenado a su ejército de *yakuzas* golpearme y secuestrarme para, según él, darme una lección.

Una sonrisa de pura malicia se dibuja en mis labios.

—Entonces piensas mal —me obligo a hablar—. ¿Sabes qué? Ojalá Máximo Kovalenko se pudra en el infierno. Y ni aun así pagará por todo lo que me hizo.

Me mira sorprendido, no esperaba esa respuesta. Yo aprovecho y me libero de su agarre con un tirón. Salgo sin mirar atrás, sé que, si lo hago, mis piernas fallarán igual que mi corazón lo está haciendo ahora mismo.

Cruzo la puerta a zancadas mientras el suelo tiembla bajo mis pies.

«Dios mío.

»Máximo ya es historia... Historia para ellos. Historia para la mafia. Pero no para mí. No para este dolor que no sé cómo curar».

Por un instante, el tiempo se ralentiza y los recuerdos me asaltan sin permiso: el brillo de sus ojos cuando me miraba fijamente y después carraspeaba, manteniendo el semblante serio. La noche en que me llamó *malyshka*[2] por primera vez. Sus manos firmes en mi

cintura, en el probador de la tienda donde me compré el vestido para la fiesta de Angelo Barone. Él diciéndome que nada ni nadie nos separaría mientras las balas silbaban a nuestro alrededor, enfrente del Eclipse Club.

«Virgen santa, ayúdame. No puedo venirme abajo por su desaparición...». Debería suponer un alivio, porque eso significaría que está muerto y que todos tenían razón. Aun así, ¿por qué no soy capaz de asimilarlo? Ese tipo me engañó y le hizo daño a mi familia, joder.

Pero entonces, mi traicionera mente lo recuerda como si fuese ayer:

«—¿Crees en los finales felices? —le pregunté la noche que me quitó la virginidad, yo en mi cama y él en el sillón de mi cuarto.

»—Creo en los finales justos. Donde cada decisión se paga —me respondió—. Como ves, no todos nacimos para vivir felices y comer perdices como ocurre en los cuentos».

¿Cómo fui tan estúpida para no leer entre líneas?

Con todas y cada una de sus palabras me daba a entender que se cobraría su venganza. Pero parece ser que yo también me cobré la mía, y el momento del disparo no se me va de la cabeza. Incluso por la noche me despierto con pesadillas por la explosión en el puente. Mis manos temblorosas sujetando esa arma, abrumada y sin saber qué creer y qué no de toda esa maldita historia. Sus ojos clavados en los míos tras recibir la bala.

«Pero ya se acabó, Anastasia. Créetelo ya».

Aprieto los dientes. Las piernas me fallan y debo apoyarme en la pared durante un segundo. Solo un segundo. No más. Respiro hondo, intentando luchar con el duelo despiadado que la vida ha puesto en mi camino.

—¿Estás bien? —me pregunta Igor, que no sé cuándo se ha acercado a mí.

—Sí...

—No mientas. —Suspira mirándome fijamente.

Su fuerte mano me acaricia el brazo. Es capaz de leer mi sufrimiento con una sola mirada.

—¿Qué? —Alzo la vista, intentando controlarme.

Durante el tiempo que llevamos en Palermo, jamás hemos tocado el tema, no por él, sino por mí. No soporto hablar del pasado.

—Anastasia...

—Estoy bien, Igor. Por supuesto que lo estoy —le digo enfadada, y me giro para irme.

Pero Sensei no se da por vencido y se coloca delante de mí para cortarme el paso.

—¿Debo recordarte que viví contigo y con Máximo en la misma casa? Trata de engañar a quien te dé la gana, pero no a mí —continúa, con esa terquedad que me es familiar—. Sé que aún lo amas, pero no te culpo. Máximo es...

—¡Cállate!

Le lanzo una mirada asesina, como si con eso pudiera ahuyentarlo. Estoy cansada de que todos me traten como a una niña débil y enamoradiza. Sin embargo, olvidan que soy una mujer dolida y rota, y eso revierte la situación.

—No vuelvas a recordarme a ese cabrón. ¡No lo hagas, joder...! —le espeto mirándolo fijamente—. Y ahora, quítate de en medio.

—Los ojos no mienten, Ana. —Suspira inmóvil como un bloque de cemento en mi camino—. Vi cómo él te miraba.

—¡No seas hipócrita! —gruño en su cara, con lágrimas en los ojos —. No después de lo que hiciste, Igor, así que no me jodas. Eres un

Dragón Blanco, un traidor... —hablo con un hilo de voz—. Ahora no puedes simplemente compadecerte de él.

Las lágrimas quieren asomar, pero me las trago. Ni una sola caerá.

—Lo que tú digas, pero...

No lo dejo terminar, me giro deprisa y vuelvo a la sala del almacén. Me quedo clavada delante de todos y enderezo los hombros, imponiendo mi presencia como solo una heredera de la mafia rusa puede hacerlo. No pensaba hacer esto, solo quería largarme a mi puta casa con Eryol y llevar mi pena en silencio. Pero por supuesto que dejaré las cosas claras.

No me permito temblar cuando mi padre se gira hacia la entrada y me mira sorprendido.

—Hija...

—Incrementa la plantilla y las operaciones de búsqueda.

—Será en vano —responde cortante—. Decenas de hombres lo han hecho ya, aparte de las autoridades. Ese río desemboca en el mar, así que será imposible encontrarlo. Piénsalo.

—Quiero su cadáver, Mikhail. Yo... —prosigo— necesito ver su tumba.

—¿Para qué? —pregunta con un aire burlón—. ¿Para llevarle flores?

Es una pregunta trampa. Un murmullo recorre el grupo, e Igor, que me ha seguido hasta aquí, levanta una mano para decir algo, pero lo corto en seco.

—No. Para quemarla —añado sin pestañear.

Les sostengo la mirada uno a uno, sabiendo que mi autoridad y mi credibilidad como líder el día de mañana dependerán de mi actitud de hoy.

—Y que nadie vuelva a pronunciar su nombre en mi presencia hasta que lo encontréis —les ordeno con el alma desgarrada de

dolor—. ¿Ha quedado claro?

La orden queda flotando en el aire como una sentencia. Los hombres asienten nerviosos. Algunos no se atreven ni a levantar la vista. Todos tienen el mismo aspecto inconfundible: piel clara como la porcelana, cabellos rubios o ceniza, según la edad. Llevan trajes impecables y en sus nucas o en sus muñecas asoma el tatuaje de un dragón blanco, el mismo que yo llevo tatuado en el costado. Debajo de sus abrigos largos esconden las catanas envainadas cosidas al forro, de un modo tan pulcro que nadie lo sospecharía. Basta con que se acomoden la solapa para liberar la hoja.

Todos elegantes y letales.

Vestir de traje es algo típico de los *yakuzas*, pero también me recuerda demasiado a Máximo. Aunque no me sorprende: Máximo es también un Dragón Blanco porque Viktor, su padre, lo fue. Ese mismo monstruo que se obsesionó con mi madre y la mató por despecho, ya que no soportaba la idea de que se hubiera casado con Mikhail.

«Menuda familia de psicópatas», pienso.

Aunque tampoco estoy segura de que la mía sea mejor, a juzgar por lo que acaba de pasar hoy aquí.

Vuelvo al presente cuando mi padre da dos pasos en mi dirección, desconcertado. Sin embargo, su rostro delata una sombra de satisfacción perversa.

—Vaya... —dice con una sonrisa—. Dragones, parece que mi hija ha aprendido la lección de hoy.

«La "lección"... Muy bien», digo para mis adentros.

Acto seguido, cojo la catana que mi padre ha dejado en la mesa con un movimiento ágil y me doy la vuelta. Me inclino sobre él, rozándole el cuello con el filo de su propia espada. Sin apartar la mirada de sus ojos bordeados de arrugas, meto la mano en el

bolsillo y alzo la mano izquierda mostrándole un pequeño dispositivo que ocultaba en la chaqueta de cuero. Él entreabre la boca, sorprendido por lo que estoy a punto de hacer, pues reconoce el objeto al instante.

—¿Qué... estás haciendo? —dice desviando la vista a mi mano.

—He colado una bomba en el bolsillo de uno de los hombres que has mandado a pegarme.

No hace falta mirar a mi alrededor para saber que todos se están revisando los bolsillos, ya que el murmullo aumenta.

—¿Sabes qué es lo más fascinante de esto? —Alzo apenas el pulgar—. Si quisiera, te pondría de rodillas aquí mismo. Bastaría con apretar el botón, y todo se iría a pique. —Señalo el almacén.

—Anastasia...

—Pero no lo voy a hacer —continúo, bajando un poco el dispositivo sin apartar la catana de su cuello—. Porque, a diferencia de ti, yo no destruyo lo que quiero gobernar. Tú educas con golpes y con miedo. Yo, con control.

Sus pestañas tiemblan un segundo.

—Así que la próxima vez que decidas darme una lección, asegúrate de que no la haya aprendido ya, *papá* —susurro a dos centímetros de su rostro—. Y recuerda que fui *yo* quien decidió no apretar este botón.

Lo suelto, guardo el dispositivo en mi bolsillo y abandono la sala con la espada en una mano, sin mirar atrás. No hay nada más que añadir. La verdadera bomba es que él haya entendido por fin quién soy.

Las puertas metálicas del almacén brillan bajo las luces de neón, al fondo. Los guardias de la entrada se apartan al verme llegar, mostrando un silencioso respeto. No les digo nada, solo empujo ambos batientes, que se abren con un chirrido metálico. Me detengo

en el umbral y miro el descampado desértico que se extiende ante mí, ya que el almacén está a las afueras de la ciudad. Hay al menos tres todoterrenos fuera, esperando.

Los Dragones que aguardan a la intemperie me miran perplejos, pero no suelto palabra alguna. Prefiero largarme de aquí antes de que Mikhail o Igor me alcancen y vuelvan a soltarme esos malditos discursos que no necesito en absoluto.

—Imperatritsa... —dice uno en ruso, acostumbrado a llamarme así por Sensei.

—Las llaves —le ordeno con rudeza, señalando con la cabeza uno de los coches.

—Nosotros la llevamos, señora. Órdenes del Zar.

—Las llaves. Ya.

—¿Adónde va a ir? —me pregunta uno barbudo que está a cargo de mi seguridad.

Le arranco de la mano la llave del todoterreno. Me monto en el coche y lo pongo en marcha, deseando ya llegar a casa y asegurarme de que Eryol está bien.

El coche derrapa en la gravilla cuando piso el acelerador, centrada en la carretera. Evidentemente, no he perdido el tiempo estos últimos meses. Sabía que necesitaba aprender a conducir y moverme con libertad. Depender de alguien para desplazarme me saca de quicio.

Tras unos metros, cuando estoy lo suficientemente lejos del almacén, freno en seco, al borde de la carretera, porque el dolor me desborda. Siento cómo las lágrimas calientes ruedan por mis mejillas sin permiso.

Lloro en silencio mientras el mundo a mis espaldas sigue creyendo que soy invencible.

«El odio no trae nada bueno. Y ojalá algún día te perdones a ti mismo y... —le decía—. Ojalá seas tú quien me perdone, Anastasia».

¡Jamás!

Jamás lo perdonaré, maldita sea. Ni aquí, en la Tierra, ni en el infierno. La Anastasia de antes está muerta, y ahora solo queda alguien que ya no busca entender, ni justificar, ni salvar a nadie. Solo protegerse, proteger a su hijo y vengarse. Solo queda la hija del Dragón Blanco.

4

El Barón

Angelo



El tiempo pesa en mis brazos y en mis párpados..., pero cuanto más lo miro, más te veo. Como si tu rostro insistiera en no desaparecer.

La mesa alargada es de madera pulida, tan brillante que podría verme reflejado en ella. Diez cubiertos perfectamente alineados, diez copas de cristal y dos candelabros de plata lanzan destellos sobre el mantel blanco inmaculado. Todo está en su sitio, esperando que la cena empiece.

Todo, salvo yo.

Estoy sentado a la cabecera, solo, con un plato de porcelana delante y un vaso de whisky. A mi izquierda hay un blíster de pastillas vacío junto a la servilleta doblada. La botella de licor ya está por la mitad, pero sigo llenando la copa sin mirar. Mastico aire

mientras clavo la mirada en los pequeños detalles que solo yo percibo: un tenedor un milímetro fuera de su línea, un candelabro girado apenas unos grados hacia la derecha y el mantel. Vaya. El mantel forma un pliegue irregular, y eso me daña la vista.

Los dedos me tiemblan y la mandíbula se me contrae. Mi mente empieza a zumbar, y el ruido se vuelve insoportable, hasta que no aguanto más. Apoyo el vaso con un golpe seco. Uno por uno, ajusto los cubiertos, enderezo el candelabro, aliso el mantel, con la respiración cada vez más agitada.

El teléfono suena, pero ni me inmuto hasta el cuarto timbrazo. La voz de Regina suena al otro lado de la línea. Mi hermana no pierde el tiempo en cortesías, y siempre he admirado su habilidad para ser borde con todo el mundo y no sentirse mal por ello.

—Angelo, ahora mismo me vas a decir qué piensas hacer con esa mujer. ¿Eres idiota o qué? —espeta con ese aire de superioridad que la caracteriza—. ¿Cómo se te ocurre casarte con la viuda de ese hombre?

Ella también ha leído las noticias, pero no me importa. Mi plan sigue adelante, y ni el mal genio de Regina ni el poder que tiene podrán detenerme.

—Ni siquiera deberías ofrecerle protección —sigue con ese ímpetu de dominación que jamás he visto en una mujer—. No sé a qué estás jugando. Te interesa más una maceta que esa rusa, joder.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya te la habrías follado. ¿Crees que soy estúpida?

—Estaba embarazada, *amore*. Tengo muchos fetiches, pero te aseguro que llevarme a la cama a una embarazada no está en mi lista. Y soy un caballero, aunque opines lo contrario.

Regina resopla con impaciencia. Puedo imaginarla en su campo de tiro privado, con esa manicura perfecta y una copa de Campari en

una mano, mientras con la otra aprieta el gatillo.

—*Sorella...*[1] —murmuro mientras levanto el tenedor y analizo si tiene el brillo suficiente—, quiero cumplir el último deseo de Alessandro. Mi hermano se retorcería en la tumba si supiera que piensas dejar desprotegida a la heredera del Dragón Blanco.

—Ese viejo no me interesa —dice con voz afilada—. Es otro el que me importa: Kovalenko. El cabrón que mató a Alessandro. ¿Qué te hace pensar que no se enteró de quién era en realidad el espía que se casó con su hermana?

Katia Kovalenko. La hermana de Máximo Kovalenko y esposa de mi hermano, Alessandro. Recuerdo muy bien a esa morena con los ojos de un azul profundo. La cicatriz que llevo en el cuello me lo recuerda, aunque no quiera. Fue la noche en que los Kovalenko organizaron una fiesta en mi honor, en Montecarlo. Supuestamente. Tuvo suerte, la muy hija de puta, escapó cuando todo se fue al cuerno. Dejaré que piense que de verdad se ha librado de mí, lo que no sabe es que nadie se libra de Angelo Barone, ni siquiera el mismísimo diablo.

Y, sí, por supuesto que soy un caballero. Hasta que me tocan los cojones.

—¿Sigues ahí?

Tamborileo con los dedos sobre la mesa, reflexivo.

—Sí —le respondo seco—. Y te equivocas. Kovalenko no sospechaba nada, y creo que ya hemos hablado de esto miles de veces —niego—. Te recuerdo que la encerrona que me hizo hace meses fue porque se enteró de mi alianza con Romanov, pero apuesto a que no tenía ni puta idea de que, en cierto modo, somos familia.

Guardo silencio, y un sorbo de alcohol me quema la garganta. El pensamiento de que ese capullo y yo estamos emparentados,

aunque todo haya sido una farsa, me enfurece más aún.

—Bueno, ya da igual. Imperator está muerto —murmura ella con una risita burlona—. Y Alessandro descansará en paz.

—No cantes victoria, Regina —digo sintiendo los hombros contraídos.

Al otro lado, suena un chasquido parecido a un disparo. Lo que pensaba: Regina está en el campo de tiro.

—¿Por qué lo dices?

—No lo conoces —afirmo, aunque me pese—. Kovalenko puede borrar a un hombre del mapa o crear uno nuevo desde cero con tan solo un clic. Disfruta con la sangre y domina la catana incluso mejor que el rey de los Dragones.

—En las noticias dicen que hay muy pocas probabilidades de que siga vivo después de tantos meses.

—Yo no estoy tan seguro —respiro—. No tengo claro que la información sea cierta. ¿Y si lo hace a propósito? ¿Y si él mismo está manejando a las autoridades y a la prensa, haciéndonos creer que no han encontrado nada?

—Pues asegúrate —suelta ella con firmeza—. Creo que, si estuviese vivo, ya habría dado señales.

—¿Debo recordarte que estamos hablando de alguien que tenía un búnker clandestino en el sótano de un puto castillo? Nos arrebató a nuestro hermano, Regina. —Mi voz suena implacable—. Me humilló y fundió mis negocios en cuestión de horas. Si no hubiera sido por tu ayuda y la de nuestros socios, no me habría recuperado.

—Vale, ¿y ahora qué?

—Ahora le arrebataré yo a él lo que más le importa. —Cierro los ojos y repito para mí, como un voto de acero—: Porque en el mundo solo hay sitio para uno de los dos, hermana. Él mató a nuestro

hermano y se quedó con mis negocios. Y yo... —aprieto los dedos alrededor del vaso— yo pienso quedarme con su mujer.

—Quizá esté muerto de verdad, así que eso no tiene sentido.

—Bueno, de todos modos pienso quedarme con su mujer.

—Estás loco.

—Pero tú me quieres igual —le suelto, ya más relajado, mientras contemplo el whisky girando en el vaso.

Al otro lado de la línea, Regina suspira. Sé que no le gustan los escándalos, ni ser la hermana de alguien que ha puesto a su familia en la portada de la prensa rosa.

Cuelgo y sonrío ante la deliciosa idea de que ella tenga razón. También pienso en Anastasia y en esa boca que me gustaría corromper. Es bastante placentero pensar en sus gruesos labios y en su cuerpo bajo el mío. Tanto que una corriente eléctrica me atraviesa la espina dorsal, y eso hace que me levante de la silla de un salto. No es momento para estos pensamientos que desvían mi atención de la reunión importante que tengo en breve.

El bullicio en la planta baja me distrae. Palermo nunca duerme, y mi club menos aún. Decido salir a controlarlo todo, como siempre hago. Todavía falta para la cena y los invitados no han llegado. Bajo la escalera con los ojos fijos en las voces que se oyen desde arriba. Allí, entre luces y clientes, distingo a Romeo, mi hermano pequeño. Un dolor de cabeza de veinte años con piernas largas y sonrisa socarrona. Lleva un traje blanco (¿quién demonios lleva un traje blanco en Palermo?), una corbata roja torcida y un peinado de estrella de rock. Ni los Rolling Stones se atreverían a copiar ese look.

Sigo bajando la escalera despacio, con la vista fija en la planta baja. Me encuentro a Romeo de espaldas, rodeado de dos chicas que parecen sacadas de la portada de una revista. Son muy guapas; una es morena, la otra pelirroja.

—¡Angelo! —El crío grita por encima de la música, elevando su copa—. No me digas que el dueño ha decidido unirse a la fiesta.

Se encoge de hombros, mostrándome una sonrisa de niño bueno (si los niños buenos traficaran y condujeran Lamborghini desde los diecisiete). Lo miro de arriba abajo.

—La última vez que celebré algo contigo acabamos los dos en comisaría y tú con el pelo teñido de azul, ¿te acuerdas?

—No me acuerdo, tenía doce años —protesta, sonriendo como un niño al que nunca le faltó nada, salvo disciplina.

Una de las chicas me guiña un ojo y Romeo se apoya en mi hombro, bajando la voz para que solo yo lo oiga:

—La pelirroja tiene un buen polvo, ¿verdad?

—Tú sabrás —le digo seco—. Pero contrólate. Todas quieren a un Barone, aunque muy pocas son dignas.

—Tranquilízate, ¿eh?

—Tranquilízate tú, anda. Y mira el teléfono. Tu hermana te está llamando ahora mismo —suelto con una mirada amenazante cuando está a punto de caerse. Se ha pasado con el alcohol.

—¿Sabes lo que le pasa a Regi? Necesita relajarse. Demasiados negocios y poco amor. Dile que la quiero, pero que no pienso someterme a sus paranoias. Sinceramente, creo que su película favorita es *Destino final*, hermano —añade con ese aire desenvuelto de adolescente grande—. Teme a la muerte más que tú a las cazafortunas.

—No digas gilipolleces.

—¿Yo? Tío, creo que deberíais hacéroslo mirar.

—De Regina me encargo yo. Tú solo procura no salir en las noticias mañana.

Él se ríe, pero no parece escucharme, y eso probablemente sea fruto de la ginebra, a juzgar por las botellas vacías que veo en la

mesa.

—¿Sabes? —dice pasándome el brazo por el cuello—. Algún día todo esto será tuyo. Y yo solo seré el hijo menor y rebelde de los Barone.

—Con que seas el menor me conformo. Quita lo de rebelde.

Lo veo alejarse y no puedo evitar reírme. Si alguna vez me faltan ganas de vivir, me basta mirar a Romeo y me contagia su energía. En el fondo, lo comprendo, yo también tuve veinte años. Y ahora, una década más tarde, todo ha cambiado: nuestros padres ya no están y Alessandro tampoco.

—Dante —digo sin levantar la voz.

Necesito distraerme y no pensar demasiado.

Un chico alto, calvo y fornido aparece de pronto cuando nota que le hago una señal, barriendo la planta baja del club con la mirada.

—Dime que tienes algo, porque, de lo contrario, me volveré loco.

—Algo, señor, pero nada concluyente. Esa mujer que está buscando pagó en efectivo para guardar una maleta veinticuatro horas.

—¿Dónde?

—En el aeropuerto de El Prat. Barcelona —me informa—. A nombre de K. Kirova.

—Nombre falso, por supuesto. Sigue el rastro. —Ajusto un candelabro que hay en una mesita—. Que Romanov no se entere, sabes que la quiere muerta.

—¿Y usted no? —me pregunta Dante, que, más que empleado, se ha convertido en confidente. Pero hasta cierto punto.

—Yo quiero otra cosa. Y ahora dime, ¿está todo preparado para el fin de semana?

—Estamos en ello.

—Es importante, Dante, y quiero que todo salga a la perfección, pero nos falta el último detalle. El primordial.

—¿Cuál?

—Luego te cuento. Mis invitados me esperan —le digo con la mirada clavada en las ocho personas que suben la escalera hacia la primera planta, guiadas por mis hombres.

Dante se esfuma y yo me arreglo la chaqueta. Pero, antes de dar un paso, observo que el cuadro a mi derecha está un milímetro torcido; también hay una lámpara que proyecta una sombra rara, señal de que la bombilla se está fundiendo. Le hago un gesto al camarero y este lo entiende al instante.

Vuelvo a subir a la planta alta, pero esta vez en ascensor; quizá sea una manía mía, pero me gusta bajar las escaleras, jamás subirlas. El ascensor se abre en la sala privada, todo diseñado en madera oscura. Hay un espejo antiguo, y la vista a la ciudad de Palermo no tiene precio. Al entrar, todos sonríen y se ponen de pie para recibirme. Mis socios, como siempre, me hacen la pelota. Hay políticos vestidos de traje, un par de empresarios y él: Domenico Cavalli, un viejo antipático y ególatra, socio de la familia Barone desde hace siglos.

A su lado está la que creo que es su nueva esposa. Se acaban de casar. Una chica demasiado joven y demasiado guapa para un perro como Domenico. Tabique afinado, pómulos elegantes y labios atractivos. El vestido dorado y corto que lleva esta noche hace lo que puede por disimular unas tetas de infarto, que asoman por el escote, y eso, por supuesto, no es algo que le pasa desapercibido a alguien como yo. La esposa de Dom podría tener la edad de Romeo. Además, es perfecta para el reto que mi cerebro activa cuando veo una alianza en el dedo de una mujer.

—Angelo, ¡qué gusto verte! —Cavalli me abraza con un apretón brusco y demasiado fingido—. Te presento a mi esposa, Chiara.

—Bienvenida a mi casa, *signora*. —Le tomo la mano y deposito un beso prolongado en ella, sin perder el contacto visual—. Espero que el viaje no haya sido pesado y que el calor no le moleste demasiado. Sé que en Verona hace más frío.

—Gracias, pero me gusta el calor, *signore* Barone —dice sosteniéndome la mirada un segundo de más.

La vi fugazmente hace unas semanas durante un viaje, pero jamás nos habían presentado. Hace cuatro días supe que le gustan los gatos y que los martes y miércoles tiene la agenda libre. Lástima que viva tan lejos. Y, no, no es romanticismo, es inteligencia de mercado.

—Barón... —Matteo, el encargado de operaciones, me estrecha la mano—. *Bellissimo*, como siempre.

—No tanto como tu trabajo —respondo sarcástico, y mi mirada se desvía una fracción de segundo hacia la alianza de Chiara antes de volver a Matteo—. Ese puerto no se mueve solo.

Hago un gesto con la cabeza para que tomen asiento. Mis invitados a un lado y al otro, y yo en la cabecera.

—¿Qué tal está Regina? —pregunta uno de ellos—. ¿No se nos unirá esta noche?

—¿Acaso no os basta conmigo?

Todos reímos.

—Bueno... —empiezo a decir, pero no antes de meter la mano en el bolsillo y acariciar la cruz del rosario granate que llevo. Son cuatro roces. Ni más ni menos—. El tema de hoy es Mikhail Romanov, y me gustaría dejarlo todo claro antes de formalizar nuestra alianza con ellos.

—Será el invitado de honor en la fiesta de este fin de semana, ¿no?

—Sí, él y su hija —matizo—. En primer lugar, debéis saber que esta alianza nos generará tres ventajas: acceso a armas blancas a un precio más barato, explosivos de alta potencia y rutas de perfil bajo. Es el hombre que menos rastro deja, y ni siquiera la Interpol ha podido con él. No tiene ni un expediente abierto y actualmente opera con una identidad falsa.

—Además, tener a la mafia rusa en contra no nos beneficia. Y este me da la impresión de que es más peligroso que la propia *bratva*.

—¿Y si Romanov quiere hacerse con el monopolio? —pregunta Dom. Mucho ha tardado en hablar—. Firmar ese tratado supondrá ofrecer nuestro apoyo a un forastero y dejarle vía libre con nuestros clientes.

—Tú lo has dicho, es un tratado. Además, a través de las cláusulas impondremos nuestras normas. Romanov tendrá que aceptar.

Matteo asiente, profesional.

—Nos debe mucho —añade Domenico—. Sin nosotros, jamás habría recuperado a su hija y aquel perro mafioso no estaría muerto.

—La hija de Romanov te importa una mierda, Dom. Es el miedo que le tenéis. Kovalenko jamás fue un simple mafioso —matizo—. Es quien tiene el poder de acabar con los mafiosos.

—Lo tenía, pero ya no —responde con una sonrisa cínica—. *Salute!*

—*Salute!* —Alzo mi copa, escaneándolos a todos uno por uno.

Hoy la reunión va sobre el nuevo contrato que Romanov firmará en la fiesta, y espero no arrepentirme. Mientras tanto, siento la mirada de Chiara sobre mí, que me examina con esos ojos provocadores. No solo cuando hablo, cuando guardo silencio también. Inclino la cabeza en su dirección disimuladamente y le

guiño un ojo cuando su marido hace un comentario con respecto a su reciente boda. Ella roza el borde de su copa con el índice, un gesto que pasa desapercibido para los demás, pero su sonrisa guarda un secreto. Un secreto para otros, no para mí, yo sé leer los gestos, incluso los silencios de una mujer.

La cena avanza entre *carpaccio*, lasaña y caviar de la mejor calidad, además de un vino de lo más caro. Muestro cortesía, cierro dos fechas, hablamos de las cláusulas y de nuestros proveedores. Chiara juega a no mirar cuando el contacto visual entre nosotros se intensifica. Se resiste a ponerle los cuernos a su marido tan solo un mes después de la boda, pero lo que no sabe es que, para evitar eso, debería haberse quedado en Verona.

—Disculpadme un segundo.

Sale deprisa después de susurrarle algo al oído a Domenico, consiguiendo un beso en la mejilla de su parte.

Bien. Empezamos. Cuento hasta cuatro y me pongo de pie.

—Ahora vuelvo, mi hermano me necesita —informo amable—. Él y sus amigos se han adueñado del club esta noche.

Salgo del comedor, fingiendo interés en buscar a Romeo, aunque la verdadera razón es Chiara. La encuentro fuera del baño, pero no en el pasillo como esperaba, sino cruzando las puertas de cristal en dirección a la terraza superior del club, donde la ciudad de Palermo se despliega bajo un cielo lleno de estrellas.

La chica se apoya en la barandilla de hierro forjado y enciende un cigarro con dedos temblorosos. El mechero dorado parpadea, y hay algo en la forma en que exhala el humo que ya me excita. Me acerco con pasos lentos.

—Te estás perdiendo una conversación interesante —le digo con una sonrisa ladeada, apoyando los codos en la barandilla.

Respiro hondo. Desde aquí, Palermo se ve en todo su esplendor.

—Lo dudo. Las charlas de negocios me aburren —confiesa ella, exhalando el humo sin mirarme.

No puedo evitar sonreír. Directa, como a mí me gustan.

—Entonces has venido al sitio correcto.

Le cojo el cigarro de entre los dedos y me lo llevo a los labios. Lo pruebo, se lo devuelvo, y esa cercanía le provoca un temblor. El ritual nunca falla: debes robar el aliento de una mujer antes que su cuerpo.

—Supongo que no estás aquí para hablar de puertos ni de rutas de armas —dice con la voz más ronca, mirándome a la cara por primera vez.

Vaya. Esta chica es preciosa. Es rubia y tiene los ojos claros, además, se ve inocente cuando desliza un mechón detrás de la oreja.

—Tienes razón —le contesto con voz sensual—. Lo mío es otro tipo de logística. Más inmediata.

Ambos reímos, y después le acomodo la manga de su vestido, alisándola con un gesto mínimo. Me fijo en un pequeño hilo suelto, lo arranco y lo tiro por la barandilla. Lo sé, soy un obseso del orden, hasta en los detalles más insignificantes.

—No soporto los cabos sueltos —le susurro al oído cuando me mira, sorprendida—. Ni en los negocios ni en la ropa.

Ella se estremece y apaga el cigarro, sin apartar los ojos de mi boca.

—Vaya, no sabía que fueras así de minucioso, aunque me lo podía imaginar. Domenico habla mucho de ti.

—Lo soy, en la cama donde más —le aseguro bajando la voz—. Me gusta dejar cada rincón perfectamente recorrido.

A continuación, saco del bolsillo mi rosario y lo froto entre los dedos. Siempre cuatro toques.

—¿Rezas mucho? —susurra ella, soltando una risita incrédula.

—Solo cuando peco —le contesto, con la mirada clavada en sus labios—. Y tú me vas a hacer pecar esta noche, ¿verdad?

Ella vacila, pero no se aparta cuando me acerco. Noto su respiración agitada cuando mi mano sube despacio a su cintura y empiezo a bajar la cremallera lateral de su vestido. Pero ella me detiene la muñeca.

—¿Qué haces?

—Nada —le digo ofendido—. Quería ver si funcionaba bien esta cremallera, pero parece que sí.

Tiro suavemente, subiéndosela de vuelta. Ella duda un segundo, pero luego asiente con una sonrisa indecisa, como si acabara de aceptar un trato ilegal.

—Ajam... Eres listo, pero no creo que este sea el mejor sitio para... eso —protesta en voz baja—. Podrían vernos.

—No lo creo. Te correrás antes de que Dom se levante de la silla siquiera —susurro, y avanzo tanto que su espalda choca contra la pared de piedra de la terraza.

—¿Siempre eres tan descarado? —pregunta con un suspiro.

—Casi siempre.

Entonces, entro en acción. Le acaricio la espalda, bajo el tirante de su vestido dorado con calma, dejando al descubierto el encaje negro del sujetador. Ella tiembla cuando le muerdo el lóbulo de la oreja y la veo agitándose, mirando hacia los lados.

—Oh, sabes que soy una mujer casada.

—Y eso es maravilloso, créeme —remato—. Me alegro mucho por tu boda, y espero que seáis muy felices.

Le acaricio el hombro desnudo con dos dedos.

—Quizá debería irme, yo no...

—¿Tú no qué? —La miro atento—. Te diré una cosa, Chiara. Si te vas, cada vez que tu marido te folle pensarás en mí.

Sin dejar que me responda, la beso violentamente, invadiendo su boca con ansias, hasta que mi lengua golpea y se enlaza con la suya con un movimiento de lo más pasional. Nuestros labios se funden lascivos y se adoran. Pero no por mucho tiempo. La giro contra la pared y, con movimientos precisos, le amarro las muñecas por detrás con mi rosario. Los nudillos se le vuelven blancos y su piel enrojece, pero no protesta. De hecho, jadea.

—*Ti piace?*[2] —pregunto presionando más sus muñecas—. Dímelo, *signora* Cavalli.

—Señor Barone... —Sonríe ronca—. No sabía que estuvieras más interesado en mí que en la reunión.

—Lo único interesante para mí ahora mismo es lo que guardas entre estas preciosas piernas, *bella*. Y llámame Angelo, *per favore*.

Cuando introduzco los dedos entre sus muslos, la siento húmeda, señal de que está preparada. Me inclino hacia delante, le muerdo el cuello y deslizo mis labios por su hombro. Ella arquea el cuerpo y apoya la frente contra la fachada. Gime con fuerza, soltando un quejido agudo. Me encanta eso de las mujeres, cuando no saben si llorar o gritar de placer.

—*Santa Maria, madre di Dio, liberami da questo peccato*[3] —murmuro en su oído en un rezo depravado, deslizando mis dedos por su espalda—. Sabes que debemos continuar con la reunión, así que dime ya qué quieres.

—A ti —demanda.

—¿Estás segura?

—Sí. Ahora.

No necesito más, tan solo atraigo sus caderas hacia mí. Me bajo la cremallera de los pantalones, saco el preservativo y, sin apartar la

vista de su cuerpo, me lo coloco de un tirón. Estoy dolorosamente duro, palpitando por el deseo. Al notar su respiración acelerada, la penetro de un solo golpe, brutal, llenándola hasta el fondo. Chiara ahoga un grito mientras se arquea contra mí.

No hay compasión ni pausas y mis embestidas son salvajes, tan implacables como mi reputación. El rosario, enrollado en sus muñecas, cruje con cada movimiento, marcando el ritmo de nuestros cuerpos. Ella jadea, entre gemidos agudos que se mezclan con el rugido lejano del tráfico. Su vestido subido hasta la cintura y sus pechos rebotando libres con cada empujón me excitan hasta lo indecente. Su delicioso culo queda perfectamente encajado contra mi pelvis.

—*Madonna santa*, qué cosa más bella... —le susurro al oído.

—Oh, no pares —gime temblorosa—. Más fuerte, por favor.

Le golpeo las caderas con el cuerpo, cada estocada más profunda y más intensa que la anterior. Los gemidos suben de volumen y debo llevarle una mano a la boca para frenar su rugido de placer.

—Te encanta, ¿verdad? —gruño en su oído.

—Sí, mucho.

—Te encanta ser una puta, ¿eh? —continúo—. Dejar que te folle aquí, a unos metros de tu marido.

Ella gime, pidiendo más. La sujeto del pelo y le muerdo el hombro. Mis dedos buscan su clítoris y lo masajeo sin compasión. Ella tiembla mientras se deshace en mi mano y, cuando siento que está a punto, le lamo la oreja y le beso el cuello.

—¿Quieres más, hermosura?

—¿Por qué lo preguntas si ya sabes la respuesta, eh?

Aprieto sus muñecas y acelero el ritmo, follándola desde atrás sin piedad, hasta que sus gemidos se vuelven un escándalo contenido y su cuerpo se deshace en un orgasmo que casi la hace caer de

rodillas. Solo entonces, la abrazo y estallo dentro del condón, ahogando los gruñidos en su precioso cabello rubio.

—Espero que haya disfrutado, mi señora —le digo apartándome de ella mientras le bajo el vestido por los muslos.

Me acomodo el bóxer deprisa y me subo la cremallera del pantalón. Tras desatarle las muñecas, le rodeo la cintura y le beso la mano, sello de mi ritual personal. Ella se apoya en la barandilla, temblorosa y con un intenso rubor en las mejillas. Se lleva una mano al pecho, intentando recuperar el aliento. Sus ojos brillan de emoción y sus labios están hinchados.

—¿Volveremos a vernos?

—No. —Cojo su mechero dorado de la barandilla, mostrándole una sutil sonrisa que lo dice todo.

—¿Por qué no? —alcanza a susurrar.

—Porque las mejores obras de arte se contemplan solo una vez —respondo con una sonrisa mientras me acomodo el nudo de la corbata y me paso una mano por el cabello—. Y gracias por el mechero, me viene genial para la colección.

—¿Coleccionas mecheros?

—Algo así... —Le guiño un ojo y me doy la vuelta.

Me alejo, dejando a la nueva señora Cavalli sola, aturdida y jodidamente satisfecha, en una terraza de Palermo que nunca olvidará.

Porque solo en Palermo y conmigo a su lado, una mujer puede satisfacer todas sus fantasías. Es la magia de los Barone.

5

Rosas blancas

Anastasia



A veces sobrevivir significa aprender a caminar entre ruinas, pero a mí me gusta pensar que sobrevivir es reconstruir.

Las flores trepan desafiantes por la verja de hierro, dándole un aire alegre a la mansión donde vivo. La villa está situada a las afueras de Palermo, en una zona aislada. No podía ser de otra manera, con el ejército de hombres que vigilan todos nuestros movimientos. A simple vista parece una casa normal y corriente, incluso acogedora, pero basta con mirar dos veces para percibir la realidad.

El perímetro está siempre vigilado por tipos trajeados o en ropa de combate, patrullando o luchando. Conté al menos cincuenta, pero este es solo el escuadrón del Zar, la élite de los Dragones Blancos. Los demás, los escuadrones menores, están repartidos por Rusia y Europa, infiltrados en negocios ilegales desde Moscú hasta Marsella. Ahora, en Sicilia, nos abrimos paso a la sombra de los Barone, y a

nadie le gusta admitir que los rusos pisan fuerte en la cuna de la mafia siciliana.

Detrás de la villa, casi oculta entre campos de olivos, hay un helipuerto, una zona de entrenamiento al aire libre equipada con sacos de boxeo, dianas, todo tipo de armas blancas y obstáculos de madera. Un verdadero espectáculo de testosterona y disciplina.

—Me pregunto si el idiota de mi padre piensa que las mujeres no tenemos dos manos para sujetar una espada —digo hablando conmigo misma.

Franqueo la entrada lateral, ignorando las miradas fugaces que me persiguen desde las garitas de seguridad. Los Dragones no hablan mucho, pero alzan las cejas y me miran con interés cuando paso junto a ellos. Otros cuatro rusos están apostados cerca del garaje, bajan la cabeza y me saludan con un *«Dobryy den', Imperatritsa»*.[1] Los ignoro y subo la escalera de piedra que conduce a la terraza, pero, antes de entrar, me detiene el murmullo de voces en el patio.

Dos hombres discuten en ruso y, al fondo, un grupo bromea junto a un saco de boxeo improvisado. Hay movimiento e Igor está al mando, como siempre. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado, una camiseta que se ciñe a sus músculos y tiene una mirada de animal en guardia.

—¿Un combate antes de cenar? —me pregunta cuando me ve, a cierta distancia.

Nadie pestañea. Todos miran de reojo hacia mí, esperando mi réplica. Yo solo alzo una ceja, aunque en el fondo intento deshacerme de esa sensación de estar vigilada a cada momento y que todos me midan pensando en si seré una buena líder. Una sola mirada basta para recordarles que soy la heredera de Mikhail

Romanov. Y, sí, también la madre de un futuro tirano, a no ser que yo cambie las reglas del juego.

¿Es esto lo que verdaderamente quiero? ¿Esta vida?

—Eh, ¿qué me dices? —insiste el pelirrojo.

—Mejor no —niego—. No tengo ganas de dar palizas hoy.

Sonríe al percibir mi actitud chulesca y hace una mueca, encogiéndose de hombros.

—¿Seguro? ¿O es porque sabes que será justo al contrario?

—Más que entrenar, deberías aprender lecciones de humildad, Sensei.

Igor se acerca, secándose el sudor de la frente con la muñeca.

—Si te digo la verdad, eres la única a quien le permito que me dé una paliza.

—¿Porque soy mujer?

—No —responde arrugando el entrecejo—. Porque eso demuestra que mis clases te sirven.

—No te preocupes —replico rendida—. Si alguna vez tengo que darte una paliza, será en privado. Por respeto... —susurro con una risita y lo miro con cariño—. Para no arruinar tu reputación de bestia siberiana.

Igor abre los brazos.

—Esa es mi jefa. Eh, *parni*,[2] ella es la única que sabe tocarme el corazón. —Pone ojitos.

—No me digas que tienes de eso. —Me río.

—Sí, aunque no lo creas.

Dos de los tipos más grandes se colocan frente a frente, descalzos sobre la grava. Se oye una apuesta a media voz y los demás se arremolinan para ver la pelea. Empieza el combate. Patadas rápidas, puños y, finalmente, el sonido sordo de un cuerpo cayendo.

Aprovecho la distracción para retirarme mientras pienso que, si alguien me hubiese contado meses atrás que acabaría conviviendo con asesinos luchando en el patio de mi propia casa, lo habría tachado de loco.

Subo la escalera de piedra con pasos lentos, todavía sintiendo las punzadas en el costado. El tatuaje que me hice me escuece, y los golpes que recibí en el estómago y en la cara me siguen doliendo.

Dentro, la casa está en silencio, y solo se oye el tictac lejano de un reloj moderno en el salón y el zumbido de la nevera. Me miro en un amplio espejo que hay en la entrada. El labio sigue un poco hinchado y un sutil moratón atraviesa mi mejilla.

—Mierda.

Me sirvo un vaso de zumo de naranja de una jarra de cristal y me distraigo con una nota que Nina ha dejado junto al microondas:

> Leche para el bebé, arroz para ti. Francesca se acaba de ir, no tardaré. Te veo luego.
>
> Nina

Mi hermana Nina se ve mucho más madura de como la recordaba. Me alegro de que haya comprendido que, en un momento, la vida te lo puede quitar todo y quedarte sin nada, perdiendo hasta a tu propia familia. Pensar que solamente nos tenemos la una a la otra hizo que nuestra relación mejorara.

En realidad, tiene mucha paciencia conmigo y cuida de mi hijo cada vez que no estoy en casa. Mikhail quería apuntarla a una escuela privada para que terminara sus estudios, pero no parece que le guste mucho la idea, y está más bien interesada en cocinar y limpiar la casa. La situación sería muy diferente si Lidia estuviera aquí. Sé que a mi pequeña le habría gustado ir a la escuela y no habría rechazado semejante oferta.

Camino deprisa hacia la habitación que hay al final del pasillo. La casa es grande y moderna, pero sin demasiado glamur. No quería mansiones con escaleras de mármol ni salones imponentes, bastante tuve con el castillo de Montecarlo. Esta es una villa de estilo siciliano, sencilla y luminosa, de una planta, con una cocina abierta que conecta con el salón. Mikhail insiste en quedarse arriba para vigilarlo todo desde su torre de control, pero yo prefiero el suelo firme. Estar cerca de la cocina me gusta porque así puedo calentar el biberón de Ery sin subir cientos de escaleras. Mi dormitorio está justo al lado del de Nina.

El cuarto del bebé no es muy grande, tiene paredes en tonos crema y cortinas blancas. Hay peluches de animales alineados en la estantería y una alfombra mullida donde a veces me tumbo a jugar con él. A un lado, la cuna blanca de madera está junto a la ventana abierta.

Mi bebé me espera abriendo la boca, preparándose para gritar. Casi seis meses y ya tiene tanta fuerza en los pulmones que despierta a toda la casa. Es un pequeño guerrero. La voz le retumba en el pecho y mueve las piernecitas como si quisiera salir corriendo. Lleva un bodi gris con dibujos de pequeños animales y, en los pies, unos calcetines verdes que nunca le duran puestos más de cinco minutos. El pelo castaño empieza a asomarle en remolinos rebeldes, y sus ojos son grandes y profundos. Cuando nació, los tenía verde oscuro, pero con el paso del tiempo se están volviendo marrones. Tiene los ojos de su padre, tan intensos que a veces me cuesta sostenerle la mirada.

—Ya estoy aquí, mi amor —le digo, inclinándome para cogerlo en brazos.

Su manita, regordeta y suave, se aferra a mi dedo con fuerza. Me abraza el cuello, olfateando mi piel con esa avidez que solo tienen

los bebés. Él posee un olor especial, mezclado con el de leche tibia, una combinación que lo hace único.

—Eres mi milagro —le susurro besándole la frente.

Se ríe, mostrando esa sonrisita que me fascina. Me tiene enamorada.

—Otra vez con hambre, ¿eh, tragón? —le hablo bajito mientras lo siento sobre mis piernas y busco el biberón en la mesilla.

Eryol balbucea, se agita y trata de agarrar mi pelo, que llevo recogido en una trenza floja. Le aparto la mano de los mechones y se la beso con suavidad.

—Insaciable como tu madre. Eso es lo único que has heredado de mí.

Miro la ropa diminuta que lleva y no puedo evitar sonreír. Frunce la nariz unos segundos antes de llorar, igual que Máximo cuando se pone nervioso. Son como dos gotas de agua.

—¿Sabes, Ery? Tu abuela gitana siempre decía que los niños que lloran mucho tienen el espíritu valiente.

Él responde con un grito de guerra y un manotazo en el aire que me hace reír. Al fondo, mi móvil nuevo vibra sobre la cómoda. El otro se me cayó en la carretera, cuando me asaltaron hace unos días. Lo ignoro por un instante, porque todo puede esperar salvo él.

—¿Y esta carita de pillo? —bromeo haciéndole cosquillas en el vientre.

Mientras traga con avidez, paso los dedos por su cabello, notando ese remolino rebelde en la coronilla. Me quedo mirándolo, tan perfecto, tan mío y, por un instante, todo duele menos. Sin embargo, mientras le doy el biberón, no puedo ahuyentar ese nombre de mi mente.

Máximo.

¿Cómo sería si estuviera aquí? ¿Si pudiera ver a su hijo, sentir su olor, tocar sus manos diminutas? El dolor es intenso, y hay días en que su ausencia pesa más, aunque me cueste reconocerlo. Y hoy es uno de ellos.

Unos pocos minutos más tarde, cuando Ery se duerme, lo dejo en la cuna y me siento en el sillón que hay al lado. Abro el portátil y me conecto a la red privada. Tecleo despacio: «Máximo Kovalenko, desaparecido, Montecarlo, río». Reviso cada noticia como si pudiera encontrar un maldito error entre líneas. No hay nada. Solo los mismos titulares que han salido en las noticias desde hace meses: «El empresario de origen ruso-español Máximo Kovalenko sigue desaparecido».

Joder.

El equipo que enviamos para investigar el caso no avanza, y ojalá fuese solo eso. Se rumorea que el hombre de negocios, fundador de una empresa tecnológica llamada Imperator y amante del mundo samurái, forma parte de la mafia rusa. También se lo asocia a la Dinastía, la organización criminal más temida del mundo, con sede en las costas del mar Tirreno; sin embargo, en los informativos no sale ninguna aclaración más, y tampoco nombres.

También dicen que su esposa, Anastasia, desapareció el mismo día que él. Algunos medios sospechan que se ahogó en el río, pero no hay rastro de su cuerpo.

Mejor así. Ser Ana Rosell lo facilita todo.

Me llevo las rodillas al pecho y me acurruco en el sillón, con la mirada perdida en un punto de la pared.

Dios mío. Yo lo amé. O quizá todavía lo amo. Por la noche sueño con él, imaginando que me acaricia la espalda, como aquella noche en la ducha, tras quitarme la virginidad. Me imagino sus fuertes brazos cargándome y sus labios sobre los míos, diciéndome que me

ama. Pero sé que eso no pasará, ni quiero que pase. Es un simple sueño.

—Ana —dice Nina desde la puerta, haciendo que cierre la tapa del portátil deprisa para que no le dé tiempo a leer nada—. Estás aquí. He ido a comprar el pan, a Francesca se le ha olvidado.

—Me lo he imaginado.

—¿Preparamos la cena?

Ambas vamos a la cocina. Nina remueve algo en una olla, completamente en silencio. Yo corto pan, y el crujido de la corteza es casi terapéutico.

—Nina, ¿de verdad no recuerdas nada de ese día? —le pregunto inquieta—. Aún no puedo creer que estés viva y que Mikhail te encontrara.

—Sí... —comenta con un resoplido—. ¡Qué día más horrible! Estaba desorientada y me refugié en el granero. Cuando tu padre fue a buscarte y se encontró con el desastre, me propuso que lo acompañara.

—Y Milena... —Suspiro llevándome la mano a la frente—. Ojalá me hubieses contado antes que ella ya no vivía allí, Nina, y no hace un mes.

Mis palabras la sorprenden porque se vuelve y me mira fijamente, con esos ojos grandes y oscuros.

—Yo... —titubea—. Fueron las órdenes de Mikhail. Y si supiera que te lo he dicho, me mataría. No quería provocarte ningún disgusto, ni embarazada ni recién parida.

Suspiro.

—Pero no lo entiendo... —Estrecho la mirada mientras corto verdura para hacer una ensalada—. ¿Por qué Mile se iría de Serra Rosa así, sin avisar?

—Ni idea —me responde—. Papá dijo que se cabreó mucho cuando volvieron del mercado sin ti. Por un lado, mejor, porque si se hubiese quedado, ahora estaría muerta, como todos.

—No creo que Milena dejara a Lidia atrás. No tiene sentido que...

—¡Joder! —exclama Nina con un fuerte temblor en las manos—. Quizá se fue porque quiso, Ana. Quizá estaba harta de hacer de criada por un plato de comida.

La miro molesta.

—Sé que estaba muy agradecida por dejarla vivir en nuestra casa.

Nina se encoge de hombros cansada.

—Hay rumores. Dicen que se fugó con un gitano, quizá tenía novio y no lo sabíamos.

Noto la sangre arder bajo la piel.

—Mentira. Milena nunca tendría novio sin decírmelo.

La conversación termina ahí, pero las palabras de Nina me persiguen mientras preparo la cena como un robot. Milena era más que una prima para mí: era mi amiga y mi confidente. Agradezco que esté viva, pero no pudo irse de Serra Rosa así, sin más.

La mesa está servida cuando Mikhail aparece en la cocina, seguido de dos de sus hombres: Grigori y Pavel. Grigori es el lugarteniente del escuadrón de Palermo, responsable de los movimientos de la mercancía. Y también el que me sigue a todos lados. Pavel lleva los números y las comunicaciones con los escuadrones menores de Moscú y Marsella. Aquí, nada se mueve sin que uno de ellos lo sepa.

Desde que los Dragones Blancos se instalaron en Sicilia, Mikhail ha instaurado el sistema de consejo: cada semana hay una reunión con los jefes de cada escuadrón, pero no me sorprende, teniendo en cuenta que mi padre estuvo años luchando en el ejército.

—Podéis esperar fuera —ordena Mikhail con voz áspera.

Ellos desaparecen, cerrando la puerta tras de sí, como los buenos soldados que son.

Romanov lleva el traje oscuro perfectamente planchado, pero sin la chaqueta, y el nudo de la corbata flojo.

—Tú también —le ordena a Nina, que acaba de entrar por la puerta.

Ella alza las manos poniendo mala cara. Solo quedamos él y yo, sentados uno frente al otro; no sé por qué, pero presiento que la conversación será larga y jodidamente tediosa.

Comemos en silencio durante unos minutos. La comida forma un nudo en mi garganta, porque sé qué vendrá a continuación, aunque lleve dos días evitándolo.

—Fue una gran imprudencia lo que hiciste, Anastasia —rompe el silencio con tono seco.

No le respondo. Mastico, trago y respiro hondo.

—¿Crees que así te respetarán más? —prosigue—. El respeto se gana con la cabeza fría, no con actos de generosidad. ¿Sabes lo que habría hecho yo? Habría detonado esa bomba, hija. Si sigues así, nadie te va a tomar en serio. Recuerdo que quedamos en que cumplirías con nuestro código, pero si lo que quieres es pasearte sola por ahí, hazlo. Acabarás bajo tierra en menos de veinticuatro horas.

—Estoy cansada de que me sigan como si fuese una prisionera —respondo, clavando el tenedor en la ensalada—. No soy una marioneta, Mikhail.

Él se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa. Hace una pausa y se pasa una mano por el pelo canoso.

—Eres la heredera de los Dragones Blancos. Y un Dragón nunca actúa sin pensar, no lo olvides.

—Ve al grano —le indico, sospechando que tiene algo que decirme.

Me cruzo de brazos sin apartarle la mirada.

—Me gustaría hablarte de Angelo. Nos está ayudando mucho y le interesas. Es perfecto para ti.

—¿Y eso significa...?

—Que te casarás con él.

—Vale, los rumores eran ciertos —respondo sarcástica tirando mi servilleta sobre la mesa—. Fue un error permitirte vivir aquí conmigo.

Él esboza una media sonrisa apenas perceptible mientras yo maldigo mi existencia. Me libré de Aspar Angelov y de las costumbres de los Valkov para caer en el mismo agujero.

—Escucha bien lo que te voy a decir. Barone es mi socio y ahora, oficialmente, los Romanov forman parte de la Dinastía. Esta alianza nos beneficia y mañana, en la fiesta, firmaremos el compromiso.

—¿Fiesta? —pregunto con una sonrisa crispada—. ¿Eso es lo que toca ahora? ¿Champán para celebrar la venta de la hija que acabas de recuperar de una muerte segura, según tú?

—Tú eres lo más valioso que tengo, no lo dudes. El Barón no protege a cualquiera, y te recuerdo que estamos en territorio extranjero.

—No necesito que nadie me proteja.

—Eso mismo decía tu madre, y ahora ya no está. Una gran imprudencia, qué decir.

Las palabras se me clavan muy adentro, y no puedo olvidarme de que el pasado me persigue vaya a donde vaya.

—Mi madre simplemente tuvo mala suerte, al igual que tú. Pero eso no justifica que tuvieras que matar a personas inocentes, Mikhail —le recrimino—. No soy estúpida, sé lo que pasó con la esposa de

Máximo, aunque nunca quieras hablar de ello. La mataste a sangre fría, eso sí que fue una cagada.

—¿Crees que lo hice a propósito? —pregunta mientras coge un vaso de agua de la mesa—. Esa mujer tan solo fue un daño colateral. Igual que tú.

—¿Y él? —pregunto intrigada—. ¿Por qué lo dejaste vivir? Si soy tu heredera, dime de una vez por qué no mandaste a Igor a matarlo. Lo tenía muy fácil.

—No dudes que todo lo que hice fue por ti.

—Solo contéstame —suelto firme—. ¿Por qué?

Mikhail clava los ojos en mí. Se queda en silencio un instante, como si evaluara si vale la pena remover el pasado. Gira el vaso de agua sobre la mesa y suelta un suspiro largo.

—Tenía tu edad cuando lo perdí todo en una sola noche. A mi padre, tu abuelo, lo asesinaron delante de mis ojos, y a mi madre... —traga saliva— la vendieron por una deuda de juego. Dormí en la calle durante mucho tiempo, hasta que los soviéticos me reclutaron para ir a la guerra.

Baja la voz, como si cada palabra le costara la vida.

—Aprendí a sobrevivir. Me hice fuerte porque el mundo me obligó. Pero te diré algo: a la única que de verdad amé fue a tu madre. Ella era... tan guapa. Como tú. Cuando la conocí, pensé que nada podría separarnos, pero a veces la vida tiene maneras muy retorcidas de tratarte.

Sus ojos se nublan un segundo.

—Viktor Kovalenko fue mi familia, aunque no tuviéramos la misma sangre. Lo quise como a un hermano de verdad, y me traicionó.

Se sirve más agua, quedándonos ambos en silencio unos segundos.

—Como ves, la traición no siempre llega del enemigo. —Me mira como si estuviera viviendo en el pasado—. Yo amé a tu madre hasta el último día, Anastasia. Y te quiero a ti.

Me levanto de un salto, en completo silencio. Tiro los restos de comida a la basura y dejo el plato en el fregadero.

—He reservado un vuelo a España —informo girándome hacia él.

—¿A España?

—A... —titubeo— Barcelona. Quiero ir a Serra Rosa.

—¡Ni hablar! —Se levanta de la silla, rabioso.

Muy bien. No continúo la conversación y salgo del salón a grandes zancadas. Atravieso el pasillo silencioso mientras oigo su grito gutural a mi espalda. Sabía que la noticia no le iba a gustar, pero no me importa. Que patalee todo lo que le dé la gana.

Compruebo que Eryol está dormido una vez que llego al cuarto del bebé. Tiene el cuerpo girado hacia la pared, abrazado a su peluche. Un caballo marrón al que hemos llamado Raskol.

—Duerme, mi vida —murmuro acariciándole la frente.

Lo cojo en brazos y me lo llevo a mi dormitorio, que está al lado. Lo deposito en mi cama con cuidado y después echo el cerrojo. Es por costumbre. Mikhail puede ser mi padre biológico, sí, pero jamás cometeré el error de confiar en él del todo.

Me quito la camiseta y la tiro sobre una silla. Me observo en el espejo, repasando el tatuaje de mis costillas: el dragón blanco, símbolo de una herencia que nunca pedí, pero la cual estoy aprendiendo a asumir. Me giro para coger el pijama, pero entonces veo algo. Un ramo de rosas blancas reposa sobre la mesilla de noche. El aire se me escapa del pecho y, por un segundo, siento que me han dado un golpe.

«Rosas blancas».

Imposible. Aquí no tenemos rosas, y no he enviado a nadie que me las compre. El dulce perfume llena la habitación y, de pronto, todos los recuerdos llegan a mí.

«—¿Cómo supiste que era mi cumpleaños?

»—Es mi trabajo saber cosas.

»—También sabías que, si me regalabas rosas, no me sentiría tan sola porque me recordarían a Serra Rosa, ¿cierto?

»—Cierto —dijo aquel día que fuimos a comer al restaurante de Pietro.

»—Pero ¿por qué blancas?

»—No sé, quizá porque... el blanco te pega».

Me llevo una mano al pecho, consciente de que la cabeza me está jugando una mala pasada. La ventana está abierta y la cortina rosa flota por la brisa. Aprieto los dientes con fuerza y miro hacia fuera agitada, pero no hay nada, solo el jardín trasero. Cierro la ventana con brusquedad, temblando.

Entonces veo una pequeña nota blanca, colocada con cuidado junto al ramo.

Me basta con verla para entenderlo todo. El corazón me late con fuerza en los oídos, porque sé que él tenía esa costumbre de dejarme rosas blancas y notas. Enseguida me pregunto por qué juega conmigo.

Si está vivo, ¿por qué me hace esto?

¿Por qué, joder?

Máximo



No existo.

Eso es lo primero que aprendes cuando decides desaparecer de verdad. No basta con cambiar de nombre o de país, tienes que matar cada rastro de la persona que fuiste. Debes quemar documentos, romper rutinas, respirar sin dejar huella.

Ahora soy solo un fantasma. Mejor. Que crean que soy un fantasma me da ventaja.

Rozo mi alianza con un sabor amargo mientras cierro los ojos un segundo.

«Anastasia».

Los recuerdos me envenenan, y el tacto de sus labios no es solo un recuerdo, se ha convertido en una obsesión. Su voz no es solo una voz, es una droga que necesito para no perder el control. Su mirada no es una simple mirada, es un anclaje y, a la vez, una condena. Algo que se te mete debajo de la piel y te consume por dentro, por más kilómetros que pongas de por medio.

Anastasia no es un recuerdo al que volver, es el punto exacto donde todo duele. Y, aun así, es el único lugar seguro al que siempre quiero regresar.

Toco la pantalla con el índice, como si pudiera atravesarla. No puedo, y ese límite invisible me cierra la garganta. Cambio de cámara con un movimiento rápido, ni siquiera necesito sonido, con verla me basta. Sé a qué hora se despierta, incluso cuando no pone el despertador. Sé que tarda exactamente siete minutos en salir de la habitación cuando ha dormido mal. Que se toca la muñeca izquierda cuando miente y que choca las rodillas estando sentada. Solo cuando se pone nerviosa. Ese tic sigue ahí.

La observo. Su pelo es más oscuro, oculto bajo una peluca que intenta borrar a la mujer que fue. No lo consigue ni de lejos. Sigue siendo preciosa, pero de una forma distinta, más dura y serena.

Sé cuándo se obliga a comer y cuándo solo juega con la comida, incluso cuándo se queda mirando al vacío más de lo debido. También sé cuándo finge estar bien.

La veo reír con otros. Con él. Y juro que no son solo celos, es decepción y dolor. Un dolor tan grande que me atraviesa el pecho y me hace pensar que preferiría haber muerto en aquel río antes que verla tan cerca del maldito italiano.

Me toco el hombro donde la herida aún me escuece y me coloco los guantes con tranquilidad. Pensaba que me amaba y que no me olvidaría tan pronto. Porque yo jamás la olvidé. Y sé que podría intervenir ahora. Bastaría una orden. Un simple movimiento para que toda esta tortura acabase.

Pero no. Todavía no. He pasado demasiado tiempo preparando este momento como para dejarme llevar por impulsos. La venganza no se improvisa, se construye. El amor no se apaga, se revive.

Dicen que donde hubo fuego quedan rescoldos.

Y ella me pertenece.

Más que nunca.

6

Fiesta de disfraces

Angelo



Ponerse una máscara y fingir no es difícil. El problema llega cuando tienes que quitártela y mirarte al espejo.

El olor a incienso flota en el despacho mientras examino a un par de jardineros revisar a toda prisa los parterres de lirios. El chófer limpia por quinta vez el Bentley negro aparcado frente a la escalinata. Detrás está el Lamborghini de Romeo y también un todoterreno. No sé por qué no ha despejado ya la entrada principal. Los invitados están a punto de llegar.

Me acerco al escritorio, abro el primer cajón y saco un cigarro. Lo enciendo con el mechero dorado de Chiara, mi último trofeo. Lo hago girar entre los dedos con una sonrisa, recordando la noche en la terraza y cómo ese mechero, ahora, es solo uno más en mi colección de suvenires personales. Al lado, un abanico de encaje con

iniciales bordadas, un pintalabios rojo y, al fondo, una liga de encaje negro, un pendiente sin pareja y hasta una pulsera de silicona de un festival de rock, entre otras cosas. Todo perfectamente alineado.

Coloco el mechero de vuelta en el cajón y me pongo de pie mientras exhalo el humo. Apago el cigarro deprisa cuando oigo el bullicio que sube desde la planta baja. Me ajusto la pajarita en el cuello, pensando que, entre tanto griterío, algo gordo se cuece hoy en la mansión Barone.

Bajo la escalera mientras me pongo unos guantes negros de piel. Aparto la capa roja forrada de terciopelo que cuelga de mis hombros y que me hace sentir como el mismísimo conde Drácula, que es de lo que voy disfrazado. No me gusta la idea de los colmillos, bastante tengo con que debo elegir un antifaz.

Regina está al mando, como siempre, y no debería oír tanto jaleo. Confío en ella más que en mí mismo. De hecho, en mí no confío salvo cuando se trata de pegar tiros o seducir a alguna mujer casada.

Efectivamente, la encuentro abajo, dando órdenes, encargándose de la improvisada fiesta que mandé celebrar.

—Marta, que los lirios sean también negros, no solo blancos —dice —. ¿Has revisado el *catering*? Que no falten *cannoli* ni *prosecco*. ¿Les dijiste a los músicos cómo vestir? Quiero elegancia, no circo.

A sus veintisiete años, mi hermana parece salida de otra época. Lleva el cabello de un rubio ceniza, casi gris plata, cuando en realidad es morena. Le he dicho miles de veces que ese tono la envejece. Sus ojos del color de la miel hipnotizan a cualquiera, y esos labios rojos hacen temblar hasta al padre Paolo, que viene a confesar a la familia una vez al mes. Normalmente viste de blanco y negro, sus colores favoritos, y su ropa siempre es de alta costura. Hoy lleva un vestido oscuro muy ceñido y unos tacones a tono. Su

ropa me recuerda a Morticia Addams, y su única concesión al color es el collar dorado que brilla en su cuello.

Aramis, su dálmata, la vigila con la mirada de un perro asustado mientras ella les ordena algo a las chicas de la limpieza. Ellas también la miran dóciles porque le tienen miedo. Literalmente hablando.

La pequeña Isabella, mi sobrina, contempla una tiara que se apresura a ocultar a su espalda cuando su madre se gira.

—Isabella, ni se te ocurra.

—Mamá, todas irán de princesas. No quiero ir de bruja, *per favore*...

—Haberlo pensado cuando decidiste no estudiar para el examen de Historia —sentencia, reclamándole la tiara.

Yo, desde el otro extremo del salón, observo el desfile de empleados: un camarero de uniforme negro pasa con una bandeja de plata, sorteando a Aramis, que muerde una máscara dorada.

—Eso es mío, chucho —le digo, y trato de quitársela.

Empieza a ladrar desquiciado.

—¿Sabes que tu perro tiene más carácter que tú?

Mi hermana ni siquiera parpadea.

—Ya en serio, Regina —susurro cambiando el tono de voz. Es lo único que funciona con ella y lo que la hace recordar que soy el hermano mayor—. Bella quiere disfrazarse de princesa, no seas la bruja del cuento esta noche.

—Sí, *mamma*..., por favor.

—Es mi hija, Angelo —me responde seca, arreglando las flores en un jarrón—. No metas las narices.

—¿Dónde está la gente?

Romeo aparece bajando la escalera. Lleva un antifaz oscuro que resalta sus ojos turquesas a la perfección, y esa sonrisa que haría

pecar incluso a una monja. Me alegro de que esté aquí y parezca sobrio, casi siempre llega tarde a todo.

—¿Y este quién es?, ¿Zorro o don Juan? —pregunto.

—El papel de don Juan te lo dejo a ti, hermano. Soy un príncipe, ¿dónde está mi princesa? —contesta Romeo, haciendo una reverencia a Isabella, que le responde sacando la lengua. La niña aún está cabreada por su disfraz de brujita. Presiento que odiará a su madre de por vida, y no le faltan razones.

Regina alza una ceja, sin dejar escapar la oportunidad de meterse con Romeo.

—El príncipe de las borracheras, tal vez... —chasquea la lengua sarcástica.

—¡Vale, vale! —nos grita—. Ya sé que siempre seré la oveja negra, el heredero legítimo de Alessandro, que en paz descanse.

—Muy pésima idea la tuya de que la fiesta sea temática, Angelo —me riñe mi hermana—. La mafia siciliana disfrazada. ¿A quién coño se le ocurriría salvo a ti?

Me inclino hacia Regina, bajando la voz, mientras la observo recolocar las flores por quinta vez. Si yo soy un obseso del control, mi hermana lo es aún más.

—Es la mejor forma de observar a los traidores y a los leales sin que lo sepan. Y ya sabes lo que decía papá: el control es lo que caracteriza a los Barone.

Regina me lanza esa mirada que me lanzaba de niños, la de: «Ojalá hubieras nacido en otra familia».

—Y, de paso, así puedes seducir a todas las esposas aburridas sin que te reconozcan sus maridos, ¿no?

Me echo a reír, alzando las manos.

—Bueno, no vamos a negar que el anonimato da mucho juego, pero la verdadera razón es otra. Después de todo lo que hemos

perdido, después de enterrar a nuestros padres, lo que queda es la reputación y también la capacidad de sorprender.

El bullicio se intensifica en el hall. El mayordomo va con una lista, repasando nombres, y uno de los cocineros discute con una camarera sobre la forma de cortar el jamón. Romeo, que se entretiene mirando su espada de príncipe delante de un espejo veneciano, interviene con esa insolencia tan suya.

—Hermana, tienes que admitirlo. Angelo tiene mejores ideas que tú.

Regina suelta un bufido. Isabella la observa con ojos suplicantes, descontenta con su disfraz, y Aramis bosteza.

—En realidad, sabéis que tengo una buena razón para celebrar esta fiesta —añado guiñándole un ojo a mi hermana—. Quiero sorprender a Anastasia.

—La rusa... —Regina pone los ojos en blanco.

No sé si es por posesividad o porque de verdad los Dragones Blancos no le caen bien. A Anastasia tan solo la ha visto una vez, durante la inauguración del nuevo club.

—¿Está preparada la habitación donde se quedará? —le pregunto mirando el antifaz masculino de color dorado, dudando si pega con un vampiro.

—Primera planta, a la derecha —me responde sin ganas.

—Espero que esté cerca de mi dormitorio.

—No seas tan obvio, joder —recrimina—. No hace falta que digas que te colarás en su cuarto.

—Yo no he dicho nada. —Me río.

Pero mi hermana me conoce mejor que yo mismo. Por supuesto que intentaré seducir a la viuda de Kovalenko. Tanto tiempo de espera no es algo propio de mí, pero imagino que es justo eso lo que me mueve. Lo difícil.

—No sé por qué no puede dejar a su hijo en casa y venir sola. Los bebés me estresan.

—Regina... —Me vuelvo hacia ella, decidido a hacerle comprender que no estoy de broma y Anastasia me importa de verdad—. Te recuerdo que Mikhail y su hija son nuestros invitados de honor durante todo el fin de semana. Mañana será la firma del contrato y, en el fondo, esto te vendrá bien. Así podrás conocerla mejor.

—Don Barone... —La voz de Dante resuena desde la entrada principal—. Es importante, hay noticias.

Lo miro fijamente, deseando que me cuente lo que llevo esperando más de un maldito año.

—Acompáñame.

Salgo fuera al jardín, seguido por él. No puedo evitar meter la mano en el bolsillo y acariciar el rosario cuatro veces con el pulgar. Aprieto los labios, muy tenso, y me acerco después de asegurarme de que nadie nos oye.

—Tenemos la localización de la mujer que está buscando.

Algo en el pecho se me contrae. Por fin tengo a Katia Kovalenko, curiosamente, mi cuñada.

—¿Dónde?

—Palma de Mallorca.

—¿Ubicación exacta?

—Una finca que perteneció a sus padres —informa—. Nuestros hombres ya han partido hacia allí. Espero órdenes.

—Que la lleven a la isla.

La voz de Regina nos interrumpe, me conoce tan jodidamente bien que sabe que estoy tramando algo:

—¿Algún problema?

—Nada que no pueda controlar. —Le sonrío, guiñándole un ojo.

Anastasia



Acaricio la frente de Eryol, agradecida de que no esté dando problemas y se haya quedado dormido. Angelo ha puesto a nuestra disposición una habitación para cada uno. No me sorprende, sospecho que hay al menos treinta en esta casa, y me recuerda a la que tiene en la isla. Una isla privada.

Francesca vigila a mi hijo desde la mecedora, con el móvil encajado en la oreja, hablando en voz baja en siciliano. Me despido en silencio, conteniéndome para no abrazarlo una vez más. Antes de irme, ajusto la manta sobre él.

—Te amo, bebé. No tardaré.

Salgo de la habitación dejando la puerta entreabierta. Encuentro a Nina en el pasillo, mirándose al espejo con cara de pocos amigos. Lleva un vestido largo de gitana, con falda de colores y una flor azul en el pelo.

—No voy a bajar así —masculla de brazos cruzados—. Nos van a mirar como si fuéramos unas catetas de pueblo.

—No pienses eso —le respondo, tocándome una enorme rosa roja que llevo en el pelo—. Que miren. No puedes avergonzarte de lo que eres; además, es una fiesta de disfraces.

Nina se revuelve, lanzando una mirada agria a su reflejo.

—Para ti es fácil decirlo. No eres gitana.

—No —contesto con una sonrisa—. Pero antes pensaba que lo era y no me avergonzaba de ello.

Aprovecho el espejo para analizarme por un segundo. El vestido de gitana que llevo es rojo, ceñido y escotado. El corpiño marca mi cintura, la falda se abre en capas sensuales con ribetes dorados. Mi cabello oscuro está recogido, y llevo los labios pintados del mismo color que el vestido. Unas enormes joyas doradas tintinean cada vez que muevo la cabeza y las manos. Por un instante, me permito sentirme guapa. Peligrosamente guapa.

—¿Nos vamos? —le pregunto guiñándole un ojo, a la vez que dejo caer sobre los hombros un chal granate.

Me mira sin ganas.

—Se te olvida esto... —Le tiendo un pequeño antifaz dorado, igual que el mío, que en realidad sirve solo para el postureo, porque apenas nos cubre el rostro.

Conforme bajamos la escalera, dirigiéndonos al salón de donde procede la música, pienso que dentro de unos días podré volver a España finalmente, después de casi dos años. Sé que no queda casi nada de Serra Rosa, pero necesito verlo con mis propios ojos.

—Joder —susurra Nina, tirando de mi codo—. Este casoplón es de otro mundo.

Hay columnas de mármol, cortinas de terciopelo oscuro y lámparas de cristal tan grandes que podrían aplastar un coche. También hay cuadros antiguos con marcos dorados, estatuas y vitrinas llenas de reliquias que parecen sacadas de un museo. Para ser sincera, después de vivir en un castillo como el de Montecarlo, ya nada me impresiona. Yo solo espero que tengan comida y que la fiesta no dure mucho. Ery estará despierto en menos de una hora y debo estar descansada para la reunión de mañana con el capo y sus socios.

—¿Has visto los vestidos? —susurra Nina boquiabierta.

Asiento. Parece que estemos en un carnaval digno de la aristocracia mafiosa siciliana: hay hombres disfrazados de príncipes y guerreros, mujeres con corsés, vestidos de época y peinados extravagantes. Todos enmascarados. Los hombres más importantes de Sicilia o incluso de toda Italia están aquí, junto a sus esposas o amantes.

Lo observo todo a mi alrededor, pero mi mirada se detiene en una sola cosa mientras los latidos se me disparan en el pecho. Muchos de ellos llevan guantes. Algunos de tela, otros de cuero, muchos oscuros, otros coloridos. Algunos caballeros llevan incluso bastones o sombreros, además de antifaces. Al menos cincuenta personas.

Me muevo entre los invitados intentando mantener la calma, cuando choco con alguien tan fuerte que el golpe me obliga a dar un paso atrás.

—*Scusi...*[1] —dice una voz grave.

Levanto la vista. El hombre lleva una máscara plateada que le cubre casi todo el rostro. No sé por qué, pero me recuerda al Hombre de la Máscara de Hierro. Solo sus ojos quedan visibles; son tan oscuros y tan intensos que me provocan un escalofrío. Asiento sin poder articular palabra, y por un instante tengo la sensación absurda de que lo conozco y ya he sentido esa mirada antes.

—Ana, vamos, deja de mirar así —dice Nina, tirando de mi brazo con una risa nerviosa—. Mira ese grupo, parecen sacados de una película.

Me dejo arrastrar, pero no sin volver la cabeza. El hombre enmascarado sigue ahí, inmóvil, observándome entre la multitud. Mi vista baja a sus manos, pero no detecto eso que estoy buscando: el bastón con la cabeza de águila. Me mojo los labios un tanto decepcionada.

«¿Qué coño te ocurre, Anastasia?».

Y entonces, alguien me toca el antebrazo. El tacto hace que me vuelva con los ojos bien abiertos y la respiración entrecortada.

—*Principessa...*

Identifico esa voz masculina tierna y a la vez firme del Barón. Delante de mí está Angelo. Lleva una capa negra impecable que arrastra tras de sí. La pajarita y el chaleco entallado lo hacen parecer un vampiro, pero uno sumamente atractivo.

—Debo confesar que jamás he visto un disfraz tan... original. Bienvenidas, mis damas. Os aconsejo esos canapés de ahí. Es mi receta estrella.

—No imaginaba que el conde Drácula también supiera hacer canapés.

Él sonríe, mostrando ese carisma arrollador, una mezcla extraña de depredador y caballero.

—Te sorprenderían las cosas que sabe hacer el conde Drácula. Pero confieso que *chupar* es mi especialidad. La sangre me motiva —responde.

Su mano queda sobre mi cintura y no se esfuerza en ocultar su interés por mí. De repente, me señala en dirección a un grupo de personas donde está Mikhail acompañado por unos cuantos hombres y Regina, su hermana, que lleva los labios pintados de negro. Le quedan bien.

—Por cierto, ¿te acuerdas de mi hermana? —dice cerca de mi oído apretando mi cintura—. Te advierto que es un poco gruñona, no te asustes.

—Tranquilo —le respondo con una sonrisa—. Las personas así no me asustan.

Máximo. Otra vez.

Cierro los ojos por un instante, odiando profundamente mis recuerdos. Sé que debo hacer algo con urgencia para no seguir

pensando en él.

—Angelo... —Me giro deprisa y mi pecho casi choca contra el suyo —. ¿Por qué me has enviado el ramo de rosas?

—Porque he querido.

—Pues... no estoy segura de haber entendido tu nota —respondo directa.

Rememoro sus palabras: «Para la única mujer que me recuerda quién soy cuando todos esperan que sea otro».

—¿Sabes una cosa? —baja la voz, inclinándose—. La gente siempre cree que mi mayor talento es el control. Crecí siendo el hermano responsable. Alessandro era el mayor; sin embargo, era el que menos cargos asumía. Regina, la favorita de mi madre. Romeo era demasiado pequeño y el más protegido. Yo siempre pagaba los platos rotos de todos. Pero a veces me pregunto quién soy en realidad.

Me quedo quieta, sorprendida de que haya dejado caer el escudo. Por un segundo, el salón se desvanece y solo estamos él y yo, dos supervivientes jugando a no mostrar el dolor. Cada uno con nuestras guerras internas.

—Agradezco esta pequeña confesión, y más viniendo de ti —le digo, cogiéndolo del brazo—. Me siento identificada, Angelo. No he sido más que una esposa comprensiva y una hija que debe someterse.

—¿Y ahora quién eres?

—La que siempre quise ser.

Él asiente, entendiendo mejor que nadie.

—¿Sabes cuál es mi verdadero miedo? —me susurra con una media sonrisa amarga—. Que algún día, todo lo que he construido se desmorone.

Me río bajito, negando con la cabeza.

—Yo creo que podrás con todo, *don Barone*.

—Eres muy especial, Anastasia —dice con una mirada que me toca el alma—. Lo supe desde el primer momento.

—No sé si soy tan especial, pero tú sí que me haces sentir así.

—Excelente. —Su risa te atrapa sin darte cuenta—. Pues... ¿sabes qué? Me gustaría bailar con la chica más especial de mi vida, después de mi hermana y mi sobrina. ¿Qué dices?

Nos miramos, y por un instante siento que podría decirle cualquier cosa, incluso aquello que jamás le he dicho a nadie: que todavía me duele amar a un hombre que no volverá, y que por mucho que intente borrarlo de mi cabeza, sigue ahí.

—¿Bailar? —le pregunto con aire misterioso—. No sé si estás preparado para eso. Recuerda que me crie en un pueblo gitano, llevo el ritmo en el cuerpo.

Sonríe sin apartar sus ojos de los míos.

—Por una gitana como tú, hasta me pondría de rodillas.

Me quedo callada. Nada me impresiona tanto como la intensidad con la que Angelo Barone me mira, disfrazado de un conde Drácula tan seductor que dudo que alguna de las invitadas no sueñe esta noche con dejarse morder por él. Su mano en mi cintura es firme, posesiva, pero no abusiva. Me recuerda que existo, que estoy viva, que puedo atraer la atención de un hombre, y que no debería sentirme culpable por ello.

—Ya no voy a andarme con rodeos. —Su mirada me taladra a través del antifaz—. Quiero algo más contigo, Anastasia, no solo un baile.

Me quedo paralizada, con el corazón galopando en mi pecho. Por un instante, deseo dejarme llevar, pero la herida está demasiado fresca.

—Angelo... —Me obligo a sostenerle la mirada.

—No te pido que me ames ni que olvides lo que viviste —afirma cogiendo mi mano en la suya—. Solo te pido que me dejes intentarlo. Es más, tengo una sorpresa para ti esta noche y, te lo advierto, no acepto un «no» fácilmente.

Me besa la mano con ese aire encantador, tan suyo. Quiero decirle que no insista, pero algo en su tono de voz y en su forma de rozar mi mano me debilita. Y, mientras busco una salida verbal, siento culpa, miedo, pero también esperanza. En ese rompecabezas imposible, darle una oportunidad parece ser la única respuesta correcta.

No continuamos la charla, porque la música cambia de pronto. La canción del violín que sonaba hasta ese momento se apaga y, sorprendentemente, empiezan a sonar los primeros acordes de una canción con ritmo flamenco. Reconozco la voz de Rosalía en cuanto la letra de «Di mi nombre» retumba en los altavoces. ¿Cómo es posible?

7

Déjà vu

Anastasia



Las almas gemelas pueden estar lejos durante años y a kilómetros de distancia. Pero cuando vuelven a encontrarse, siempre se reconocen. Aunque el mundo arda.

—Vaya, parece que alguien me ha leído el pensamiento. —Angelo hace un gesto con el mentón, indicando el centro de la sala—. Demuéstrame eso que acabas de decir.

¿Ha sido él? ¿Él ha mandado poner esa canción?

—Estás loco... —le susurro, ruborizándome al momento, cuando todas las cabezas se giran en mi dirección.

No pienso bailar aquí, delante de tanta gente, y eso no es negociable.

Parece mentira, pero pensaba que camuflarme detrás de un antifaz me iba a librar de miradas indeseadas. Sin embargo, Angelo ha olvidado que no quiero salir en las noticias, ni que digan que tenemos una relación o que nos vamos a casar.

—Relájate —me dice Nina cuando me nota observar la sala incómoda—. Aquí no pasa nada.

—Cuando dices eso —le susurro—, siempre pasa algo.

—¿Bailamos, gitana? —continúa ella con una sonrisa y los ojos brillantes de emoción. La misma emoción que yo siento al oír los acordes de flamenco.

—Nina...

—¿No eras tú quien me decía que no debíamos avergonzarnos de nuestros orígenes?

—Confía en ti. —Angelo me guiña un ojo.

Unas palmas empiezan a aplaudir, de repente. No sé quién ha sido, pero todos siguen el aplauso y sonríen, mirándonos a Nina y a mí con curiosidad. Mikhail me guiña un ojo y mueve la cabeza en señal de aprobación.

Entonces, mi hermana me toma de la mano y me arrastra al centro, sin importarle las miradas. Sé que a mí tampoco deberían importarme. El sonido de la guitarra, los tacones de Nina golpeando el suelo, alzando las manos y mirándome con pasión, hacen que no me detenga. El ritmo salvaje me sacude de repente, y sé que ya no soy dueña de mi cuerpo.

Serra Rosa ya forma parte de mi ser. Y aunque no lleve la sangre gitana en mis venas, crecí entre su música, sus ferias y su forma de entender la vida. Aprendí que las raíces no se miden por el apellido, sino por lo que te ha marcado. Que hay lugares, personas y costumbres que se te quedan dentro, aunque no te pertenezcan del todo. Y eso, al fin y al cabo, también es pertenecer.

Me dejo llevar por la melodía, como cuando era niña en las ferias del pueblo. Giro, me agarro la falda, dejo que las pulseras tintineen y me olvido de todo. Al menos es lo que mi cordura me indica, pero la realidad es otra.

«—No sabes lo que me haces cuando me miras así. No sabes lo que sería capaz de hacer para que bailases esa canción solo para mí —me decía él.

»—Te la bailaré. A ti, solo a ti.

»—¿Me lo prometes?».

Me río con lágrimas en los ojos cuando la música se detiene. Después, ambas hacemos una reverencia y nos abrazamos con fuerza. La sala prorrumpe en aplausos. Y, cuando Angelo se acerca y me toma de la mano, me es imposible ocultar la sorpresa.

—¿Cómo...? —pregunto—. ¿Cómo sabías que esa canción...?

Estoy jadeando aún, con el pecho subiendo y bajando. Quiero agradecérselo, pero las palabras no me salen.

—Oh, Dios, Angelo... —tartamudeo sin aliento—. Gracias por la sorpresa.

Él me mira estupefacto mientras se mete una mano en uno de los bolsillos.

—En realidad, no sé de quién ha sido la idea... —me responde—. No era esa mi sorpresa.

—¿No?

Lo miro atónita.

—Mi sorpresa es otra.

Parpadeo confusa cuando me toma de la mano, como si fuera lo más natural del mundo. Saca una pequeña caja del bolsillo y, cuando la abre, veo un anillo con un diamante de un tamaño considerable. Lo miro perpleja, porque no era algo que esperara. Una cosa es intentar conocernos, y otra pedirme matrimonio, aquí, delante de todos.

—Anastasia, ¿me dejarás conquistarte todos los días de tu vida?

Su voz se reproduce en bucle en mi cabeza, y el aire se vuelve denso e irrespirable. Mis ojos se mueven de él al anillo y vuelta.

¿Qué clase de juego es este? Barone es el tipo más mujeriego sobre la faz de la Tierra, y no siente nada por mí, salvo cariño y respeto. ¿Por qué me pediría matrimonio?

Todos guardan silencio, pero en ese instante, el sonido seco de unos pasos se impone sobre el mármol.

Uno. Dos. Tres.

Alzo la mirada cuando una presencia avanza hacia nosotros. Se trata de un hombre que lleva una máscara plateada que le cubre casi todo el rostro, dejando ver solo la línea de la mandíbula y el brillo helado de sus ojos. ¿Será posible? Es el mismo tipo con el que he chocado antes. Lleva guantes de cuero, el abrigo oscuro ondeando a su paso y un bastón.

Bajo la mirada lentamente, sin poder creérmelo.

Dios. ¿Es ese bastón el que estaba buscando entre la multitud? ¿Su... bastón?

Imposible. Antes no lo tenía.

Pero me estoy engañando sola. En el fondo, no necesito que nadie me lo diga porque mi alma lo reconoce antes que mi mente.

—¿Y si apartas ya las putas manos de mi mujer?

El salón entero parece contener el aliento. Lo escruto con la mirada, flotando a la deriva. El corazón me tiembla en el pecho, y no soy capaz de moverme, salvo para llevarme una mano a la boca tras oír sus palabras.

Su voz.

Esa inconfundible voz ronca.

Mi padre se tensa detrás y no dice nada, pero su expresión lo delata. Angelo enmudece y suelta mi mano cuando el desconocido —no, *mi marido*— avanza con calma y su bastón repica en el suelo. Ese sonido que me resulta tan familiar me estremece.

Aún no puedo creer que mi intuición fuera cierta. Él...

Cielos. ¿Cómo asimilo esto? Él no está muerto.

—¿Máximo?

—¿Qué demonios...? —susurra Angelo, tensando la mandíbula.

Los hombres de Máximo aparecen desde las sombras, sin necesidad de órdenes. Hombres de trajes oscuros y camisas negras, la misma vestimenta que llevan los Dragones. En cuestión de segundos, los invitados están rodeados, todos con una espada al cuello.

Y es ahora cuando comprendo muchas cosas. Desde hace casi diez años, Máximo Kovalenko ha estado imitando a los hombres de Mikhail Romanov. Mi padre.

Creó un clan propio a imagen y semejanza de los Dragones Blancos, y de ahí su predilección por las catanas y su afán de lucha. Aprendió a amar aquello que una vez odió, y eso dice mucho de una persona. Eso indica que no tendrá piedad, que no le temblará el pulso.

Joder. Eryol está arriba y yo... aquí. Él también está aquí. ¿Y si...?

Mi estómago se encoge al pensarlo.

De repente, Angelo se coloca entre él y yo.

—No me digas que has vuelto de entre los muertos y te has colado en mi fiesta, Kovalenko.

Él inclina la cabeza con la mirada fija en Angelo, como si yo no existiera.

—Eso es lo que tienen las resurrecciones, Barone. Nadie las espera —le responde tranquilo.

Se me corta la respiración.

—¿Crees que puedes irrumpir en mi casa y salir por tu propio pie?

Máximo avanza dos pasos más con mucha seguridad.

—Mira a tu alrededor —le responde con la misma voz jodidamente neutra, como si no sintiera ni padeciera—. ¿Te parece que tendrás

alguna oportunidad de ganarme esta vez?

A lo lejos, entre el tumulto, oigo la voz cortante de Regina, la hermana de Angelo. Está junto a mi padre, pero una de esas malditas espadas también la retiene en el sitio.

—Te lo dije —murmura—. Te dije que fijarte en esa mujer solo te traería problemas, Angelo.

—¿Qué problema? —replica dejando escapar un aire contenido—. El problema lo tendrá él cuando le raje el puto cuello con su propia espada.

Máximo sonríe, como si estuviera disfrutando de la pelea entre los hermanos Barone.

Mikhail no puede guardar silencio por más tiempo y da un paso al frente con el ceño fruncido, metiendo la mano en el interior del abrigo. Pero se topa con la catana que le roza el cuello y se detiene.

—No tuviste los santos cojones de dar la cara, Kovalenko —señala mi padre—. Lo manipulaste todo para vernos bajar la guardia. Puto cobarde.

—Muy listo, *Tsar*[1] —responde él sin mirarlo, sus ojos siguen fijos en Angelo—. Bajar la guardia ha sido un grave... error.

—¡¿Qué quieres?! —le grita Mikhail, fuera de sí.

Se revuelve entre los brazos del tipo que lo sujeta. Está maniatado, igual que todos. Incluso sospecho que muchos de nuestros hombres están muertos, al igual que los sicilianos.

—¡¿Quieres a mi hija, eh?!

Me quiero morir en este instante. Y más cuando Máximo gira la cabeza despacio en dirección a él, su máscara me provoca un escalofrío.

—¿A *tu* hija? —le pregunta con esa voz de acero—. Anastasia es *mi* esposa y dejó de ser tuya hace tiempo. Es tu cabeza la que quiero.

«Oh, Dios».

Me llevo las manos a la boca porque sé que hoy no saldrá de aquí sin provocar una masacre. Ery está arriba. Mi hermana está aquí. También hay gente inocente, como los hermanos de Angelo, y su sobrina. Esto no puede estar pasando, y Máximo no puede hacer eso.

Virgen santa, él no puede ser tan jodidamente cruel.

No sé en qué momento, Angelo saca una pistola, y todo el diálogo se está yendo al cuerno en cuestión de segundos. Y, cuando Máximo pulsa el botón de su bastón, preparado para lanzarle la espada, mis sentidos estallan. Salvo que Angelo tenga buena puntería, cosa que ignoro, esa catana acabará en su pecho. Y después lo seguirá mi padre y...

«¡Por Dios! Mi hijo.

»No, no hay tiempo».

Levanto la vista hacia la lámpara de cristal que pende de una cadena justo por encima de nuestras cabezas. Llevo mi mano al muslo rápidamente y cojo la pistola que siempre guardo conmigo. Apunto al eslabón que la sostiene, conteniendo la respiración. Espero que, aun sin haber practicado, dé en el clavo. No tendré más oportunidades, salvo esta.

Un gran estallido retumba, seguido de un chirrido metálico. El salón se sume en la penumbra cuando el impacto corta la electricidad.

La oscuridad cae de golpe y, con ella, el caos. Hay gritos, pasos, sillas arrastradas. Un destello refleja el disparo a tientas de Angelo y otro destello me muestra el brillo de una catana que corta la luminosidad que proyecta la pistola al disparar la bala. El acero choca con el cañón, lanzando chispas. La pistola sale despedida y

cae al suelo. El espacio se llena de humo y olor a pólvora, y todo se reduce a sobrevivir.

Miro a mi alrededor enloquecida. Las sombras se mueven como espectros y oigo el crujido de un cráneo al impactar contra una columna y el sonido hueco de un cuerpo cayendo, justo a unos pasos. Todo este caos ha estallado en un segundo.

Máximo y Angelo luchan cuerpo a cuerpo en el centro del salón. La espada corta el aire con un silbido, mientras Angelo se defiende con una fuerza desesperada, con la camisa rasgada y la sangre manchándole el cuello. Máximo es puro instinto, y sus movimientos me recuerdan lo jodidamente letal que es.

Un grito hace que gire la cabeza hacia Romanov.

—¡Anastasia, sal de aquí! ¡Ahora!

Más allá, Regina Barone mantiene la calma propia de una diosa guerrera. De pie sobre una mesa volcada, apunta con una pistola plateada con gran frialdad. Dispara. Una, dos, tres veces. Cada bala encuentra su objetivo y los hombres caen como marionetas. Su expresión no cambia ni un milímetro.

Dios santo. No sé cómo lo hace.

Entretanto, Romeo, el hermano pequeño, está rodeado. Cuatro hombres lo golpean a la vez, pero él no se calla ni muerto.

—¿Solo podéis hacer esto? —Escupe sangre y sonríe—. Vamos, que aguanto dos puñetazos más.

Uno de los rusos le da una patada y Romeo vuelve a reír, medio doblado.

—Mi sobrina de ocho años pega más fuerte, idiota.

Intento apartarme, pero entre los trajes negros y los antifaces me parece reconocer rostros de personas que no deberían estar aquí. Maldita sea. Quizá me lo esté imaginando, pero juraría que Katia

también se encuentra en esta sala, al igual que la rubia. Ecaterina. Incluso Sergei. ¿O es Vladím? ¿O tal vez Klaus?

Se me corta la respiración.

No. No puede ser.

Yo estuve allí aquella noche. Vi a los Dragones Blancos acorralándolos y las llamas devorando el castillo a lo lejos.

«¿Cómo demonios...?».

Alzo la pistola en dirección a Máximo y a Angelo, que se están dando de hostias con una brutalidad que me desestabiliza. Me tiemblan las manos y no me da tiempo a reaccionar porque siento que alguien me tira del cabello. Floto en el aire por un instante cuando casi me estrella contra una columna de mármol. Noto un chasquido en la nuca y un zumbido agudo en los oídos. La pistola se me escapa de las manos, girando hasta perderse en la oscuridad.

El dolor en la cabeza es tan brutal que me deja sin aliento. Trato de incorporarme, pero ese tipo me retiene, inclinándose sobre mí.

—No se mueva, señora —gruñe en español, pero con acento eslavo—. Solo le pido que coopere. Imperator no la quiere muerta.

Su aliento caliente y asqueroso me acaricia la oreja y, en ese instante, algo estalla dentro de mí. Aprieto los dientes y el corazón me late como un tambor.

—Pero yo a él, sí.

El tipo ni siquiera tiene tiempo para reaccionar. Grito con rabia y le clavo la rodilla en la entrepierna. El dolor lo hace tambalearse; suelta un gruñido y afloja la presión. Me giro sobre mí misma y, con el impulso del movimiento, le asesto un codazo en la barbilla. Siento cómo algo cruje, un hueso o un diente, no me importa.

Cuando miro a mi derecha, noto que uno tira de la cintura de Nina.

—¡Suelta a mi hermana, joder! —rujo sin pensar.

El puñetazo sale solo, directo a la mandíbula. Siento el impacto en mis nudillos y el dolor que atraviesa mi mano. Pero ha funcionado, ya que el hombre se tambalea y se separa.

—Oh, Ana..., ¿qué está pasando? —se queja ella con los ojos llorosos—. ¡Cuidado!

Me quedo helada cuando siento unas manos en mis brazos, reteniéndome. Me revuelvo y un golpe de codo en el estómago hace que aleje a uno de los atacantes.

—¡Corre, Ery está arriba! —le grito mientras me agacho y cojo la pistola, completamente devastada—. No dejes que nada malo le pase, Nina...

La vista se me nubla. El dolor es desgarrador, y mis miedos se acrecientan cuando otro tipo sale de no sé dónde e intenta atraparla. Consigo alzar la pistola, pese a que ese maldito ruso ya me tenga agarrada otra vez. No sé cómo esa bala le da, pero finalmente libero a mi hermana, que se queda embobada a unos metros.

—¡Corre, maldita sea!

La sangre me sabe a hierro en la boca. Me muevo tambaleante, con la espalda en llamas, pero viva. Sin embargo, ese maldito hijo de puta me sacude y el arma se me vuelve a escapar de la mano. Entonces, no pienso, solo reacciono. Los recuerdos del entrenamiento con Igor vuelven de golpe.

«Bloquea. Gira. Aprovecha el peso del enemigo».

Lo hago. Atrapo su brazo, lo retuerzo y lo empujo contra la mesa más cercana. El borde se incrusta en su abdomen y suelta un grito animal. No hay tiempo. Otro viene por la izquierda. Ciega de adrenalina, tanteo la mesa que hay al lado. Entonces, cojo un cuchillo deprisa y se lo clavo en el ojo con toda la rabia que me queda.

El sonido es grotesco, y la sangre salpica mi cara, caliente y espesa.

«Oh, Dios. ¿Qué es lo que acabo de hacer?».

El hombre cae como un saco, convulsionando. Todo se convierte en ruido. No veo nada más allá del humo, los gritos y el temblor de mis manos. Ni siquiera distingo ya a Angelo y Máximo, que hace unos minutos estaban al lado.

Menudo circo. No tuve bastante con mi maravillosa boda, como para tener que revivir ese momento.

Me quito los zapatos de tacón, miro hacia la escalera y empiezo a correr, a ciegas, entre cuerpos y cristales rotos. Tengo el corazón desbocado y las manos manchadas de sangre. Estoy desorientada, y el eco de los disparos me persigue, mezclado con el rugido de hombres y mujeres luchando. Y, aunque la escalera me parezca eterna, no me detengo, con el único objetivo de llegar al bebé antes de que sea demasiado tarde. Si Máximo se ha apoderado de la mansión, puede que de su cuarto también.

Sin embargo, para mi desgracia, piso un cristal. Maldigo entre dientes cuando el dolor me atraviesa el pie y la sangre brota enseguida. Cojeo y cada paso arde, cada escalón me corta el alma, pero sigo subiendo. Mis pulmones buscan aire, y solo un pensamiento me mantiene cuerda: Eryol. Ni siquiera Máximo, Angelo o Romanov. Por mí, que esos cabrones se maten, así acabaría esta maldita pesadilla que me persigue desde que un ruso mentiroso decidió comprarme en el mercado.

Mi hijo está arriba. Y aunque me desangre, llegaré hasta él.

Alcanzo la primera planta con el alma hecha trizas y la vista nublada. El pasillo está lleno de humo y el olor a pólvora me atora la garganta. Hay cuerpos tirados por el suelo y cortinas ardiendo. Una auténtica película de terror.

Empujo la puerta del cuarto y lo primero que veo es el cuerpo de Francesca en el suelo. Sus ojos están abiertos, fijos en el techo, y una mancha roja se extiende bajo su cabeza, empapando la alfombra. Ella, en medio del charco.

—No, no, no... —susurro llevándome las manos a la boca.

Me tambaleo hasta la cuna. Está vacía. El colchoncito está arrugado y su mantita tirada en el suelo. Pero él no está. Mi garganta se cierra y la angustia de la pérdida me rompe por dentro. Siento que el corazón se me apaga de golpe, como si alguien lo estrujara con las manos. El miedo me deja sin aire y me entra el pánico.

—¡Nina! —grito con la voz quebrada—. ¡¿Dónde estás?!

Salgo cojeando, dejando un rastro de sangre tras de mí. Camino a zancadas por el pasillo, tropezando con un mueble volcado.

El pie me late como si me estuviera quemando, pero no me importa.

—¡Ninaaaaa! —vuelvo a gritar con la garganta desgarrada.

Entonces, paso junto a unas ventanas enormes y algo me detiene. Allí fuera, en el jardín oscuro, la veo. Mi hermana está corriendo con el bebé en brazos hacia no sé dónde. Probablemente se haya escabullido al exterior cuando han matado a Francesca. Abro deprisa la puerta cristalera, comprobando que se trata de un pequeño balcón.

—¡Mierda!

Agrando los ojos al ver que, detrás de ella, dos individuos avanzan con rapidez. Sé que la atraparán, los hombres de Máximo están rigurosamente entrenados. Se han hecho con una jodida mansión llena de mafiosos sin que nadie se haya dado cuenta.

Corro hasta la barandilla y miro abajo. Estoy en la primera planta, pero no me importa. No me queda tiempo para bajar la escalera, y si

tengo que romperme los malditos huesos para alcanzarlos, lo haré. De inmediato, subo a la barandilla y paso una pierna, después la otra. Intento mantener el equilibrio sin dejar de mirar a la lejanía, persiguiendo con la vista a Nina. Y justo cuando voy a saltar, resbalo debido a la sangre de mi pie.

El viento me golpea, la cabeza me da vueltas y caigo al vacío con un chillido. Pero entonces, unas manos me atrapan antes de tocar el suelo. Unos brazos fuertes y seguros me aprietan contra un pecho que reconozco incluso con los ojos cerrados. Porque me ha sujetado antes así.

Su olor y su cuerpo son inconfundibles, al igual que su rostro sobre mí. Me mira con atención apretando los labios. Reconocería esos labios y esa mirada entre millones. Una gota de sangre le recorre el pómulo hasta la mandíbula. Ya no lleva la máscara y su rostro es un golpe bajo a mi cordura.

Me aferro a su cuello, temblando y a la vez odiando el calor que desprende su cuerpo. Quiero gritarle, arañarle, matarlo, pero solo puedo apretar los ojos cuando unas lágrimas se deslizan por mis mejillas. No sé si lloro de pena o de felicidad. Porque, aunque debería odiarlo más que nunca, el maldito corazón me late como si lo hubiera estado esperando durante meses.

—Buenas noches..., *malyshka*.

El mundo se detiene.

8

Hijos del infierno

Máximo



En mi mundo, no solo los fantasmas llevan tu apellido, los ángeles también. Basta una sola sonrisa para recordarme que incluso en el infierno nacen milagros.

Veinticuatro horas antes

—Papá...

Respiro hondo, intentando controlar el pulso que se vuelve más veloz con cada segundo que paso en este sitio. Aprieto las manos delante de mí y miro hacia arriba, aún sin saber qué cojones hago aquí. El cielo de Mónaco está cubierto por un velo de nubes densas, tan grises como la piedra fría que tengo frente a mí. Ha llovido y la tierra está húmeda. Miro mis pies y examino cualquier resto de barro. Quizá sea una manía mía, pero no soporto las manchas en los zapatos. Me acomodo el sombrero con una mano y vuelvo a mirar al

frente. Lo veo todo más oscuro aún, por las gafas de sol que llevo. He cambiado mi identidad, pero no mi rostro. En estos últimos meses me he dedicado a andar con cuidado.

El panteón de mis padres está apartado del resto, en la zona más alta del cementerio de Saint-Devote. Desde aquí se ve todo el puerto, los yates balanceándose con la marea, las luces de los casinos parpadeando a lo lejos. El mundo sigue girando mientras yo sigo clavado en este punto muerto.

Sé que debería decir algo más. No sé, algo apropiado.

No hay palabras adecuadas para alguien que me dejó un legado de sangre. Entonces recuerdo el día que Vladím me entregó su carta. El mismo día de su entierro, cuando volvimos del cementerio, me encerré en el despacho para ahogar mis penas en alcohol y tabaco. Y nadie me podía culpar. Acababa de perder a dos de las personas más importantes de mi vida, en cuestión de minutos y sin saber por qué.

Pero ese día finalmente lo supe. Descubrí que mi padre la había cagado seduciendo a la esposa de su mejor amigo y socio. Alguien que había sido como un hermano. Viktor Kovalenko traicionó a su amigo y también a mi madre. Y es por eso por lo que lo odié tanto, y mentiría si dijera que no sigo odiándolo.

«Y juramos levantar algo así para los nuestros: una hermandad rusa en tierra extranjera. Así nacieron los Dragones Blancos, nuestro clan, creado a imagen y semejanza de la *yakuza*, con su disciplina férrea, sus códigos y sus espadas».

—¿Por qué no me lo contaste antes? —murmuro recordando cada línea de esa carta.

El viento sopla gélido, y el silencio me devuelve la voz distorsionada.

—¿Por qué tuve que conocer tu pasado cuando ya era demasiado tarde? —continúo, sin apartar la mirada del nombre grabado en la losa fúnebre—. ¿Por qué tuve que leer tu maldita carta después de ver cómo ese hijo de puta degollaba a Beatrice, papá? ¿Por qué? —Suspiro.

Siento un nudo en la garganta. El pasado es doloroso, pero el presente lo es más aún. Tener que enfrentarme a la realidad me ahoga lentamente. ¿Cómo pudo ocultármelo? ¿Y cómo demonios pudo pedirme que me alejara de todo?

Aprieto las manos en mi bastón, tensando la mandíbula.

—Supongo que te estás burlando de mí ahora mismo... —le digo con la voz rota—. Por ver que he vuelto de la tumba por la hija de tu enemigo. La vida es caprichosa, ¿verdad?

No se oye nada, y eso me pone nervioso, aunque me guste el silencio. Pero no de este tipo. En los cementerios hay demasiada tranquilidad.

—Siempre fuiste un puto mentiroso, papá. —Me río secamente—. Y aquí estoy yo, siguiendo tus pasos, aunque me joda admitirlo. Y no, no quiero ser un Dragón Blanco, aunque sea tu heredero. —Aprieto la mandíbula hasta que siento los dientes crujir—. Simplemente quiero ser Máximo, el que aprendió a usar la espada por odio y dolor. Imperator. El que matará a ese canalla con su propia catana. Pero luego está ella... Oh, papá.

Me agacho, dejo el bastón apoyado en la lápida y acaricio el mármol con los nudillos firmes. La vista se me nubla, pero no lloraré. Me lo prometí aquella misma noche mientras me hundía en el río, con el rostro de mi esposa en la mente. Qué ingenuo. Fui un maldito imbécil hasta el último momento.

—He sobrevivido a su bala, Viktor Kovalenko. Pero no sé cuánto más podré sobrevivir sin ella. —Cierro los ojos. Mi propio apellido me

pesa—. Mañana es un día importante, y llevo meses esperando que llegue.

Respiro hondo.

—Mañana quizá nos encontraremos en el infierno, papá —murmuro con una risita amarga—. Tal vez este sea mi destino: morir por amor..., igual que tú. Pero ¿sabes qué? —prosigo dolido—. Lo volvería a hacer con tal de sentirla entre mis brazos una vez más. Una maldita vez más.

«Ni tú ni yo queríamos esto, pero si he de arder en este puto infierno... —recuerdo sus palabras—, prefiero hacerlo sintiendo tus labios».

—Estás aquí. —Una voz femenina rompe los recuerdos que van y vienen.

Carraspeo y me coloco las gafas de sol, retirando deprisa la mano de la lápida. Katia me mira embobada mientras yo me pongo de pie como un resorte.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —le pregunto con un hilo de voz.

—Ha sido Ecaterina.

—Le he dicho que quería estar solo. Pero parece que eso se le ha olvidado, si no, no estarías aquí —replico borde.

—Sabes que igualmente estaría aquí.

«A mi lado. Como siempre ha estado», añado para mis adentros. Aún recuerdo su desesperación y sus lágrimas al verme, después de tanto tiempo.

Sus tacones resuenan sobre la grava húmeda al acercarse. Lleva el cabello recogido bajo un sombrero oscuro, un abrigo largo y un ramo de flores en una mano.

—No me imaginaba que te atreverías a visitarlo, pensé que seguías en el puerto —me dice.

—Ya me iba —aviso—. Sergei está revisando las rutas, en Roquebrune.

Mi hermana me observa en silencio y deja el ramo sobre la tumba, con la mirada fija en la foto de la lápida.

—Seguro que papá se ha alegrado de verte. ¿Cómo has tenido valor?

—A veces hay que hablar con los muertos para recordar por qué seguimos vivos.

La miro. La brisa le despeina el cabello, y estoy inmensamente agradecido de volver a verla, aunque no se lo demuestre. Que mi hermana saliera ilesa del ataque me devolvió la vida y me dio fuerzas para seguir luchando.

—¿Crees que se han tragado el cuento? —me pregunta preocupada.

—¿Te refieres a Palma de Mallorca?

—Sí. Y también a que tú estás desaparecido.

—Me importa una mierda si se lo han tragado o no —le suelto sabiendo que difundir el rumor de que Katia estaba en nuestra casa de Palma nos ha servido de anzuelo.

Sé que funcionará. Nos desharemos de una parte de esos cabrones, lejos de Italia, que es la madriguera de los sicilianos.

—¿Cuál es tu plan, Máximo? —Me atrapa el brazo cuando paso por su lado.

—Jugar duro y ganar, por supuesto.

Cuando nuestras miradas se encuentran, algo gélido me recorre. El rostro de mi hermana es tan transparente que juraría que jamás he visto tanta tristeza en su mirada. Ni siquiera cuando le dije que se olvidara del italiano con el que se casó. Ese hijo de puta que se coló en mi casa bajo el nombre de Enzo d'Angelo, cuando en realidad era ni más ni menos que Alessandro Barone.

—¿Y ella? —lanza una de esas preguntas indiscretas que me tocan los cojones.

Me quedo en silencio por un instante.

«Ella».

—¿Qué harás con ella? —insiste bajando la mano cuando clavo la vista en sus dedos sobre mi codo.

—Nada que tú puedas evitar.

—Te recuerdo que ya no se trata solo de ella. Hay alguien más en juego, maldita sea.

—Sergei nos está esperando —le digo seco.

—¿Serías capaz de hacerle daño a tu propio hijo?

Los tobillos me tiemblan por un instante. Mi hermana debe de estar de coña, y no sé qué pretende. Esa palabra me atraviesa el corazón como una daga, y no soy capaz de parpadear siquiera.

—Hermano... —Sus ojos me suplican, pero la compasión dejó de existir hace meses.

En el momento en el que me recuperé y me enteré de las novedades.

«La misteriosa española que ha robado el corazón del Barón: ¿boda secreta a la vista?».

Recuerdo el titular como si fuese ayer. Tengo el corazón tan roto que las palabras simplemente no me salen.

«El hijo secreto del Barón cumple cinco meses».

«La parejita feliz sorprendida en una cena romántica. ¿Quién es la futura señora Barone?».

—Contéstame.

—No es mi hijo.

—¡Pero ¿y si lo es?!

Tenso los labios y aprieto con fuerza la cabeza de águila de mi bastón.

—La debilidad me puso de rodillas una vez. Pero no dos, Katia. —Sonrío intentando aparentar calma.

Me giro con la intención de alejarme. Una charla más sobre el tema no tiene sentido.

—Llámalo debilidad si quieres, pero yo lo llamo amor. ¡Oh, menudo golpe bajo a tu orgullo, Máximo Kovalenko! —se burla a mi espalda—. Te jode reconocer que amas a esa mujer con la que te casaste para fastidiar a Romanov, pero te salió el tiro por la culata.

—No sigas.

—Te jode admitir que ese niño podría ser tuyo, porque eres un cabezota de mierda. Y te jode mostrar tus putos sentimientos y dejar que tu hermana te consuele. ¡Qué drama para alguien como tú!

—¿Has terminado?

—¡Aaaaaaaaaaaaaaah! —grita desquiciada golpeando el suelo con uno de sus maravillosos zapatos de diseño, a los que no renuncia ni con la lluvia.

Sonrío con la boca, pero no con la mirada.

Mi hermana siempre ha tenido el don de las pataletas. Golpea el suelo con el pie derecho, como una yegua, cada vez que no le hago caso. Pataletas de niña pequeña. Sé que no me comprende, pero no puedo culparla. Por más que Anastasia me haya disparado y se case con otro hombre, ella siempre la defenderá. No me sorprende. Hasta tal punto llega el lavado de cerebro que le hizo. Pero no solo a ella, a todos, yo incluido.

—Me voy —añado—. Tú sabrás si tienes ganas de enterarte de los planes que tengo para Barone o te quedarás aquí, pataleando.

—¡Te odio!

—Nada nuevo.

Finalmente se da por vencida y me sigue con pasos galopantes.

Sergei nos recibe impaciente y, por un momento, la muerte de Vladím me pesa. Fue como un padre para mí, y tener que enfrentarme a la realidad no fue fácil. El castillo de Montecarlo quedó hecho una ruina, y gran parte de sus habitantes, muertos.

Maldita sea. Por culpa de esos degenerados. Por mi culpa.

Subimos al coche en silencio, los tres tensos como las cuerdas de una guitarra. Sé que el reloj ha entrado en la cuenta atrás y cada minuto que pasa es crucial para el regreso que estoy planeando.

—¿Cuál es la jugada? —pregunta ella sin pelos en la lengua—. Sabes que no podemos entrar sin más en la mansión de ese capullo que se cree Casanova.

«Si supiera que ese capullo es su cuñado...», pienso.

—Concuerdo con la señora Katia. —Sergei la apoya—. Los Barone tienen cámaras de vigilancia y personal entrenado, y los alrededores están plagados de sicilianos. Por no decir que la hermana del italiano tiene fama de ser un demonio vestido de Prada. Cuentan que ha matado a más de cien hombres, incluso hay rumores que apuntan a que odia al género masculino.

—Vaya, ojalá se pudiera decir lo mismo de su *hermanito* Angelo.

—¿Qué te pasa con ese tipo? —le pregunto a Katia, mirándola fijamente.

—Nada.

—No te creo.

—Solo quiero que en la fiesta me lo dejes a mí. Tenemos cuentas pendientes.

De pronto, mi interés en esas «cuentas pendientes» aumenta. Conozco a mi hermana demasiado bien, y su tic de golpearse el muslo con los dedos con nerviosismo me indica que algo esconde.

—Definitivamente... —me apoyo en las rodillas y me inclino hacia ella—, no.

—Vale, no voy a discutir —suelta escrutándome con una expresión endemoniada—. ¿Cuál es el plan?

Le devuelvo la mirada. Ya me he estudiado la partitura y me sé los movimientos de memoria desde hace meses, como si se tratara de una partida de ajedrez.

—Entramos como si fuéramos invitados.

—¿Qué clase de invitados?

—Socios.

—Pero ¿cómo nos haremos pasar por otras personas que probablemente también irán a esa fiesta?

—Esas personas no van a ir —especifico.

—Los matarás.

—Los Ferrara serán parte del pasado justo dentro de... —miro mi reloj— veintidós horas y cincuenta minutos.

—No te creo.

—Créalo, señora Katia —añade Sergei, mi mano derecha después de la muerte de Vlad.

—¿Y cuántos son? —insiste mi hermana, cada vez más tensa.

—Seis. Seis familias —respondo sin pestañear—. Barone, Cavalli, Karamanlis, Ferrara, Falcone y... Romanov.

Sergei asiente, consultando la tableta que lleva en la mano.

—Tenemos localizados a los Ferrara, Imperator. No tocaremos a sus hijos ni a sus mujeres, tal y como indicó.

—¿Y los Barone? —quiere saber Katia.

—Angelo estará pendiente de Anastasia —explico secamente—. Querrá lucir su nueva adquisición, e incluso juraría que aprovechará el momento para pedirle matrimonio, si es que no lo ha hecho ya. La que me preocupa es Regina. No tendrá ninguna distracción e irá armada. Por otro lado, Romeo Barone juega a ser un crío, pero es

más letal de lo que parece. Lo tachan de salvaje y ha estado involucrado en escándalos que Angelo se encarga de tapar después.

—Ya veo que has hecho bien los deberes. —Se cruza de brazos, relajándose en el asiento—. Pero sigo preguntándome por qué lo haces. Sabes que puedes lanzar una bomba al mundo y los seis clanes estarán fuera de juego antes del amanecer.

—Precisamente por eso me temen tanto, Katia. Pero no es tan fácil. —Miro por la ventanilla pensativo—. Sabrán que he sido yo. Los mafiosos son como ratas, se multiplican y salen de cualquier agujero. No me conviene ponerme en contra a todo un ejército de sicilianos y *yakuzas*, y más cuando ella está en medio. Pero sí puedo hacer que se traicionen entre ellos. Ninguno quería a Romanov en la mesa, y si han aceptado ha sido por la presión de Barone.

—¿Y cómo vamos a evitar que nos descubran?

Le sonrío sin una pizca de humor.

—Suplantaremos a los Ferrara. Nadie se imagina que los cadáveres de sus socios acabarán en el fondo del Tirreno. Ecaterina tiene acceso a la cuadrilla de mantenimiento y Marco ya controla las cámaras —les explico—. Manipularé la base de datos.

—¿Y eso qué significa?

—Que, mañana, las cámaras de Barone mostrarán lo que yo quiera —digo firme—. Las puertas de servicio simularán estar abiertas por una avería. Los guardias verán imágenes falsas y se moverán por donde yo quiera. Todo el mundo confía en lo que ve en un monitor. Pobres... —añado burlón—. Les daré una película, y no una con un final feliz.

Katia me mira atónita.

—¿Y la seguridad externa? ¿Qué pasa con los hombres que patrullan el perímetro?

—Nuestros chicos usarán las entradas alternativas por Roquebrune, y en Palermo aprovecharemos los túneles antiguos que conectan la mansión con la cala di Sant'Erasmo —explico sin rodeos —. Esos pasadizos se usaban hasta hace unos años para trasladar mercancía y escapar en caso de redadas. Nadie los vigila, creen que están sellados o inundados.

—Entonces, ¿salimos por ahí?

—Exacto. Aunque la cosa no acabará en ese punto.

Sergei asiente satisfecho. Katia tan solo me mira.

—¿Y cuándo acabará todo para ti?

Vuelvo a mirar por la ventanilla y persigo con el índice las gotas que resbalan en el cristal.

—Cuando Romanov y Barone estén muertos.

—Los demás socios irán a por ti, y lo sabes.

—No, si todos piensan que Barone los ha traicionado a través de la alianza con los rusos. Incluso me lo agradecerán.

—Pero estarás mintiendo.

No me inmuto, solo miro el reflejo de mi rostro en la ventanilla empañada. Siento la irritación hervir bajo mi piel, pero la oculto con la misma serenidad con la que me he acostumbrado a ordenar asesinatos.

—En este mundo, la verdad importa menos que la versión que todos creen. Ojo por ojo, diente por diente... —finalizo—. En la guerra, todo vale, hermana. Y yo no he venido hasta aquí para perder.

Abro la puerta del coche cuando el chófer aparca delante de nuestra nueva casa. Una provisional. Me alejo sin mirar atrás. La partida acaba de empezar.

Doce horas antes

—Estás guapísima... —susurro apretando su cintura—. ¿Y si le digo al cura que se largue ya? No necesito unos votos para saber que eres mi esposa.

Mi mujer es preciosa. Sonríe bajo el velo. Yo me encuentro de pie y noto que me sudan las manos, pero no llevo los guantes y tampoco el bastón, es como si mi cojera hubiese desaparecido por arte de magia. Percibo mis latidos veloces en el pecho cuando su piel cálida roza mi mano. Su cabello color fuego es una maravilla y le sienta muy bien. Es como siempre la he recordado. Pelirroja y jodidamente guapa. Mía.

Joder. Jamás en la vida he estado tan feliz.

—Máximo, quiero irme —dice bajito—. Pero esta vez, no por los tacones.

Me derrite con una sola mirada suya.

—¿Y por qué, señora? —Mi mano baja lentamente por su espalda desnuda, pegándola más a mí.

—Porque necesito sus clases privadas, señor.

Entonces, intento disimular mirando el arco de rosas blancas que se alza sobre nuestras cabezas. Percibo el olor del incienso y el eco de nuestras voces suena dentro de la iglesia, imprimiendo más fuerza a nuestros susurros.

—Pensaba que ya no me necesitabas...

—Siempre te necesitaré. —Me mira con una profundidad que me corta el aliento—. Siempre.

Me emociono y no espero más. Le levanto el velo deprisa, anhelando ver sus ojos con nitidez. Sus bellos ojos verdes. Necesito ver esos labios que me convierten en pecador y esa nariz

respingona. Ese hoyuelo en su mejilla derecha. Es increíble lo hermosa que se ve vestida de novia.

El murmullo de los invitados se convierte en un zumbido denso. El sacerdote habla, pero sus palabras se pierden en la niebla de mi cabeza. Y entonces, unos pasos firmes rompen nuestro momento.

—Vaya... —dice una voz áspera—. ¿De verdad te has creído que se casaría contigo?

Angelo Barone aparece de pronto, caminando entre los bancos, con esa sonrisa ladeada y odiosa, con los ojos clavados en Anastasia. Se acerca, le tiende la mano y, sin mirarme, ella se la da.

—¿Qué haces?

—¿Cómo es mirar a los ojos a la hija de tu enemigo, eh? —suelta con odio, y su rostro ha cambiado drásticamente—. ¡Mírame, Máximo! Mírame porque quiero que me recuerdes así. Decepcionada. Rota. Hundida.

«Esas palabras...».

Las mismas que me gritó en el bosque aquella noche.

Sin más, camina hacia él, dándome la espalda. Quiero gritar, quiero correr, pero estoy clavado en el suelo como una estatua. No puedo moverme, y la iglesia entera se oscurece mientras el pecho se me oprime de rabia. No entiendo nada.

—Anastasia...

Despierto de golpe, aturdido y empapado en sudor frío. No sé dónde termina el sueño y dónde empieza la pesadilla real, porque ahora mismo ella está con él, no aquí, a mi lado. El dolor de la herida que tengo en el hombro me devuelve al presente de pronto. He tomado demasiados analgésicos desde que caí al río y a veces dudo entre lo que es real y lo que mi puta cabeza inventa.

Parpadeo intentando recomponerme, pero me doy cuenta de que no estoy solo. Hay una silueta sobre mí. Alguien me besa de pronto

y mi cuerpo traiciona a mi mente, entonces me dejo arrastrar. Cierro los ojos y, solo por un efímero segundo, me permito pensar que es Anastasia, que ha vuelto y que me elige a mí. Mi boca se apodera de la suya con ansia y mis labios bajan por su cuello rememorando el momento en que la hice mía.

Pero no es ella. El tacto es diferente, la forma en que sus uñas se clavan en mis hombros, el modo en que su cuerpo se enrosca sobre mí. Su olor.

—Máximo... —Una voz que no es suya resuena en la habitación—. Bésame.

Ecaterina.

Demonios. Estoy tan aturdido que me he dejado llevar como un imbécil.

—¿Qué diablos haces? —gruño mientras extiendo la mano y enciendo la lámpara de la mesilla.

Ecaterina se aparta con brusquedad y me mira sorprendida. Lleva el cabello desordenado y está completamente desnuda, pero no parece importarle. Se incorpora de inmediato y hace un amago de coger la sábana para taparse cuando nota mi rostro desfigurado.

—Sal de mi habitación —carraspeo.

—¿Por qué? —Está de pie, junto a la cama.

—Porque así te lo ordeno.

—Sigues soñando con que esa mujer te quiere y volverá contigo.

—Eso no es algo que deba importarte.

—Máximo...

—¡He dicho que salgas de mi puta habitación! —rujo como un loco mientras me levanto de la cama y la cojo del brazo.

Ella se zafa de mi agarre con un gesto brusco y desafiante. Se cubre con la sábana, pero la mirada no le tiembla ni un segundo.

—Tú siempre igual. Tan dispuesto a mandar a todos a la mierda por una mujer que ni siquiera te ama. ¿De verdad no lo ves? —me escupe, dolida y furiosa—. Mientras tú estabas con un pie en la tumba, ella ya estaba planeando su vida con el Barón.

—No tienes ni idea de lo que hablas —respondo arrastrando las palabras entre dientes.

—Sigues creyendo en cuentos de hadas. Máximo Kovalenko, el hombre más temido de la mafia, enganchado a una fantasía.

—Jamás he creído en cuentos de hadas, Ecaterina. Y si te acercas a mí otra vez, te juro que lo lamentarás —amenazo—. Incluso me olvidaré de que tu padre está... muerto.

Ella chasquea la lengua mientras me mira, le he dado donde más le duele. A continuación, se pasa una mano por el pelo y recoge su ropa con rabia.

—Algún día despertarás y te darás cuenta de lo que significa que alguien te ame de verdad. —Se señala a sí misma—. Pero será demasiado tarde.

No contesto cuando sale y da un portazo. Me giro nervioso y noto la bilis en la garganta. El silencio cae pesado, dentro de mi pecho solo hay tormenta. Hoy va a arder el puto mundo si es necesario.

Y juro por Dios que, esta vez, no pienso perder.

9

La prisionera del diablo

Anastasia



Dicen que en toda cárcel hay prisioneros. Lo que no te cuentan es que, a veces, tu celda representa los recuerdos que juraste borrar.

Despierto con la garganta seca y la cabeza embotada, como si hubiese pasado una noche entera bebiendo vodka barato. Tardo un instante en recordar dónde estoy. No es la villa de Palermo, donde he vivido hasta ahora, y no reconozco el techo ni los muebles. Además, la cuna de Ery no está.

Me froto los ojos intentando recordar qué pasó, pero no percibo imágenes, sino más bien un terremoto de sensaciones al recordar unos brazos sujetándome. No, unos brazos, no. *Sus* brazos. Los latidos de su corazón contra mi pecho. Y, después, una mano tapándome la nariz con una especie de paño que olía muy mal.

Me durmieron.

Un perfume masculino que me resulta irritantemente familiar me estremece incluso antes de ser capaz de identificar algo a mi

alrededor.

¿Dónde estoy?

Muevo las piernas porque siento el peso de un edredón sobre mi cuerpo. No llevo nada salvo una camiseta blanca, demasiado grande para ser mía. Muevo el edredón y doblo las rodillas. Enseguida veo una venda que me envuelve el pie, recordándome que estoy jodida. Pisé cristales, y el dolor me sube por la pierna como una descarga de alto voltaje.

—Eryol... —murmuro preocupada.

¿Dónde está? ¿Y Nina?

Giro la cabeza deprisa y miro alrededor. La habitación es grande, con muebles blancos. Las paredes están llenas de cuadros minimalistas, y en la esquina, una sombra. Hay alguien en uno de los dos sillones que bordean una mesita redonda.

Máximo. Él está ahí, sentado en un sillón con las piernas abiertas, postura recta, el torso desnudo y las manos enlazadas. Mirándome. El tatuaje del águila me vigila desde su pecho y, aunque esté a unos metros de mí, identifico una fea cicatriz en su hombro. Probablemente la de la herida que yo misma le hice. Lleva un vendaje en el antebrazo y el pelo mojado, como si estuviera recién salido de la ducha.

No dice nada, solo observa.

Yo también lo observo. Y también pienso.

Él es el enemigo. El hombre al que una parte de mí querría odiar con todas sus fuerzas y al cual mi corazón sigue respondiendo como si fuera veneno. Y, a la vez, el único antídoto que necesito para sobrevivir.

—*Buongiorno, signora* —saluda con tono burlón—. Espero que hayas dormido bien.

«¿Bien?». Me muevo, ignorando el escozor del pie.

—¿Dónde estoy?

—En tu nuevo dormitorio —contesta él en un tono seco, como si fuera la única respuesta válida.

—Máximo...

Siento los latidos galopantes en mi pecho y no soy capaz de seguir hablando. No puedo asimilar que él está aquí, vivo. Que yo estoy aquí, semidesnuda, y Eryol... lejos. Que él haya conseguido separarme de mis seres queridos una vez más me desquicia. Aun así, me armo de valor y alzo la mirada, procurando sonar firme.

—¿Dónde está mi hijo?

No responde al instante, simplemente se levanta de ese sillón y se dirige hacia la ventana con movimientos lentos, como si no supiera qué decirme. Camina de manera estable y apenas cojea.

—Te he preguntado algo. —Afilo la voz.

Virgen santa. Solo espero que no lo haya tocado porque, de lo contrario, lo mataré aquí y ahora. Estoy con el corazón en un puño, pero él se mantiene impasible y simplemente mira al exterior, ajeno a mi preocupación. Mientras tanto, observo la puerta con el rabillo del ojo, tejiendo miles de planes en mi mente. Dudo que esté abierta y pueda escapar. En realidad, dudo que él no lo tenga todo controlado, como siempre.

—Dime si...

—Tu hijo está bien.

Fijo sus anchos hombros con la vista y aún no puedo creer que lo tenga aquí, delante de mí, sano y salvo. Ahogo un quejido al incorporarme sobre la cama. Su silencio y la manera en que me está dando la espalda me lo dejan claro. Quiere evitarme a cualquier precio, pero no sabe que eso quedó en el pasado.

—¿Qué significa eso?

—Que está vivo.

—Más te vale —le suelto tratando de sentarme en el borde del colchón mientras él ni siquiera me mira de frente—. Sabes que nunca te lo perdonaría.

Entonces, se gira y se cruza de brazos. Su rostro se ve desmejorado y la barba de varios días le da un aire siniestro.

—Soy yo el que no te lo perdonará, Anastasia.

Aprieto los dedos en el filo de la cama, atónita.

Lo miro. Sus músculos se expanden con cada movimiento y confieso que sus brazos me intimidan, porque no lo recuerdo tan fuerte. Al parecer, el señor se dedicó a entrenar mientras yo estaba mareada y vomitando todo lo que comía. Estuve al borde de la muerte por segunda vez intentando traer a su hijo al mundo.

¿Y ahora me suelta que no me perdonará?

No soy capaz de responder a su comentario injusto. En el fondo, me gustaría decirle tantas cosas. Tantas jodidas cosas. Me ha hecho tanta falta durante este tiempo y lo he echado tanto de menos que no encontraría las palabras adecuadas. Igual que ahora, que siento un nudo en la garganta. El tiempo se me agota y no sé dónde está Ery. No sé cuántas horas he pasado durmiendo y quizá esté llorando, o hambriento, o...

—Necesito verlo.

—Olvídate.

—¿Qué?

Sus pasos retumban en el suelo de la habitación en la que me encuentro. Está demasiado cerca. El aire entre nosotros se espesa, como si fuéramos dos trenes a punto de chocar. Hay demasiado dolor, pero la rabia no me permite flaquear, así que me pongo en pie deprisa.

—¿Qué has dicho? —Alzo la mirada, pero las piernas me ceden y estoy a punto de caerme.

Sus manos acaban en mi cintura en un abrir y cerrar de ojos, y casi chocamos cabezas cuando me sujeta y me endereza. El pulso repica en mis sienes por su acercamiento. He soñado tantas veces con tenerlo frente a mí, y ahora que lo tengo es como si no supiera qué decirle.

—Puedo sola.

No insiste, se aleja de mí, como si tocarme le doliera. Eso me trae malos recuerdos.

—Dúchate y después hablaremos. Mandaré que preparen el desayuno.

Así, tal cual. Como si fuera un puto trámite.

Me da la espalda con una frialdad que me hiela la sangre. Se dirige a la puerta, dispuesto a largarse de mi órbita, como si yo no fuera más que alguien molesto. Lo miro perpleja, con la incertidumbre y la desesperación bullendo en mí.

¿Qué está haciendo? No, no pienso tolerarlo. Debemos hablar.

—¡No puedes alejar a un hijo de su madre, maldita sea! —grito, y agarro lo primero que veo en la mesilla. Un reloj rectangular.

Se lo lanzo con todas mis fuerzas, apuntando directo a su cabeza. Él se aparta en el último segundo y el reloj choca contra la puerta, sin tocarle ni un solo pelo.

—No me impresionarás —dice con calma, como si él fuese un tigre y yo una pequeña ardilla cabreada—. No lo verás hasta que te tranquilices.

La rabia hace que me tiemblen las manos, pero no pienso llorar. Me niego.

—Según las noticias, estás... —lo señalo tensa, dando un paso hacia él— desaparecido. ¿Qué coño haces aquí?

Me mira, con esos ojos de acero.

—Ya veo. Te gustaría que estuviera muerto.

—Sí me gustaría, si has vuelto para arrancarme a mi hijo. —Le sostengo la mirada, pero me duele hasta el alma—. ¿A qué estás jugando, Máximo? ¿Es otra de tus venganzas? ¿No tuviste suficiente?

Se acerca tanto que debo levantar la barbilla. Siento el calor de su cuerpo a un palmo del mío, con esa electricidad que siempre me ha jodido la vida.

—¿Venganza? ¿En serio crees que esto va de venganza, Anastasia?

Su voz suena como un trueno débil, como si una tormenta se formara en su garganta.

—Entonces, ¿por qué es? —le devuelvo el golpe—. ¿Por qué irrumpiste en la fiesta y por qué estoy aquí si no es por venganza?

—Porque eres mi esposa —murmura con un gruñido—. Aunque te joda. Igual que a mí.

—Tu esposa... —Suelto una risita—. Todo fue un teatro barato para atraer a Mikhail. No seas cínico.

—Tienes razón. —Sus ojos se oscurecen—. Y debo reconocer que fuiste una gran actriz.

—¿Dónde está Ery?

Miro hacia la puerta con el alma en un puño. Pero él ignora mi angustia, y es por eso por lo que lo odio aún más. Nadie puede comprender a una madre si no lo es, y ese sentimiento de ahogo al no saber de tu hijo es abrumador.

—Por cierto..., ¿cuánto te duró el luto? ¿Una semana? ¿Dos? —continúa dolido—. Porque ni siquiera había terminado de descomponerme bajo el agua cuando ya estabas en la cama de Barone. ¿De verdad pensabas que podías huir de mí ocultándote detrás de unas putas gafas y una peluca barata?

Me siento humillada. Me duele. Me duele como una puñalada que atraviesa la piel y va directa al corazón. ¿Cómo puede decir eso? ¿Cómo es tan cabrón?

—¿Tienes la menor idea de lo que significa perderlo todo? —le respondo con la voz quebrada—. ¿Perder a mi familia, mi casa, y saber que fuiste *tú* el monstruo que lo hizo?

Su mandíbula tiembla y los ojos se le oscurecen. Precisamente porque entiende lo que se siente al perderlo todo, no debería hacerme esto. Aun así, guarda silencio, y eso me enfurece aún más.

—Te dije que confiaba en ti, ¿recuerdas? —sigo, con la voz rota—. Y, pese a que sabías la verdad, me seguiste mintiendo, Máximo. Temías traicionar a un fantasma, y al final traicionaste a un ser vivo. ¡A mí! ¡Tu esposa! La que confiaba en ti.

Entonces, él llega hasta mí de una zancada y estampa el puño contra el armario que hay detrás, justo a unos centímetros de mi cabeza.

—¿De qué puta traición hablas, Anastasia? —estalla—. ¿Y lo tuyo cómo se llama? Lo tuyo con Barone, ¿eh? ¿Supervivencia?

—No sabes nada. ¡No sabes una mierda de lo que tuve que hacer para sobrevivir!

Se ríe, pero no hay humor en su carcajada. Solo dolor y odio, porque sé que está aquí para terminar lo que empezó.

—¿Sobrevivir? Qué bien te va esa palabra. Ya veo que sobreviviste muy bien entre sus sábanas.

Siento las lágrimas a punto de asomar, pero me las trago.

—¡Cállate! —gruño mordiéndome el labio—. Me odié a mí misma. Cada maldito día me culpé de tu muerte, aunque te la merecieras. ¿Eso es lo que querías oír? ¿Que no pude dormir una sola noche sin sentirme jodidamente culpable?

El silencio es insoportable, roto tan solo por nuestra respiración cadenciosa.

—¿Sabes lo peor de todo? —Su voz áspera me eriza el vello—. Que yo tampoco pude dormir ni una maldita noche. Porque tú me odiabas. Porque ya... no estabas. ¿Y sabes qué más? Me prometí a mí mismo que, si volvía de la tumba, lo haría solo por ti, Anastasia.

¿Cómo puede jugar con mi maldita cabeza de este modo? Está aquí para hacerme sufrir de nuevo. Para debilitarme. Para atraparme con su mirada, con su boca, con su cuerpo y con su jodido corazón atormentado.

—Pues ya has vuelto, enhorabuena —digo con un hilo de voz—. Pero encerrarme aquí no solucionará nada, ¿lo entiendes?

Ignora mi súplica y sus ojos son flechas que analizan mi rostro, buscando alguna debilidad.

—Eres tú la que no lo entiende —señala apretando más su mano en mi cadera—. Siento decírtelo, pero sigues siendo mi esposa. A pesar de todo. A pesar de que ya no lleves la alianza en el dedo.

Agarra mi mano y me la muestra furioso.

—¿Dónde está? ¿La tiraste? —pregunta dejándome sin aliento—. ¿La vendiste?

—Máximo... —intento hablar y siento un gran dolor que me aplasta el pecho cuando sí detecto la suya. Él sí lleva la alianza.

Trago en seco, quedándome muda. No me lo puedo creer.

—Escúchame bien. No saldrás de aquí ni matándome, ¿entiendes?

Suelta mi mano con asco, y eso me duele. Aprieto el puño.

—¿Ah, no? —lo desafío—. No subestimes a una mujer que lo ha perdido todo.

Trato de escapar de su intimidante presión, pero él me bloquea la salida.

De pronto, todo el aire se espesa, porque lo odio y lo amo a la vez, y eso me mata. Aun así, no pienso dejarlo ganar. Lo empujo en el pecho, todo lo fuerte que puedo. El golpe lo hace tambalearse y alejarse de mí con un quejido. Corro deprisa, y tan solo soy capaz de alcanzar el pomo de la puerta, porque él me atrapa por la cintura y me pega a él con tanta fuerza que siento las costillas oprimidas.

—Y tú no subestimes a un hombre que ha vuelto de la muerte —me susurra al oído—. Te conozco mejor que nadie, *malyshka*.

Un intenso remolino se me instala en el estómago y lucho por no desplomarme en sus brazos.

—Ya no. —Me sacudo como un pez fuera del agua—. Ya no soy la mujer que conociste.

Le hinco el codo en la costilla y el instante en que él ruge dolido y se separa unos centímetros de mí es suficiente para abrir la puerta de la habitación.

—¡¿Adónde vas, maldita sea?!

—¡Ery! —grito caminando por un pasillo largo hasta un amplio salón. Veo muchas puertas, pero sé que eso no me detendrá. Buscaré hasta debajo de las piedras.

—¡Detente! —me ordena detrás, con voz ronca—. ¡Anastasiaaa!

Sus persuasivas manos intentan frenarme, pero no le doy tiempo a atraparme del todo y me doy la vuelta, arañándole con una intensidad generada por las ganas de ver a mi hijo. Una leona devoraría a quien se interpusiera en su camino para salvar a su cachorro. Esto es una maldita caricia comparado con lo que sería capaz de hacerle.

—¡No me toques! —Aprieto los labios furiosa.

—¿Esto es todo lo que puedes hacer? —suelta mirando el arañazo en el hombro con mirada de psicópata—. No me provoques, ¡hostia! No te atrevas a hacerlo. —Me señala con un dedo.

Estoy cansada de él y de todos los hombres que me rodean y piensan que no sé defenderme sola únicamente porque soy una mujer. Pero jamás han podido estar más equivocados. La fuerza nace desde el interior, y eso, sin duda, es más peligroso que cualquier puñetazo.

—Dime dónde está mi hijo, Máximo —lo desafío—. ¡Ahora!

—Vuelve a tu cuarto... —Se acerca a mí lentamente, como un felino acorralando a su víctima—. Ahora, Anastasia.

Dios. Él no me dejará verlo. Me volverá a encerrar hasta que le dé la gana.

—Ni de coña. —Le sonrío diabólicamente y cojo una figura de cristal que hay en una mesa ovalada, al lado. Se la lanzo, completamente cegada. He perdido la maldita cordura y sé que no hay vuelta atrás. O él o yo.

—¡Ooooooooh! —Sonríe aturdido—. Y yo que pensaba que estabas cansada, pero ya veo que no. Bien, entonces, yo te cansaré.

Su fuerte torso brilla a la luz de una especie de salón con una terraza y vistas al mar. Me saca al menos dos cabezas y, claramente, intimida. La cicatriz de su hombro, también. Sin embargo, no dejaré que se salga con la suya. Este hombre me ha secuestrado, pero por más que le muestre mi rabia, no me deja opciones; es más rápido que yo. Entonces, se lanza hacia mí con esa fuerza que arrasa con todo.

—¡Joder!

Me revuelvo como una gata salvaje cuando él me aprieta entre sus brazos. Le golpeo el pecho, él me inmoviliza las muñecas detrás de la espalda y yo le muerdo el hombro furiosa. Espero que funcione.

—Déjame ver a mi hijo, de lo contrario, no saldrás vivo de aquí —le digo con el pulso en aumento.

Me empuja contra el sofá y su mano acaba en mi cuello, presionándome contra el respaldo.

—Mmm... —ronronea mirando mis labios—, ya veo, estás hecha una fiera. Pero yo te domaré.

Él me sigue sonriendo, con el rostro desencajado, mientras afloja sus dedos en mi cuello, señal de que no quiere hacerme daño. Sé que esa no es su fuerza real. Aun así, no hará que baje la guardia.

—¡Dómate a ti, animal!

Tiro de su hombro y vuelvo a arañarle, esta vez en el cuello, donde percibo un tatuaje con una rosa y una calavera. No recordaba que lo tuviera.

—No tientes al diablo porque no quedarán de ti ni las cenizas, tesoro.

—No, si el maldito diablo soy yo.

Agarro un cojín que hay a la derecha y se lo estampo en la cabeza. Él me suelta por un segundo y aprovecho para darle un cabezazo tan fuerte que lo deja aturdido. Mierda. Eso también me ha dolido a mí, veo las estrellas. Sus dedos se cierran en mi nuca esta vez y, cuando me mira tan cerca, no sé si quiero romperle la cabeza de verdad o besarlo.

«Anastasia, contrólate», me susurra esa voz omnipresente.

—¿De verdad crees que puedes conmigo? —lo dice de un modo tan lujurioso que suena a pecado—. Me atravesaron espadas y balas, y aquí estoy. ¡Mírame bien! Ni tú ni esos putos degenerados a los que defiendes podrán conmigo.

Doblo la rodilla deprisa, entrando en pánico, y lo golpeo con fuerza. Eso hace que se ponga de pie. No sé si le he dado en el estómago o en el muslo, pero lo importante es que consigo levantarme y alejarme de él. Nos quedamos cara a cara, ambos con

el cabello revuelto y el rostro encendido, a tan solo un metro de distancia.

—¿Te gusta hacerme sufrir?

—Solo quiero largarme de aquí, Máximo. Detén ya esto, ¿vale?

Damos vueltas en círculo alrededor de la mesa ovalada, como dos depredadores midiendo distancias. Sin pensarlo, agarro otra figura de cristal, la lanzo y le doy en la cabeza a uno de sus hombres, que acaba de entrar a ver qué coño pasa. Va seguido de otro tipo y ambos se nos quedan mirando, boquiabiertos.

—¡Joder! —protesta el primero, tocándose la ceja que ya sangra —. Señor, ¿necesita ayuda?

—¡Fuera! —gruñe Máximo, fulminándolos con la mirada—. ¡Fuera de mi vista!

No necesita repetirlo. Salen deprisa, uno de ellos cubriéndose la cabeza, el otro con una mueca de incertidumbre.

—Te estás luciendo —me suelta, justo cuando localizo su bastón en la mesa—. ¿Vas a provocar la Tercera Guerra Mundial porque te he dicho que vayas a descansar?

—¡Prefiero eso a tragarme tus órdenes!

—¿No te parece que tienes algo mío?

—Eeeh... —Lo miro rezando para que ese trasto no funcione con huella digital, porque, si es así, estoy muy jodida—. Eres mi marido, lo tuyo es mío también.

La mesa es lo único que nos separa en este momento. Pero él... Oh, joder. Él ya se está acercando a mí con pasos de lince. Nos perseguimos como animales enjaulados, con la mesa entre los dos, y yo con su espada en una mano. Él avanza, yo retrocedo, tanteando la cabeza del águila. Ojalá funcione y que el maldito bastón se transforme en una afilada catana.

—No te atrevas a tocar eso...

—¡Demasiado tarde! —le grito, justo cuando oigo el clic metálico y la hoja sale disparada de la funda.

De repente, la puerta del salón se abre de par en par. Katia entra como si nada, con un ramo de rosas blancas en una mano y un biberón en la otra.

—Ho...

Me giro, el filo corta el aire y, sin querer, rebano de cuajo las flores que trae. Los pétalos caen al suelo a cámara lenta y ella se queda paralizada, con la boca entreabierta.

—Encantada de volver a verte, Anastasia —dice al fin, como si acabáramos de cruzarnos en el ascensor.

Le lanzo una mirada tan seca como un whisky sin hielo.

—Yo no tanto —mascullo con la mandíbula tensa.

Katia suspira, se encoge de hombros y examina las rosas rotas en el suelo.

—¿Podéis comportaros como una pareja normal, joder? Hay muchas maneras de desfogarse. —Pone los ojos en blanco y luego se encamina a la puerta—. Me voy, alguien tiene que llevarle el biberón al bebé. Y Anastasia —añade girándose—, dale una buena paliza a mi hermano.

—¡Muchas gracias por tu ayuda, Katia! —ruge Máximo con ironía.

—Eres Imperator, no necesitas ayuda —le replica, saliendo del salón sin importarle nada más.

Me coloco en posición de ataque.

—¡Estoy harto ya, maldita sea! —me grita—. Suelta eso o...

—¡Aaah! —grito enloquecida, y agito tanto la catana delante de sus narices que le hago un corte superficial en el brazo.

—¡Joder...! —gruñe, y me mira perplejo—. ¿Qué coño...?

—Oooh... —murmuro con la catana temblando en mi mano—. Tú...

«¿Estás bien?».

Me ahorro la pregunta. No puedo ser más idiota si pregunto eso. Se supone que debo matarlo, y eso es un corte de nada.

—¡Te he dicho que no me subestimes! —cambio el discurso.

—¡Ya bastaaa! —ruge Máximo como un auténtico animal, y al segundo siguiente se abalanza sobre mí.

Rodamos por el suelo, la catana salta de mis manos y él termina encima de mí. Siento el peso y el calor de su cuerpo, y solo existe mi pulso desbocado y su respiración mezclada con la mía.

—Ya basta... —repite en un susurro, con sus ojos tan fijos en mi boca que casi la siento arder—. Te ordeno que pares ya, Anastasia. No conseguirás nada, ni que me olvide de ti ni que te deje marchar. Solo quiero que me digas quién es el maldito padre. El niño es de ese hijo de puta, ¿verdad?

—¿Qué más da si tan claro lo tienes? —Mi voz se quiebra, pero no bajo la mirada.

Ancla su gran mano en mi nuca y acerca mi rostro al suyo. No, esto no puede estar pasando. No puedo emocionarme tanto con que esté vivo y, al mismo tiempo, tener tanto miedo de que me arrebate a Ery si descubre la verdad. Las dudas me invaden y pienso que, si no lo sabe, mejor. Me odiará y no insistirá en seguir adelante con nuestro matrimonio.

—¡Respóndeme, Anastasia! —grita enloquecido—. ¿Te lo follaste?

Esas horribles palabras me rompen por dentro. Trago saliva. El pulso se me dispara, y sé que, si pestañeo, lloro. No le voy a dar ese gusto. Entonces, sus ojos recorren mi cara, bajan a mis labios, y por un segundo creo que va a besarme. Lo veo en su mirada. Oh, Dios. No quiero que lo haga, un beso suyo sería como una sentencia de la que no podré ni querré escapar.

—Angelo es... —la voz me tiembla, pero sigo— el padre de mi hijo.

El silencio que sigue es extraño. Pesado. Demasiado doloroso.

La esperanza se apaga en sus ojos mientras me suelta la cabeza despacio, como si se rompiera algo irremediable entre los dos.

—Qué pena... —susurra con los ojos nublados por las lágrimas—. He soñado todos los putos días con que ese niño fuese... mío.

Recoge una rosa blanca del suelo y la coloca en mi cabello, detrás de la oreja, con una mirada tan ausente que incrementa mi sufrimiento. Por irónico que parezca, estoy a un maldito paso de lanzarme a su cuello, abrazarlo y decirle que lo odio con todas mis fuerzas. Pero que también hay una parte de mí que quiere confesarle que me he quitado un gran peso de encima al enterarme de que no está muerto. Que yo no sea una asesina. Y que Eryol es el fruto de esos momentos felices que vivimos.

Dios, ayúdame. ¿Cómo puedo sentir eso por el hombre que mató a mi familia?

Respiro aliviada cuando se incorpora y me aparta la mirada.

Cierro los ojos tratando de recobrar el aliento.

Tras oír sus pasos alejándose, me acurruco en el suelo con las piernas encogidas y la respiración entrecortada. Me abrazo las rodillas, el nudo en la garganta creciendo tanto que ya no puedo contenerlo más. Las lágrimas brotan de mis ojos, aunque intente frenarlas. Entonces, oigo pasos acelerados y, antes de que pueda reaccionar, Katia irrumpe en el salón. Viene corriendo, con la cara descompuesta, y, en cuanto me ve, se tira al suelo junto a mí.

—Chisss, cariño. Estoy aquí... —susurra apretándome contra su pecho—. Llora si eso hará que te sientas mejor.

Le rodeo el cuello con fuerza, abrazándola enloquecida. Y lloro de verdad. No el llanto silencioso y contenido de las noches en vela,

sino uno desgarrado, brutal, en los brazos de la única persona que entiende lo que es quererlo y odiarlo a la vez.

—El bebé es precioso —añade entre lágrimas también—. Tiene tus labios, pero esos ojos... esos ojos son de su padre. Solo los Kovalenko nacen con esa mirada.

Sus palabras me rompen del todo.

—Oh, Katia. —Suspiro con la cara enterrada en su cabello y las lágrimas cayendo a borbotones—. Esto es tan difícil.

—Tú y yo tenemos que hablar.

Tiemblo, apretando en el puño la rosa que él me ha dejado. Me la llevo a los labios y la beso con pasión mientras cierro los ojos. El vacío que deja pesa más que todo el odio y el amor juntos. Me quedo en el suelo, abrazada a la única persona que lo ama tanto como yo, preguntándome si lo acabo de perder para siempre.

Igual..., ¿qué más da?

Él ya me perdió.

10

La próxima jugada

Máximo



> El hierro se forja con fuego y la fortaleza, con dolor. Si aún no eres lo suficientemente fuerte, sufre más.

No tardo en recuperarme. Aquí no hay espacio para el sentimentalismo, y sé que el mundo no dejará de girar solo porque Imperator tenga el corazón roto.

He pasado las últimas horas en la sala de entrenamiento, un espacio blindado en el sótano de un dúplex, en Palermo. Estoy en mi pequeño santuario y a la vez mi propio infierno desde hace tres meses: un *dojo* improvisado. Hay espadas alineadas en las paredes, el suelo está gastado, y las pesas y los sacos de boxeo ocupan la sala. Es el único refugio que me queda, y me ayuda a mantenerme en forma.

El sudor resbala por mi espalda y los nudillos me duelen de golpear una y otra vez el saco. No importa. Ya nada importa, y

seguiré golpeando hasta que el dolor de los huesos supere el del pecho.

No obstante, sé que eso no pasará.

Maldita sea.

Golpeo más fuerte; sin embargo, no consigo acallar su voz. El eco de «Angelo es el padre» me revienta la cabeza a cada golpe. Vuelvo a darle una, dos, diez veces. El puto saco tiembla, pero no tanto como yo.

La casa dúplex que alquilé bajo una identidad falsa no tiene la elegancia del castillo de Mónaco ni el aire acogedor de la casa de mi infancia, en Mallorca. Aquí todo es de hormigón y piedra gris, y procuré reforzar la seguridad hasta el absurdo, sabiendo lo que vendría. Hay cámaras en cada esquina, sensores de movimiento, muros gruesos y un garaje subterráneo que sirve de zona de entrenamiento.

—¿Piensas reventar el saco o qué? —Ecaterina aparece junto a la puerta, con los brazos cruzados.

Lleva el pelo recogido y va tan impecable como siempre, aunque últimamente solo viste de negro, guardando luto.

—¿Tienes algo útil que decir o vienes a cuestionar? —le respondo sin mirarla, secándome la cara con el antebrazo.

—Te traigo lo que pediste.

Deja el iPad sobre el banco de pesas, pero no se marcha. No la miro. Sigo golpeando, esta vez con la izquierda.

—¿Crees que mandarme a vivir a otra casa solucionará algo? —suelta con una mueca de rabia—. No tienes por qué esconderme de esa mujer.

—Esa mujer sigue siendo mi esposa —le digo sin mirarla.

—Tiene un hijo con otro.

Me detengo en seco, empapado en sudor y decepción. No necesito que nadie me recuerde lo que ya sé.

—Los empleados dicen que es tuyo, pero los rumores dicen otra co...

—¡Cállate! —estallo.

Me acerco a ella, con los músculos tensos.

—Te dije que no era tu problema. Y te lo voy a preguntar una última vez: ¿te callas o te vas de aquí? Tú eliges, Ecaterina.

—Solo estoy intentando abrirte los ojos.

—Vete..., por favor —ladro como un perro rabioso, recuperando el tono de jefe, aunque se trate de la hija de Vladím y mi mano derecha tras su muerte.

Se da la vuelta enfadada y abandona el sótano.

«Joder».

Quiere algo conmigo, y si no la he largado ya de mi lado es por el cariño y el respeto a su padre. Y, aunque sé que ha sido un gran apoyo para mi hermana todo este tiempo, siento que se me está yendo de las manos. Ecaterina seguirá trabajando para mí, pero no podrá vivir con nosotros en la misma casa, así que la he mandado a un anexo que tiene el dúplex. No le alquilaré un piso, no tendría la seguridad suficiente, y Romanov podría usarla de anzuelo.

Respiro hondo y observo el reflejo de mi propio rostro desencajado en el acero de unas diez catanas que cuelgan de la pared. Cojo una y la paseo entre mis manos. El brillo del metal me calma, aunque sea por un segundo. Tengo una guerra que ganar y una familia que proteger, pero en el fondo sé que la única batalla que me obsesiona no se libra con ninguna espada.

Me seco las manos después de devolverla a su sitio y cojo el iPad. Despliego los mapas de la costa, los movimientos de los Ferrara y la agenda del Barón. La herida que le hice en la fiesta aún debe de

dolerle y, en el fondo, no haberlo matado me enfurece, pero el muy cabrón resistió demasiado bien. En la mesa de negociación se sientan como caballeros, pero cuando se apagan las luces solo quedan bestias con corbata.

Barone creyó que podría recomponerse gracias a su hermana y los malditos capos sicilianos, después de arrebatárselo todo. Durante meses, les permití pensar que estaba muerto y que controlaban el mundo. Error. Esta vez no pienso atacar de frente y mi plan es simple: siembro la duda, arrastro a Barone al fango y, cuando todos sospechen de él, será fácil ponerlo de rodillas. De nuevo lo despojaré de todo, pero ahora será más lento y más cruel.

Me pongo una camiseta, me seco el sudor de la nuca y salgo de la sala de entrenamiento. El dolor físico es mi forma de no pensar; sin embargo, hoy no ha servido de nada.

Tras salir del sótano, entro en una especie de almacén contiguo. Hay pantallas encendidas por todas partes, un flujo constante de imágenes captadas por las cámaras de vigilancia, y mapas digitales con rutas parpadeando en tiempo real. La mesa principal está llena de portátiles, un par de pistolas y un cenicero repleto de colillas.

Me siento en la silla giratoria de cuero y tecleo una secuencia de comandos en el ordenador central. Los cinco informáticos de mi confianza, chicos sin escrúpulos que harían temblar a la mismísima Interpol, me miran en silencio, esperando mi señal.

Cientos de hilos digitales aparecen en un plasma.

—Señor... —uno de ellos se ajusta las gafas sin apartar la vista de su portátil—. ¿Cuál es la orden?

Me paso la mano por el mentón, aún llevo los nudillos manchados de sangre seca.

—Hoy toca sembrar la discordia. —Les clavo la mirada, frío como el acero—. Filtrad el rumor de que Barone trabaja con los rusos a

espaldas de los italianos. Que se extienda por las rutas de la costa este de Sicilia. Que no haya clan que no lo oiga.

El chico del pelo rapado asiente, y sus dedos vuelan sobre el teclado.

—Haced que llegue a oídos de los Falcone, los Cavalli y los Karamanlis —añado afilando la voz—. Quiero verlos morder el anzuelo.

—¿Visual o texto? —pregunta el más joven, con un acento ruso inconfundible.

—Visual —aclaro—. Todo el mundo cree lo que ve.

—¿Algún mensaje adicional?

—No hace falta. Pero sí quiero otra cosa: que todos sepan que los Ferrara pagaron el precio. De cara a los demás, los Ferrara se enteraron de las mierdas de Barone y Romanov y pagaron por ello. Los demás socios pensarán que los siguientes son ellos.

El chico lo anota mientras los informáticos se ponen a trabajar. Yo solo me enciendo un puro y, mientras el primer paquete de datos sale disparado hacia los canales encriptados de los sicilianos, disfruto de la sensación de control.

No me cabe duda de que un rumor bien lanzado es más letal que una bala.

Los putos italianos tienen el ego más frágil que el cristal, y yo disfrutaré viéndolos romperse. Es solo cuestión de horas hasta que la paranoia convierta a los amigos en enemigos y ya nadie esté a salvo. Ni siquiera ella.

Por esta misma razón, evito subir a la primera planta. Evito entrar en la casa. No puedo verla, sé que me dejaré llevar por la furia que siento. Pero luego está lo otro, las malditas ganas de besarla. De abrazarla. Hacerla mía.

Joder, la he echado mucho de menos y me muero por volver a tenerla en mi cama. Aunque ya haya probado la de otro.

«No puedo», susurro para mis adentros.

No puedo obligarla. No soy así.

«Ayúdame», suplico en mis pensamientos, y miro al techo por un instante. Me culpo, con un tremendo nudo en la garganta; parezco un puto crío que le pide ayuda a su madre, que está en el cielo.

En ese instante, la puerta trasera se abre y Lev, uno de mis chicos de confianza, me mira blanco como una hoja de papel.

—Malas noticias.

Lo observo confuso. Dos de mis hombres sueltan un fardo en el suelo envuelto en plástico blanco, manchado de sangre. Me levanto de la silla lentamente y me acerco. Se me tensa la mandíbula sospechando lo que puede haber dentro, ya que el olor a hierro me golpea antes de ver el contenido. Al abrirlo, la escena es de pesadilla, porque se trata del cuerpo de Sergei, sin cabeza. En su pecho, una catana japonesa con la hoja ensangrentada. La cabeza va aparte, con la boca sellada por monedas de rublo antiguo. Es un mensaje tradicional *yakuza*. Más que eso, una humillación.

En el forro del abrigo, un papel escrito con caligrafía rusa:

Tienes algo mío. Devuélvemelo o cava dos tumbas más.

«Mi tumba y la de mi hermana».

No permito que me tiemble el pulso, y no puedo mostrar miedo delante de mis hombres.

—Los localizadores me han informado de que Romanov sigue en el mismo domicilio.

—Afirmativo, señor —responde Lev—. Me sorprende que no haya huido como la rata que es.

—A mí no —carraspeo—. No lo ha hecho porque tiene poder en toda la costa. Sabe que no podría acercarme a él sin que los lobos italianos nos devoren.

—Entonces, ¿no podemos atacar?

—No tendríamos ninguna oportunidad de sobrevivir —afirmo—. Centrémonos mejor en los rumores y en largarnos de aquí cuanto antes.

La realidad me golpea de frente. He conseguido a Anastasia y al bebé, pero estamos en la boca del lobo.

—¿Qué es lo siguiente, señor?

La maquinaria ya está en marcha. Ahora toca responder al golpe con otro más elegante.

—Paciencia... —susurro—. Por ahora, quiero que la Interpol sepa que el ruso está colando armamento en Palermo. Entrégales la localización exacta y pruebas de que su identidad es falsa. Y que alguien prepare el funeral de Sergei —añado señalando el reguero de sangre en el suelo—. Un hijo del acero ha caído y se lo enterrará como a un verdadero Águila, Lev.

Salgo deprisa del almacén, con los puños apretados. Aún no puedo creer que Sergei ya no esté; perdí a Vladím, a Klaus y a muchos de mis empleados la noche del ataque al castillo.

¿Hasta cuándo? Intento controlar mi respiración ante esta escena macabra. No puedo perder a más personas de mi confianza, y me duele cada vez que debo enterrar a alguien.

Subo la escalera rápido, pensando en los avances que he hecho en todo este tiempo. Apenas uso el bastón y ya no me canso como antes. Tomarme las pastillas me está sentando bien. Todo por ella. Ahora mismo siento el peso del mundo sobre mis hombros, pero no hay tregua, y debo estar más preparado que nunca.

Bebo un vaso de agua en la cocina, buscándola con la mirada. Al salir, tropiezo con una joven delgada, con pecas y los ojos saltones, que mira las heridas de mis nudillos.

—Señor, ¿necesita ayuda? El botiquín está...

—No, Cécile, gracias.

Me limpio con un paño húmedo.

—Sabe que la señora Katia se enfadará, la herida podría infectarse.

—Será nuestro... secreto —le respondo, aún dolido por Sergei.

Ese hijo de puta lo ha decapitado, ¿cómo asimilarlo? Siempre me digo lo mismo, que no puedo anteponer los sentimientos al deber, pero irremediablemente acabo en la misma maldita trampa.

—¡Señor! —La chica, que sujeta una bandeja, me dedica una sonrisa—. Me gustaría felicitarlo por el bebé. Eryol es un niño muy guapo y simpático, y...

—Suficiente.

Aprieto los labios tratando de mantener la calma y me arrepiento de mi rudeza en el último momento. Esta chica no tiene la culpa, todo lo contrario. Tiene razón, el niño es precioso, de hecho, es el niño más guapo que he visto en mi vida. Y no me sorprende, se parece a su madre. Pero no es mío, y eso..., maldita sea, eso lo cambia todo.

—Deberías haberte ido cuando te lo pedí. Muchos perdieron la vida porque trabajaban para mí, y no quiero que... tú termines igual.

—¿Cómo podía marcharme? —La chica me mira asombrada—. ¿Sabiendo que la señora Anastasia estaba en peligro? Jamás. Además, quería conocer a su hijo, le tengo mucho cariño a su esposa, de veras.

—Gracias —le respondo dolido y cansado—. ¿Dónde está ella?

—En la habitación del bebé. ¡He estado con ellos todo el día! —exclama feliz—. Teníamos muchas cosas que contarnos. Señor, ha llorado mucho cuando le he dicho que Cordelia y todos los demás... —murmura triste— ya no están.

No quiero saber más. No quiero que esta joven que ha insistido en quedarse a mi servicio le eche más gasolina al fuego. Aunque, en el fondo, sé que es lo que necesito para no olvidarme de que mi objetivo es tan solo uno: destruirlos. A todos.

Me giro aprisa y avanzo por el pasillo apenas iluminado. Me detengo frente a la puerta del cuarto que mandé preparar para su hijo y, por un instante, la mano me tiembla sobre el pomo.

«¿Qué cojones me pasa?».

Inhalo aire con fuerza y empujo la puerta. Anastasia está acurrucada en un sillón, con el cuerpo retorcido en una pose de agotamiento. El niño duerme en sus brazos, envuelto en una manta beige, con el puño apretado junto al pecho de su madre. Eryol tiene un mechón de su pelo atrapado entre los deditos, y la escena me despierta ternura.

No debería. Ni siquiera debería estar aquí.

Ella frunce el ceño incluso dormida, aun así, las mejillas rosadas y esa boca que es la personificación del pecado me hacen estremecer.

Me sorprendo mirándolos, conteniendo el aire. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo ahí petrificado, como si el mundo se hubiera detenido. Entonces, el silencio se rompe: el bebé profiere un llanto corto pero guerrero. Ella, sin embargo, no abre los ojos, e incluso parece estar roncando suavemente. El llanto se intensifica, reclamando atención.

—Joder...

Me quedo a medio metro, clavado en el suelo. Aunque tengo dudas, alargo los brazos torpe, casi con miedo de hacerle daño solo

con rozarlo. El niño tiembla entre sollozos y, cuando lo separo del regazo de su madre, sus manitas se aferran a mi pecho.

—Mierda..., ¿y tú por qué te has despertado? —le pregunto al bebé, susurrando y sin saber qué hacer con él.

Jamás he cargado a un bebé en brazos y no sé cómo hacerlo. Me siento como un gigante con manos demasiado grandes para algo tan pequeño. El calor de su cuerpo atraviesa mi camiseta y me sacude el pecho. Sigo analizando a la criatura, pequeña pero jodidamente llorona.

Frunzo el entrecejo. ¿Así de chillones son los bebés?

—Tranquilo, *malysh*...[1] —murmuro nervioso—. No tienes que tener miedo de mí.

Pero sé que miento. No hay nada más peligroso en esta casa que yo. Ni para él, ni para su madre, ni para el cabrón de su padre.

El niño sigue lloriqueando, buscándome con los ojos. Aunque no tenga los ojos verdes de Anastasia, sino marrones como los de Barone, su mirada es rebelde como la de su madre. Pero es perfecto, y eso me jode. Me da envidia y, en cierto modo, lo odio. Suena cruel, porque se trata de un bebé, pero sé que, por mucho que lo desee, nunca será mío.

Entonces, una punzada de dolor me atraviesa el pecho.

Me quedo así, balanceándolo con torpeza, como si fuera una bomba a punto de estallar, imaginándome a Barone en su rostro. El pensamiento me destroza la cabeza, porque sé que todo sería distinto si... Pero no, no sirve de nada. El destino es cruel con los hijos de puta como yo. El maldito destino me condena a amar lo que nunca podré tener, y la cruel realidad de todo esto es que ella me traicionó. Se folló al italiano, olvidándose de mí y de todo lo que vivimos.

Puto cabrón.

Aprieto tanto la mandíbula que me da miedo que finalmente le haga daño a este niño inocente. Lo coloco en la cuna que hay al lado deprisa, asegurándome de que la manta le cubre bien los piececitos.

Pero entonces, Anastasia abre los ojos de golpe. Se incorpora tensa cuando me encuentra de pie junto a la cuna. Se agarra al respaldo del sillón como si se preparara para pelear y la voz le sale ronca por el sueño.

—¿Qué haces?

Le sostengo la mirada, frío por fuera, ardiendo por dentro.

—He venido a por ti. —Me aclaro la garganta—. Dormirás en mi habitación.

Ella ni siquiera parpadea.

—Dormiré donde duerma mi hijo, Máximo.

Me cruzo de brazos, fingiendo indiferencia.

—Tu hijo no dormirá en mi cama.

—Entonces, yo tampoco.

Me aguanto el impulso de gritarle o de sacarla de la habitación a la fuerza. Pero no. No hoy. En vez de eso, me acerco y cojo al niño con cuidado, aunque las manos me tiemblen.

—No lo toques, joder.

—Demasiado tarde.

Lo llevo en brazos hasta el dormitorio principal mientras Anastasia va detrás, pisándome los talones con una mirada inquieta. La veo de reojo, lista para saltar sobre mí si me acercara a su hijo con otra intención.

Entro en el dormitorio y deposito al bebé en el centro de la cama. No la miro. Me quito la camiseta empapada en sudor y la lanzo sobre una silla. Después, el pantalón, el cinturón, todo con la mecánica de un soldado que se despoja de la armadura antes de

entrar en combate. Siento su mirada clavada en mi espalda, y hasta el aire me quema.

—¿Por qué te quitas la... ropa? —me pregunta mientras se sienta en el borde de la cama.

—¿No puedo ducharme ni en mi propia casa o qué?

Ella baja la vista, no responde.

Camino hacia el baño, cansado de esta maldita mierda. Abro el grifo de la ducha y me apoyo con ambas manos en los azulejos. El agua caliente me aturde más, pero necesito una jodida ducha para intentar relajarme y no soltarle a Anastasia todo el veneno que llevo dentro. Me enjabono, tratando de dejar la mente en blanco. Pero no puedo. Cuando se recupere, Barone los reclamará, pero yo estaré preparado. Muy preparado.

—Debemos hablar.

Cierro el grifo cuando oigo su voz detrás y veo su silueta a través del cristal empañado.

—No hay nada de que hablar, es mejor que vuelvas con tu hijo. Y agradece que te permita verlo.

—¿Qué pasará ahora?

—¿De verdad quieres seguir con este teatrillo? —le pregunto con una media sonrisa—. ¿No crees que, después de lo que pasó anoche, ya se acabaron las máscaras?

—¿Máscaras? —pregunta aturdida—. Aquí, tú eres el único que la lleva, Máximo.

Nuestras miradas se cruzan de una manera tan profunda que siento que no llegaré a esa puerta cuerdo. Necesito abandonar el baño y mantenerme alejado de ella.

—Soy yo el que quiere saber qué pasará —suelto, endureciendo mis facciones—. Y disculpa por haber estropeado tu gran noche. Por curiosidad, ¿ibas a decirle que sí?

Me suplica con la mirada, y yo me odio a mí mismo. Por sentir tantas ganas de abrazarla y besarla. Por no poder apartar la mirada del vestido corto que lleva. Amarillo. Encaja perfectamente con su piel y resalta sus piernas desnudas. Parecen más largas de lo que recordaba y más definidas; quizá porque ese vestido le llega a la mitad del muslo.

—Nina y mi... padre. ¿Están bien?

No le respondo porque el sufrimiento me vence lentamente. Cojo la toalla y me la paso por el pecho despacio. Soy consciente de que sus ojos me recorren, aunque intente disimularlo. Me deleito con el silencio denso, y me gustaría creer que la provoco solo con existir. Que volver a verme la ha trastocado. Porque yo no sé cuánto más podré aguantar las ganas de... acercarme. Llevo fantaseando con tenerla delante de mí desde que desperté en la casa de un pescador, hace quince meses. Tuve suerte.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —insiste, acorralándome junto al espejo—. ¿Obligarme a quedarme aquí? ¿Vengarte? ¿Es eso lo que buscas, Máximo?

Le doy la espalda.

—¿No te parece obvio? —respondo en un susurro grave.

—Sé que mi padre lo hizo mal, vale —dice—. Se vengó con personas que no tenían culpa, como... Beatrice. —Alzo la cabeza y la miro en el espejo del baño—. Y no creas que lo he perdonado, pero dime, ¿cuál es la diferencia entre tú y él?

Me apoyo en el lavabo, obligándome a no darme la vuelta.

—Ninguna.

—Me alegro de que lo reconozcas —continúa con una mirada intensa—. ¿Qué te hizo la familia que me crio para que fueras tan cruel con ellos? ¿Para que mandaras a tus hombres a Serra Rosa y...?

—No fui yo. —Aprieto los labios colérico.

—¿Y por qué tendría que creerte?

—Porque te estoy diciendo la verdad.

—No te creo.

Se cruza de brazos, con una mueca antipática.

—Era de esperar. —Me lavo las manos para distraerme—. ¿Por qué ibas a hacerlo? Ya no soy nadie para ti.

Me seco las manos, solo para tenerlas ocupadas.

—Ya en serio, ¿qué piensas hacer con mi padre y con Angelo?

—Matarlos —le respondo seco.

—Máximo..., no lo harás. Y si te atreves a tocarlos con un solo dedo, te las verás conmigo.

Mi pulso se dispara tras oír de su boca esas horribles palabras. Aprieto el borde del lavabo mientras ella me taladra con esa mirada firme en el espejo. Entonces, no puedo aguantarme más, me giro a la velocidad de un relámpago y la agarro por la cintura, a unos pocos centímetros de su boca.

—Hazlo —la incito—. Mátame, *principessa*. Es así como él te llama, ¿no?

—¡Ya está bien!

—Podrías haberlo hecho ayer, en la maldita fiesta, Anastasia. Pero no lo hiciste —sigo, intentando controlarme—. Teniéndome en el punto de mira, disparaste a la lámpara. ¿Por qué?

Veo sus ojos titubeantes. Los aparta de los míos, pero no pienso dejar las cosas así. Le agarro el mentón y la obligo a mirarme. Su cuerpo contra el mío me provoca un escalofrío tan intenso que no sé cómo podré mantenerme en pie.

—¿Quieres saber por qué no lo hiciste? —concluyo—. Porque sabes que estoy en mi derecho de vengarme por todo lo que tu

maldito padre le hizo a mi familia. Y porque, en el fondo, no me odias tanto.

—Tú qué sabrás. —Suspira conmovida.

—No me quieres lejos... —le susurro al oído mientras cierro los ojos atrayéndola más hacia mí—. ¿Te digo por qué?

—No me toques.

—Las palabras mienten, pero la mirada no. —Sigo notando su temblor—. Y tus ojos me dicen otra cosa. No me disparaste porque, a pesar de todo, una parte de ti no quiere verme muerto. Porque, aunque te joda, yo fui el primero. Y eso... no se olvida.

Ella parpadea y su agitado aliento me acaricia el rostro. Su pecho sube y baja tan rápido que puedo sentir el calor de sus pechos rozando mi torso desnudo. Me arde la piel. Me arde el cerebro. Maldita sea. Nuestras bocas se buscan como si nuestra vida dependiera de los labios del otro. Ella lo siente también, y por eso quiere escapar de mis brazos, pero la bloqueo contra el lavabo. Recuerdo el calor de su cuerpo y me imagino la humedad entre sus piernas. Mi erección golpea la tela de su vestido y mi pulso enloquece.

—¿Notas lo que provocas en mí? A pesar de todo, soy un puto imbécil, *malyshka*.

Diablos. No sé cómo haré para no besarla. Acariciarla. Amarla.

—Soy un idiota por querer recuperarte, Anastasia —le hablo al oído, rozando sensualmente su oreja con la punta de la nariz—. Pero me da igual, ¿vale? Eres mía. Lo has sido siempre, y solo quiero comprender por qué lo hiciste.

—No hay nada que comprender porque ya no hay nada entre nosotros, Máximo —suelta sosteniéndome la mirada.

Me jode. Maldita sea. Sus palabras me están haciendo daño.

—Mírate, cielo, te tiemblan las manos y ni siquiera estoy dentro de ti —respondo perverso.

—Ilusiones.

Me devuelve la misma sonrisa maliciosa. Su aliento agitado en mi cuello me excita más aún, y el orgullo me está fallando.

—¿Te lo demuestro?

No pierdo más el tiempo. Deslizo la mano por debajo y la acaricio con el aliento cortado. Mis dedos bajan por su nalga desnuda, después por el borde de sus bragas, y se detienen en su entrepierna. Aprieto más sus caderas contra las mías. Sonrío satisfecho cuando la siento mojarse para mí, y ni siquiera he apartado la tela.

Ella parece estar tan embriagada como yo, pero no se mueve, tan solo aprieta mis hombros con fuerza mientras su mirada desciende a mi boca. Entonces, mi otra mano sube por su espalda al tiempo que presiono dos dedos en su centro húmedo, con golpes lentos contra sus bragas.

—¿Crees que así podrás borrarlo todo? —pregunta con un hilo de voz.

—Borrarlo no, pero sí oírlo de tus labios.

—¿Qué quieres oír? —dice con una sonrisa cínica—. ¿Que me muero por besarte? ¿Por volver a tenerte entre mis piernas? ¿Eso te haría más feliz e inflaría tu maldito ego? Hazlo... —murmura—. Tócame. Follemos. Pero después..., ¡¿qué?! —ruge a dos centímetros de mi cara.

Y justo entonces, el llanto del niño estalla en la habitación. Nos quedamos congelados, respirando como dos bestias a punto de devorarse. Me muerdo el labio y retiro la mano, reprimiendo las putas ganas que tengo de besarla.

«Oh, Dios santo».

La deseo como un desesperado, pero a la vez sigo furioso por su traición. Temo que me vea como a un idiota enamorado, fácil de manipular.

—Esto no ha terminado —susurro con la mandíbula desencajada —. Te demostraré que no fui yo quien mató a los Angelov. Puedo hacerlo, hay supervivientes, pero tú, ¿cómo harás para borrar que te tiraste a Barone como una...?

Aprieto los labios cuando estoy a punto de pronunciar esa palabra. Esa horrible palabra.

Su mano acaba en mi cara, pero no me sorprende. Lo esperaba. Su golpe es tan fuerte que casi giro la cabeza a un lado, pero me mantengo firme. No pestañeo, ni cuando me abofetea ni cuando me mira atónita, con las mejillas ardiendo y los ojos agrandados.

—No sabes cuánto me arrepiento de no haberte matado.

Permanezco en silencio, sin moverme. Su hombro choca contra el mío cuando se va.

Trago en seco. La rabia me ciega tanto que no soy capaz de controlar mi lengua. Acabo de insultar a la mujer que más amo en este mundo.

¿Cómo diablos hago para olvidarme de que se quedó embarazada de ese cabrón unas semanas o días después de haber salido de mi casa? ¿Cómo hago para olvidarme de ese maldito detalle que me destroza por dentro?

Con el corazón a punto de estallar en mi pecho y el escozor en la mejilla, cojo la toalla del lavabo y salgo del baño, intentando controlarme. El bebé se ha despertado, y sé que no es el mejor momento para peleas sin sentido. Abro el armario y cojo un pantalón oscuro de chándal y una camiseta. Ella está junto a la cama, con el niño en brazos.

—Mamá está aquí —le dice con cariño.

Los miro con el rabillo del ojo, aunque siento una urgencia abrumadora por abandonar la habitación. La escena me golpea en el estómago. Es tan tierna que parece irreal, y tan ajena a mí que solo quiero arrancar esa imagen de un zarpazo. Porque yo ya no significo nada para ella, por más que algo en mí quiera pensar lo contrario.

Y también porque siento celos de esa pequeña criatura que la tiene completamente y que le arranca sonrisas que yo ya no soy capaz de provocarle. Siento celos del hijo de otro hombre, y eso me duele tanto que no sé qué haré para no volverme loco.

En realidad, ya lo estoy.

Miro el puño diminuto que se aferra a su dedo, la curva de su cuello, el susurro que le dedica en voz baja. Entonces, un monstruo se revuelve dentro de mí, uno que sufre en silencio y quiere destruirlo todo.

—¿Qué has querido decir con que hay supervivientes?

Estoy de espaldas. Me subo el pantalón deprisa, con su voz de fondo.

—Responde.

Me aparto el pelo de la frente y le contesto, aunque no me apetezca nada hablar.

—He recibido información —afirmo—. Hay una mujer, parte de la familia Angelov, en un burdel que es propiedad de los gitanos Valkov. En Sant Adrià, a las afueras de Barcelona. No tengo su verdadero nombre. Solo sé que lleva ahí casi dos años.

—¿Milena? —pregunta sorprendida, acercándose más—. ¿Se trata de Milena?

—No sé quién es Milena.

—Mi prima —responde—. Mi hermana Nina me dijo que Milena se fue de Serra Rosa antes del ataque —relata, apretando más al bebé

contra su pecho—. Joder, sabía que no era verdad, Milena jamás se iría así, dejando a Lidia atrás. La vendieron...

Cierro el armario con un golpe seco, sin dirigirle la mirada.

—¿Por qué la estás buscando?

—No es algo de lo que quiera hablar ahora mismo.

—Escúchame... —insiste con voz temblorosa—. No le harás daño. Cobra tu venganza conmigo si es lo que buscas, pero deja a mi familia en paz.

La miro fijamente, con la vista nublada. El hecho de que me mire como si fuese un monstruo me acaba de rematar. Llevo luchando contra las lágrimas desde que me dijo que el bebé no es mío. Qué pena. Ojalá supiera que estoy buscando pruebas de los Angelov para recuperar su confianza, y no para quitarle la vida a esa pobre mujer.

—¿Me estás pidiendo un trato? —Sonrío frustrado mientras me coloco la camiseta.

—Eso mismo te estoy pidiendo.

Noto su mirada bajando por mi pecho, y sé que no es una mirada cualquiera. No es una mirada de amigos, ni siquiera de enemigos. Es ardiente, y sé que, por más que lo niegue, no le soy tan indiferente como quiere hacerme pensar.

—Lleguemos a un acuerdo.

Se coloca delante de mí cuando estoy a punto de salir por la puerta.

—Los villanos no entienden de eso. Como ves, te equivocaste, *princesa*. Para tu desgracia, soy el hijo de puta de este cuento, aunque nunca quisiste aceptarlo. Pero espero que ya sí.

No hay más palabras de por medio. Necesito salir de aquí, no aguanto más.

Siento su mirada en la nuca mientras camino hasta el salón y empujo la puerta cristalera del balcón. El aire de la noche es denso,

pero es lo que necesito para deshacerme del nudo que me oprime el pecho. La luna brilla sobre los tejados de Palermo, fiel testigo de nuestra lucha verbal y física. A lo lejos, el mar ruge y la fuerte brisa me azota la cara, pero el único ruido que de verdad me atraviesa es el de mi propio corazón, latiendo a destiempo.

Aprieto la baranda hasta que los nudillos me duelen, hasta que siento que la rabia se cuela por cada célula de mi cuerpo. No soy capaz de relajarme. Mi mente me lo recuerda, aunque quiera quedarme en blanco. Llevo meses buscando pistas sobre el día del ataque, pero no hay ni una imagen de ese momento. No hay nada. La masacre de Serra Rosa se repite en mi cabeza como una cinta que no sé rebobinar y, cada vez que cierro los ojos, sus palabras retumban en mi oído: «Es la única familia que me queda, Máximo. ¡No puedes quitármelo todo!».

Hoy he cruzado un límite. Y, aun así, sigo deseando cosas que no debería: su perdón, sus besos, su cuerpo, su... amor.

Pero ¿yo puedo perdonarla?

Aprieto los labios, con la misma furia que late en mí desde que desperté.

Si esa superviviente existe, la encontraré. Por ella y por mí mismo. No es fácil que te denigren y que pongas la otra mejilla. Y, si el fin del mundo existe, pienso arrastrar a todos hasta allí para conseguir la verdad. Cueste lo que cueste.

11

Su universo
Anastasia



Lo más jodido de todo es saber que hay latidos que te pertenecen... y que solo yo puedo oír.

Despierto con el corazón encogido y los músculos tensos. Un segundo de desorientación basta para que el instinto maternal tome el control: mi mano tantea entre las sábanas, pero no hay nada. Una corriente me sacude el estómago.

«¿Dónde está Eryol?».

Me giro con el corazón acelerado y respiro aliviada al ver que el bebé está en la cama, a mi lado. Pero Máximo no. Recorro la habitación con la mirada hasta encontrarlo a unos metros, medio tumbado en el sillón junto a la ventana. Está dormido y solo lleva un bóxer. Mis ojos bajan sin permiso por su torso y se detienen en el tatuaje del águila en su pecho. La piel está tensa, los músculos marcados, el abdomen duro, definido, como si incluso dormido su cuerpo siguiera en guardia. Los pectorales se ensanchan con cada respiración lenta.

Trago saliva.

Joder. Es obscenamente atractivo.

«Vale, Anastasia, no mires», me digo.

No sé cuándo volvió anoche, y estaba tan agotada que me quedé dormida enseguida. Supongo que no quería estar conmigo y con el bebé en la misma cama, pero es mejor así. Cuanto menos contacto haya, más fácil me resultará resolver esta situación.

Sin embargo, por un momento, sonrío. Odio todo lo que este hombre representa, pero, aunque sea por un segundo, me permito fantasear con una vida en la que despertar con él y nuestro hijo sea..., bueno, supongo que lo que debería ser una vida normal. La vida que nunca soñé, pero que anhelo desde que soy madre.

Sacudo la cabeza antes de volverme idiota. El enemigo duerme, y la guerra no ha terminado; en otras palabras, hay dos frentes abiertos, y yo en medio. Entonces miro la puerta entreabierta, a solo tres metros. Podría huir. Podría, pero la criatura más peligrosa de la habitación ahora mismo mide menos de setenta centímetros y lleva pañal. Si de por sí es difícil escapar de este sitio, con un bebé es un acto suicida.

Salgo de la cama con cuidado y cojo la ropa del armario con más cuidado aún. Un vaquero cómodo, una blusa demasiado ceñida en los pechos —regalo de Katia, que está más delgada que yo— y unas deportivas que me ha dejado.

Mientras me visto, no puedo evitar mirarlo otra vez. Su rostro parece relajado, y la línea firme de su mandíbula y sus labios entreabiertos me llaman la atención. Ese maldito nudo varonil que sube y baja con cada respiración lenta hace que me detenga sin percatarme.

Me inclino un poco sobre él, lo justo para asegurarme de que sigue dormido. Pero un recuerdo me golpea de pronto. Me acuerdo

de él inconsciente en su dormitorio, en el castillo, pálido, vulnerable por primera vez, y yo limpiándole la sangre y sufriendo por su pasado. El mismo hombre que me destrozó, y al que cuidé, a pesar de lo mal que me trataba.

El impulso me traiciona. Extiendo la mano casi sin darme cuenta, porque quiero tocarlo. Comprobar que de verdad está vivo y que no es un sueño. Que es real.

Entonces, su mano se cierra alrededor de mi muñeca con firmeza. Contengo un jadeo, preparada para apartarme, pero no me suelta. Abre sus ojos oscuros bruscamente y, en lugar de alejarme, guía mi mano hasta su rostro. Presiona mis dedos contra su piel caliente, áspera por la incipiente barba.

—Buenos días, *malyshka*.

—Eeeh —balbuceo.

Trago saliva. El corazón me golpea el pecho con violencia mientras aprieto los labios y me obligo a enderezarme, soltándome deprisa.

No puedo sentirme así ahora. No después de todo lo que ha pasado.

—Me ha parecido que no... —me mojo los labios— respirabas.

—Ajam —dice seco—. Y querías comprobar si tu sueño se había cumplido.

«Mi sueño de verlo muerto».

No soy idiota. Se está burlando de mí.

Me quedo muda cuando él se apoya en las rodillas, adormilado. Ya no puedo salir del cuarto sin que me vea, y ha sido una estupidez acercarme a él. Me obligo a desviar la vista hacia la cama para comprobar que Ery está bien. Además, ¿cómo puede alguien tener ese aspecto recién despierto? Lleva el cabello desordenado, los ojos hinchados y... ese bóxer. Joder. ¿Por qué estoy mirando hacia abajo

en vez de mirarlo a la cara? ¿Y por qué parece que el Everest se ha trasladado a Palermo, justo bajo esa minúscula prenda?

«Céntrate, maldita sea».

Recojo a Eryol en silencio cuando noto sus ojitos abiertos y empieza a mover las piernas. Murmuro un «Chist, campeón, mamá está aquí», y me dirijo a la puerta. Tengo un pie fuera cuando oigo el sonido fatídico. Eryol se revuelve y hace un ruidito sospechoso.

Máximo se incorpora en un segundo, y el aire puede cortarse con un cuchillo.

—¿Adónde vas? —me pregunta con la voz rasposa.

—A... —trago en seco— a cambiarle el pañal.

¿Qué otra cosa podría decirle? ¿Podría decirle que quiero escapar?

En ese preciso instante, se oye un fuerte ruido y el mal olor nos ataca sin piedad. El mismísimo Máximo Kovalenko, el hombre que aterroriza a medio planeta con su alta tecnología, entre otras cosas, se queda inmóvil. Frunce el ceño con un asco monumental, mirando al bebé como si viese un fantasma.

—¿Qué mierda está...?

—Justo eso —le espeto mirando a mi pequeño, que está haciendo muecas raras. Es la hora de hacer hueco para el biberón, y el cuerpo es sabio.

—¿Está...? —Él mueve la mano, con los ojos como platos—. ¿Eso es normal?

—¿El qué? —Alzo una ceja.

—Eeeh, vale. Ve a cambiarlo entonces.

—Necesito ayuda —suelto sin pensar.

¡Qué narices! Quiero hacerle sufrir un rato. Y que también sepa lo que es cambiar un pañal. Yo llevo haciéndolo cinco meses, y no me quejo, pero me aprovecharé de que me tiene aquí encerrada (otra vez) para torturarlo un poco.

—¿Ayuda? ¿A qué te refieres? —Se pasa un dedo por la ceja y coge un pantalón de traje sin ninguna arruga. Empieza a vestirse mientras me mira e intenta esconder su erección.

Carraspeo, tratando de controlarme, mientras le doy un beso en la frente al bebé. Espero que mis mejillas no me traicionen, no sé cómo fingir que no estoy observando su bóxer abultado.

—Necesito ayuda para cambiarlo.

—No sé cambiar pañales —declara, centrado en su ropa perfectamente planchada.

—¿Ah, no? —le digo punzante—. Mira qué rápido se te bajan los humos cuando hay mierda de por medio.

Él me lanza una mirada asesina, pero yo ya estoy desenfundando el arsenal de toallitas.

—¿Es tu manera de darme los buenos días?

—No, es mi manera de confirmar que no deberías tenernos aquí. Un bebé supone muchos cuidados, y tú no estás preparado.

—¿Y ese gilipollas sí? —Me escruta con la mirada y aprieta la mandíbula.

No le respondo, no esperaba que mencionara a Angelo Barone de nuevo. Es evidente que está celoso, y no sé si eso es bueno para mí.

Se abrocha la cremallera del pantalón de traje y respira hondo.

—Da igual lo que diga, Anastasia. Para ti, cualquiera podría hacerlo mejor que yo —masculla sin apartar los ojos de Eryol, que le dedica una sonrisita inocente.

—Cualquiera no sé, pero Angelo se maneja bien con los bebés —le respondo, solo para ver cómo le cambia la cara. Para joderlo, cierto.

Salgo del cuarto deprisa tapándome la nariz para evitar el mal olor. Pero no antes de observar satisfecha que tensa la mandíbula y se queda parado, como si mis palabras lo dejaran pensando.

—Tráelo aquí —gruñe de la nada, y, antes de llegar a la habitación que habilitaron para Eryol, me lo arrebata de los brazos con un gesto torpe pero decidido.

Me quedo atónita, porque el hecho de que lo sujete en sus brazos me emociona desmesuradamente. Sé que no lo hace por apego o cariño, sino por celos, y para demostrarme de qué es capaz.

Intento disimular el temblor en la barbilla mientras caminamos hacia la habitación de al lado, donde hay una mesita baja, que parece un cambiador. Dejo encima las toallitas, el pañal limpio y una muda. Aún sigo sorprendida porque se haya encargado de todo. Incluso le ha comprado decenas de juguetes al niño, aparte de la cuna.

Máximo, aún con el torso desnudo, solo vestido con el pantalón, lo mueve con una seriedad casi militar. Me doy cuenta de que la cicatriz de su hombro destaca bajo la luz de la mañana. Trago saliva, sintiendo un remolino en el estómago, tanto por la desolación que me produce saber que yo le causé esa herida como por lo que supone para mí su acercamiento.

Intento mantener la compostura, pero la blusa que llevo es de una tela demasiado fina, y el aire fresco de la mañana hace que mis pezones se marquen bajo la tela. Preferiría la camiseta holgada de ayer, pero acabó destrozada después del gran momento de «lucha cuerpo a cuerpo» que tuvimos.

—¿Y ahora qué? —pregunta él crispado, como si estuviera desactivando una bomba y no cambiando un pañal.

Su mirada baja lascivamente por mi cuello y se detiene justo en mi escote. Se moja la comisura de los labios con la punta de la lengua y me mira impaciente, esperando instrucciones.

—Despega los adhesivos, quita el pañal, límpialo bien y ponle el nuevo —le explico seria.

—¿Así de fácil?

—No tiene ningún secreto. Debería ser fácil para alguien que hackea sistemas de seguridad y se cuela en fiestas de disfraces.

No me hace caso, está centrado en su tarea, y cuando va a limpiarlo, el niño le lanza una patada y una risita. Yo me llevo una mano a la boca, reprimiendo una sonrisa, muerta de amor por esta imagen tan tierna y a la vez desgarradora. Porque sí. Porque me rompe por dentro verlos juntos, padre e hijo, cuando pensaba que jamás presenciaría algo así. En el fondo, estoy feliz de poder vivir este momento, aunque le diga palabras hirientes. Sin embargo, ese nudo angustioso no desaparece y la pesadilla vuelve al recordar lo que hizo.

Dios. Cuando anoche me dijo que él no mató a mi familia, parecía muy seguro, pero añadió que buscaría a Milena.

¿Con qué intención? ¿Para ponerla a salvo o para terminar lo que empezó?

¿Y si me está mintiendo? Hirió a Angelo, incluso podría haberlo matado. Le da igual todo, es una persona sin remordimientos y con las ideas muy claras: ha vuelto buscando venganza, y me sigo preguntando qué pasará conmigo cuando deje de ser un anzuelo para aplastar a Mikhail y al Barón.

No, no pienso quedar a su disposición. Me adelantaré a los acontecimientos.

De pronto, estos horribles pensamientos se dispersan cuando siento su cuerpo que, al buscar el paquete de toallitas, se inclina sobre mí. Nuestros pechos chocan. Nos quedamos congelados un segundo, demasiado cerca. Sin embargo, cuando su duro torso roza mis senos, no me aparto.

—¿Te gusta castigarme así? —susurra con voz ronca, mirándome fijamente.

Noto su respiración acelerada.

—No lo voy a negar, Máximo. Disfruto mucho viéndote perder el control... —lo provoco acercándome aún más, consciente de mi ventaja.

—No desees algo que después no podrás manejar —responde—. Dudo que quieras verme perder el control, porque, si eso pasara, entonces sí me odiarías de verdad.

—Ya te odio.

—¿Cuánto, eh? —se me encara, acercando su rostro al mío bruscamente—. ¿De aquí al cielo?, ¿cuánto, Anastasia?

—Hasta el infinito.

Por un segundo, el aire me quema la garganta porque se torna insoportable. Nuestras manos también se rozan sin querer y él carraspea con un deje de decepción, apartándome la mirada.

—Vaya, debería sentirme halagado —me responde con sarcasmo —. Dame eso.

Le entrego la ropita del bebé, con el cuerpo revuelto como una adolescente en plena pubertad. No recordaba estas sensaciones, pero ahora más que nunca sé que él es el único que puede provocármelas. Entonces, mi hijo me lleva de vuelta a la Tierra cuando ríe de nuevo y estira los dedos, enroscando la manita en el dedo gordo de su padre. Máximo lo mira, con una expresión tan extraña y dolida que me hiere. Incluso hace que, por un momento, quiera contarle la verdad.

«Aguanta, Anastasia», lucho conmigo misma.

—Siempre llora cuando lo cambio yo —murmuro—. Contigo, se ríe.

—Será que tú no eres tan simpática como yo —responde él con voz temblorosa.

—¿Tú, simpático? —lo pincho—. Será cuando duermes.

Me muerdo el labio. Él termina de ponerle el pantalón y se aparta bruscamente. Cojo al niño en brazos, dándole la espalda, pero, cuando me vuelvo, me mira con fijeza.

—¿Por qué elegiste ese nombre?

—Por... —bajo la vista— nada. Debo darle el biberón a Ery.

—Anastasia... —Me detiene justo cuando voy hacia la puerta—. *Eryol* me recuerda a... *águila*. En ruso.

—¿Ah, sí? —intento mantener la calma—. No lo sabía, gracias por la información.

Lo aparto con el codo, con el niño babeando en mi hombro.

—¿Estás segura?

Su mirada perdida me atraviesa, pero no le respondo y las rodillas me empiezan a temblar. No puedo delatarme ahora. No desde que descubrí la verdad sobre mis orígenes y decidí ser la arquitecta de mi propio destino.

Salgo deprisa, apretando a Ery contra mi pecho. No puedo dejarme dominar por los sentimientos, no es algo bueno para mí. Le he dicho que me voy a la cocina a por el biberón, pero, en lugar de eso, tomo el pasillo lateral, sorteando el hall y el salón, donde un par de hombres armados, uno ruso y el otro italiano, murmuran algo sobre los turnos y las cámaras del perímetro.

El aire está cargado de ese aroma a café fuerte que llega desde la cocina. Controlo la respiración y giro un par de veces la cabeza para ver si él me sigue. No lo hace. Bien.

Aguzo el oído, dándome cuenta del crujido de unos pasos y la alarma que parpadea de vez en cuando en el rincón junto al ventanal. Podría ser una cámara. La seguridad de este sitio es digna de una cárcel. Hay sensores en la verja, vallas electrificadas, dos todoterrenos en el garaje y hasta detectores de movimiento en el pasillo que da al jardín trasero.

No me sorprende, y la cabeza me va a mil por hora. En los dos días que llevo aquí, lo he analizado todo al detalle.

¿Quién estará de guardia en la puerta lateral? Me he dado cuenta de que cambian el código de la verja cada veinticuatro horas. ¿Cuánto tardaría en saltar la alarma si me equivocara de código?

Con un bebé en brazos, me siento la protagonista de esa película de Tom Cruise que lleva por título *Misión imposible*.

—Ya, mi amor... —le digo a Ery cuando empieza a sollozar.

No es el mejor momento para lloriqueos, y rezo para que él coopere.

«Podrás hacerlo», me repito mientras trazo mentalmente la ruta: ir a la habitación de servicio y cruzar la puerta secundaria, en menos de un minuto estaré en la zona de los generadores y desde ahí lograré salir antes de que me vean. Me he dado cuenta de que un coche con fruta y verdura fresca llega sobre las once. Al menos ayer lo hizo, y creo que anteayer también. Podría ser mi oportunidad.

Cuando Eryol se agita, miro su carita adormilada, tan ajeno a todo el infierno que nos rodea, y me juro no fallar. Doblo la esquina deprisa y, justo cuando tengo la mano en el pomo, oigo una voz femenina detrás.

—¿Adónde vas?

Katia se cruza de brazos y afila la mirada.

—A que..., eeh..., le dé un poco el sol a Ery.

—Estás nerviosa.

Me quedo helada ante su mirada suspicaz. El niño bosteza, ajeno a lo que está pasando.

—¿Querías irte?

—Bueno... —Suelto un carraspeo grave y me acerco a ella—. Vayamos a la cocina a tomarnos un café, no he desayunado, y Ery debe de tener hambre también.

—Anastasia...

Entonces, me detiene y me mira con esos profundos ojos azules de un modo que me parte el alma.

—¿Crees que soy tonta? —dice con un atisbo de decepción—. ¿Serías capaz de quitarle a su hijo? ¿Después de lo mal que lo ha pasado y lo mucho que ha luchado por recuperaros?

—No es eso.

—Aunque él no sepa que es suyo. Aunque no confíe en ti. —Su voz se quiebra—. Pero yo confié, y ahora te encuentro aquí y...

—¡Katia, yo también confié cuando me dijiste que no sabías que era la hija de Mikhail Romanov y de los planes que Máximo tenía para mí! Pero no puedo simplemente esperar. —Aprieto a Ery contra mi pecho—. Esperar a que se maten entre ellos. Volver al pasado. Sentirme otra vez su prisionera. Puede que no lo entiendas, pero ya he tomado una decisión.

—No puedes alejar al niño de él. No es... justo.

—¡Mató a mi maldita familia por venganza! —le grito, sin poder contenerme más—. Personas inocentes, joder. Mi hermana era solo una niña y mi sobrino no tenía más de cuatro años y... ¡Oh, Dios! ¿Es eso justo? ¿Lo es?

Las lágrimas vuelven a invadirme como siempre me ocurre al recordarlo todo.

—Mi hermano no lo hizo —responde con temblor en su voz—. Puede ser todo lo que digan de él, y sé que yo misma lo odié por lo que pasó con Enzo, pero no es un monstruo.

—¡Escúchame!

—¡No, escúchame tú ahora! —me interrumpe furiosa—. Eres la única familia real que le queda, todo fue una trampa de tu padre para inculparlo. Romanov buscó testigos falsos y esos gitanos mintieron. Max me lo contó todo, y yo lo creo.

—No es verdad... —Niego con la cabeza—. Cuando Mikhail llegó a Serra Rosa, estaba todo destrozado, no deja de repetírmelo. Mi padre está muy agradecido con los gitanos por haberme cuidado, incluso les donó dinero y... Joder. Encontró a mi hermana Nina y se la llevó consigo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Llevaba buscándome dieciocho años. ¿Por qué lo haría? Un padre jamás querría nada malo para sus hijos.

Me muerdo el labio, sintiendo el pulso acelerado por mi huida fracasada.

—Encontraron explosivos la noche del ataque a los gitanos Valkov. Sospechamos que son los mismos que fabrica Romanov.

El golpe me deja helada, y la cabeza me da vueltas. El pasado y el presente se solapan, y cada revelación es como una herida que vuelve a abrirse. No puedo contestar, me quedo sin palabras y las dudas me invaden. Aun así, decido mirarla fijamente, manteniéndome firme. Si mi padre, Mikhail Romanov, fue el culpable, tarde o temprano lo sabré, ahora es otra mi preocupación.

—Ha llegado el momento de terminar con esta guerra. Y solo espero contar con tu ayuda, porque la necesito más que nunca.

—¿A qué te refieres?

—Llegaré a un acuerdo con Mikhail. Necesito mis cosas y unas cuantas de Eryol. También quiero saber cómo está mi hermana Nina y Angelo...

—No te irás de aquí.

Sus palabras me dejan en shock por un momento. ¿Quién diablos se cree para prohibirme volver a mi casa? Los malditos hermanos Kovalenko están poniendo a prueba mi paciencia.

—Me iré, ¿entiendes? —le respondo con la misma dureza que ella —. Y ni tú ni nadie podrá impedírmelo.

—Anastasia... —Toma mi mano, de repente—. Deja a Eryol conmigo, por favor. Te defenderé frente a Máximo. Por más que tú confíes en ese ruso, yo no. Me da miedo que quiera usar al niño para herir a mi hermano.

—Ni hablar.

Acaricia la carita aterciopelada de Eryol y me mira con lágrimas en los ojos.

—Por favor. También somos su familia, no seas tan cruel. Te lo ruego... —suplica—. Ve y coge lo que necesites, habla con tu padre, pero deja al niño aquí. Te prometo que lo protegeré con mi propia vida.

Mi pequeño tiene una parte de su tía. A veces, sus ojos adoptan un tono marrón azulado, parecido al color de los de Katia. La profundidad de su mirada es como la de su padre. Ella tiene razón, es su sobrino y... Mierda. Eryol es un Kovalenko, por más que mi maldito cerebro se niegue a aceptarlo.

Además, debo pensar con la cabeza fría, y no me queda tiempo. Sé que, con un niño en brazos, me resultará muy complicado llevar a cabo el plan que llevo tejiendo desde anoche. Podría dejárselo a Nina, suponiendo que se encuentre bien, pero no sé qué me espera en casa de Mikhail, y prefiero ir a lo seguro. Sé que nadie en el mundo podría cuidarlo mejor que Katia. Nadie salvo él..., si supiera que es suyo.

Aun así, Máximo no nos ha hecho daño, y eso hace que me pregunte miles de cosas. ¿Quiere a Eryol vivo porque sabe que eso debilitará a su archienemigo? ¿Lo hace porque cree que así acabará con Angelo Barone más rápido, al pensar que es el padre?

Por Dios. La ansiedad me carcome por dentro, y no soy capaz de averiguar por qué Máximo quiere encontrar a Milena. Y por qué aún

no me ha hecho daño, y a mi hijo tampoco, si tanto me odia por mi supuesta traición y por mis orígenes.

En ese momento, beso a Eryol en la frente, angustiada por tener que despedirme de él, pero sé que no me queda otra. Se lo entrego antes de cambiar de opinión y aprieto su manita, que se aferra a mi ropa.

—Confío en ti, Katia —le susurro abrazando al bebé una última vez mientras intento no llorar—. Si algo me pasa...

—No digas estupideces. Eres más dura que el puto acero, Anastasia.

El bebé solloza y me rompe el alma, hasta dudo de mi decisión. Pero sé que, si algo me pasara, no querría que Eryol estuviera en otro sitio, salvo este. Ella me mira, orgullosa y desolada a la vez.

—Tiene hambre. —Me aguanto el llanto—. Es la hora de la comida.

—Anastasia... —dice apenada, apretándolo entre sus brazos—. Lo eres todo para nosotros, pero para mi hermano eres su universo. No lo olvides.

Asiento y me aferro a sus hombros con fuerza, abrazándolos a los dos.

—Es mejor que Max no se entere de que he permitido esto. Te abriré, pero te advierto que tienes dos minutos.

—No lo sabrá, te lo prometo —respondo con una sonrisa amarga.

Me doy la vuelta con gran pesar, pero segura de lo que estoy haciendo.

Cruzo la puerta de servicio antes de arrepentirme y, al oír pasos cerca, me quedo pegada al muro. Cuando los pasos se alejan, corro con la adrenalina a mil, no puedo arriesgarme a que salte la alarma. Repaso mentalmente el camino, cada esquina y cada sombra

sospechosa. Miro atrás solo una vez, con el pecho encogido por mi hijo, y porque sé que, si fallo ahora, los perderé a todos.

Camino a zancadas hacia la puerta trasera. Alzo la vista de forma instintiva y localizo los pequeños puntos negros incrustados en los aleros y en la valla perimetral. Cámaras. Bien disimuladas, casi invisibles si no sabes dónde mirar. Agarro el pomo con cuidado y, cuando estoy a punto de abrir, oigo pasos. Me giro despacio y lo que veo me provoca un vuelco en el estómago.

Ecaterina.

La odiosa rubia de la coleta avanza con paso decidido hacia una especie de almacén situado al fondo del recinto. Lleva botas altas y un mono vaquero de color negro.

—Genial... —murmuro entre dientes.

Tenía razón, esa tipa está en Palermo, eso significa que también estuvo en la fiesta.

No puedo quedarme a observar y, cuando oigo el ruido de algo, como si alguien me estuviera abriendo (es Katia), salgo al exterior sin hacer ruido. Camino cautelosa, pegada a la pared, evitando las zonas expuestas. Localizo más cámaras camufladas entre los arbustos, en los postes de luz y en la valla metálica. Al fondo distingo a dos hombres con traje oscuro y auriculares, vigilando con una postura rígida.

Me desvío hacia un lugar más cubierto preguntándome si por aquí pasan taxis, porque no sé en qué zona de Palermo me encuentro. Me meto entre unos árboles altos que separan el patio del camino exterior y corro. Simplemente corro, aunque no sepa adónde. Cuando estoy a una distancia considerable de las vallas, miro la carretera en busca de algún coche, con el corazón latiéndome con fuerza. Si no, llegaré andando, me da igual.

Entonces suena el chirrido seco de unas ruedas sobre el asfalto.

Me quedo inmóvil. Un coche oscuro aparece por el lateral y se detiene a pocos metros. Me asomo lo justo cuando la ventanilla baja. Reconozco al instante al hombre barbudo, es Grigori, el encargado de mi seguridad. Me mira sorprendido y alarmado al mismo tiempo. Detrás de él, otros dos hombres descienden del vehículo.

—Imperatritsa.

La palabra me afloja las piernas y doy un paso hacia la carretera.

—Jamás en mi vida me he alegrado tanto de verte, Grigori.

Uno de los chicos me abre la puerta, mientras el hombre de Mikhail vigila la zona sobresaltado.

—Es mutuo. ¿Cómo ha escapado? Teníamos órdenes claras de no entrar.

—Pensaba que no sabíais dónde estábamos.

—Sí, lo sabíamos, pero el Zar no quería ponerlos en peligro. Sabemos de lo que es capaz ese hombre. ¿Y el niño?

—Llévame a casa —le digo evitando su mirada interrogativa—. Necesito mis cosas.

—¿Eso qué significa? ¿Que volverá aquí?

No le respondo, me entretengo mirando lo que me rodea y pienso.

Maldita ironía.

Ya tengo claro lo que está pasando: dos hombres rivales viven en la misma ciudad, ambos saben dónde se esconde el otro, pero ninguno ataca. Mikhail no nos quiere poner en peligro, ni a mí ni a Ery, y Máximo probablemente se vea acorralado por nuestra unión con los italianos. Aquí no manda él, sino Angelo.

Durante el trayecto, me entretengo mirando por la ventana, aún con el pecho encogido. Las casas tienen las persianas bajadas, percibo algunos grafitis en los muros de un parque, y bandadas de gaviotas pelean por comida sobre los contenedores. Pienso en lo

fácil que sería desaparecer, perderme para siempre. Pero la sangre es más poderosa que el miedo, y mi hijo sigue en esa casa.

No respiro hasta que veo la fachada de la villa Romanov, oculta detrás de una pequeña colina, en un camino serpenteante que conduce a las afueras. Todo está plagado de hombres, y todos me miran como si vieran a un fantasma.

—¿Mi padre está dentro?

—Sí, señora —responde Grigori.

Bajo del coche y la adrenalina me hace temblar las piernas, pensando en cómo solucionar esta situación. La grava cruje bajo mis zapatillas, y siento todos los ojos sobre mí cuando cruzo el patio central y subo los escalones. En teoría, ahora mismo debería ser la rehén de Imperator.

—¡Mikhail! —grito—. Nina...

No veo a nadie, ni en el salón ni en la cocina. Nina tampoco está en su cuarto.

Por Dios. Solo espero que estén bien.

Entonces, subo la escalera a toda prisa, seguramente está en su dormitorio o en el despacho de la primera planta. Necesito verlo y hablar con él de una maldita vez sobre esto. Cuando llego frente a su puerta, toco una vez y empujo con suavidad. Dentro, el cuarto está semioscuro y hay alguien en la cama. Me parece raro, ya que es casi mediodía.

—Mikhail...

Me detengo en el umbral cuando una lámpara se enciende y veo a Nina, mi hermana menor, en la cama. Su cama. La puta cama de mi padre.

No. No es verdad.

La analizo, del todo muda. Lleva el pelo alborotado, y se nota que está desnuda porque aprieta la sábana contra su pecho, intentando

cubrirse.

—Ana...

—¿Qué demonios has hecho, Nina?

12

Desilusión

Anastasia



Frunce el ceño como tú cuando algo lo desilusiona. No sabe que deberá acostumbrarse, y que la desilusión es algo inherente a la vida.

Cuando entro en el dormitorio y veo a mi hermana menor en la cama de mi padre, la sangre me hierve. Por un segundo, mi cerebro se niega a procesarlo. Parpadeo esperando que sea una pesadilla, una alucinación, cualquier cosa menos lo evidente. Pero no. Está ahí, en la cama de él.

Nina se sobresalta, su rostro palidece y se tapa, como si ese gesto ridículo pudiera arreglar algo, pero es en vano. Ya no puede esconderse.

—¿Qué... qué haces aquí? —balbucea, roja como un tomate.

Me apoyo con el hombro en el marco de la puerta. Las piernas me tiemblan, pero me obligo a mantenerme firme.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Tienes idea de lo que has hecho, Nina?

Ella se incorpora nerviosa, buscando su ropa, que está tirada en una silla, a un metro.

—Ana, no es lo que parece...

—¿No? ¿No es lo que parece? —Me río asqueada, sin poder creérmelo aún—. ¿Me vas a decir que no te has acostado con un hombre que podría ser tu padre? ¿Desde cuándo?

Me enfrenta con la barbilla en alto, y ese gesto desafiante me destroza.

—Desde siempre.

—Oh..., ¡cállate! —Mi voz se quiebra. Me llevo una mano a la frente intentando mantener el control, pero el temblor de mis dedos me delata—. ¿Por qué lo has hecho?

Agacho la cabeza, preguntándome si esto es todo o el karma tiene más cosas preparadas para mí.

—Nina... —la miro fijamente, buscando en su rostro una mínima señal de duda, algo que me haga creer que fue contra su voluntad —, ¿te obligó?

—No.

—No me lo creo.

—Por favor...

—No, por Dios. —Me llevo una mano a la sien, aturdida—. Él tuvo que obligarte y me estás mintiendo.

—Escúchame... —susurra.

—No, no te voy a escuchar.

—¡No me queda nada, Ana! —Su voz me atraviesa como una bala —. Nada. Todos están muertos. Y, con él, tengo algo, ¿entiendes?

Se me corta el aliento.

Algo. Eso es lo que cree que tiene. *Algo.*

—Lo que tienes es un futuro por delante. Y, créeme, eso es más valioso que lo que cualquier mafioso pueda ofrecerte. Mírame a mí:

yo no tengo elección —le digo dolida—, pero tú...

—¿Y si no deseo tenerla? —me pregunta con la mirada nublada—. ¿Y si es esto lo que quiero en mi vida? Mi elección.

—No es verdad.

—Nadie ha estado a mi lado, nadie más que él. Solo él. Pero ya sé, te cuesta verme feliz.

No puedo ni mirarla porque siento asco y decepción. Quiero gritar, romper algo, arrancarme de dentro esta sensación de impotencia que no me deja respirar.

—Estás tan equivocada. Solo quiero lo mejor para ti, pero Mikhail no es lo que te mereces, aunque sea mi padre.

—Ya sé qué te pasa, te da miedo que me ame más a mí que a ti. ¿Te da envidia? —me pregunta con ese deje de malicia y ambición que siempre he visto en ella—. Temes que le dé otro hijo y que tú no seas su heredera, ¿verdad?

—No digas gilipolleces, joder. Estás ciega.

Ella traga saliva, pero se mantiene firme.

—No lo entiendes. Nunca lo harás.

No puedo seguir aquí, escuchando su discurso venenoso y sin sentido, así que salgo de la habitación y cierro la puerta de un golpetazo que retumba por todo el piso superior.

Bajo la escalera deprisa buscando mi habitación y la de Ery con la mirada. En mi cuarto, la respiración es sofocante. Mi pecho sube y baja, como si acabara de salir de una pelea, pero lo que acabo de ver me ha dejado sin palabras. Mi pulso retumba en las yemas de los dedos cuando cierro la puerta. Me apoyo un segundo, intentando organizar el caos en mi cabeza.

¿Y si Nina sabía algo sobre Milena? ¿Y si ella supo desde el principio que la vendieron y no me lo contó nunca? Por un instante,

el impulso de gritarle mis sospechas es casi insoportable, pero me lo trago. Es la amante de Mikhail, y jamás podría confiar en ella.

El espejo junto al armario me devuelve la imagen de una mujer desesperada. Me acerco y me observo con frialdad. Tengo la mirada más dura de lo normal, la mandíbula tensa y el cabello recogido en una coleta alta. Mi pelo. Cuando desperté en casa de Máximo, dos días atrás, tampoco llevaba la peluca. Debo conseguir una para salir a la calle.

Me coloco unos pantalones negros, ceñidos, bien pegados a la piel, y una camiseta de tirantes, junto a una cazadora de cuero. Cojo un cinturón, pero lo que verdaderamente necesito no está a la vista. Me agacho frente a la cómoda y palpo bajo el cajón inferior hasta encontrar la pequeña caja. Deslizo la tapa. Dentro encuentro una pistola automática enfundada en neopreno negro. Al lado hay una navaja mariposa que me llevé a escondidas del almacén de nuestra mercancía cuando Mikhail me explicó cómo funciona nuestro maravilloso negocio. Pero hoy prefiero la pistola. Sé que las armas de fuego están prohibidas en el clan, pero es lo que más seguridad me da ahora mismo, y eso es lo que importa.

Acaricio la pistola apenas un segundo y la cargo con manos rápidas, una rutina casi mecánica. La ajusto en el cinturón lateral, tapada bajo la camiseta. Por último, repaso el escondite, recoloco la tapa y deslizo el mueble de vuelta con el pie.

Abro el segundo cajón de la cómoda. Cuatro móviles iguales, cada uno con una tarjeta y una identidad fantasma, con nombres cambiados y códigos modificados. Mucho tiempo viviendo así, viviendo en alerta y memorizando protocolos de contravigilancia para que Máximo no pudiera rastrearme, en caso de que estuviese vivo. Cambio de número como quien se cambia de ropa interior y borro el historial cada mañana.

Elijo el móvil de color granate y deslizo el dedo hasta el contacto guardado como «Donatello». Marco el número nerviosa. Al instante, oigo su voz áspera y familiar al otro lado.

—¿Anastasia?

—Angelo...

—*Porca miseria!*[1] —suelta con voz entrecortada—. ¿Dónde estás? Me estoy volviendo loco. He contado las grietas de este maldito techo diez mil veces desde que desapareciste.

Parece que Angelo está herido, y en la cama.

—Estoy bien, en la villa de la montaña.

—¿Cómo has conseguido escapar? Y dime la verdad, ya sabes que odio que me oculten detalles.

—Eso no importa ahora, Angelo. Tienen a Ery, y por eso te pido que no des ni un paso en falso, ¿me oyes? Mi hijo está en peligro, y sé que no le temblará la mano.

Se oye un golpe seco, como si se le hubiese caído algo al suelo. La respiración se le agita tras oír esta nueva noticia. Sin embargo, era necesario decírselo, aunque exagere la situación, para que no se le ocurra abrir fuego con mi hijo dentro de esa casa. Además, ganaré tiempo.

—¿En peligro? ¿Acaso ese cabrón no sabe que es suyo? —El tono suspicaz de Angelo me eriza el vello.

—No.

—*Ma, per l'amor di Dio, cara mia*,[2] esto es un infierno. Me pides que no haga nada, pero... —respira hondo, y la siguiente frase suena como una orden— ya le he ordenado a Dante que prepare el ataque. ¿Las ventanas están cerradas? ¿Seguro que no te siguen?

Me permito una sonrisa fugaz. Solo él puede preguntar por las ventanas cuando la Tercera Guerra Mundial está a punto de estallar.

Máximo probablemente ya se haya enterado de que no estoy en casa, y solo espero que no la pague con Katia.

—Todo en orden. Ahora cuéntame cómo están tus hermanos. ¿Están bien?

Silencio. Sé que la familia es su talón de Aquiles, y también su armadura.

—Regina está hecha una furia, como siempre. Está reuniendo a todos, y Romeo tiene la cabeza partida y un rasguño en la ceja. Tu querido marido mató a uno de mis socios más importantes, ¿sabes? Los Ferrara. Entró en mi jodida casa bajo esa identidad.

Ya veo que Máximo juega fuerte, y presiento que está preparando algo grande.

—¿Y tú? —le pregunto para cambiar de tema.

—Nada grave. Ya sabes, la familia Barone es inmortal. —Se ríe con amargura.

—Máximo te hirió, ¿no es cierto?

—Sí, pero yo también a él, *principessa*. Así que estamos en paz, ¿no? —dice, y en ese momento recuerdo el vendaje en el antebrazo de Máximo.

—Angelo, necesito un favor urgente, ¡un vuelo con destino a Barcelona! Hoy mismo.

La línea se queda en silencio, y sé que él ha entendido la gravedad. De repente, oigo un bufido de fastidio al otro lado.

—¿Barcelona?

—Sí, es cuestión de vida o muerte. No quiero que Mikhail lo sepa, llevaría a todos los Dragones al aeropuerto y sé que no saldría del país, jamás estará de acuerdo. No puedo usar la identidad falsa para volar, lo averiguaría.

—¿Y piensas ir sola? —Empieza a toser—. No, no, no. No me gusta nada esto. No pondrás ni medio pie en el avión sin que él te

encuentre. Definitivamente..., no. —Gruñe al teléfono y añade otra palabrota en italiano.

—No te estoy pidiendo permiso, Angelo. Te estoy pidiendo un favor.

—No lo permitiré —sigue terco—. De hecho, ahora mismo mandaré a alguien a por ti, ¿entiendes? Si no tuviera el puto pulmón perforado por una herida de espada, ya estarías atada en el asiento trasero de mi coche. Y, por favor, cierra la maldita puerta con doble vuelta de llave y consigue un arma.

Pongo los ojos en blanco. «Hombres necios que no entienden que es mi vida y soy yo la que toma las decisiones, no ellos».

—Angelo... —digo—, ¿sí o no?

—Vale. —Suspira vencido—. Ve al aeropuerto, mandaré que preparen el jet, pero mis hombres te acompañarán.

—No es...

—Eso no lo discuto, Anastasia. No irás sola.

Cierro los ojos un segundo, agotada, pero hay algo en su voz que me da paz. Confío en que todo saldrá bien y que Máximo no se enterará.

—Gracias —susurro con el corazón latiéndome fuerte en el pecho —. Y no ataques, te lo pido. Actuaré desde dentro, ¿entendido? Acabaremos con Máximo Kovalenko.

Por Dios. Necesito tiempo. Necesito que ni Angelo ni papá le hagan daño.

—De acuerdo —accede—. Pero recuerda que aún me debes una respuesta, y espero que me la des pronto.

Hay silencio, y sé que sonríe.

—No es el momento —digo colapsada. No estoy para pensar en su pedida de mano, sino para alcanzar mis objetivos y acabar ya con todo esto.

—Cuando vuelvas a Italia, ese anillo no saldrá de tu dedo, aunque huyas a una isla perdida en el Adriático.

Me río entre dientes, porque con Angelo nunca se sabe si se trata de una amenaza real o una broma. Cuelgo, sabiendo que le estoy dando esperanzas vacías a Barone, pero la manipulación es prima hermana de la necesidad. Van de la mano, y cuando una aprieta, la otra actúa.

Con esto en mente, bajo la escalera deprisa. No sé dónde se ha metido Nina, probablemente se esté vistiendo, pero no pienso quedarme aquí más tiempo. Sin embargo, justo cuando estoy a unos metros de la puerta... Sorpresa. Mi padre. El hombre al que le debo la vida y también, en parte, la ruina.

Mikhail Romanov está plantado en medio del hall, con el pelo canoso peinado hacia atrás, la mandíbula afilada y el mismo abrigo oscuro de siempre, donde guarda dos catanas. Con una no tiene suficiente. Tiene las manos cruzadas detrás de la espalda y los ojos, normalmente duros, se suavizan al verme. Por un segundo, juro que le veo una sonrisa sutil, y eso solo me cabrea más.

—*Doch...*[3] —murmura, y en una fracción de segundo se lanza hacia mí—. ¿Qué haces aquí?

Me abraza mientras me habla en español, con un ligero acento ruso. Vivió muchos años en España desde que mi madre se largó con Viktor Kovalenko. Aun así, lleva meses insistiendo en que el ruso es un idioma que debo aprender, como una buena heredera.

—¿Cómo has salido de allí?

—Ya ves, la vida está llena de sorpresas —le digo alejándome de él.

No puedo evitar sentirme decepcionada y, en cierto modo, culpable por no tenerle cariño cuando debería. Es mi padre. Tengo sus rasgos, sus labios, el color de su cabello, pero hay algo en él que

hace que no lo sienta cerca de mi alma. Y con esto que ha hecho, menos aún.

—Menuda sorpresa, entonces. ¿Cómo es posible que te haya dejado...?

—No ha sido él, él no lo sabe.

—¿Y mi nieto?

—Lo tienen.

Entonces, le tiembla la comisura de los labios. No disimula nada bien el cansancio, ni las ojeras que parecen tatuadas bajo sus ojos.

—Ahora que estás aquí, daremos el golpe final, hija —murmura—. Sabes que los sicilianos están de nuestro lado, recuperaremos al niño, te lo prometo.

—Mikhail... —le digo, controlándome a duras penas—. No lo harás.

—No sigas con ese carácter de mierda, Anastasia.

La rabia me inunda cada célula, y sé que no puedo irme de aquí antes de soltarle todo lo que pienso.

—¿Cómo has podido? ¡Nina es solo una niña y te la has llevado a la puta cama! —rujo en su cara, apretando el puño—. ¿Te has vuelto loco?

La reacción es instantánea, y me suelta una bofetada que me gira la cara. Me arde la mejilla, pero no me quiebro. Ni de coña.

—No vuelvas a hablarle así a tu padre. Jamás.

Me toco la mejilla, con la cabeza zumbándome y el pulso a punto de estallar.

—Eryol me espera.

—No vas a ir a ningún lado —gruñe agarrándome del brazo.

Me libero de un tirón mientras le sostengo la mirada con firmeza.

—¿Adónde piensas ir? ¿A casa de Kovalenko? —escupe mirándome con desprecio.

—Tengo cosas pendientes con él, Mikhail.

Se ríe, como si le hubiera contado un chiste.

—¿De qué cojones hablas, eh?

—Mi *marido* —subrayo— me quiere en su vida. Me desea. —Sonrío, jugando a la *femme fatale*—. Máximo Kovalenko entiende de tecnología y catanas, sí. Pero yo soy su punto débil y, a veces, ninguna arma puede más que la mente, *papá*. Puedes tener un ejército, dos espadas o veinte vidas, pero jugar con las personas..., eso es otro nivel. Y tú lo sabes. El poder real no está en el acero, sino en la mente.

Él se ríe, con el típico desprecio paternalista.

—¿Ahora eres filósofa? ¿Vas a manipularme como haces con todos los idiotas que caen a tus pies? Eres buena, lo admito. Lo llevas en la sangre, me recuerdas a tu madre, ¿sabes? Pero, hagas lo que hagas, no te pondré en peligro.

—Máximo sabe dónde estoy —continúo, mirando la puerta de reojo—. Si no me dejas marchar ahora mismo, en menos de media hora tendrás su ejército en la puerta. Y, créeme, tiene un as bajo la manga.

Miento, pero me da igual. Debo salir de aquí.

—¿Vas a amenazarme con ese desgraciado? ¿En serio? —escupe perplejo.

—No es esa mi intención.

—Pavel, llévala arriba hasta que entre en razón.

No, no puede estar pasando esto. No puede obligarme a quedarme aquí, lejos de Ery, y sin poder buscar a Milena. Entonces, ni parpadeo, tan solo me llevo la mano a la pistola que guardo bajo la camiseta y la saco deprisa.

—Mikhail, vas a perderme para siempre si no te apartas.

Lo apunto, lanzándole una mirada afilada. Él da un paso atrás, pero finge calma. El silencio se hace eterno. Los al menos diez

hombres que lo acompañan contienen el aliento, esperando su orden.

—¿Vas a dispararme? ¿A mí, a tu padre? —pregunta mientras vuelve a mirar el cañón—. Patético. No eres digna de mi apellido. Siempre recurres a la opción más fácil. Jamás sabrás usar una espada ni serás digna de los Dragones Blancos. Tenía grandes sueños para ti.

Lo miro mientras el dedo me tiembla en el gatillo y la adrenalina me provoca mareos por un instante. Pero no cedo.

—Solo deseo volver junto a mi hijo y terminar lo que he empezado, Mikhail.

—¿Qué?

—Mi venganza.

—Dejadla ir —ordena de pronto. Su voz suena seca y artificial, porque sé que no le hace gracia la idea, pero claramente ha entendido mi jugada. Es mejor atacar desde dentro y no desde fuera.

—Que no me sigan si no quieres perder a más hombres.

Salgo con cautela, sin mirar atrás. Estoy nerviosa, me tiemblan las manos, pero mantengo la pistola a la vista. Saco de mi chupa de cuero la llave de la moto que hay junto al portón y me coloco el casco. Los Dragones me miran, esperando una orden en el último minuto.

Pero Mikhail se limita a encender un puro, inhalar hondo y observarme, como si esperara que me retractara antes de alcanzar la libertad. No lo haré. Arranco la moto y salgo disparada. Pero, tal y como esperaba, los coches de los hombres de mi padre rugen detrás.

—¡No la perdáis! —grita alguien, pero yo ya estoy volando por la carretera, esquivando el primer vehículo que me cierra el paso.

No me detengo. Me abro paso entre los coches, aprovecho una curva y, en un acto suicida, apunto con la pistola a una de las ruedas del Mercedes que me pisa los talones y acelera por el carril derecho. No me atacan, tan solo me observan, para que sepan que no tengo donde ir.

¿Acaso Mikhail cree que estaba bromeando? Joder. Vuelvo a disparar a las ruedas. El coche derrapa y se estrella contra la verja. Bien. Aunque espero que no hayan muerto.

El trayecto hasta el aeropuerto es una sucesión de maniobras y pensamientos de todo tipo. Cruzo media ciudad con el pulso en la garganta y las manos firmes en el manillar.

Miro alrededor cuando, minutos más tarde, llego al aparcamiento. No hay rastro de coches extraños y respiro aliviada, pensando que los he despistado. Cuando por fin dejo la moto en el parking y me cuelo en la terminal, me enfundo las gafas de sol para pasar desapercibida, me cuelgo la mochila que he cogido con un par de cosas mías, como el pequeño álbum de Eryol y algunas más, y me subo la cremallera de la chaqueta de cuero. Agradezco que haya encontrado otra peluca para colocármela, mi color de pelo llamaría demasiado la atención.

Camino rápido, mirando atrás. La notificación en el móvil me indica la terminal Gold 3. Es Angelo el que me acaba de escribir diciendo dónde me está esperando su equipo.

Voy directa hacia allí, tras buscarla con la mirada. El sonido de mis botas resuena en el mármol como el tictac de un reloj, marcando mi impaciencia. A mi alrededor, la gente parece moverse a cámara lenta, ignorando la ansiedad que llevo dentro. Siento el peso de todas las miradas en la espalda, pero no sé si son reales o me lo estoy imaginando.

En la pantalla de mi móvil, el mensaje de Angelo parpadea:

Equipo esperando. Pide acceso
como Regina Barone.

Perfecto. Respiro hondo, adopto mi mejor expresión neutra —la de quien nunca ha matado a nadie ni ha escapado de dos mafias rivales en menos de una semana— y me acerco al control de acceso privado, donde un hombre de uniforme negro me recibe.

—Nombre, por favor.

—Regina Barone.

El tipo asiente, consulta una lista digital y, sin mirarme, habla con un gesto seco.

—Por aquí, señora. El Barón nos ha avisado. Pase por el pasillo privado B.

—¿Vuelo inmediato? —pregunto, como si lo hiciera a menudo.

—Sí, el equipo de vuelo la espera. ¿Equipaje de mano?

—Solo esto.

Camino por el pasillo que se abre ante mí, cubierto de moqueta beige. Reviso el móvil. Ninguna alerta nueva. Nadie detrás, al menos, no a simple vista. Desde dentro veo los jets privados en la pista y, a mitad del trayecto, dos hombres altos y cuadrados como armarios se separan de la pared unos metros por delante de mí.

Al principio pienso que son hombres de Angelo: los que se dedican a la seguridad privada en Italia tienen el don de parecer salidos de un catálogo de Armani. Pero sus rasgos eslavos, los abrigos largos y el modo en que caminan no encajan. He desarrollado una habilidad para observar que no sabía que tenía, así que me doy cuenta de que se tensan cuando pasan junto a una cámara de seguridad. Uno de ellos me mira con frialdad y otro se lleva la mano al interior del abrigo, buscando algo. Siento las palpitaciones en los oídos, sé que deben de ser Dragones, hombres de mi padre. Hombres que nunca

he visto, pero que seguramente han jurado lealtad a Romanov. Porque a mí no.

Camino decidida, con los dedos tocando el arma a través de la camiseta. Y justo cuando estamos a un paso de chocar, una mano dura, enguantada, me cubre la boca desde atrás y me arrastra hacia un lateral, directamente a la penumbra de un pasillo corto, junto a un ascensor.

Intento girar el cuerpo, pero la presión de unos dedos en mi cintura y otros en mi boca es demasiado firme.

—No me digas que pensabas irte de viaje sin tu marido —susurra una voz ronca, demasiado familiar.

«¡Oh, mierda!».

13

El infierno en sus ojos

Máximo



> Quizá no deberías ser dueño de mi corazón. Quizá yo no debería ser esclava de tus besos. Los «quizás» jamás han dolido tanto como ahora, que alguien paga hoy las guerras que empezamos ayer.

Nunca imaginé que, la siguiente vez que la vería, mi bella esposa iría preparada para la guerra. Anastasia va vestida con una chaqueta de cuero, unos vaqueros ajustados, también negros, y botas altas de tacón. Su cabello oscuro contrasta con su piel clara y su rostro se ve más huesudo. Está más delgada que antes, pero también más fuerte, y su cuerpo está tonificado; ni siquiera parece el cuerpo de una mujer que dio a luz hace cinco meses.

Y ojalá fuese solo su apariencia. También ese brillo profundo en los ojos. Esta mujer lleva el fuego en la mirada. Una versión de sí misma que yo he creado con mi gran idea de comprarla en busca de justicia. Yo la he forjado, igual que el fuego al acero, y ahora,

después de escapar de mí por segunda vez, tengo claro que no podré controlarla.

Aprieto más la mano en su boca y la presiono contra mí. Siento cómo se tensa, puro músculo bajo la ropa, y ese maldito aroma de su cabello. Lleva la maldita peluca, pero eso da igual. Ese puto perfume siempre consigue removerme las entrañas porque tiene un olor singular.

—No te muevas —le susurro al oído.

En realidad, no le explico que mis hombres ya han acabado con los Dragones Blancos que hemos detectado en el aeropuerto, pisándole los talones. Tampoco le digo que ya no hay peligro fuera ni que, en realidad, estoy aprovechando para abrazarla e imaginar por un efímero momento que este infierno no es real y pronto despertaremos juntos, en nuestra cama, donde dormiremos abrazados. Que ella es mi Anastasia, la inocente chica de cabello cobrizo y ojos verde esmeralda, que me conquistó con sus citas literarias, su fe en mí y el amor que les tenía a todos y cada uno de los que vivían en mi casa. Incluido yo, aunque no me lo mereciera.

No, ella no pudo fingirlo todo. No pudo fingir sus miradas y su preocupación por mí, incluso cuando la rechazaba. No pudo falsear esos besos y esos abrazos llenos de amor. De pasión. De todo lo que yo, en ese momento, no era capaz de dar.

¿De verdad la he perdido?

¿Ha sido capaz de olvidarme tan rápido?

Pero entonces, otra idea me atraviesa como un dardo: tal vez la decepción lo borra todo. Quizá sí es posible dejar de sentir, de un día para otro, si el dolor es lo bastante profundo. Y ese pensamiento me da auténtico pavor, y más cuando ha vuelto a escapar de mí.

—Máximo... —Aprieta mi mano, liberándose cuando bajo la guardia, preso de los recuerdos. Ella y yo en el pasillo, frente a su

habitación, cuando me regaló esa pluma con la inscripción que dice: «A veces el destino se escribe con tinta invisible». La vida misma me ha demostrado que no es cierto, que el destino se escribe con sangre y con traición.

—¿Y si nos perdemos? —le digo, inmerso en las sombras del pasado y en esto tan profundo que me arde en el pecho.

—¿Qué? —balbucea.

—¿Y si nos largamos, tú y yo? Lejos de todo...

—¿Qué haces aquí? —Se da la vuelta deprisa y me atraviesa con una mirada interrogativa.

El olor a café recalentado lo impregna todo en la terminal privada. Trato de distraerme para no seguir mirando el hoyuelo de su mejilla. Joder, cada vez que lo hago me acuerdo de la primera vez que la tuve desnuda entre mis brazos. Cuando la tuve de verdad, no la noche en que le quité la virginidad.

—Creo que, de hecho, soy yo el que debería preguntar qué haces tú aquí —suelto decepcionado—. Aunque te conozco tan bien que no hace falta que respondas.

—¿Perdona? —Arquea una ceja con ese gesto que siempre me hace pensar que se lanzará a mi cuello, y no precisamente para abrazarme—. Pues no sé si me conoces, pero yo a ti sí, y te aseguro que, si has venido a montar un numerito en medio del aeropuerto, puedes ahorrártelo, porque no pienso llorar, ni suplicarte, ni aguantar otro de tus discursos de mierda sobre lo zorra que soy o que eres tú el que manda, ¿vale?

Se coloca bien la correa de una mochila que lleva a la espalda.

—Anastasia... —Me acerco a ella despacio dibujando una línea en el suelo con mi bastón—. Me arrepiento de eso, ¿vale? Pero te advierto que mi paciencia tiene menos aguante que tu móvil ahora mismo. Te queda un cinco por ciento de batería.

—¿Cómo sabes que...?

Me quedo mirándola, a medio camino entre el enfado y la risa. Incluso en los peores momentos, tiene ese don de hacer que quiera abrazarla y, al mismo tiempo, descargar mi rabia. Y, cuando se muerde el labio, lo empeora todo.

—Hay que reconocer que tu amante es un buen actor, pero, en mi campo, Barone juega en la liga infantil. Tengo todos sus teléfonos intervenidos y, ¿qué crees?, he leído su mensaje antes que tú. —Le palmeo el bolsillo—. Has sido menos cuidadosa de lo que pensabas..., *gitana*.

Entreabre los labios por un momento, y sé que es porque esa palabra no la deja indiferente, igual que a mí.

—*Imperator, vsyo chisto*[1] —nos interrumpe uno de mis hombres.

Asiento y miro detrás de ella. Otros cinco aparecen al fondo. Los dos Dragones que la seguían no podrán reportar nada: han hecho desaparecer los cuerpos.

—¿Qué ha dicho?

—Pensaba que a estas alturas ya sabrías ruso —suelto—. Deberías.

Ella resopla y se acomoda la mochila como si estuviera a punto de darme un golpe con ella.

—¿Sabes qué? Voy a aprender ruso solo para llamarte *asesino*..., ¿cómo lo ves? —murmura girándose para examinar la situación.

Me doy cuenta de la habilidad de observación que ha desarrollado. Quizá crea que no me he dado cuenta de su estado de alerta.

—Adelante. ¿No estabas ansiosa por viajar a España? —suelto mientras la empujo hacia el ventanal.

—Por supuesto que viajaré —me dice retándome con la mirada.

—Y lo harás..., pero conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Sé que quieres ir a ese prostíbulo, donde está tu prima. Yo también.

Apenas acabamos de doblar el pasillo, Marco avisa por el pinganillo y, a continuación, un rugido seco sacude los ventanales. Un jet privado que está en tierra salta por los aires en la pista B, a bastante distancia de la terminal, pero el espeso humo cubre el ambiente. Las llamas devoran el fuselaje, como un animal insaciable, y de él brota una columna de humo negro que trepa hacia el cielo. Entonces, Anastasia agarra mi codo, por pura inercia. Sus ojos se oscurecen y la mandíbula se le tensa. Veo cómo su respiración se entrecorta, pero no suelta mi brazo hasta que la onda expansiva se apaga y el humo cubre la escena.

—Boom...

Sonrío cuando gira la cabeza y me mira sorprendida.

—¿Qué ha sido eso?

—El jet en el que ibas a viajar.

—Tú... —dice estupefacta—. ¿Has sido capaz de...?

Me inclino sugerente.

—¿Hacerlo explotar? —termino la frase, obligándola a mirar las llamas y los restos—. Todos los que intenten ayudarte acabarán carbonizados, Anastasia. Igual que todos los que intenten hacerte daño.

La veo temblar, pero solo lo justo. Resiste. Siempre resiste.

—¿No es contradictorio?

—Quizá, pero es en lo que me convierto cuando se trata de ti.

—Nadie te entiende, ni siquiera tú mismo.

—Lo sé, soy único e irremplazable.

—También jodidamente arrogante.

—Gracias —le respondo tratando de mantenerme firme.

Demonios. No dejaré que sus palabras me debiliten.

—¡Ya basta! —dice con tono agudo—. Acabas de matar a personas. En ese avión probablemente había auxiliares de vuelo, el piloto y...

—¿Y qué? —La fijo con la mirada.

No le diré que en realidad no había nadie en ese jet y que lo tenía todo calculado para joder al cabronazo italiano, pero sin dañar a personas inocentes. Experimenté en mis carnes lo que provoca la maldad y la injusticia. Lo viví tan de cerca con Beatrice que no me desviaré del camino correcto.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunta angustiada, con la voz temblorosa—. Si le has hecho algo...

—Está a salvo. Mejor que contigo —contesto con rudeza—. Y si tanto te importara tu hijo, no lo habrías dejado solo para jugar a Lara Croft.

La corto con un gesto de la mano. Es un roce casi imperceptible, pero lo bastante real para que el contacto le atraviese la piel. Noto cómo se tensa, pero no se aparta.

—No estaba solo, estaba con su...

Se detiene cuando arqueo el entrecejo interrogante. ¿Qué ha querido decir?

—Su madre. —Mira al suelo—. Su madre jamás lo dejaría, y, de hecho, pensaba ir y volver hoy mismo. Quería regresar a su lado, con Milena, esta misma noche.

—¿Yendo sola para enfrentarte a una puta mafia gitana que ya intentó matarte? —le pregunto cabreado. En el fondo, lo que quiero es sacudirla hasta que despierte de una vez y se dé cuenta de lo peligroso que es este juego.

Me acerco, consciente de que mi aliento le roza la mejilla. Ella contiene la respiración; lo sé porque noto cómo se estremece, apenas un segundo, cuando le aprieto la cintura.

—No lo digas como si te importara, Máximo.

—Me importa. —Aprieto los labios hasta que me duelen—. Es a ese cabronazo al que no le importas en absoluto, solo quiere vengarse de mí. Pero ¿sabes qué? —añado con un carraspeo—. Barone tiene suerte de estar rodeado de medio Palermo armado hasta los dientes. Si no, ya estaría bajo tierra. Y ahora, camina.

La sacudo, sin esperar respuesta. Pierdo el control cuando pienso en ese tipo e imágenes de ellos en la cama se disparan en mi mente una y otra vez. Le aprieto la cadera, guiándola a través de una puerta doble que conecta la terminal con el exterior. Inhalo aire con fuerza al sentir el calor de su cuerpo cuando la toco bajo la chaqueta de cuero. A esa jodida chaqueta le falta un palmo para llegarle a las caderas. No por otra cosa, sino porque su cintura es demasiado tentadora para mis sentidos.

Le hago un gesto a Marco con la cabeza para que le abra la puerta del coche. Cuando nos acomodamos en el asiento trasero, mi muslo roza el suyo. El roce es breve pero eléctrico. Ella finge que no tiembla, pero la veo tragar saliva, pestañear más rápido y girar el rostro hacia la ventanilla como si le costara respirar.

—Sigo preguntándome quién te dejó salir de mi casa, pero me enteraré.

—¿Y por qué tuvo que dejarme salir alguien?

—Porque es más fácil salir de una tumba que de esa casa —señalo.

—¿Te jode que sea capaz de burlar tu sistema de vigilancia? —me desafía—. Como ves, tu seguridad tiene muchos fallos.

—¿Y si te dijera que no me jode, sino todo lo contrario? —contesto bajando la voz—. Me fascina.

Le sostengo la mirada y me inclino hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros.

—Estás loco.

—No sigas... —le advierto bajando más el tono—, porque, en vez de distraerme, estás consiguiendo que tenga aún más claro mi objetivo.

—Ya sé. Tu objetivo es acabar con lo poco que me queda —replica sosteniéndome la mirada de un modo que me destroza—. No hace falta que me lo recuerdes.

—En realidad..., no. —La tomo por la barbilla—. Mi objetivo eres tú, Anastasia.

La obligo a mirarme y, por un instante, el mundo se detiene a nuestro alrededor. Solo queda ese pulso entre los dos.

Maldita sea.

La miro, completamente perdido por más que me haga el duro. Cómo me gustaría besarla. Abrazarla. Decirle que todo lo demás me importa una mierda si no está en mi vida. Que, sin ella, soy un jodido hombre muerto. Me gustaría decirle tantas y tantas cosas. Pero Anastasia le ha pedido ayuda a ese hijo de puta para viajar a España. Para ella, soy odioso. Un asesino. Un hombre sin alma que no es digno de ella, y eso... ¡Diablos! Eso hace que quiera tenerla al precio que sea. Al maldito precio que sea.

Las ruedas del coche frenan de repente, y ni me he dado cuenta de cuándo hemos llegado a la pista de despegue.

—No vuelvas a tocarme —dice irascible.

—Te tocaré las veces que me dé la gana —le respondo igual de jodido, alejándome—. Y, por cierto, ya no necesitas esa peluca.

—Métete en tus asuntos, señor Kovalenko —escupe en el mismo tono mientras acciona la manilla y sale antes de que le abran la puerta del coche.

Pongo los ojos en blanco y camino deprisa, con ella delante de mí, agarrada a esa mochila y con esa ropa de cuero que la hace

sumamente irresistible. Saluda con la cabeza a la tripulación y se sienta en uno de los sillones tras quitarse la chaqueta.

—Vaya, no pensé que volvería a pisar este avión.

—¿Por qué? Es tuyo también —le digo sereno mientras me deshago de mi abrigo largo y tomo asiento frente a ella.

Dentro, el aire me pesa. Anastasia cruza las piernas despacio, midiendo en silencio si la distancia que nos separa es suficiente para mantenerme a raya. Sé que no lo es. El escote en V de su camiseta deja ver sutilmente el canalillo de sus pechos. Me imagino cómo se la quitaría en dos movimientos y cómo lamería y chuparía sus tetas.

Pero ahora solo puedo mirarla y dejar que el veneno me intoxique más, mientras maldigo la distancia que, aunque sea mínima, me resulta insoportable. Ella hace una mueca y mira por la ventanilla del jet, retorciendo un mechón de pelo entre los dedos. Sé que lo hace solo cuando está nerviosa.

¿Es eso un punto a mi favor?

Los motores rugen y el avión empieza a moverse por la pista. La veo tensarse, y no puedo evitar alargar el pie bajo la mesa, rozando su tobillo con el mío, sin apartarle la mirada. Lento. Provocador. Posesivo. Me inclino hacia delante, disfrutando de cómo le tiemblan los labios.

—Relájate.

—No deberías haber hecho estallar el jet de Angelo —señala—. Él solo intentaba ayudarme, y no es la clase de persona que crees.

—No necesitas su ayuda.

Ella resopla, y ese tic suyo de alzar la barbilla me provoca una sonrisa.

—Soy yo la que decide eso, no tú. —Cruza los brazos sobre el pecho.

—Yo también puedo decidir sentirme traicionado o no, Anastasia.

Dejo que mi rodilla presione la suya, inmovilizándola, atrapando sus piernas entre las mías, sin dejar de observarla. Busco cualquier gesto de debilidad, algo que me indique que no todo está perdido. No soy capaz de olvidarme de que esta mañana, cuando he abierto los ojos, he visto su rostro sobre el mío y su mano a unos centímetros de mi cara.

—¿Traicionado? —repite girando la cabeza otra vez hacia la ventanilla mientras el avión cobra velocidad—. Si hablamos de traiciones, deberías tener cuidado. La rubia que escondes en tu casa no es de fiar.

—¿Celosa? —le lanzo mientras me relajo en el asiento.

—Indignada.

—Te conozco demasiado bien, incluso cuando finges. Y si necesitas que te ayude a relajarte, solo tienes que pedirlo.

Entreabre la boca tras captar el comentario picante que le acabo de soltar, pero no consigue responderme porque la turbulencia del despegue la obliga a agarrarse más fuerte al asiento. Entonces, su respiración se acelera y fija los ojos en la ventanilla.

El jet se eleva, la presión la pega al asiento y yo aprovecho para acercarme un poco más, invadiendo su espacio.

—Joder... —murmura asustada.

La alarma suena en mi cabeza cuando sus manos tiemblan de verdad y aprieta los ojos con miedo. Palidece, y eso me preocupa. Me muevo en el asiento y, sin pensarlo, le tomo la mano, con los latidos acelerados.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no voy a estarlo? —dice con el rostro descompuesto.

—Chisss, tranquila —le susurro, agarrándole la mano con más fuerza—. No va a pasar nada, pequeña. Estoy aquí.

Ella aprieta mi mano al principio, aferrándose, como si con ese gesto se pudiera anclar al mundo. Nunca admitiría que le da pánico volar, pero, aun así, se deja cuidar por mí. Solo por un momento. Sí, por un instante mi alma brinca en mi pecho y se me eriza la piel. Veo cómo se le relajan los hombros.

Soy tan estúpido que incluso me arrepiento de no haberme quitado el guante: siempre decía que prefería sentir mi piel, y que odiaba el tacto frío del cuero. Que mis manos no eran algo de lo que debiera avergonzarme. Por un puto segundo, una chispa de lo que fuimos parece encenderse. Hasta que retira la mano con brusquedad y rompe el contacto.

Diablos. El rechazo me arde en las entrañas y enlazo las manos sobre la mesa sin saber qué hacer. Salvo fingir. Sonrío de medio lado, con ese humor negro en el que me escudo cuando algo me jode de verdad.

—Tranquila, todo está bien —digo con un nudo que me oprime la garganta—. Seguiremos fingiendo que somos dos desconocidos que comparten un vuelo y que ya no sienten nada el uno por el otro, salvo odio.

—¿Alguna vez sentiste algo que no fuese eso, Máximo?

—Yo...

No me deja hablar, parece que el mismísimo infierno se haya apoderado de su rostro.

—Porque yo sí, sentí muchas cosas por ti. —Se señala con un dedo—. Y me rompiste el puto corazón.

El brillo de sus ojos se intensifica, y yo simplemente...

«Joder».

No aguanto más. El aire del jet se torna insoportable para tanto dolor. Me levanto de golpe, sin mirar atrás, y avanzo por el pasillo angosto como si la turbulencia fuese mía, no del avión. Abro la

puerta del baño, la cierro de un portazo y me dejo caer de espaldas contra ella mientras el eco reverbera en la cabina como un puñetazo en el estómago.

Me llevo la mano enguantada a la cara, pero la piel debajo arde igual. El pecho me duele como si me hubieran arrancado el alma con las manos. Siento las lágrimas amenazando con irrumpir en mi cara.

Joder, no pienso llorar. No puedo hacerlo.

Respiro hondo con el pulso desbocado, buscando en vano esa frialdad de acero que se supone que nunca me abandona. Pero ahora no soy Imperator, ni el hombre al que todos temen. Soy un idiota enamorado que no entiende cómo ha llegado a perder lo único que le importaba.

Porque la perdí. Ella ha hablado en pasado.

Maldita sea.

No me perdonará, lo sé.

¿Y qué se supone que haré ahora? ¿Fingir? ¿Obligarla a seguir a mi lado cuando no soporta que la toque siquiera?

Por un instante, deseo no tener corazón, para no sentir mis propios latidos apuñalándome el pecho, ni cerebro, para no recordar lo que tuvimos. Deseo ser de verdad ese tipo frío y despiadado del que todo el mundo habla. Pero no puedo. Porque cuando ella me rechaza, me arranca la vida.

Cuando noto las rodillas temblar y estoy a punto de apoyarme en el lavabo, oigo mi móvil, que vibra en el bolsillo. Me limpio el rostro con el dorso de la mano, respiro hondo y deslizo el dedo para aceptar la llamada.

—Señor, ya está hecho —contesta mi hombre—. Los sicilianos han recibido el mensaje. Les quemamos dos almacenes en Catania y dejamos pruebas de que los Dragones Blancos estuvieron allí. Todo apunta a Romanov.

—¿Y los Barone? —pregunto conteniendo la rabia que me está devorando por dentro.

—Descolocados. El avión de los Falcone ha aterrizado esta misma mañana. Karamanlis ya se ha adelantado y está mandando espías para investigarlos. El mercado está cerrado y los ferris llevan horas parados. También dicen que...

—¿Qué? —rujo en el teléfono.

Esa pausa repentina de mi hombre no me gusta en absoluto.

—Que Angelo Barone está moviendo fichas en Palermo y que va a ir a la mansión con todo el arsenal.

—Hijo de puta... —musito mordiéndome el labio.

Noto el pulso en la sien. Si Angelo cruza esa puerta, si llega a Eryol antes que yo...

No. Joder. No. No puedo permitirlo. No voy a perder por segunda vez. Prefiero ver arder Palermo que entregar a ese niño. Mi subconsciente me susurra que, si pierdo a ese pequeño, la pierdo a ella. Dios. Me estoy volviendo loco.

«¿Qué mierda estoy haciendo? Es su hijo. *Suyo*».

—¿La orden, Imperator? —pregunta mi hombre esperando la señal, la que solo damos cuando no hay marcha atrás.

Me miro en el espejo del minúsculo baño. Observo mi cara desencajada, los ojos rojos, el monstruo y el hombre juntos en el mismo rostro. Aprieto el móvil tan fuerte que cruje en mi mano.

—Elimínalo —digo sin pestañear.

—¿A los demás Barone también?

—Solo a él. Lo quiero frío antes de que ponga un pie en mi casa, ¿entendido?

—Recibido. ¿Algo más?

—Refuerza la seguridad y avisa a Katia. Asegúrate de que la prensa no sepa de mi existencia: de cara al mundo, estoy muerto.

Tanto yo como mi esposa, Anastasia Kovalenko.

Cuelgo deprisa. No puedo permitir que el italiano se salga con la suya. Y, mientras vuelvo a apoyar la espalda en la puerta con los puños apretados, solo puedo pensar que la próxima vez que alguien intente arrebatarme algo, ni Dios ni el diablo podrán salvarlo.

14

Cenizas del pasado

Anastasia



> Hay ciudades que no te pertenecen, pero siempre vuelves a ellas como quien busca una versión distinta de sí mismo.

Respiro aliviada cuando por fin, tras una eternidad de turbulencias, aterrizamos en Barcelona. Me despego del asiento sintiendo las piernas entumecidas y el corazón en el estómago. Casi odio más volar que esas jodidas catanas. Máximo ha pasado prácticamente todo el vuelo fuera, hablando con los cinco hombres que nos acompañan, o pegado a su iPad y al teléfono mientras iba dictando órdenes en ruso. Solo se ha asomado para decirme que nos prepararamos para el aterrizaje.

No me mira mucho, y yo no hago demasiadas preguntas. No necesito saber más de lo que me cuenta, porque si algo he aprendido de los hombres como él es que no se rebajará ni me pedirá perdón. No lo hará porque piensa que lo traicioné, como si eso se pudiera comparar con lo que él hizo. Aun así, soy gilipollas.

¿Por qué las palabras de Katia me desestabilizan tanto y me hacen dudar hasta de mi propio padre? ¿Qué motivo podría tener Mikhail Romanov para traicionarme cuando, en el fondo, debería estar agradecido con los Angelov?

No. Es mi maldito corazón el que quiere creer eso, que él es inocente.

«Recuerda lo que te prometiste, Anastasia», me digo.

El motor del jet se apaga con un rugido largo y todo queda en silencio. Recojo la chaqueta y, casi sin darme cuenta, llevo la mano al colgante de esmeralda que pende de mi cuello. Es lo único que me queda de mi madre, o al menos de la que pensaba que era. Mi madre biológica —Anna— solo vive en un puñado de fotos descoloridas que Mikhail me mostró, siempre con esa expresión lejana de un hombre de acero, incluso diría que de alguien que no sabe amar.

La vida es tan extraña, a veces. Aún no sé cómo manejar mis sentimientos, y es difícil asimilar que mi pasado ha sido una mentira y que no soy capaz de querer aquello que debería por llevar mi sangre. Y, sin embargo, sí quiero aquello que debería odiar con todas mis fuerzas.

Máximo está conversando con dos tipos, uno es un tal Marco, que a veces habla en italiano. Mientras lo miro, me pregunto por qué sigo tan aferrada a la mujer que me peinaba el cabello con cariño, aunque en ese momento no fuera consciente de ello. La que me curaba los resfriados con té de cebolla. Esa es la que llevo siempre conmigo, aunque no me haya parido. A ella, a Lidia, a Lenca y también a... Nina. A pesar de todo. Y ahora que sé que Milena está viva, mis ganas de luchar son aún más fuertes. Se lo debo a ella y a todas las vidas que se perdieron en Serra Rosa por mi culpa.

Cuando bajo del avión, en El Prat todo parece igual que hace casi dos años, cuando llegué acompañada de un hombre que acababa de comprarme. Nada raro, a decir verdad, salvo que no era un Valkov. No era gitano. Fui una estúpida al pensar que eran casualidades de la vida, y debo aprender de una vez por todas que las casualidades no existen.

—Es extraño...

—¿El qué? —me pregunta él, lanzándome una mirada de reojo.

—Volver a este sitio contigo, cuando pensé que jamás volvería a verte —susurro casi para mí.

—¿Tan insoportable te resulta mi presencia?

No le respondo.

«No poder confiar en ti, eso sí que es insoportable», pienso.

—Bueno, no estás muerto, como mucha gente suponía —digo en cambio—. Lo demás ya da igual.

—A veces creo que estar muerto sería lo mejor.

Lo miro atónita y quiero preguntarle algo; sin embargo, él agiliza el paso y alza la mano en dirección a un coche. Un Mercedes oscuro nos espera junto a la pista privada, con el motor en marcha. El coche arranca, deslizándose hacia la ciudad. Veo pasar Barcelona tras el cristal: el mar al fondo, vendedores ambulantes, mucho tráfico y un grupo de personas que arrastran maletas.

Nos detenemos frente a un semáforo y, desde la ventanilla, veo una avenida por la que desfilan taxis negros y amarillos, bicicletas eléctricas y una caravana de turistas encaramados a un autobús descapotable, todos apuntando sus cámaras hacia la monumental Sagrada Familia, que se eleva al fondo.

Qué irónico. Hubo un tiempo en que soñaba con caminar por estas calles y estudiar en la universidad. Ahora solo me pregunto

cuándo, exactamente, Barcelona dejó de ser un sueño y se convirtió en un campo de batalla.

—He reservado un hotel —rompe el silencio—. No está lejos de aquí.

—Olvídate del hotel —lo corto—. No pienso dormir hasta que saque a Milena de ese sitio. Y no intentes convencerme.

Sus ojos oscuros brillan con resignación y, aunque no sonríe, por un instante parece que no tiene intención de oponerse.

—Lo sé. Y prefiero tenerte cerca que buscándote en una ciudad de casi dos millones de habitantes —responde con un carraspeo—. Aquí tienes lo que he averiguado sobre el burdel.

Saca el iPad y me lo pasa, la pantalla queda iluminada con mapas y fotos aéreas.

—¿Tú colaborando? —me burlo—. No sé si la altura te ha trastornado la cabeza o...

—¿Vas a seguir burlándote de mí? —recrimina, recolocándose su coraza—. No soy un hombre paciente, así que tienes dos opciones: o me escuchas o te vas al hotel.

Me dejo caer en el asiento y lo miro atenta. Le sonrío y hago un gesto con la mano, como si cerrara la boca con una cremallera.

—Bien —asiente—. Se llama El Cruce, está a las afueras, junto a un polígono industrial en el Vallès —me explica—. Los dueños oficiales son los Valkov, pero el dinero llega de la mafia rusa desde hace años.

—¿Cuántos hombres hay?

—Los suficientes para que ni siquiera los Mossos quieran entrar. Hay cámaras en cada acceso y tienen bastante armamento en el sótano. Las chicas no pueden salir sin escolta; la mayoría son latinas, gitanas y extranjeras de Europa del Este.

—¿Crees que nos siguen buscando después de lo que... pasó? —Pronuncio las palabras con resquemor. Intento calmarme, es evidente que no es el momento para más guerra, y lo único que importa es Milena y volver con mi hijo cuanto antes.

—No. Recuerda que, de cara al mundo, estamos muertos. Es lo único que juega a nuestro favor.

Tomo aire, repasando cada detalle en mi mente. Siento el pulso en la garganta, pero, aun así, trato de serenarme.

—¿Cómo vamos a entrar?

—Intentaremos ser discretos, ya tengo un plan en mente. Necesito que me escuches más que nunca y hagas lo que te diga, Anastasia. ¿Podrás hacerlo?

Silencio. Nos miramos y, por un segundo, acordamos una tregua. Solo somos dos guerreros uniendo fuerzas en medio del desastre.

—Supongo que sí.

Anochece cuando el coche aparca a dos manzanas del burdel. La zona está repleta de naves industriales, solares vacíos, y se oye el zumbido lejano de una sirena que parece la policía o una ambulancia. Aunque el invierno aún no ha llegado, refresca un poco. Me froto las manos, escaneando el sitio a través del cristal tintado. No sé si debería sentirme tan nerviosa, pero sé que esto es algo de vida o muerte, y pensar que, si algo sale mal, jamás volveré a ver a mi bebé me angustia.

—Bien, salgamos —le digo tomando aire con fuerza.

—¡Espera! —exclama sujetándome por el codo—. Joder.

Lo veo rascarse la barbilla, analizándolo todo fuera con ojos de halcón.

—¿Qué ocurre?

—No podemos entrar todavía. Hay más movimiento del previsto y no es un buen momento para atacar —masculla pasando el dedo por

el cristal empañado—. Maldita sea. Deberíamos volver a Palermo lo antes posible y...

Lo veo apretar los labios y fruncir la nariz con una mirada ausente.

—¿Y qué? —le pregunto con el aliento cortado.

—Nada.

Me evita, pero sé que algo anda mal y necesito saberlo. Necesito saber qué está pasando y por qué está tan pendiente del teléfono.

—Angelo Barone está planificando un ataque para entrar en mi casa esta noche, Anastasia.

—Imposible. —Aprieto los labios—. Yo le he dicho que no lo haga, que eso solo empeoraría las cosas.

—¿Y puedes fiarte de alguien como él?

—Jamás le haría daño a Eryol.

—¿Por qué demonios iba a hacerle daño a su propio hijo? —espeta con la voz tensa—. ¿Por qué, eh?

Joder. ¿Qué me ocurre? ¿Por qué cada vez que abro la boca estoy a punto de delatarme?

—Máximo...

—No dejaré que tu puto amante pise mi casa y se lleve al niño —me avisa lleno de rabia, como siempre que habla del italiano—. Ahora vuelvo.

—¿A qué te refieres con que no lo dejarás?, ¿lo matarás?

Me entra el pánico y le atrapo el brazo antes de que abra la puerta del coche.

—¿Sufrirías si lo matara? —Vuelve a centrarse en mí—. ¿Lo llorarías?

—¡Es un ser humano!

—Me importa una... mierda —me responde hosco.

—Para ya —murmuro entre dientes—. Estoy cansada de tus escenas de celos, y es la última vez que te lo repito. Primero, no

tienes ni un puto derecho sobre mí, y segundo..., no sé cómo te atreves, después de tener a la rubia viviendo contigo en la misma casa.

—Ah, bien, señora. —Aplaude secamente, con una mirada diabólica—. Tú estás cansada de mis celos y yo de los tuyos. Ecaterina es parte de la familia y...

—Una jodida mentira —susurro con los ojos encendidos y con ganas de matarlo, literalmente—. Ella no es parte de tu familia. A no ser que tú... —aprieto los labios, con un pensamiento que me desgarra por dentro— la hayas metido en tu cama. Lo hiciste, ¿verdad?

Él me mira con el rostro desfigurado y respira agitadamente antes de darme una respuesta.

—¿Tendrías algo que reprocharme? ¿Justo... tú?

Lo miro con el aire colapsado en la garganta. Las dudas me envenenan lentamente y no soy capaz de procesar que ellos pudieron tener algo de verdad. Ella ha estado a su lado en todo este tiempo y podría haber pasado. Además, se la llevó a Palermo junto a él, y eso me indica que no puede vivir lejos de ella.

¿Y por qué debería importarme? Somos dos almas condenadas a tomar caminos distintos, por más que Máximo se empeñe en retenerme a su lado.

—Pues deberías saber que Ecaterina es una traidora, fue ella quien me ayudó a bajar al sótano en la fiesta de Angelo. Fue ella quien me ayudó a escapar, con tal de librarse de mí. Quizá se sintiera con derecho, ¿no crees?

—Anastasia...

—Por favor, dile de mi parte... —aprieto la mandíbula y me inclino más hacia él— que tiene vía libre contigo. No me interesas.

—Por Dios. —Suspira llevándose una mano a la frente.

Marco golpea el cristal tintado del coche, con el rostro contraído.

—¡No te muevas de aquí, te lo advierto! —me dice inclinándose sobre mí.

No es una advertencia, es una amenaza.

Lo veo bajar del vehículo haciéndoles un gesto hosco a los demás, que han llegado en otro coche. Además, se lleva el móvil a la oreja, no sé si está pidiendo refuerzos. Presiento que tiene contactos aquí y está convocando a algún equipo para que nos respalden, ya que llevamos solo cinco agentes.

Me muevo en el asiento nerviosa, frotándome las manos. Maldita sea. Mi hijo está esperándome y Milena podría estar ahí dentro de verdad. Se ve un sitio bastante peligroso, a juzgar por el grupo de personas que hay en la puerta.

No pienso esperar más, y temo que los refuerzos tarden demasiado.

Que sea lo que Dios quiera.

Me escabullo del coche y me mezclo con un grupo de mujeres que están entrando en este momento por la puerta trasera. Vigilo a Máximo y agradezco que esté girado, dándoles instrucciones a los guardaespaldas. Podría hacerme pasar por una clienta, y, si de verdad Milena está dentro, sé que conseguiré hablar con ella.

Pero, de repente, siento que alguien agarra mi brazo y me detiene en seco. Me vuelvo desafiante, con todos los músculos tensos, y observo que se trata de una señora con el pelo oscuro, maquillada en exceso y con un escote que casi le llega a la cintura.

—¿Eres nueva? —me escudriña de arriba abajo—. Ven, niña, que vas hecha un cuadro. ¿Dónde está la encargada que no te ha dado la ropa?

—Yo...

—¿Tú, qué?

Barro el local con la mirada en busca de alguien, pero parece que acaban de abrir porque solo veo a un par de camareros en una sala grande, donde hay un escenario y unas barras de estriptis.

—Nada —le respondo, sabiendo que será la única manera de llegar a Milena.

Dejo que la mujer me arrastre a través de un pasillo que huele a perfume barato y a un sudor nauseabundo que, por un instante, me revuelve las tripas. El suelo está pegajoso bajo mis tacones; mis botas se quedan atrapadas un segundo en una mancha oscura que no quiero pensar qué es. Las paredes, de un rosa sucio con desconchones, están cubiertas de fotografías antiguas de mujeres semidesnudas en marcos dorados. Los espejos, empañados y llenos de huellas dactilares, deforman los rostros y las luces de neón parpadean al ritmo de la música suave que se cuela desde la sala principal.

Entonces, la mujer me empuja dentro de un vestidor. Hay sujetadores con lentejuelas colgando de perchas medio oxidadas, bragas de encaje amontonadas en cestas, un frasco de perfume derramado sobre una peluca rubia. Un cenicero rebosante de colillas y pintalabios gastados, mezclados con toallitas húmedas y preservativos aún sin abrir. Hay un ventilador en la esquina, que mueve el humo denso de los cigarrillos de una docena de chicas apretujadas frente a los espejos.

Ninguna de ellas parece mayor de treinta, pero las ojeras les suman años. Algunas están sentadas, mirando la pantalla del móvil, y otras se pintan los labios en silencio. La piel de algunas brilla a causa del sudor y la brillantina. Hay una morena con un moratón en la clavícula, una pelirroja con la media rota y la mirada ida y un par de niñas, sí, *niñas*, que no pasan de los diecisiete, bebiendo de una botella de ginebra.

El corazón se me encoge.

«Dios... mío».

Sin darme tiempo, la mujer me lanza un conjunto de corsé rojo y bragas de encaje, con un liguero.

—Póntelo. Aquí no nos gusta que las chicas vengan de cualquier manera. Hay clientes importantes esta noche.

—Claro... —murmuro tragándome el asco. Las bragas al menos se ven limpias.

Mientras me visto deprisa, tras una cortina de plástico, como la típica que colocas en la ducha, busco a Milena con la mirada, debo encontrarla. Pero ¿y si no está aquí?

Giro la cabeza cuando oigo el chirrido oxidado de una puerta, que parece la de un baño. Aparece una morena que lleva un moño desordenado y unos pendientes de aro. La miro mejor mientras tiro mi ropa en una silla y me ajusto el corsé en el pecho. No me lo puedo creer, pero es ella.

Aunque suene extraño, respiro aliviada sabiendo que mi prima está aquí, y viva. Sin embargo, el pelo oscuro y el maquillaje de los ojos le dan un aire completamente distinto. Tiene veintiséis años, pero aparenta cuarenta. Su piel está enrojecida en un lado, tiene las mejillas hundidas y los labios agrietados. Veo manchas violetas en sus brazos. Un hilo de rímel le baja por la mejilla, pero ni lo nota. El temblor de sus manos la delata.

—Eh, ¡fuera ya! —ruge la encargada desde la puerta, y no me da tiempo a llegar a ella.

Cojo la pequeña pistola que tengo escondida en la chaqueta y la meto dentro de una de las botas altas que llevo. Rezo para que no me obliguen a quitármelas porque, si eso pasara, estoy jodida.

No puedo dejarme vencer ahora.

Salgo al pasillo, ajustándome las ligas, y me uno al grupo de chicas. Es raro, pero ninguna me ha preguntado nada, debe de ser algo normal que entren mujeres nuevas en este sitio. La música de reguetón está muy alta y retumba en los altavoces. Paso junto a una barra llena de hombres con camisetas deportivas y relojes dorados, con muy mala pinta, a decir verdad. Miro la puerta de reojo, preguntándome dónde coño estará Máximo. Espero que los refuerzos lleguen pronto y no me deje aquí sola.

Las luces azules y rojas cubren la pista y, tras una mampara de cristal, se encuentra la zona vip: un rincón más oscuro, con sillones de cuero desgastado y un par de hombres gordos con billetes enrollados. Me imagino lo que están haciendo.

Una mujer rubia vestida con un conjunto plateado de dos piezas está discutiendo con un tipo fornido, de nariz grande y ojos hundidos.

—Te he dicho que esta no puede bailar hoy. Está drogada, no se aguanta de pie —le dice la rubia, que parece encargada.

—¿Tú me vas a decir cómo hacer mi trabajo, eh? —gruñe él.

La joven, una morena con los ojos llenos de lágrimas, apenas se defiende. El tipo la agarra del pelo y le estampa la cabeza contra la pared.

—¡A mí nadie me jode el negocio! —escupe.

Estoy a punto de saltar, la adrenalina me sube a la garganta, pero prefiero acercarme más a mi objetivo.

—Milena... —susurro cuando llego junto a ella, pero ni me oye.

De pronto, el jefe repara en mí y le hace un gesto a la encargada.

—Las nuevas, a la pista. ¡Que se muevan, joder!

Ella asiente, y las chicas se ponen en fila, temblando.

—Vamos, mis zorritas. No hagáis que se cabree más.

—¿Podemos...? —empieza a preguntar una de las chicas, con la voz quebrada.

—¡Silencio! —ruge el hombre, golpeando la pared—. Vosotras, conmigo.

De repente, ese cerdo empuja a Milena y a otra chica hacia otra puerta que hay a la derecha.

—¿Adónde las llevan? —le pregunto a una, apretando el puño, con la rabia y el asco recorriéndome.

Me entran ganas de vomitar. Una de las encargadas me muestra un escenario que hay al fondo y una barra de *pole dance*.

—Muévete, chiquita. Que te vean bailar, ¡vamos!

—Pero...

Miro la puerta cerrada por donde han metido a Milena, con un nudo en el estómago.

—¡Ya! —me grita.

Maldita sea. Ahora además tengo que bailar como si nada. Finjo seguridad, aunque mi mente va a mil por hora. El plan inicial era perfecto, pero con esto no contaba, y tampoco con que ese asqueroso apartaría a mi prima del grupo.

Camino con torpeza hacia el centro de la pista y acaricio con los dedos la barra de estriptis en un intento de ganar tiempo. El metal está frío y pegajoso, pero resbala en mis manos a causa del sudor. Siento el corsé apretándome el busto, y las bragas minúsculas me irritan la piel.

Una canción sensual empieza a sonar, y juraría que es «Earned It», de The Weeknd. Me quedé con ese título porque la escuché una vez en una película famosa que Milena y Elsa nos prohibieron ver a Lidia y a mí. Decían que no podíamos hasta que cumpliéramos los dieciocho. Ahora lo entiendo. Es lenta, sensual y oscura, llena de bajos que reverberan en el suelo. Cada latido parece sincronizarse

con los aplausos y los chillidos de unos cuantos hombres de la sala, algunos ya borrachos. No sé cuándo han llegado, antes me ha parecido que estaba vacío.

Veo los focos parpadear mientras me contoneo, despacio al principio, luego con más descaro, forzándome a no mirar a los ojos a nadie, solo al vacío. Estoy casi desnuda, y cada mirada se me clava como una cuchilla. Pero mi mente trabaja a toda velocidad: busco la salida, localizo a los porteros, identifico a los hombres armados que se encuentran cerca de la barra. Sé que la clave está en pasar desapercibida hasta que llegue a Milena, aunque sienta mucha rabia y vergüenza.

A mi derecha hay otra chica que me guiña un ojo cuando nota mi cara de circunstancias. Es morena, delgada y muy guapa, y lleva los labios pintados de rojo. Se acerca más a mí, cubriéndome momentáneamente con su cuerpo para que el público no vea el temblor de mis manos. Se coloca a mi lado, y su mano fría y huesuda roza mi muñeca.

Un par de billetes arrugados caen a sus pies, pero ella ni se inmuta. La veo hacer un giro lento. Sus ojos húmedos brillan en las luces tenues del escenario.

—¿Sabes? —susurra apretando los labios para que no se le rompa la voz—. Vengo de Sevilla, tengo una hija y esos cabrones le pegaron un tiro en la cabeza a mi marido. Un ajuste de cuentas, dijeron. Según ellos, si me portaba bien, algún día podría volver a verla. Pero pasan los años y la mentira se alarga.

La garganta se me cierra, y le cojo la mano en un impulso.

Ella sonríe.

—Tranquila —repite con un hilo de voz—. Nadie puede joderte si no los dejas entrar aquí. —Se toca el pecho, justo donde late el

corazón—. Solo baila, cariño. Hazlo por ti. Hazlo por alguien a quien ames.

Respiro hondo, muy emocionada. Me obligo a mirar al frente, pero ahora lo hago de manera distinta. Cierro los ojos y, como ella, imagino que bailo para alguien que me conoce de verdad. Alguien que sabe mirarme y sentirme, aun cuando me escondo bajo miles de armaduras.

Máximo.

La melodía envuelve mi cuerpo, y cada movimiento sensual es para él.

Solo para él.

Deslizo la mano por mi cuello, bajo lentamente hasta el escote y dejo que mis dedos se detengan ahí un segundo más de lo necesario, como si estuviera imaginando su boca reclamándome. Inclino la cabeza hacia atrás, el cabello se me pega al sudor y mis labios se entreabren en un suspiro. La barra roza mi muslo cuando giro, y el roce metálico arranca de mí un gemido ahogado.

Pero cuando abro los ojos..., lo veo.

Está sentado frente a mí, en la primera mesa. Rígido, con las piernas separadas y una copa en la mano, como un cliente más. Serio. Dominante. Tan guapo como siempre.

Y, aunque el mundo gire, oiga gritos a mi alrededor y la música estalle en los altavoces, sé que solo hay un hombre en esta sala y en este maldito mundo capaz de romperme el corazón y al mismo tiempo devolverme la vida con una sola mirada.

Él.

Mi marido.

15

Entre copas y balas

Máximo



Tengo más claro que nunca que solo podíamos ser juntos... o muertos.

Jamás imaginé que ella pudiera acabar en un antro como este. No la reconozco. O quizá sea a mí a quien no reconozco. Lo cierto es que esta mujer, con un carácter de mil demonios, no ha respetado ni una sola de mis instrucciones y simplemente ha decidido entrar en un sitio lleno de borrachos peligrosos que vienen a desfogarse en todos los sentidos.

Minutos antes la he visto colarse por la puerta del local, pero era demasiado tarde para detenerla.

¿Por qué me está haciendo esto?

Los refuerzos aún no han llegado, pero no he podido permanecer ni un solo minuto al otro lado, lejos de ella, así que aquí me encuentro, como si fuese un cliente más. He dejado a Marco junto a otros dos de mis hombres en la puerta, vigilando el perímetro. Sabe que debe estar al tanto de todo y recibir a nuestro equipo. A mí me

acompañan los otros dos: uno camuflado cerca de la barra y el otro vigilando la puerta que da al sótano del prostíbulo, donde se esconden esas ratas, traficando con cocaína y armamento. Y yo aquí, sentado en la penumbra, como un baboso más en busca de diversión.

Intento relajarme en la silla, vigilante a cualquier movimiento. Estoy en estado de shock, con ella delante de mí, vestida de esa manera tan... sexy.

Jodidamente sexy.

La barra la recibe, y su cuerpo se mueve lento y provocador, sabiendo que todas las miradas son suyas. Pero la mía es la única que importa, y estoy a nada de cortar cabezas. No soporto la maldita idea de que la estén mirando de esa manera tan lujuriosa.

Una melodía sensual suena de fondo y ella empieza a bailar despacio, aunque sé que está nerviosa por el gesto que hace con la mano al enroscar un mechón entre los dedos y parpadear rápidamente mientras tensa los labios. Siempre lo hace cuando se siente amenazada.

Daría mi vida por saber qué está pensando en este instante. O en quién está pensando, a juzgar por cómo cierra los ojos y la sensualidad con la que se mueve. Incluso puedo oler el perfume de su piel, pese al sudor y la mugre de la sala.

Intento relajarme en el asiento, aunque es imposible. Le doy un trago a una copa de licor barato, pero no es suficiente para anestesiar lo que siento.

La música es oscura, con ese ritmo sensual que solo sirve para encenderme la sangre y envenenarme la cabeza. Es perfecta para ella, para ese movimiento lento y sinuoso que ejecuta en la barra. Parece bailar para todos, pero yo sé que baila para sobrevivir, para ganar tiempo y poder salvar a las personas que ama. Porque

Anastasia es así de noble y generosa. Es color en un mundo tan oscuro como el mío.

Respiro hondo cuando sus ojos se cruzan con los míos y me sostiene la mirada. Se le escapa una media sonrisa y apenas se detiene; no puede. Debe fingir, al igual que yo. Entonces, baja lentamente unos escalones, contoneando las caderas, y se dirige a una mesa lateral, donde un hijo de puta cincuentón la espera con un fajo de billetes entre los dedos.

No sé por qué ha bajado, quizá quiera acercarse para decirme algo importante, ya que la veo mirar a mi derecha, fijando la vista en una puerta. Giro la cabeza sutilmente y aprieto la copa, a punto de romperla, cuando sus dedos acaban en el hombro de ese tipo y Anastasia menea las caderas con una sonrisa. Se tensa, pero no se aparta, no aún. El tipo enrolla un billete y se lo mete en la liga, justo por encima del muslo.

Hasta los labios me tiemblan, pero me mantengo firme.

Ella se gira, esquiva la mano del tipo cuando quiere tocarle el culo y avanza. La música sube de volumen. Pasa por mi lado, bailando para la sala, fingiendo que no me ha visto. Está muy asustada, se le nota mínimamente, pero lo suficiente para no aguantar más.

No lo pienso. Cuando pasa junto a mí, con su muslo rozando mi rodilla, estiro la mano y la atrapo por la muñeca. Siento su pulso disparado a través del cuero del guante. La siento inhalar hondo, pero no se resiste. La atraigo hacia mí con la fuerza justa y la siento en mis piernas, a horcajadas sobre mis caderas. Deslizo los dedos por su liga, saco el billete enrollado y lo aprieto.

«Joder, aguanta», me digo cuando el calor de su piel me provoca un escalofrío. A continuación, le sostengo la mirada mientras aplasto el billete y lo dejo caer al suelo. Aprieto el puño, luchando por no levantarla en vilo y llevármela lejos de aquí.

—No sé qué diablos estás haciendo —hablo en voz baja.

—Lo que debería hacer una mujer que trabajara aquí. ¿Piensas joderlo todo o qué?

—¿La has visto? —le pregunto en voz baja, manteniendo la mirada fija en la suya.

No me responde de inmediato. La tengo sobre mí, con la respiración alterada, y sé que no debo dejarme arrastrar. No aquí y no ahora. Se mueve lenta, retomando los movimientos, como si la música la poseyera. Por desgracia, mi erección responde al roce de sus minúsculas bragas de encaje sobre mis pantalones.

—Está en ese cuarto —señala, y sus labios me rozan la oreja sutilmente—. El que hay al lado de la barra, junto a la salida de emergencia.

Siento su pulso rápido, casi tanto como el mío.

—Los refuerzos llegarán en menos de media hora —informo, tratando de aferrarme al control, pero sus caderas dictan otro ritmo y la mente se me nubla—. Y no vuelvas a hacerme esto, ¿entendido?

Ella sonríe desafiante y sigue bailando en mi regazo. Sé que lo hace para que no nos descubran, pero cada movimiento es una tortura deliciosa. Me está volviendo completamente loco.

—¿Me has oído? —Le aprieto la cintura, empujándola sobre mí—. Te prohíbo volver a hacerlo.

—¿Hacer qué? —murmura tensa.

—Ponerte en peligro. Jugar con fuego.

—Máximo... —sonríe—, cuando una mujer vive en el infierno, jugar con fuego deja de ser un problema y se convierte en una afición.

La miro atónito. Tengo curiosidad por saber de qué libro ha sacado esa cita, porque no quiero pensar que ella se siente así de verdad. Me habla con esa voz oscura y rota que me recuerda que no es la

misma chica risueña que conocí, sino alguien a quien arrastré a mi mundo lleno de cenizas.

—¿Ni siquiera piensas en tu hijo? —suelto con la esperanza de que entre en razón—. Sabes que debes protegerte por él..., ¿o pretendes que quede huérfano?

—No lo hagas... —Se tensa enseguida—. No insinúes que no soy una buena madre.

Su mirada es diabólica, y sé que el bebé es su punto débil.

—Jamás haría eso, pero esperaba que tú...

—¿Qué esperabas? —continúa con ese tono punzante—. ¿Que siguiera siendo la gilipollas que manejabas a tu antojo? ¿La que arrastraste a otro país y encerraste en un castillo? ¿La que te tenía compasión y trataba de comprenderte?

—Jamás te pedí compasión.

—Ni yo que me siguieras hasta aquí, Máximo. Milena es mi problema.

—No me provoques..., ¡maldita sea!

Al inclinarse sobre mí, siento sus grandes senos rozando mi pecho y sus muslos ciñéndose en torno a mis caderas. Aprieto más su cintura mientras ella clava las uñas en mi nuca, como si intentara descargar toda la rabia que siente a través de ese gesto.

—No te gusta verme así, fuerte, segura, sin necesitarte..., es eso, ¿no? —espeta con una sonrisa venenosa.

Me recorre el cuello con la yema del dedo, despacio, dejando un rastro de electricidad hasta la clavícula. Ella sabe perfectamente cómo me afecta, y yo sé que lo hace a propósito.

Aguanto el tipo. O al menos, lo intento. Mi polla presiona contra la cremallera de mi pantalón, más dura que nunca. La miro, con el pulso golpeándome en la sien.

—No tienes ni idea —le confieso con la voz de un hombre derrotado—. Podría matar por ti, Anastasia.

Ella sonríe, ladeando la cabeza. Tan jodidamente hermosa. Preciosa. Mía.

—No te necesito.

—Pero yo a ti sí —susurro aferrando sus caderas con fuerza, como si pudiera anclarla a mí y detener el mundo.

—No es eso lo que quiero oír, Máximo.

La humedad caliente que empapa la tela de su ropa interior se mezcla con mi erección palpitante bajo el pantalón. La forma en que me aprieta con las piernas me vuelve loco, el corsé le acentúa la cintura, y la línea donde sus senos se juntan me hace perder el juicio.

No hay nada en este maldito planeta que desee más que a ella. Y, entonces, una realidad dolorosa me aplasta: no puedo más. No soy capaz de seguir manteniéndome alejado, por más que me sienta decepcionado, y por más que a ratos la odie por lo que hizo. Pero ¿qué esperaba? Le mentí, la engañé. La destrocé. Estaba en su derecho de acostarse con otro hombre, incluso pudo hacerlo por despecho.

Ahora tan solo le pido a la vida que me ayude a salir de este maldito agujero.

Demonios. No, no quiero ayuda. Solo quiero sentir sus labios y perderme en ella.

—Estás jodidamente guapa, nena —le murmuro, adorándola con la mirada—. ¿Es eso lo que quieres oír? ¿Que admita lo difícil que me resulta contenerme?

Mi mano sube con facilidad hasta su muslo y lo aprieto con fuerza. Deslizo el pulgar bajo la liga, subiendo y bajando apenas, solo para ver cómo se le corta la respiración. Y entonces la reto, porque ni

siquiera el odio puede borrar ese deseo ardiente que nos hace pasar de enemigos a cómplices.

—Dímelo ahora —le exijo mirando sus labios entreabiertos—. Dímelo mirándome a los ojos, si eres capaz.

Ella me mira orgullosa, tratando de aferrarse a su papel de mujer dura.

Pero no puede. Lo sé, lo siento.

Lentamente, con los ojos anclados a los suyos, le acaricio las nalgas desnudas, sintiendo cómo una intensa corriente me recorre entero. Le aprieto el culo con una mano mientras, con la otra, le aparto las bragas a un lado y busco su sexo, empapándome de la humedad que ya no puede ocultar.

—Eh... —susurro acercando mis labios a los suyos—. Dime que no me necesitas.

La acaricio delicadamente, con un solo dedo al principio.

—Máximo..., oooh —solloza aferrada a mi cuello—. ¿Qué haces? Milena está ahí dentro.

Siento cómo me endurezco más con tan solo rozarla. Diablos. Me convierto en esclavo de ese delicioso néctar que la empapa, y no puedo resistirme. Deslizo el dedo en su interior despacio.

—No... —suplico, inmovilizando sus caderas con el otro brazo—. No te irás. No antes de que me jures que no sueñas con esto tanto como yo.

—Estás confundido. —Tiembla.

—Sigues fingiendo que no te despierto nada. Que no te importo —le susurro al oído mientras le beso el cuello sensualmente, con los sentidos en alerta.

—No solo no me importas, te odio.

Pero sus palabras no concuerdan con sus actos. En vez de alejarse, se aferra más a mi cuello y cierra los ojos, como si

estuviera igual de embriagada que yo.

—No importa cuánto dices que me odias, tu mirada siempre te traicionará, pequeña.

Entonces, la penetro más profundo y rudo. Hambriento de ella. Se le escapa un suspiro ahogado mientras se amolda a mí. Late y palpita a mi alrededor, y eso me está volviendo completamente loco.

—¿Lo notas? —Miro sus labios con fijeza y quiero besarla, pero ella gira la cabeza en el último momento, y mis labios acaban en su mentón—. Mírame, por favor.

Ladea la cabeza y me mira mientras la acerco aún más a mi erección, atrapándola obscenamente entre mis brazos, dejándoles claro a todos, y sobre todo a ella, que me pertenece.

Sus uñas me arañan la nuca y sus caderas responden cuando el deseo la desarma. Le beso el cuello, dejo la marca de mis dientes en su piel mientras ladea la cabeza y gime sutilmente.

—¿No te das cuenta? —Cierro los ojos, disfrutando de su aroma—. Sigues siendo mía, Anastasia.

—Milena está en peligro, y no es el mejor momento para esto.

—Es el momento perfecto. —Rozo la nariz contra su mentón y mis labios suben hasta su boca, tentándola cual serpiente en el jardín del Edén.

—Estás loco...

Intenta levantarse de mi regazo, empujando mi pecho con las palmas. Alza la barbilla desafiante y aprieta los labios a punto de soltar otro reproche. Pero no la dejo ir. Ciño su cintura con las manos y la detengo en seco, sin piedad ni miramientos.

—¡Lo estoy! —le gruño, con la voz grave—. Estoy tan malditamente loco que ya no pienso dejarte escapar.

Y entonces, sin darle tiempo a replicar, la atraigo de nuevo a mis piernas con brusquedad, sintiéndola temblar entre mis manos.

—Puedes mentirle a todo el mundo, incluso a ti misma, si quieres. Pero aquí, conmigo, no lo hagas.

Presiono su bello rostro, obligándola a mirarme, y dejo que vea en mis ojos la verdad que nunca he sabido ocultar: la amo con una violencia que raya la locura y con una lealtad que nadie podría entender.

Joder.

La amo como un demente.

—Da igual cuántos años pasen o cuántas veces intentes huir de mí. Siempre volverás, porque esto... —cojo su mano y se la coloco en mi pecho, en el lado del corazón— esto siempre te reclamará, ¿comprendes? Hasta el último latido.

No se aparta. No retira la mano, al contrario, la presiona un segundo más, como si quisiera sentirme por dentro.

Maldita sea.

Acerco mi rostro al suyo despacio, dándole tiempo para huir, pero no lo hace. Es ella quien inclina la cabeza primero, quien roza mi boca. Oh, Dios. Entonces la sujeto por la nuca y simplemente la beso. Fuerte. Profundo. Con todo lo que hemos sido y todo lo que aún nos debemos. No hay duda ni resistencia, me devuelve el beso con la misma hambre y necesidad. Sus labios se abren para mí. Sus manos suben a mi cuello, se enredan en mi pelo y tiran, reclamándome. Ya no huye ni se protege. Me besa como si llevara años esperando este instante.

Yo la atraigo más contra mí, sin delicadeza, y le muerdo el labio. Disfruto de su sabor y nuestras bocas encajan a la perfección. Mis músculos se tensan de deseo y el corazón me late velozmente. Ella gime bajo, me responde, me devuelve el golpe con la lengua. Nos besamos con ansia, perdiendo el control, hasta que ardemos

apasionadamente en esa silla. El orgullo deja de importar, y ya no hay venganza ni miedo. Solo deseo. Guerra y deseo.

Solo Máximo y Anastasia.

—Joder, cómo te he echado de menos. —Suspiro contra sus labios —. ¿Ves lo que provocas en mí? Tú puedes fingir, pero yo no. Contigo..., nunca.

La beso de nuevo sin pedir permiso, como un hombre que ha perdido la cabeza. Y ella me responde con la misma ansia, con las manos en mi nuca y las piernas apretando mi cintura. Su corazón junto al mío, latiendo al unísono.

Y, cuando creo que la he recuperado, me aparta de golpe.

—Bueno, señor... —dice alejándose—. Debo volver a mi puesto.

—Anastasia...

Me empuja amenazante. Incluso juraría que me evita la mirada y sus ojos están nublados de lágrimas.

—Vale —digo al borde de un infarto—. Salgamos ya de este puto sitio, y no tanto por esa chica, sino porque no aguanto más sin tenerte.

—No te confundas —susurra fría—. Esto es un papel.

Me inclino sobre ella interrogativo, apretándole el brazo. No sé de qué demonios habla.

—Tú lo has dicho, Máximo. He aprendido a fingir, y creo que se me da muy bien, ¿no te parece? —Me sonríe mientras vuelve a frenarme con una mano y con la otra se limpia la boca.

Ese gesto me atraviesa el pecho y me revienta por dentro, literalmente.

¿Qué diablos está haciendo? ¿Está intentando borrar mi beso?

Abro la boca para hablar, pero un disparo resuena de pronto. El dueño del local, furioso, nos apunta con la pistola y, casi sin darme cuenta, agarra a Anastasia por el pelo, arrancándola de mi regazo.

Oh. Mal asunto. Muy... mal... asunto.

—¿Quieres a esta puta? —dice—. Paga por ella.

Le sonrío con malicia, poniéndome de pie como un resorte.

—¿Por quién? —pregunto con los dientes apretados—. ¿Por mi esposa?

—¿De qué hablas, gilipollas?

El primer puñetazo me roza la mejilla. No lo esquivo del todo y dejo a ese capullo vivir su momento de gloria. La furia me despierta como un volcán dormido. Saco el bastón, el acero de la catana brilla con un destello frío, reflejando las luces púrpuras y rojizas del local. El imbécil se lanza a por mí con un chillido. Grave error. Le hundo la hoja en la rótula y tomo a Anastasia del brazo.

—¿Estás bien?

Ella asiente con la cabeza mientras revienta una botella que coge de la mesa de al lado. Sus ojos arden y me cubre la espalda sin que tengamos que decirnos nada. Un matón con camisa de leopardo se lanza hacia mí con una silla. La esquivo y la catana corta madera y carne; la silla se parte, el hombre también.

El caos estalla.

—¡Quieta, cariño! Partir caras hoy es asunto mío —le digo a Anastasia, viendo cómo le clava el tacón de su bota en la espinilla a un tipo que la agarra por la cintura.

—¿Y yo desde cuándo te hago caso, *cariño*? —me suelta con una sonrisita sarcástica.

—Desde hoy.

—Sigue soñando.

Le sonrío y me quedo tan atontado mirándola que ni me doy cuenta de cuando otro maldito cabrón nos apunta con su arma. No le doy tiempo, cruzo el local de dos zancadas y mi «otra nena» le atraviesa la muñeca. La sangre estalla como si se tratara de una

fuente y el tipo cae de rodillas con un grito desgarrador. Pero cuando me doy la vuelta, la veo en los brazos de otro idiota, él apresándola y ella clavándole los codos con el rostro enrojecido.

—Mierda.

Me giro deprisa y la catana silba cuando atravieso el cuerpo del bastardo.

—¡No la toques, hijo de puta!

La empujo hacia atrás e intento cubrirla con mi cuerpo, pero son demasiados. Observo que uno de mis hombres tiene una daga contra el cuello y el otro está en el suelo, en medio de un charco de sangre.

«Me cago en mi puta vida».

Siento la espalda de Anastasia pegada a la mía y su respiración agitada. Ambos miramos a todas partes, acorralados.

—Tranquila...

—Esto se está poniendo feo, Imperator —susurra sin perder el humor—. ¿Tienes algún plan brillante?

—Sí. Matar hasta quedarme contigo.

—Romántico..., para ser tú.

—Gracias. —Sonrío feliz, a pesar de todo.

—Yo sí tengo una idea.

Se agacha y saca una pistola pequeña de la bota que dirige a los seis o siete capullos que se están acercando a nosotros con pasos de lince.

—¡Atrás! —les grita.

Pero no le hacen ni puto caso. Un matón me lanza una navaja. La atrapo en el aire y la clavo en la mano del siguiente, que viene por mi derecha. Siento el sudor resbalando entre los dedos, bajo el guante. Anastasia jadea, observo su silueta moverse felina a mi lado, con fuerza y rabia.

Solo un instante de distracción y ya tengo a uno por detrás, a punto de rajarme el cuello.

—¡Máximo! —chilla ella.

Entonces me giro, le golpeo la muñeca y la navaja salta. Le piso la mano y oigo el crujido.

—Me encanta cuando me gritas así, pero lo prefiero en la cama —le suelto a Anastasia, jadeando.

Ella me mira boquiabierta. Me doy la vuelta deprisa y tumbo a dos de un bastonazo. Ella dispara al aire, y el estruendo silencia el club por un segundo.

—Joderrr, ¡he dicho atrás!

Nos arrinconan, aunque vayamos armados. Espalda contra espalda, nuestra respiración acelerada y la mirada fija en la puerta.

—Te juro que, si salimos vivos de esta, te daré la mejor noche de tu vida, gitana —le susurro con la voz ronca de adrenalina.

—No creo que te queden fuerzas, así que no prometas algo que no podrás cumplir —responde entre dientes, con las manos apretadas en la pistola.

—No me subestimes. Además, yo solo estaba pensando en hacerte la cena.

Por un instante, se ríe. Es una risita suave y nerviosa, pero, al fin y al cabo, una risa. Una que yo le he provocado, en medio de este jodido caos.

—Creo que has elegido el peor momento.

—Sigo esperando la tarta de vainilla que me prometiste. Incluso diría que sueño con ella.

Nuestras miradas se cruzan por un instante, y juraría que le sorprende que recuerde un detalle tan insignificante como ese. Pero lo hago. No podría no recordar todo lo que tenga que ver con ella.

—Se la prometí a Katia, no a ti.

—Da igual.

—No da igual —dice altanera—. Tú a mí me prometiste que estudiaría en la universidad, y mírame.

—Siempre cumplo mis promesas... —murmuro emocionado como un gilipollas, sin despegar mis ojos de los suyos.

Para nuestra sorpresa, la puerta se abre de golpe. Al menos quince hombres entran como un vendaval. Son Dragones Blancos y los putos hombres de Romanov. Percibo los tatuajes en el cuello de algunos, otros los llevan en la muñeca, y todos visten abrigos oscuros y largos. Al frente, ni más ni menos que... Igor.

—Sorpresa —dice Sensei, con ese aire burlón que me resulta tan familiar en él.

El hombre que me traicionó hace dos años y que creía mi amigo está aquí. Y no sé por qué, pero tengo algo muy claro: es hombre muerto.

16

Heridas que no sanan

Anastasia



Es difícil mirar a la muerte a la cara sabiendo que has sido tú quien la ha llamado.

—¿Igor?

Por un instante, la silueta que aparece en el umbral me resulta irreal. Sin embargo, no tengo tiempo para preguntarme qué hace aquí. Me froto los ojos porque me cuesta creerlo, pero no hay tiempo para preguntas. Máximo se coloca automáticamente delante de mí, con la catana en alto y la mandíbula desencajada. Apenas puedo respirar, estamos rodeados.

Los Dragones Blancos —mis hombres— irrumpen como una avalancha, abriéndose camino a golpes. A cada paso, los gitanos vacilan, algunos echan a correr, otros levantan cuchillos, botellas rotas o pistolas. Pero no pueden hacerles frente. Son imparables. El brillo metálico de las catanas y los tatuajes del dragón en sus cuellos y sus manos me devuelven a la realidad de la que he intentado huir: mi padre sabe que estoy aquí.

Por supuesto que lo sabe.

Uno de los mafiosos se lanza hacia mí con una navaja. No pienso, solo actúo: le clavo el tacón en el empeine y le muerdo la mano cuando me inmoviliza. Grita algo en un dialecto que desconozco cuando la catana de Máximo lo atraviesa. Giro la cabeza deprisa. A mi lado, él es puro acero, y vuelvo a quedarme anonadada cuando parte un cráneo, sin mirar siquiera.

Dios mío. Todo me provoca angustia, y esto es más sangriento de lo que pensaba.

Por un instante, me agacho con una fuerte arcada, pero de pronto la sala se convierte en un caos. Uno más gordo aún. Veo sillas volar y hay cristales rotos, gritos desgarradores y voces de mujeres. Un gitano se abalanza sobre Máximo con un cuchillo, y él lo esquiva y después lo golpea. El gitano cae al suelo, con la mano colgando de un hilo de carne.

—Joder. ¿Estás bien? —susurra en alerta, apretándome la cadera.

—Sí..., ¿y tú?

No me responde porque otro cabrón me agarra del brazo. Su aliento apesta a ron barato y me zarandea, intentando llevarme a una esquina. Le araño la cara, giro la cadera como me enseñó Igor, que, curiosamente, está aquí, y le hundo la rodilla entre las piernas. Gime y se dobla cuando lo remato, partiéndole una botella en la sien.

El sudor me arde en los ojos, pero no puedo permitirme un solo error. Máximo y yo luchamos espalda contra espalda, y los Dragones unos metros más allá, provocando una verdadera masacre.

—No te separes de mí, ¿de acuerdo? —Su aliento está acelerado.

Al instante, otro hombre me embiste y casi me tumba. Máximo le atiza un golpe con el codo en la mandíbula y lo lanza contra la barra.

Las chicas del burdel chillan, y sé que no hay tiempo que perder. Les grito que corran hacia la salida.

Maldita sea. Sigo buscando a Milena con la mirada, pero no la veo.

Todo apesta. Hay demasiada sangre en el suelo y muchos gritos. Las luces parpadean, un foco explota y llueve cristal sobre nosotros. Uno de los pocos hombres que aún quedan vivos apunta al pecho de Máximo, pero Igor se interpone y desarma al cabrón, desviando la bala. Le rompe el brazo con un movimiento seco y lo tira al suelo.

Máximo abre los ojos incrédulo. Hasta yo me quedo con la boca abierta, porque lo normal habría sido que Igor no hiciera eso. Seguramente tenga órdenes de Mikhail de que no vuelva sin mí. Entonces..., ¿qué leches está haciendo desobedeciendo a alguien como mi padre?

Hay una pausa breve, suficiente para recobrar el aliento.

Todo me da vueltas y apenas puedo respirar, viendo que Máximo sangra y lleva la ceja partida. Yo siento el cuerpo dolorido por los puñetazos y la furia de la lucha, y en mi vida pensaba que me daría de hostias como lo he hecho estas últimas semanas. Pero estoy entera y, joder, eso es lo único que importa.

Por un segundo, el tiempo se detiene. Me tiemblan las piernas, pero no sé si es por la sorpresa o por el miedo. Debería sentirme feliz y aliviada, porque si los Dragones están aquí, significa que estamos a salvo. Yo estoy a salvo, pero él...

Giro la cabeza y miro a Máximo pensando qué narices ocurrirá a continuación. Estamos rodeados de tipos que han venido a ayudar. Sin embargo, ambos sabemos que, en cuanto esto termine, no desperdiciarán esta gran oportunidad de tener a Máximo Kovalenko de rodillas.

Dios. *Yo* no debería desperdiciarla.

Sus puños aún están manchados de sangre y la catana goteando. Mantiene los ojos fijos en Igor, y sé que esto terminará en una tragedia. Una muy gorda.

—Dichosos los ojos que te ven —le dice con sarcasmo.

Igor lo mira serio, como si no le hiciese gracia el comentario. Juraría que el pelirrojo piensa lo mismo que yo, que alguien deberá morir hoy. En realidad, Máximo es mi enemigo. Este jodido hombre me compró y arrasó con Serra Rosa, pero aun así un pánico desconcertante me sacude de repente. Es el miedo a perderlo de verdad, ahora que sé que está vivo.

Mi corsé está empapado en sudor, y solo llevo unas bragas de encaje con unas ligas. Me siento desnuda, expuesta como nunca, con el corazón golpeando en mi pecho como un tambor y la cabeza llena de dudas.

La tensión sube como la marea antes de una tormenta y, por supuesto, Máximo no tarda en reaccionar.

—¡Puto traidooor! —Avanza hacia Igor, pero antes de que pueda alcanzarlo, quince espadas rodean su cuello, a unos centímetros de tocarlo.

Los Dragones lo rodean en cuestión de segundos, pero él no se detiene. Incluso acorralado, camina con determinación hacia Sensei.

—¡Basta! —Alzo la voz.

Nadie se mueve. Yo los miro, presa entre dos fuegos.

—¡Ya basta, joder! —Mi voz resuena, quebrada pero firme—. Aquí no se va a derramar más sangre.

Levanto la barbilla. Los Dragones se mantienen quietos mientras me observan con el rostro descompuesto, sabiendo que no debería ordenarles eso, sino todo lo contrario. Máximo respira agitadamente, a un segundo de perder la cabeza.

Y entonces, el infierno vuelve a abrirse.

El techo retumba. Un rugido metálico sacude la sala, y el sonido de hélices se oye por encima de nosotros.

«¡¿Qué coño...?!».

Alzo la cabeza. Es un... helicóptero.

¿Un helicóptero? ¿Aquí? ¿Ahora?

Cuando bajo la mirada, Máximo simplemente sonríe. Es esa sonrisa oscura y arrogante que me pone los pelos de punta. Esa que solo muestra cuando sabe que algo está pasando; algo a su favor, por supuesto. Y nosotros no tardamos en averiguarlo.

—¿Y bien? —murmura mirando fijamente al pelirrojo—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Puertas y ventanas estallan de golpe y hay humo por todas partes. Unos hombres entran, claramente suyos. Recuerdo que estaba esperando refuerzos.

—¡No! —grito al ver la intención.

Pero nadie me escucha. En segundos, la sala se convierte en un tablero donde las piezas cambian de bando: los Dragones quedan abatidos en un instante con un corte severo en el cuello, sin armas de fuego de por medio. El código que Máximo aprendió y que Romanov siempre ha intentado inculcarme. Catanas y estrategias, nada de pistolas.

Jodidos descerebrados.

Me llevo las manos a la boca y ahogo un grito de terror cuando veo al menos quince cuerpos desplomarse.

Mi gente.

Todos mis hombres yacen en un charco de sangre después de gritarles que pararan.

Yo..., he sido yo la que les ha servido la muerte en bandeja. Y todo por él. Han caído quince vidas humanas para proteger una.

—¡Eres un maldito monstruo! —rujo como una fiera, asqueada de la escena macabra que se desarrolla ante mí.

Pero él ni se inmuta. Ahí, en medio del caos, Máximo me busca con la mirada, pero no es a mí a quien quiere ahora. Se abalanza sobre Igor, y llueven puñetazos cuando lo tumba en el suelo y se monta encima. Un golpe, otro y otro más. Le grita con la voz rota y un estallido de furia en cada palabra.

—¡Te consideraba mi hermano! —Puño—. ¡Lo eras todo! —Otro puño, directo a la mandíbula—. ¿Por qué? ¿Por qué, maldita sea? Necesito saberlo antes de...

—También lo eras para mí, ¡joder! —le grita el otro desde el suelo —. Jamás te traicioné.

—¿De qué mierda estás hablando? —susurra, sacudiéndolo del cuello de la camisa.

El ruido de los golpes se mezcla con mi respiración entrecortada. Avanzo, temblando, pero tengo claro que ninguno de los dos morirá. Al menos, no hoy.

—¡Máximo, basta! —le grito, y le agarro el brazo, notando la tensión de sus músculos.

Él no me mira, solo aprieta más fuerte el puño, listo para rematar. Me arrodillo a su lado, con el alma en vilo, temiendo por Igor. Su rostro ensangrentado me revuelve por dentro. Por Dios, no aguanto más esta situación.

—¡Mírame! —Le toco la mejilla girándole la cara y lo obligo a mirarme con manos temblorosas—. Si de verdad quieres recuperarme, no lo hagas —le susurro cuando nuestros ojos se abrazan—. No hoy. No así, Máximo. Igor cumple órdenes. Como las cumplió para ti miles de veces.

Veo la duda y el dolor en su mirada. Y por un segundo temo que ni siquiera yo pueda detenerlo.

—¿No te das cuenta? —le espeto—. El odio que sientes siempre nos separará. Así nunca saldrás del maldito infierno. Nunca.

Sus ojos se clavan en los míos, buscando una grieta para justificar la atrocidad que acaba de cometer. Pero no la hay. Me mira, y el mundo parece detenerse cuando sus ojos se vuelven más oscuros aún, dejándome claro que su alma está condenada para siempre.

—¿Y quién ha dicho que quiera salir?

Su voz suena hosca y punzante, pero baja el puño con un jadeo.

Y, justo entonces, oigo una voz detrás.

—¿Ana?

Me vuelvo como si un latigazo me atravesara el pecho. Entre las sombras y el humo, una figura menuda y temblorosa sale de detrás de una barra. La reconozco antes de verle la cara.

—Milena...

Casi me derrumbo.

—Oh, Milena...

«Gracias, Dios mío».

Corro a abrazarla y la envuelvo con los brazos enloquecida, las lágrimas corriendo por mis mejillas amargamente.

—Estás bien... —Suspiro enterrando la nariz en su cabello.

Ella me abraza con la misma fuerza y me levanta como si todavía fuese la niña flaca que bailaba descalza en las ferias de Serra Rosa. Llora, grita mi nombre, se aferra a mi cuello. La he recuperado. He recuperado a la única familia de verdad que me queda, aparte de Eryol. La única que nunca me ha fallado, y eso me reconforta, pero duele a la vez.

—Creí que estabas muerta.

—Gitana loca... —me dice con la voz ronca, con un acento más fuerte que nunca—. ¿Pensabas que tu Mile era una blandengue o qué? Y, por cierto, ¿por qué coño te has teñido el pelo?

Me río con lágrimas en los ojos, disfrutando de este momento que jamás pensé que viviría. Poder abrazar de nuevo a una de las personas que más quiero.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos... —susurro cogiéndole las mejillas entre las manos, y mi mirada se posa en la rojez que hay en la comisura de su labio—. Ojalá hubiese podido hacer algo por ti antes. Mucho antes.

No puedo evitar sufrir al pensar en las cosas abominables que ha tenido que vivir todo este tiempo encerrada aquí.

—No importa, pero los demás... —Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas—. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento lentamente, con un nudo en la garganta. Ellos ya no están. Ningún Angelov sigue en pie, salvo Nina.

—¡Oh, Ana! —exclama dolida—. No puedo creerlo. Sueño con ellos todas las noches y...

—Tienes que ser fuerte. —Le beso el cabello, aferrándome a ella —. Te prometo que quien lo hizo pagará. Te lo juro por Lidia, ¿vale?

Pero esas palabras me saben a mentira en mi propia boca.

—¿Fuerte, yo? Si soy más floja que el café de hospital... Tú sí que tienes coraje. Te has dado de palos, con ese genio que tienes, solo *pa* sacarme de aquí, mi alma.

—Cállate. —Me limpio la nariz—. No lo soy, Mile. No es cuestión de fuerza, es no tener elección.

Entonces, Máximo se acerca y me cubre con su abrigo, con una autoridad silenciosa y protectora que me enfada y me derrite a la vez.

—Encantado de conocerte, Milena —dice con esa voz de mafioso elegante—. Máximo Kovalenko. Su marido. Y, a partir de hoy, también tu familia.

Le tiende la mano con firmeza.

Milena me mira, luego a él. Hay un brillo extraño en sus ojos, como si lo entendiera todo y a la vez nada. Pero mi corazón late a mil, y solo puedo pensar en una cosa: ¿cómo le digo ahora que el hombre que acaba de salvarla... es el mismo que destruyó a su familia?

Y, sí, el infierno, al final, siempre tiene forma de círculo. Da igual cuánto corras, siempre te acaba devolviendo al mismo lugar.

—¡Dalila! —exclama Milena, mirando detrás de mí—. ¡Ay, Dios, la pobre viene *reventá*!

Me giro.

Una chica de unos dieciocho o diecinueve años, tan delgada que parece que el viento podría llevársela, avanza tambaleándose. Tiene una herida abierta en el abdomen, tapada de mala manera con un paño empapado en sangre. Dos chicas del prostíbulo la sostienen por los brazos. Una de ellas es la morena de Sevilla, la misma que me ha hablado de su hija mientras bailábamos en la barra.

—Tranquila, cariño —susurra la andaluza a Dalila—. Ya se acabó todo.

La miro sin aliento, esa joven está sangrando, a punto de desmayarse.

—Ana... —Milena me mira—. Por favor, no podemos dejarla aquí, debemos llevarla a un hospital antes de que...

—La llevamos ya —sentencia Máximo, sin dejarme abrir la boca siquiera.

—Esos hombres son los que llevaron a los albañiles a Serra Rosa. Son... ellos.

De repente, la chica señala en dirección a Lev y a dos más mientras tira del codo de Milena.

—¿Serra Rosa? —pregunto.

Me acerco deprisa a ella, con el aliento entrecortado. La sujeto por los brazos en busca de respuestas.

—Trajeron a Dalila aquí hace una semana, pero ella vive en Serra Rosa. ¿No la reconoces? Es hija de Karina. Me contó que unos hombres desconocidos llevan más de un mes ayudando en el pueblo, reconstruyendo todas las casas carbonizadas y ayudando a los supervivientes. El ayuntamiento no quiere saber nada de nosotros, como siempre pasa con los payos.

—¿Quién...?

Mis manos tiemblan mirando a Lev y a los chicos, que se mueven para empezar a sacar a las mujeres del local.

Fue él. Máximo. Él está ayudando, Lev es su hombre.

—¡Subid al helicóptero a ese bastardo! —ordena entonces con voz potente—. ¡Rumbo a Palma! Lev, llévate a Milena y ocúpate de las mujeres heridas. Llévalas al hospital o a la Cruz Roja, pero tenemos que largarnos de aquí ya. La policía está de camino.

—¿A Palma? —pregunto sin aliento.

Docenas de sus hombres empiezan a trasladar a las chicas.

—No hay sitio para todos, Imperator —dice Marco—. Necesitamos un segundo aparato.

—Ya es tarde —responde él—. Nosotros nos quedamos en tierra esta noche.

—Sí, señor.

Me quedo rígida.

¿En tierra... con él?

No obstante, sé que debo darles prioridad a mi prima y a estas chicas, así que no protesto. La andaluza de la pista de baile se acerca y clava los ojos en mí y después en Máximo. Sonríe emocionada.

—Muchas gracias. Oh, gracias a los dos —dice con lágrimas en los ojos—. No puedo creer que por fin vaya a ver a mi hija. Jamás podré agradecértelo, y...

—No es necesario —le respondo antes de que siga y me haga llorar otra vez.

Me estrecha la mano y se gira en dirección a Máximo.

—Señor, tiene usted mucha suerte. Su mujer es un ángel.

Máximo me mira por un instante mientras su mano me roza la cintura buscando ese acercamiento que a menudo intento evitar pero que me eriza la piel.

—Lo es. Un ángel que tuvo la desgracia de casarse con un... demonio.

Me quedo helada tras oír sus palabras, y la chica se queda igual de atónita que yo.

—Disculpa.

Él se gira deprisa como si estuviera afectado por esto que está pasando. Pero ¿qué espera de mí? Acaba de degollar a personas que le han salvado la vida. Maldita sea, no puede hacerme esto. No puedo ablandarme justo ahora, cuando la vida de Igor está en juego por mi culpa. De no ser por mí, Sensei no habría viajado hasta España.

—¡Evacuad ya! —ordena con un rugido.

Las últimas chicas salen una a una del local, tosiendo a causa del humo. Milena va pegada a la que está sangrando, y yo la sujeto por el brazo, temiendo por su vida.

Fuera, el aire frío nos corta la cara y, antes de que pueda pensarlo más, oigo cómo Máximo se aparta con disimulo para hablar con Lev.

—Enciérralo.

—Recibido —contesta el rubio de ojos claros.

Milena se lanza de nuevo a mi cuello antes de montar en el gigantesco helicóptero del descampado que bordea el prostíbulo. Agarro el hombro de Igor cuando pasa por mi lado, con las manos atadas.

—Tranquilo... —murmuro dándole un abrazo fuerte—. No dejaré que nada malo te ocurra, Sensei.

Él me sonríe, con el rostro cubierto de sangre.

—No le temo a la muerte, Imperatritsa. Siempre y cuando tú estés a salvo.

Lo miro sin entender nada. Su devoción por mí y los Dragones Blancos es tan digna de admirar que me deja completamente muda. Despierto del letargo cuando las manos de Máximo tiran de mí y me apartan del lugar. El helicóptero se eleva y el fuerte viento que levantan las aspas hace que me cubra el rostro.

Y, de repente, él se suelta.

Me da la espalda y empieza a caminar hacia no sé dónde, como si estuviera enfadado con el mundo. Camina a zancadas y en silencio. Y yo, detrás de él..., ¿qué podría hacer? Estoy apenas vestida, cubierta por su abrigo. Máximo avanza, más erguido de lo habitual, y me doy cuenta de que ya no cojea tanto. Arrastra el bastón levemente sobre las baldosas.

—¡Eh! —le grito—. ¿Adónde vas?

—Camina, Anastasia... —contesta sin girar la cabeza.

—De puta madre.

Me detengo en seco. Él lo nota, porque también se para, en medio de una calle desértica. No pasan ni dos segundos hasta que vuelve sobre sus pasos y se queda delante de mí. Me mira de arriba abajo, el ceño fruncido y una ceja levantada en un gesto de advertencia.

—No pienso moverme ni un centímetro si no me dices ahora mismo adónde vamos —lo desafío, cruzándome de brazos bajo su

abrigo.

—Si no quieres andar, volarás —responde él con ese tono gélido.

Ni siquiera pestañea. Simplemente me coge por la cintura y me carga sobre su hombro como si yo pesara lo mismo que un saco de harina. Luego echa a andar de nuevo, ignorando mis pataleos.

—¡¿Qué coño haces?! ¡Bájame ahora mismo! —protesto intentando sujetarme a sus hombros mientras la peluca se me cae y el abrigo resbala por mi espalda.

Siento el calor de su cuerpo, el latido acelerado de mi propio corazón, el olor de la sangre, que, mezclado con su olor masculino, me vuelve idiota. La sensación de estar literalmente en su hombro, sujetándome con sus fuertes brazos, me hunde aún más en la miseria.

—¿Así es como tratas a tu esposa? —suelto dándole un golpecito en la espalda—. Luego te preguntarás por qué quiero que nos divorciemos.

Antes de que pueda amenazarlo con una de mis frases favoritas sacada de algún libro, me deja con suavidad en el suelo. Me sujeta por los brazos, taladrándome con la mirada.

—Vaya, eso es nuevo —dice con voz iracunda—. Por fin te acuerdas de que estás casada. Bienvenida al mundo real. Y del divorcio olvídate.

—¡Genial! ¿Y cómo se supone que...?

Le echo una mirada asesina y quiero añadir algo más, pero me callo con cara de idiota cuando lo veo colocar cuidadosamente el abrigo sobre mis hombros de nuevo.

—No sigas —amenaza—. No te divorciarás.

—¿Por qué?

—Porque preferiría la muerte antes que renunciar a ti.

Joder.

Eso ha sonado demasiado... dramático. Y romántico. Y...

Me callo cuando él echa a andar.

—¿Te vienes?

Resoplo, con miles de pensamientos en la cabeza, pero también con un frío que me hiela los huesos. Estoy casi desnuda, y el dobladillo se me engancha en la liga. Por dentro solo pienso que, si mi abuela estuviera viva y me viera ahora, me daría un zapatillazo. Qué fantasía. Así es la jodida vida de un Dragón Blanco.

Al menos la luna brilla.

Las luces de unos cuantos hoteles titilan a lo lejos, y no hay ni un alma en la calle. Ni un perro ni un taxi. Ni una maldita cafetería abierta para pedir un café y fingir que todo esto ha sido una pesadilla.

—Es aquí —dice al cabo de un rato, señalando una puerta automática.

Me guía hacia un hall amplio y elegante. No he leído el letrero del hotel al que me ha traído, pero seguramente sea uno de cuatro estrellas. El recepcionista, un chaval con pinta de estar más centrado en TikTok que en nosotros, por fin levanta la vista cuando Máximo carraspea.

—Buenas noches. Bienvenidos —saluda, y nos observa con atención.

Y cómo no va a mirarnos. Máximo parece recién salido de una pelea clandestina, y yo..., bueno, si me quito el abrigo, podría ir directa a la cárcel por exhibicionismo.

—Tenemos una reserva.

—¿Nombre?

—Bernardo Navarro —le responde Máximo impasible.

¿Bernardo Navarro? ¿Quién demonios se llama así? Me muerdo el labio para callarme. Si hay un nombre capaz de quitarle el atractivo

a Máximo Kovalenko es ese.

Me cruzo de brazos, apretando el abrigo contra mi pecho, mientras el recepcionista teclea algo en el ordenador.

—Más rápido, por favor —le mete prisa con esa voz antipática y ronca que sabría reconocer entre miles.

—Su habitación es la 505.

—Dos. Queremos dos habitaciones —digo rápido, ignorando la mirada de toro ofuscado que él me lanza.

—Con una es suficiente —gruñe—. Tenemos prisa.

—¿Va todo... bien? —pregunta el chico, mirando la herida que lleva en la cara.

No sé si está sospechando que somos asesinos en serie o que Máximo me ha secuestrado, aunque no sería del todo mentira.

Él asiente con la dignidad de quien no reconoce un rasguño, aunque le cuelgue la ceja. Yo asiento también, pero noto que el rímel me chorrea por la mejilla. Presiento que ocurrirá una desgracia cuando noto su mandíbula tensa, a punto de saltarle al cuello, así que me adelanto.

—Sí, estamos estupendamente. Ha sido una noche... productiva —hablo con voz atropellada y con una sonrisa de «mejor no preguntes»—. Una habitación está bien.

Sonrío mientras el joven teclea despacio, como si estuviera considerando llamar a la policía.

—Disculpe, señor Navarro, ¿les servimos la cena en la habitación? La tenía incluida —pregunta entonces.

—Genial. Nada de gluten, por favor —responde Máximo sin pestañear.

¿Nada de gluten? Me dan ganas de reírme en su cara. Este hombre ha matado a más de una veintena de personas esta noche y aún se preocupa por el pan de centeno.

Mientras él recoge la tarjeta de la habitación, yo me acerco a su oído.

—Bernardo... —susurro burlona—. De todos los nombres posibles, ¿en serio? ¿No tenías uno más feo?

Me lanza una mirada de advertencia, y yo intento respirar. Sé que nos espera una noche larga. Solo él y yo. Cara a cara, poniendo las cartas sobre la mesa.

—También podría haber sido Baldomero —responde al minuto—. Tenía que elegir entre los dos.

Me llevo una mano a la boca cuando una carcajada está a punto de estallar e intento caminar con dignidad, pensando en lo encantador que es cuando trata de ironizar sin alterar ni una palabra. En cierto modo, echaba de menos sus bromas secas.

Salimos disparados hacia el ascensor y, en cuanto la puerta se cierra, el silencio invade el espacio. Siento cansancio y el olor férreo de la sangre me aturde, pero más nerviosa me pone su presencia. Tan tan cerca... Hasta la quinta jodida planta. Me recuesto en la pared, aturdida por la adrenalina, el temblor en mis piernas y la sensación de que, si me relajo ahora, me derrumbaré. No me da la gana.

Máximo se inclina examinando mi rostro, con el mismo cuidado de siempre.

—Parece que lleves una semana sin dormir. Tienes muchas ojeras.

—¿Y tú te has visto en el espejo..., *Bernardo*? —lo pincho mientras el ascensor sube lentamente. Demasiado.

Máximo respira hondo y arruga el entrecejo.

—Estás jugando con fuego otra vez...

Da un paso hacia mí. Otro. Hasta que su cuerpo me acorrala contra el espejo del ascensor. El mundo queda reducido al calor de

su torso y a ese perfume oscuro y persistente, que deduzco que ni siquiera existe. Es el olor de su cuerpo.

Mi piel se eriza por la forma en que sus ojos me recorren, como si ya estuviera desnuda debajo de él. Su mano sube despacio por mi cintura, caliente y firme.

«Virgen santa. Deberíamos haber subido por la escalera».

—Sabes lo que pasa cuando juegas con fuego, ¿no? —murmura contra mi mejilla.

Se inclina más aún, tanto que su aliento me roza el cuello, tan cálido que unas suaves cosquillas se instalan en mi vientre.

—Ardes, Anastasia. —Su voz es baja y sucia—. Y no sabes las ganas que tengo de verte arder... de esa manera. Como en la biblioteca, ¿recuerdas?

Mi respiración se corta y él lo nota. Claro que lo nota. Sonríe contra mi oído, mostrándome una sonrisa lenta, masculina, de esas que te hacen temblar las rodillas.

—Qué curioso —susurra, deslizándome un dedo por la cadera bajo el abrigo—. Hasta no hace mucho era yo el que corría lejos de ti, aunque te deseaba con todas mis fuerzas, y ahora... eres tú. Pero me lo merezco.

—No estoy huyendo de ti.

Mis uñas se clavan en el metal del panel y miro sus labios. No puedo contenerme.

—Lo haces continuamente, ¿es que no te das cuenta? Dímelo ahora, si puedes... —Su voz penetra mi oído como un pecado delicioso—. Dime que no quieres hacerlo aquí mismo, antes de llegar a la habitación. Porque yo... —exhala el aire de un modo demasiado varonil— me muero por volver a tenerte, nena. ¡Diablos! —Aprieta mis caderas—. Aunque sienta mucha rabia por lo que hiciste, te quiero de vuelta en mi vida, ¿me oyes?

Trago el nudo que siento en la garganta y es como si aún notara el sabor de sus labios sobre los míos. El maldito beso que me ha dado en el prostíbulo ha despertado esa bestia que hay en mí. Y aunque odie darle la razón, definitivamente, la tiene. Los papeles se han invertido.

—Mañana cogeré el primer vuelo a... Palermo —balbuceo decidida a no perder esta guerra y acabar a sus pies—. Quiero volver con mi hijo.

Se separa de mí apenas unos centímetros y frunce el ceño.

—No es necesario. Eryol ya no está en Palermo.

17

Quiebra
Anastasia



Hay derrotas que te hunden y otras que te obligan a elegir a quién creer.

—¿Qué has dicho? —le espeto, incapaz de contenerme.

El mundo se me queda en blanco. No sé si he oído bien o si es mi cerebro el que se niega a procesar lo que acaba de decir.

—¿Cómo que no está en Palermo? —pregunto apretando los puños—. ¿Y dónde está?

Me quedo quieta, con el corazón acelerado, esperando una explicación que no llega. El silencio pesa demasiado, y cada segundo que pasa me siento más cerca de perder el control.

—Te he preguntado algo —repito, esta vez con la voz mucho más firme.

Él se cruza de brazos y me mira como si evaluara hasta dónde puedo soportar la verdad. Siento auténtico miedo, y no es por mí. Es por él. Porque, si le ha tocado un solo pelo, juro que no me va a temblar la mano.

—En Palma —responde tan tranquilo, como si estuviera hablando del tiempo—. Está con Katia, no te preocupes.

Siento el cuerpo en vilo y el pulso zumbando en los oídos, con la sensación de que el suelo se acaba de abrir bajo mis pies. Pero al instante respiro aliviada. Clavo la mirada en su rostro y, aun con un arañazo en una ceja, el pómulo enrojecido y el cabello despeinado, joder, sigue pareciéndome... perturbador. El hombre más atractivo que he visto en mi vida. Hasta el modo en que frunce la nariz al decir «no te preocupes» me hace tragar saliva.

—¿En Palma de Mallorca? —pregunto incrédula.

Él asiente serio, con esos ojos oscuros y esa media sonrisa insolente. Ahora todo encaja. Recuerdo cuando Cordelia me contó que la madre de los hermanos Kovalenko era española y que pasaron gran parte de su infancia aquí, en España. Es allí donde ha ordenado que se lleven a Milena y a Igor.

Vale, pero a mí no me va a tocar las narices, y eso lo tengo muy claro.

—¿Y quién te ha dado permiso para decidir sobre mi hijo?

—Soy tu marido, y también el que te ha ayudado a liberar a tu prima, no lo olvides.

—No me digas que quieres una medalla —sigo, intentando mantenerme firme—. ¿Un polvo de agradecimiento?

Lo veo tragar saliva, con la vena de la sien latiendo fuerte. La manera en que me escruta con la mirada, deteniéndose en mi escote, agita mis nervios.

—Con lo sexy que estás, no me lo pongas en bandeja —suelta con una sonrisa socarrona—. Pero no, no quiero eso. Solo quiero que me creas.

Mueve la mano en el aire como si diera por terminada cualquier discusión. Incluso hecho un desastre y con el ojo hinchado, se las

apaña para parecer más imponente y peligroso. Tal vez sea el reducido espacio del ascensor.

Alzo la barbilla y aprieto más el abrigo en mis hombros.

—Me alegro de que quieras limpiar tu conciencia ayudando a Milena y mandando reconstruir Serra Rosa. Pero si piensas que eso me impresionará, te equivocas. Se lo debías.

—¿Es eso lo que crees? —pregunta afilando la mirada—. No le debo nada a nadie, Anastasia.

Hago caso omiso de sus palabras, pero una corriente me atraviesa. El hecho de que él haya tenido ese detalle me emociona demasiado. Pero ¿y si lo está haciendo justo para manipularme y que me crea sus mentiras?

El ambiente se electriza, y estoy muy nerviosa, aunque intente parecer inmune. Está tan cerca que podría contarle las pestañas. De pronto, siento su mano rozando mi cintura y esa tensión latente que me roba el aliento.

—Romanov es tu padre, pero no te ha contado la verdad, y te lo demostraré —suelta firme—. Fue él quien provocó la masacre en Serra Rosa.

—Él no tenía motivos. —Me aparto deprisa dando un paso a la derecha—. Pero tú sí.

Noto su mandíbula tensa y un escalofrío me recorre cuando se apoya en un codo contra la pared del ascensor, su torso rozando el mío. Parpadeo, incapaz de apartar la vista de la sombra de barba y del modo en que se muerde el labio cuando sus ojos bajan a mi boca.

—¿Qué motivos? —dice irritado clavando el dedo en el botón de bloqueo del ascensor.

La cabina pita y se detiene con un pequeño temblor.

—Venga, señora *Kovalenko*. Sorpréndeme una vez más con tus teorías. ¿O te da miedo descubrir finalmente lo equivocada que estás y lo injusta que eres conmigo?

Enfatiza el apellido. Soy suya, y así lo expresa, con palabras y con gestos. No puedo dejar de mirar cómo se le tensan los nudillos bajo los guantes y cómo sus pupilas se oscurecen.

—Cuando me compraste en el mercado le dijiste a Vlad que finalizara «el trabajo» —replico dibujando unas comillas con los dedos.

—Vale, y das por hecho que me refería a arrasar con un pueblo entero porque así me salía de los huevos.

Me mira atentamente cuando pulso el botón de la quinta planta. El ascensor avanza con un chirrido.

—Máximo... —le recrimino—. Luca y otros gitanos te vieron.

—Anastasia... —Se inclina sobre mí y sus dedos rozan mi muñeca, pero retiro la mano—. Él lo planeó todo, y no pararé hasta encontrar las pruebas que necesito para que me creas. Toda mi maldita vida la dedicaré a demostrarte que yo no tuve nada que ver, pero ese perro...

El silencio se vuelve insoportable.

—¿Y qué me dices de tu padre? —me encaro, con el pecho subiendo y bajando a toda velocidad—. Ahora entiendo que lo odiaras. Viktor Kovalenko engañó a tu madre y acabó con la mía por celos y despecho. ¿Qué me dices de eso?

Por un momento, él arruga la nariz, molesto. No sé si es el reflejo del foco del ascensor o que realmente le duele mucho recordarlo todo.

—Ojalá lo odiara porque se enamorara de otra mujer, y no porque, por su maldita culpa, Beatrice... —Le tiembla la barbilla mientras vuelve a darle al botón de parada—. Ya da igual.

El ascensor se detiene bruscamente, y casi me aplasta bajo su musculoso cuerpo.

—Pero la mató —enfatizo—. Anna, mi madre, murió por su culpa.

—No sabes de qué hablas —niega despacio—. Ellos se amaban, ¡joder!

—No es verdad.

—Lo es —murmura, con los labios tan tensos que su rostro parece fantasmagórico—. No fue lo correcto y, maldita sea..., ojalá nada de eso hubiese pasado, pero pasó. Y ya basta. Parece que sigues siendo la misma chica inocente si crees todo lo que te cuentan. Yo solo...

—Tú me compraste en un mercado —lo callo—. Y si debo elegir entre creer al padre que me lleva buscando años o al hombre que se casó conmigo por venganza, no lo dudo, Máximo. Lo elijo a él.

Noto cómo aprieta el puño.

—Ya veo, vas de dura, pero no has aprendido nada. ¡Nada!

—Te odio...

Noto la garganta seca y el corazón palpitando en mi pecho como un animal enjaulado. Mis hombros están tan tensos que me duele el cuerpo, necesito llorar y golpearlo al mismo tiempo. Es como si una garra invisible se apoderara de mi garganta y no me permitiera defender mi versión de los hechos. Él es ese bumerán del pasado que vuelve para desgarrarme el corazón una y otra vez.

—¿De verdad? —Se acerca más y casi toca mi nariz con la suya.

Maldita sea, hasta ese gesto suyo me derrite.

—Pues te diré algo —añade despacio—: si la manera en que me estás mirando es de odio, quiero que me odien así todos los jodidos días de mi vida.

¿Cómo es posible que, por un segundo, desee besarlo?

—¡Cállate! —bramo enloquecida—. No tienes ni idea de lo que siento. No puedes pensar, sentir o tomar decisiones por mí. Porque mi hijo debería estar en Palermo y no en España. *Yo* no debería estar aquí contigo.

Mira el suelo por un momento y me toma por los brazos como si intentara controlarse.

—En Palermo no tengo apoyo, pero aquí sí. Aquí estaréis a salvo, y es mi última palabra.

Me quedo atónita. No entiendo nada.

—¿A salvo de quién, Máximo? —Alzo la voz—. ¿De mi familia? ¡Oh, Dios mío!

Me tapo la cara, más perdida que nunca. No puedo mirarlo fijamente porque siento los ojos empañados en lágrimas. Estoy cansada. Agotada. No puedo perder los estribos, se lo debo a Lidia, a mamá..., a Lenca.

—¿A salvo de quiéééééén? —le grito desesperada—. No puedes sacar a mi hijo del país sin consultármelo. Tú... ¡no puedes, joder! Ya me lo arrebataste todo una vez. No puedes comportarte como si fueses el dueño de mi vida, porque no lo eres —rujo desquiciada—. ¡No lo eres!

He tocado fondo y ya no hay vuelta atrás, así que le doy al botón de abrir las puertas porque necesito aire. Mucho aire.

En cuanto se abren, salgo disparada. Debo largarme de aquí y volver con Ery de inmediato. Quiero deshacerme de su mirada, de su olor, de su presencia. Porque no puedo seguir cerca de él ni un minuto más sin querer abrazarlo, besarlo, perdonarlo..., confiar en él. Creerlo, ¡maldita sea!

Agilizo el paso todo lo que puedo, pero sé que él me sigue.

—¡Anastasiaaaaaaaaaaa! —estalla detrás, pero no me detengo.

Por un instante, su grito me recuerda a aquella horrible noche. La noche del bosque, cuando mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

¿Qué demonios espera de mí?

Bajo la estrecha escalera a toda prisa, y casi me tuerzo el tobillo en un escalón. Ni siquiera sé en qué planta estoy, pero nada me detendrá. Tan solo necesito salir de aquí. Desaparecer. Borrarlo todo. Olvidar. Arrancármelo del pecho y de la puta cabeza.

Pronto llego a la planta baja, o al sótano, porque la escalera termina. Ni idea. Apenas percibo un destello, como si se tratase de una piscina.

La humedad salina, cargada del olor a cloro, es lo primero que percibo. Finalmente distingo la piscina interior en la penumbra. Avanzo a tientas, buscando una salida con la mirada, pero oigo un ruido seco de la nada; es algo que no debería estar ahí y que me hace tropezar.

—No... —alcanzo a murmurar.

Y caigo.

El impacto supone un golpe helado a mis sentidos, y el agua de la piscina me arrastra al fondo. La oscuridad me envuelve como una boca gigantesca, el abrigo se va hacia arriba, el corsé se pega a mi piel y yo pataleo, desorientada.

Contengo la respiración cuando el agua me invade las fosas nasales y oigo un potente rugido que corta el silencio.

—¡Anastasia!

El chapuzón que le sigue es brutal, como si hubiese caído un bloque de piedra al agua. Entonces, un brazo fuerte se cierra alrededor de mi cintura y, un segundo después, el mundo estalla cuando salimos a la superficie. Intento recobrar el aliento, y su

respiración veloz se mezcla con la mía. Su pecho, caliente y duro, sube y baja contra mi espalda.

La luz de la luna entra por la cristalera, bañándole el rostro. Está empapado, lleva el cabello pegado al rostro, la camisa adherida a su torso marcado, y sus ojos están desencajados del susto.

—¿Estás bien? —me pregunta con la voz entrecortada, apretándome más contra él.

Su voz vibra contra mi cuello mientras tiemblo entera. No por el agua fría. Por él.

—S-sé nadar.

De repente, me acerca más, con una mano removiendo el agua y la otra en mi cintura.

—Me da igual —murmura en un tono grave—. Si tú caes, yo caigo contigo.

Su respiración se mezcla con la mía y la emoción me invade.

—No sé vivir sin ti —gruñe con la voz rota, como si cada palabra le desgarrara la garganta—. No me pidas volver a la oscuridad después de conocer tu luz, Anastasia. Incluso los monstruos como yo merecen soñar con un arcoíris. Y, joder, créeme... —suspira—, daría mi vida a cambio de la de ellos. Daría lo que fuese porque Lidia siguiera viva. Solo para no verte sufrir.

Las lágrimas en sus ojos me deshacen en pedazos. Mis dedos se aferran a sus hombros por instinto y mi corazón deja de latir por un instante. Luego, arranca. Mis latidos estallan de nuevo, pero con mis labios aplastando los suyos como si no hubiera un mañana. Con mi lengua invadiéndolo poderosamente y mi nariz chocando contra la suya.

Lo estoy besando.

Cielos. Lo beso con el aliento entrecortado y el corazón galopando en mi pecho.

Un beso que ya no puedo reprimir, porque es eso o caer de nuevo en ese maldito pozo en el que estoy inmersa desde que él cayó al río.

Un jodido beso que necesito desesperadamente. Y se lo doy: con rabia, con odio, con... amor.

Mis manos se enredan en su nuca, aferrándome a su cuello. Él jadea, igual de conmovido que yo, y me arrastra hacia sí con más fuerza. Siento la tensión de todo su cuerpo, cada músculo pegándose a mí bajo el agua. Me alza como si no pesara nada. El agua cae de nuestros cabellos, goteando entre ambos como una lluvia pesada.

—Mírame —ordena, igual de emocionado que yo.

Lo hago, casi sin aliento. El corsé aprieta mi pecho empapado, marcando cada respiración entrecortada. Enrosca su brazo alrededor de mi cintura con más fuerza mientras me sonríe con la mirada.

—No sabes... cuántas veces he soñado contigo —susurra contra mi cuello—. Cuántas noches he llorado por ti. Y te prometo que...

—No sigas. Oh, por Dios. No me prometas nada, solo hazme olvidarlo todo, aunque sea por un instante, Máximo. Te lo pido... por favor.

Y no sigue. Sus labios caen sobre los míos con una urgencia casi violenta, como si quisiera borrar cada segundo en el que no me tuvo. Me besa sin ritmo, sin paciencia, sin cuidado, y yo le devuelvo el golpe con la misma hambre.

El agua resbala por nuestras pieles cuando él me arrastra hasta la parte menos honda de la piscina. Sin soltarme y sin dejarme respirar. Todo desaparece a nuestro alrededor, tan solo queda un choque de bocas, de respiraciones agitadas, de dos personas que sucumben al deseo y a la lujuria.

Sus manos bajan por mis caderas, con prisa y torpeza. No es el Máximo calculador, frío, imponente. Es un muro de acero que se derrite entre mis brazos y yo entre los suyos. Sin más.

—Joder..., te quiero aquí y ahora —dice mientras tira de mi abrigo mojado, pero las mangas se quedan atrapadas en mis brazos.

Se ríe nervioso. No. Desesperado.

Entre los dos lo arrancamos, torpes, empapados, resbalando, como si el propio tejido se resistiera a dejarnos desnudos frente al otro. Su pecho roza el mío cuando me inclino hacia él y nuestras respiraciones se mezclan, calientes y agitadas.

Trata de soltarme el corsé, pero las cintas mojadas se pegan a mis costillas.

—¿Qué cojones...? —gruñe, clavando su frente en mi cuello mientras forcejea con dedos temblorosos—. Llevo meses imaginando esto y ahora no sé ni desatar un puto nudo.

Su frustración me arranca una sonrisa temblorosa. Le cojo las manos y se las guío en la penumbra. El corsé cede y él lo aparta de mis pechos como si fuera un enemigo.

Apenas le doy tiempo tras sentir la tela deslizarse hacia mi abdomen. Mis manos ya están en los botones de su camisa. El tejido mojado se pega a su torso, marcando cada línea dura de músculo. El tatuaje del águila brilla con el agua que lo empapa y sus labios vuelven a asediarme mientras tiro de su camisa. Yo estoy igual de torpe, igual de desesperada. Me cuesta deslizarla por sus hombros, y él se impacienta. Me devora la boca mientras yo forcejeo con la tela.

Su camisa cae finalmente mientras sus manos vuelven a mi cintura, y me pega a él, cuerpo contra cuerpo, piel contra piel. No nos queda nada de cordura, solo su boca y la mía, peleando por dominar el beso.

—Ven aquí —susurra con voz ronca, atrapando mi labio entre los dientes—. Estás temblando.

Me levanta ligeramente y me obliga a abrazarle la cintura con las piernas una vez que llegamos a una escalera ancha dentro de la piscina. Cuando nos dejamos caer en el borde, sobre el duro suelo, me atrapa debajo. Su pecho roza el mío y su abdomen firme se pega a mi vientre.

—Pequeña... —murmura casi suplicando—. No sabes lo que haces conmigo.

Me besa otra vez, salvajemente, con esa mezcla perfecta de brutalidad y ternura que me es tan familiar. Siento sus manos subiendo por mis costados, firmes y reverentes. Yo hago lo mismo. Mis dedos recorren su espalda, su nuca, bajan a la línea de su cadera, explorando su torso mojado, que lo muestra como un adonis del pecado.

Él jadea. Yo también.

Sus manos asedian mi trasero y sus labios bajan a mi cuello, haciéndome ladear la cabeza. Siento su mirada lamiendo cada centímetro de piel, como si necesitara memorizarme antes de tenerme. Suspiro. Me enloquece. Me provoca. Me desarma. Me pertenece, aunque quiera matarlo todo el rato.

—¿Vas a mirarme así toda la noche o...? —lo provoco, como si otra mujer más valiente hubiera tomado el control.

Él no responde con palabras. Baja la cabeza y toma un pezón con la boca, mordiéndolo suavemente. Un escalofrío me atraviesa y arqueo la espalda. Sus manos me suben por los muslos y su boca asciende por mi clavícula, dejándome un rastro de besos hasta la oreja.

—No sabes lo que me haces cuando me miras así... —murmura con esa voz grave que me provoca escalofríos.

—¿Así, cómo? —le pregunto emocionada, rememorando escenas del pasado.

Él y yo en el suelo, cubiertos de cristales, delante del Eclipse Club. Yo dándole ese beso que me salió del alma y él mirándome con otros ojos por primera vez.

—Como si me amaras.

«Te amo, maldita sea. Te amo...», susurra mi corazón esta vez.

Pero las palabras no salen.

Él se detiene un segundo a mitad de camino y se escurre hacia abajo. Siento sus labios en el interior de mis muslos, calientes y lascivos.

—Máximo...

—Chisss... —susurra con una sensualidad que me sacude el interior—. Sus manos acarician el borde de mis ligas empapadas. Entonces, sin romper el contacto visual, inclina la cabeza y atrapa una de ellas con los dientes. Un tirón lento y excitante para mis sentidos.

La liga cede, deslizándose por mi piel mientras él la arrastra con la boca. Mis dedos se hunden en su cabello mojado. Él apenas respira.

—¿Quieres que siga? —pregunta con un susurro oscuro.

No puedo formular palabras. Solo asiento, temblando.

—Eso pensaba —gruñe satisfecho.

Baja más y arrastra la otra liga. La tela resbala con el agua y se escurre entre mis piernas. Cuando sube la mirada hacia mí, sus bonitos ojos están ardiendo. Se acerca de nuevo, besa mi muslo más arriba. Luego otro beso más cerca. Su boca es fuego y mis manos tiemblan.

Máximo exhala un sonido casi animal. Se incorpora apenas para quedar frente a mí.

—Mírame —exige.

Lo hago.

—Quiero que te entregues a mí, no como mi esposa... y no como la mujer que me odia.

Su frente y su boca tocan las mías, sin besarme. Solo me tienta.

—Quiero que te quedes como la única mujer que me ha destrozado el corazón y, aun así, me tiene de rodillas.

Sus palabras me incendian. Me arrancan el aire. Me hunden y me elevan al mismo tiempo. Y cuando vuelve a bajar la boca hacia mis muslos con esa mezcla de devoción y posesión, ya no puedo contenerme. Lo tomo del rostro, lo arrastro hacia mí y lo beso como si mi vida dependiera de ello.

Él reacciona deprisa y me aparta las bragas con un movimiento brusco. Me separa los muslos y se instala entre mis piernas mientras me besa con hambre, como una bestia. Lleva mi cabeza hacia sí y me embiste con la mirada antes que con el cuerpo.

Dios. Lo echaba tanto de menos.

—Dime que me odias ahora, *malyshka*. Dímelo mientras te corres en mi mano —masculla deslizando un dedo en mi interior, abriéndome con un descaro que me saca un gemido ronco. Es un gemido de placer, pero también de dolor.

Su lengua me explora mientras me penetra con ese dedo juguetón. Con la otra mano, sigue sujetándome la nuca.

—Eh, preciosa. Dilo.

—Oh —gimo arqueando las caderas cuando retuerce su dedo con más fuerza que antes, dejándose arrastrar por el instinto.

La humedad se acrecienta y mis músculos se contraen a su alrededor. Tenso los muslos cuando unos espasmos repentinos me sacuden, atrapando así su mano entre mis piernas.

—Solo tú tienes esta puta manía de hacerme obedecer. Y, créeme, eso es muy difícil —susurro entre dientes, rozando su mandíbula con

la mía.

Él sonríe satisfecho, mordiéndome el labio inferior. Me lame y me besa descontrolado cuando mis piernas se aferran a su cintura y siento su dureza contra mis pliegues. Me atrapa las caderas con fuerza y el jadeo desesperado de su respiración sobre mi boca me hace vibrar, deseándolo más. Y más.

La pasión nos atraviesa, cruda e indomable, como un incendio imposible de apagar. Siento cómo me busca, y mi vientre tiembla expectante, encogido por la anticipación.

Un movimiento sutil en mi entrada. Otro. La presión crece y mis uñas le arañan la espalda mientras cierro los ojos, abandonándome en sus brazos al completo. Él profiere un gemido gutural y se desliza dentro de mí, conteniéndose, aunque sé que lo necesita deprisa, tanto como yo. Aun así, es paciente: brutal y tierno a la vez. El primer golpe de cadera me arranca un suspiro ronco y las piernas se me tensan en sus costillas.

El mundo desaparece. Solo existe él llenándome, partiéndome en dos y reconstruyéndome al mismo tiempo. Su miembro aumenta de tamaño cada vez más, provocándome pinchazos. Se me escapa otro gemido, un poco más fuerte, y él lo ahoga con un salvaje beso. Me presiona contra el suelo, y el ritmo que impone es feroz y cadencioso. Me embiste, cada vez más profundo, y el borde de la piscina resbala bajo mis manos mientras busco agarrarme a algo.

Esa sensación... Joder. Pero no es eso, es él. Él es mi puta condena.

Me acaricia el cabello y me mira con ternura mientras se mueve dentro de mí, marcando el ritmo con dureza. Me besa de nuevo y nuestras lenguas se retuercen, unidas por la lujuria. Presiono su boca contra la mía con pasión mientras tomo la iniciativa, y esta vez soy yo la que marca el ritmo, con el vello erizado.

—Así, mi vida... —ronronea con voz devota—. Dame ese sonido, esa mirada.

Su miembro cobra más vigor dentro de mí, y todo se borra de mi cabeza, solo soy consciente del ritmo implacable de sus caderas chocando contra las mías y de la sensación desquiciante que me sacude el centro con cada nueva embestida.

—Máximo... —gimo en su oído.

Su fuerza me parte en dos y, al mismo tiempo, me sostiene. Y entonces siento el placer que asciende como una ola gigantesca. Me arqueo, las uñas se me clavan en sus hombros y el vientre se me retuerce. Grito su nombre, desbordada, cuando el clímax me invade por dentro.

Pero él no se detiene.

De pronto, el ritmo se vuelve más implacable. Empuja como un animal. Sus caderas chocan con las mías en una sucesión frenética, cada embestida más honda y más desgarradora para mí. La mezcla perfecta de dolor y éxtasis.

—¡Máximo! —Suelto un quejido cuando el ardor me atraviesa el vientre, confundiéndose con el placer—. Me duele... —susurro sin aire—. Llevo mucho tiempo sin...

Y, ahí, me doy cuenta de la estupidez que acabo de decir. Él se detiene en seco, respirando cadenciosamente, con la frente apoyada en mi cuello. Levanta la cabeza. Sus ojos me buscan, abiertos como platos, completamente desencajados. Siento la tensión en todo su cuerpo, como si las palabras explotaran en su cerebro.

—¿Qué? —pregunta conmovido.

Trago saliva, incapaz de pensar qué responder.

—¿Tú me... mentiste?

El pánico me encoge el estómago, y solo sé que necesito huir. Ahora. Antes de que descubra que nunca he sido de otro hombre,

salvo suya. Pero él no me deja moverme. Me tiene atrapada, todavía dentro de mí, todavía dueño de mi cuerpo.

Y, de pronto, siento un miedo aterrador de que la verdad resulte más peligrosa que cualquier mentira.

18

Secretos que queman

Angelo



Cuando subestimas al enemigo, ya estás muerto.

—*Cazzo!* —escupo entre dientes, llevándome la mano al hombro.

El dolor me sube hasta el cuello. Aún no puedo mover bien el brazo desde que al ruso se le ocurrió estar vivo e irrumpir en mi casa, pisotear mis reglas y convertir mi fiesta en un campo de batalla. No le bastó con ensuciar mis negocios; vino a recordarme que fui un idiota por pensar que era solo otro capo que jugaba a ser un fantasma.

Qué ingenuo.

Qué jodido necio.

Porque, sí, los rumores son ciertos. Nadie sobrevive a Imperator. Ese cabrón no es un hombre, ni siquiera un mafioso. Dirige un puto

ejército de máquinas de matar armados con catanas y maneja sistemas de seguridad que nosotros jamás hemos experimentado.

Nací en el seno de una familia de narcotraficantes, mis padres lo fueron y mis abuelos también. Pero jamás en mi vida he conocido a nadie igual. Y ahora entiendo por qué lo llaman así: *Emperador*. Me sabe a mierda pensar esto, pero ese cabrón reina incluso cuando está a kilómetros de distancia.

Y, sin embargo, lo que más me duele no es el hombro ni los cadáveres que dejó, es lo que se llevó sin permiso, arrebatándomelo todo. Primero Alessandro y ahora... ella.

Aprieto la mandíbula hasta sentir que cruje. La rabia me vibra en la garganta, imposible de tragar.

—Pagará —susurro con la voz rota—. Juro por Dios que pagará.

En el escritorio, las cosas siguen en perfecto orden. Uso el mechero dorado, mi trofeo favorito de la temporada, y me enciendo un cigarro. Generalmente no fumo, solo cuando estoy nervioso. Apenas toco el rosario carmesí con un dedo y miro mi libreta de notas, abierta por la última página. Todo bajo control. O eso quiero creer. La herida aún me escuece, pero el whisky contrarresta el dolor.

Regina pasa sin llamar y casi ni la oigo entrar. Tiene esa manía de caminar como una pantera, despacio pero con pasos seguros. Es por eso por lo que se convirtió en la mujer y, después, la viuda de Falcone, el rey del mar Tirreno. *Il capo di tutti capi.*

Lleva un vestido negro ajustado y, en la mano, el móvil y un sobre.

—¿No piensas arreglarte nunca ese hombro? —me suelta a modo de saludo, y se planta frente a mi escritorio como una auditora de Hacienda.

—¿Qué podría hacer? —replico dándole una calada al cigarro—. Además, así te librarás de mí antes y no tendrás que seguir lidiando con el insensato de tu hermano mayor.

—No te hagas la víctima, Angelo. Deberías ir al médico, la herida no está curando bien.

—Bicho malo nunca muere.

—Cavalli y Karamanlis han pedido explicaciones —me corta implacable—. Creen que te has pasado de listo.

—¿Qué quieren ahora?

—Aquí tengo las pruebas... —Agita el sobre en la mano—. Dicen que hay movimientos raros en las rutas. Rumores de que la *yakuza* rusa y tú estáis compartiendo más que un trato que tiene que ver con la hija de Romanov. Y, encima, media ciudad cree que tú mismo liquidaste a nuestros socios el día de la fiesta.

Los Ferrara.

El humo se me atasca en la garganta. Muevo el mechero de un lado a otro, encajándolo en línea recta con el borde de la mesa. Intento controlarme, pero eso es bastante difícil para alguien que está en mi situación.

—¿Y tú? ¿Tú qué crees, *sorella*?

Regina resopla, se sienta y cruza las piernas con esa elegancia gélida que haría temblar a un embajador. Su dálmata se tumba bajo la mesa, vigilando como un guardaespaldas de cuatro patas. Ese bicho me sigue cayendo mal, casi igual de mal que Regina.

—Creo que has jugado con fuego y ahora huele a quemado. Te advertí que ese tipo no era un principiante. Burló a toda tu seguridad y te dejó ese regalo. —Me señala el hombro, sin pizca de compasión.

Fuera, oigo el ruido estridente de un motor. Por instinto, mi mano va al cajón donde guardo un arma, pero lo que más me jode es

volver a sentirme vacío. La misma puta sensación de siempre.

—Cavalli y Karamanlis pueden pensar lo que quieran —replico templando la voz—. El que manda aquí sigo siendo yo.

—No por mucho tiempo si te empeñas en ir de lobo solitario. —Regina clava las uñas en el sobre—. Y espero que tengas una explicación para esto, porque no puedo seguir tapándote.

Me echo hacia atrás, ignorando el pinchazo del hombro. Los Falcone. Mi querida familia política. Y si Regina los trae a la mesa, la partida es de alto riesgo.

—¿Me vas a contar de una vez cuál es tu plan real? —me suelta, alzando una ceja.

No respondo. Me concentro en el rosario, cuatro toques exactos entre los dedos, mi único método para no perder los nervios. En la otra mano, el mechero gira mientras mi mente vuela: Cavalli apretando los dientes, Karamanlis en Atenas moviendo piezas en su tablero. En la mafia, los amigos se convierten en enemigos en un abrir y cerrar de ojos, así que no es algo que me sorprenda. Y todo por el maldito rumor que ese capullo ha difundido sobre mí.

—Si empiezas a dudar de mí delante de ellos, lo perderemos todo, Regina —le advierto—. Aquí lo único que importa es la reputación. La sangre se limpia, pero la traición, jamás.

—Por eso asistiré a la reunión con Romanov —sentencia, sin opción a réplica.

Mi hermana. Siempre pragmática y calculadora. El tipo de persona que organiza un entierro antes de que el muerto caiga.

El móvil vibra cuando un mensaje de Dante entra:

> Confirmado. El niño y Katia Kovalenko han salido
> de Palermo. Destino: España.

Trago saliva. El vacío en el estómago es peor que la herida, aun así, me obligo a no pestañear. Regina me observa, ladeando la cabeza con una sonrisa sarcástica.

—¿Qué ocurre?

—Nada —digo apartándole la mirada. No quiero verle la cara.

Ella no se deja engañar. Sabe que cuando evito mirar a alguien a los ojos es porque estoy a punto de perder los estribos. Y ese nombre —Katia— flota en el aire como un chirrido en mis oídos. Es inevitable no recordar cómo esa salvaje nos burló días antes de la fiesta de disfraces, dando pistas falsas. Cuando mis hombres llegaron al sitio donde pensábamos que estaba esa chica, en Palma, nos dimos cuenta de que todo había sido una trampa.

Acabaron muertos.

Todos.

Mientras tanto, ellos ya planeaban colarse en mi jodida casa, estropear mi jodida fiesta y echar a perder la jodida petición de mano que le estaba haciendo a Anastasia. Era mi puto momento.

Y hace solo unas horas, cuando he dado la orden de atacar y recuperar al bebé, ya iban un paso por delante. He tenido suerte de sobrevivir a un explosivo colocado en mi coche. Sé que Anastasia debe de estar furiosa conmigo, ya que le prometí que no pondría en peligro a Ery, pero me he encariñado demasiado con ella y el bebé, y no podía simplemente quedarme de brazos cruzados.

Cojo el móvil deprisa y siento mis dedos temblar mientras marco.

—Dante. —Mi voz sale afilada porque estoy furioso.

—*Boss* —contesta al segundo.

—Explícame cómo cojones ha sido posible que una mujer y un niño salgan de Palermo sin que me entere.

Me escucha respirar hondo. Una respiración que solo me sale cuando estoy a un paso de arrancar cabezas. Al otro lado de la línea,

Dante traga saliva.

—Ha usado un patrón de fuga que no aparecía ni en nuestros informes ni en los de la policía.

—Explícate.

—En vez de salir por el puerto, se han movido por la ruta que conecta Mondello con las zonas residenciales del sur.

—Eso es imposible —gruño apretando el cigarro hasta romperlo entre los dedos—. Esa ruta la cerré hace cinco años.

—Él la reabrió.

Cierro los ojos, sintiendo mi propio orgullo devorándome por dentro.

—No solo eso, *boss* —continúa Dante—. Ha enviado a un hombre y a una mujer disfrazados de médicos. Han entrado en la finca que perteneció a los Kovalenko y se han intercambiado la ropa. Nadie ha sospechado. Creemos que después han tomado un barco y...

—¿Y qué, Dante?

—Hackearon el acceso a las cámaras de la ciudad para vigilar a los hombres. Sabían dónde estaban todos antes de que pudiéramos reaccionar.

Me falta el aliento por un instante.

—Inmoviliza a todo el mundo. No esperaré más —exclamo entre dientes, y cuelgo.

Me pongo de pie con los puños apretados, mirando fijamente a mi hermana.

Regina me observa desde la butaca, con una ceja arqueada y las piernas cruzadas.

—¿Y bien? —pregunta, sin pizca de delicadeza.

—Nada que no supieras ya —respondo mientras abro el frasco de pastillas.

—Lo suponía —dice ella, colocándose bien el collar que lleva—. ¿Tan grave es?

Me paso la mano por el rostro, pensativo.

—Ha usado la maldita ruta de Mondello. Sacó a la Kovalenko y al crío delante de mis narices.

—*Madonna santa...* —murmura—. Te ha hecho quedar como un imbécil.

La miro con una sonrisa cortante.

—Gracias por tu amabilidad.

Ignoro el dolor punzante en el hombro y camino alrededor del escritorio como un animal encerrado.

—Me las pagarán, principalmente ella —digo, casi escupiendo las palabras.

—¿Quién?

—Katia.

—Ah. —Regina sonríe, y esa sonrisa me revuelve algo que no sé si es culpa, ira o asco por mí mismo—. Así que por eso estás así.

—No digas estupideces —miento, porque soy un Barone, y mentir por orgullo forma parte del apellido.

Ella se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, como si fuera a diseccionarme con la mirada.

—Angelo..., te conozco. ¿Cuándo piensas contarme la verdad?

—¿Qué verdad? —respondo demasiado rápido.

—Sobre tu cuñada, la Kovalenko. —Ríe secamente—. Eres un hipócrita, ¿sabes? Esa rusa te trastocó la cabeza. No diré nada más, pero sé que...

Aprieto los dientes, estoy hasta los cojones de ella y de todos.

—¿Tú eres la que habla de verdades, Regina? —Me acerco a su oído lentamente—. Tú alardeas de que Isabella es una Falcone, sin

embargo..., tú y yo sabemos que no es cierto. Dime ahora, ¿quién es el hipócrita?

—Cállate.

Sonrío porque sé que en esta casa nadie se librará de la furia del Señor. Cuando el diablo se mete en tu sangre, no hay quien pueda limpiarte por dentro. Fluye por tus venas y te recuerda que nacimos del pecado y moriremos en el pecado.

—Hermana... —musito bajando la voz—. No metas tus narices en mis cosas, a no ser que quieras que los Falcone se enteren de tu secreto. Ya sabes lo que eso significa, *amore*... —sigo—. Tu corona caerá.

Su expresión cambia enseguida mientras se pone de pie y me mira erguida. No insisto porque sé que no traspasaré su coraza.

—En vez de descargar tu rabia contra mí, mejor busca soluciones —dice con una mueca de desprecio.

—Lo recuperaré todo, incluida ella.

—Sigues obstinado en convertir a esa tipa en tu mujer y cuidar del hijo de otro.

—¿Y si es mío? —pregunto calmadamente, pero mis ojos arden—. ¿Y si Eryol es mío?

Me examina sorprendida, aunque Regina jamás lo mostraría, porque si de algo estoy seguro es de que le corre alquitrán por las venas y no sangre.

—Entonces arregla ya esta mierda para que puedas disfrutar de él. Antes de que actúe yo, Angelo. Y sabes lo que eso significa, ¿verdad?

No hace falta que me lo explique: supone romper el trato con Romanov y deshacerse tanto de él como de Anastasia y el bebé. También supone seguir adelante con su idea de que, si ese cabrón nos arrebató a un hermano, ella le arrebatará la vida, a él y a todos

los que tengan que ver con él. No saber durante cuánto tiempo podré protegerlos me provoca un nudo en el estómago.

Porque puedo ser el Barón en Sicilia, el temido capo del sur y del puto continente, pero Regina es la reina del mundo. Y eso la coloca un paso por delante.

De pronto, el eco de unas voces agitadas se cuela por la puerta entreabierta. Primero una voz aguda, después una carcajada masculina y, por último, un portazo.

—¡Te juro por la *mamma* que eres imposible, Isabella! —protesta Romeo, arrastrando las eses como si llevara quince copas en el cuerpo. Y no dudo de que venga de alguna fiesta.

—¡No me hables así, idiota! No es culpa mía que te haya ganado —contesta la niña, ocho años recién cumplidos y ya con el ego subido.

Isabella aparece en el umbral con ojos chispeantes y el pelo rubio recogido en una trenza tan apretada que le levanta los pómulos. Lleva una camiseta del Milan tres tallas más grande y unos pantalones de deporte que, si no fuera mi sobrina, pensaría que ha robado en algún mercadillo.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —Regina no levanta la voz. Su tono gélido basta para poner en fila a media ciudad.

Romeo lleva una camisa de lino arrugada y el pelo alborotado. Se gira hacia mí, buscando cómplices.

—*Porca miseria!* —exclama—. Angelo, dile algo a esta pequeña dictadora. Ha posteado una foto mía durmiendo la siesta, con la baba caída. El puto vídeo tiene ya diez mil visualizaciones.

—Solo fue una *story*, *bro*. Se borra en veinticuatro horas —replica Isabella, encogiéndose de hombros.

—*¿Bro?* —Frunzo el ceño.

—*Dai, fraté!*[1] —dice Romeo—. Bella, no hables como si fueras adolescente. Sigo siendo mayor que tú.

—¡Isabella! —advierte su madre.

—*Zio preferito...*[2] —empieza la pequeña tramposa tendiendo sus delgados brazos hacia mí—. No es una palabra mala, no sé por qué Romi se ofende cuando le hablo así.

—¿Será porque soy tu tío y soy mayor que tú? —salta el otro.

—Pues no lo aparentas —remata mi hermana mientras cargo a Isabella en brazos y recibo su beso en la mejilla—. ¡Y tú! Pídele disculpas a tu tío.

—Ni de coña, *mamma* —añade—. Romi se graba desnudo en TikTok, yo lo he visto. Y ahora me regaña a mí.

—¡¿Lo veis?! —chilla Romeo poniéndose de pie—. Se llama *influencer*, enana.

No puedo evitar sonreír cuando mi pequeño bicho de rizos dorados pone una mueca de enfado.

—Bella, no puedes espiar a Romi, ¿lo sabes? —la riño, embrujado por su carita de ángel.

De pronto, pienso en el bebé de Anastasia. Algo en el pecho se me afloja y el sentimiento de pérdida me cala hasta los huesos. De verdad quiero a ese niño, aunque lleve unos pocos meses en mi vida. No se trata de egoísmo, sino de destino, y mi intuición me dice que Eryol me está predestinado. A mí. Porque yo fui el único que notó sus ágiles pataletas mientras estaba en el vientre de su madre. Recuerdo cómo se me aceleró el corazón cuando Anastasia cogió mi mano y la colocó en su vientre. A partir de ese momento, supe que era mío.

Mío.

Solo mío.

—Eh, a ver, pequeños demonios, uno de los dos tendrá que pedir disculpas primero, o juro que saco el detector de mentiras Barone —bromeo intentando poner un poco de paz en el caos que nos rodea. Y también olvidar.

Le guiño un ojo a Isabella y ella me estrecha más con sus manitas.

Romeo se deja caer en el sofá con el dramatismo que lo caracteriza. Es un niño grande mimado. Al menos, Isabella tiene ocho años.

—Por favor, quitadle el móvil a esta pequeña hacker antes de que suba otro vídeo mío depilándome.

Regina, imperturbable, ni siquiera parpadea. Isabella se parte de risa.

—Isabella, a tu cuarto.

—¡Pero yo no he hecho na...! —protesta.

—Castigada un mes. Sin móviles ni fiestas de pijamas... —repite Regina inapelable—. Además, tienes clases con la señora Di Santi.

Bella sigue protestando mientras Romeo levanta las manos derrotado y me mira como pidiendo asilo político.

—Ven aquí, fenómeno —le digo pasándole un brazo por el hombro —. Es una niña, ¿vale?

Cuando salimos por la puerta, casi tropezamos con la profesora de clases privadas de Isabella. Cuarenta y pocos años, melena castaña, ojos de gata, vestido midi y ese brillo en la mirada que conozco muy bien. Lleva un libro bajo el brazo, pero es pura escenografía: a esa mujer le bastan dos miradas para ponerme duro. La saludo con mi sonrisa más civilizada. Hoy no tengo ánimos para sacar la peligrosa. Ella sonríe tensa y se frota los dedos. Observo que acaricia su alianza lentamente.

—Solo vengo a entregar la evaluación de Isabella, *signore* Barone —dice con ese tono educado que me pone el pulso a cien.

Nos cruzamos la mirada, y hay un segundo de electricidad. Un destello en forma de recuerdo se me clava bajo la piel. Recuerdo la última vez que la acompañé al coche, hace una semana, bajo la lluvia. Su mano rozó la mía cuando le tendí el paraguas. Su perfume a sándalo me envenenó, y fue apenas un segundo: mi boca subió por su cuello y su respiración se contuvo. Recuerdo mis manos explorando el borde del abrigo, su susurro diciéndome que estaba casada —sin que ella sospechara, era justo eso lo que me incendiaba— y mi respuesta en su oído: «Nadie lo sabrá». Y a esa la siguieron dos veces más.

—Si necesita ayuda con la disciplina de Isabella, aquí tiene a un experto en castigos —bromeo.

Bueno..., más o menos. Aún recuerdo sus ojos vendados. Sus labios entreabiertos y sus palabras invitándome a azotarle ese delicioso trasero con la regla de trigonometría. Fue toda una experiencia.

La señora Di Santi se sonroja y entra deprisa en la habitación de Isabella, despidiéndose rápidamente. Me gusta. Me gusta intimidar tanto a hombres como a mujeres.

—*Mio Dio, Angelo.* —Regina me hinca el codo—. ¿Ninguna se libra de ti o qué?

—Más bien yo no me libro de ninguna —murmuro con una risita, intentando olvidar—. ¿Por qué siempre me echas la culpa?

Regina me da la espalda, con esa postura tensa que tanto la caracteriza.

Yo meto la mano en el bolsillo y la miro ausente. Sé que, aunque me mate admitirlo, mi hermana, Romeo y Bella son mi debilidad. Y

que, si alguna vez caigo, no será por una bala. Será porque a alguno de ellos le pase algo.

Mi mente regresa cuando oigo la voz cada vez más grave de Romeo.

—¿Crees que ha vuelto con él? —pregunta a mi espalda.

—¿Con quién?

—Con el..., ¿cómo lo llamáis? ¿Imperator? —dice ignorando el veneno de mis ojos.

Romeo sabe muy poco de todo lo que está pasando, prefiero mantenerlo apartado, a él y a Bella. Aun así, es inevitable que haga preguntas después de haberse visto inmerso en un ataque con catanas en el mismo salón de su casa.

—¿Por qué lo dices? —Me giro intrigado.

—No sé, tío. Las rusas, cuando aman, aman fuerte.

Lo fulmino con la mirada, pero antes de que nos volvamos a perder en la sala de juntas de la planta baja, que es donde cierro todos los tratos, uno de mis guardaespaldas avisa de la llegada de nuestro invitado.

Romanov. Mikhail Romanov.

Mi estómago se contrae, y no es por miedo, sino por respeto y porque, si se ha enterado de todo, ahora debe de estar furioso. Y no lo culpo. El canalla que compró a su hija y la dejó embarazada ha vuelto a salirse con la suya.

—Hazlo pasar —digo acomodando el hombro herido con una mueca.

Oigo pasos pesados, y no son de hombre común, sino del Dragón Blanco.

El capo de la *yakuza* rusa infiltrada en Europa.

El hombre capaz de hacer desaparecer a un ministro en menos tiempo del que tardo yo en alinear mis cubiertos. Y no a través de

estrategias de alta tecnología, sino a la vieja usanza, con sangre.

Va vestido de negro y calza unas botas militares inmaculadas. El abrigo es largo y su cabello canoso está cuidadosamente peinado. Solo algunos mechones cobrizos asoman en su frente y, aunque tenga casi sesenta años, su vigor y su constitución le restan años. Su expresión es completamente apática y, tras él, caminan seis hombres, aparentemente desarmados. Pero yo sé lo que ocultan bajo sus largos abrigos, y eso hace que mire de reojo para comprobar que mis agentes están en sus puestos.

Regina se endereza y yo doy un paso hacia delante y me dirijo a Romeo, con una señal. Le indico que vaya a su cuarto.

—Mikhail... —Saludo con la cabeza.

—Angelo... Regina... —dice Romanov con una voz tan seca que podría rasgar la madera.

—Bienvenido a mi casa. Lamento que la última vez todo acabara en una catástrofe —señalo con una media sonrisa.

Toma asiento sin que le diga nada. Sus hombres se colocan detrás, como sombras. Me siento lentamente en mi silla, expectante a sus gestos, fijando la puerta con la mirada. Dante me hace una señal tranquilizadora, confirmando que está todo controlado.

—Quiero que hablemos de hombre a hombre —empieza Romanov, mirando de reojo a mi hermana.

—*Scusi*, señor Romanov —interrumpe ella—, pero en nuestra casa no existe ese concepto. Aquí nos han criado en la igualdad, así que, si tiene algo que decir, lo hará delante de mí.

—Usted no es nada más que una viuda de la Dinastía.

Un silencio denso invade el despacho. Regina se queda inmóvil un segundo, tan tiesa como una estatua. No sé en qué momento abre sutilmente el primer cajón donde guardamos la pistola y apunta al ruso sin que le tiemble el pulso.

—En esta casa, señor Romanov, una viuda no es *nada*. Aquí, las mujeres valen más que muchos hombres. En la mafia italiana una viuda está por encima de cualquier capo. —Su voz es pura dinamita —. Lo que usted ignore de nuestras costumbres no es asunto mío, pero si piensa ofenderme, le sugiero que lo piense dos veces. Le recuerdo que aún no hemos cerrado ningún trato.

Uno de sus hombres hace un amago de sacar esa catana que lleva guardada bajo el abrigo, pero un simple gesto de su jefe basta para frenarlo. Sus ojos fríos y surcados de arrugas se fijan en los de Regina.

Yo trago saliva, con el pulso desbocado. Puedo lidiar con el orgullo siciliano, con nuestros socios e incluso con ese capullo que tiene a Anastasia. Pero no con la ira de mi hermana. Ningún idiota en su sano juicio provocaría a Regina armada.

—Ya es suficiente —aviso furioso—. Guarda el arma, *per favore*. Aquí resolvemos las diferencias con palabras, Regina.

Ella no me mira, pero baja el arma un centímetro, suficiente para darme a entender que solo lo hace por mí. Me giro hacia Romanov, recurriendo a la diplomacia.

—Aquí, en Palermo, si quieres respeto, primero lo das. Te agradecería que te disculpases con mi hermana, Mikhail.

La tensión se estira como una cuerda a punto de romperse. Por un instante, el despacho entero se convierte en un ring de boxeo. El ruso mantiene la mirada fija, sin pestañear. Luego, con un gesto apenas perceptible, asiente.

—Mis disculpas. No era mi intención ofenderla.

Regina sonríe, pero no es una sonrisa cálida, sino la de una mujer que acaba de recordarle al mundo quién manda.

—Kovalenko ha degollado a quince de mis hombres y tiene a mi hija y a mi nieto —dice sin parpadear—. He mandado llamar a todos

mis escuadrones. El de Marsella está ya en marcha, y Grigori está moviendo las tropas de Palermo.

—Primero debemos averiguar dónde se la ha llevado.

—No es necesario —dice con voz ronca—. Ya lo tenemos. Solo necesito saber si puedo contar contigo o damos por finalizado un tratado antes de firmarlo, Angelo.

—No hay tratado. Al menos, no por parte de mis socios —le digo seco—. Mira esto.

Romanov no parpadea y Regina se cruza de brazos sin pestañear. Yo, en cambio, empujo el sobre blanco hacia él. Lo abre y lee atentamente los informes y las fotos que nos comprometen y que apuntan a un supuesto pacto entre él y yo para traicionar a las demás familias. Un rumor falso. Una maniobra impecable. Una firma invisible estampada en las pruebas.

Kovalenko.

La mandíbula del ruso se tensa.

—Ese hijo de puta...

Pero antes de que pueda abrir la boca, Dante aparece de nuevo en la puerta.

—Señor, tiene una visita.

—No estoy disponible —gruño.

Dante traga saliva, muy tenso.

—Es... urgente. Tiene información importante sobre la señora Anastasia.

Apenas alzo la ceja mientras Romanov se gira bruscamente y mira en dirección a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto.

19

El arte de romperse

Anastasia



A veces, el crimen no es romper el espejo, sino pretender que aún refleje lo que fuimos.

Me desperezo con el primer rayo de sol. Despertar con la boca seca, una mano pesada sobre mi vientre y los muslos doloridos no tiene nada de gracioso. Y menos cuando el monstruo duerme a tu lado, con esa paz que te eriza la piel. Es una paz fingida de alguien que podría destrozar un país con solo apretar un botón en su bastón.

¿De verdad hicimos las paces?

Dicen que el amor es guerra, pero lo ocurrido anoche es una tregua en tierra enemiga. Y lo único que sé es que ambos vamos armados.

Giro la cabeza y lo miro, tendido, medio cubierto por las sábanas y tan guapo que me molesta. Su pómulo está magullado, lleva la ceja aún abierta, y su pecho marcado parece cincelado con esas líneas de

dureza puestas ahí a propósito. Es como si fuese la creación del diablo, una trampa mortal colocada en mi cama para pecar.

Bueno, ya pequé.

Joder.

Estoy pecando ahora mismo porque él está aquí, pegado a mí, abrazándome. Las sábanas están caídas, su torso desnudo y la respiración pesada. Es el hombre más insoportable y bello del mundo. El hombre al que odio. El hombre al que amo.

Menudo marrón.

Intento moverme sin que lo note, pero la cama desaparece. No sé en qué momento pasa de estar en el borde a pegar su cuerpo al mío, como si su instinto fuese buscarme incluso dormido.

Y entonces lo recuerdo. Cómo anoche subimos a la habitación en silencio. Cómo él me siguió al baño desnudo, sin separarse de mí. Cómo volvió a preguntarme si le mentí sobre Angelo solo para hacerlo sufrir.

—Sal —le dije, con las dudas invadiéndome de nuevo.

Y él obedeció. Por primera vez, simplemente obedeció. Cerró la puerta y se fue. Me dejó respirar.

Cuando salí, tambaleándome, porque el agua fría había sido una guerra más, estaba tumbado en la cama, boca arriba, con los ojos clavados en el techo. Tenía la mirada perdida, y aún me pregunto en qué estaba pensando. La noche fue bastante difícil para añadir más conversación sin sentido. Ya estaba todo hecho. Ya me había acostado con mi enemigo.

Me acerqué, ni yo misma sé por qué. Tal vez porque mis piernas no respondían. Tal vez porque su sombra siempre me llama, incluso cuando me esfuerzo en evitarlo. Y, sí, ahí iba yo sin saber qué hacer, pero no quería dormir en el suelo y solo necesitaba un colchón suave bajo la espalda.

O quizá necesitaba su cercanía.

—No muerdo —dijo.

Por supuesto. Suspiré pensando que él hace algo peor: mata. Y no estoy hablando de personas, sino de otra cosa. Mata tu corazón y tu cordura. Porque anoche me encontré en la situación más extraña que he vivido desde que supe que Máximo Kovalenko seguía vivo.

Me acosté dándole la espalda porque no quería tocarlo. Pero él, como siempre, no entiende de distancias. Se acercó y me rodeó con sus grandes brazos como si ni él mismo supiera cómo actuar. Su boca se pegó a mi oído con un roce delicado.

—No te voy a preguntar si te arrepientes —dijo—. No estoy preparado para esa respuesta, Anastasia. Solo te diré una cosa: no toleraré que vuelvas a alejarte de mí, ¿comprendes?

Me depositó un beso en la mejilla.

Las lágrimas me salieron sin permiso, calientes y silenciosas, resbalando por la almohada.

Ojalá pudiese prometerle que no me iré de su lado. Y juro que lo haría. No me iría nunca más si estuviera convencida de que él no tuvo nada que ver con la muerte de mi familia, por más que ahora quiera reparar el daño. Si supiera que esto que siente por mí es real y no una obsesión por tener aquello que le pertenece al enemigo.

Me rompí, devastada por tantos sentimientos encontrados. Por ser consciente de que yo misma me hallo en una encrucijada sin sentido. Por pensar que no seré capaz de volver a vivir sin él después de tenerlo entre mis brazos.

Por su parte, no dijo nada más. Solo me sostuvo más fuerte, con la respiración hundida en mi cuello. No intentó besarme. No intentó convencerme ni tampoco ganarme. Solamente me abrazó hasta que mi cuerpo se rindió al sueño, agotada y sometida a él.

Incluso soñé. Soñé con Eryol, riéndose y apretando sus pequeños dedos en mi pecho mientras Katia le cantaba una nana. Y Máximo detrás de mí, con la barbilla apoyada en mi hombro, mirando a nuestro hijo con una expresión tan serena de amor que me hace sonreír. Nosotros dos como si no estuviéramos enfrentados. Enemigos y, a la vez..., amantes.

En mi sueño no había dolor, sangre o guerra. Nada. Y, por un instante, muy breve, creí que éramos felices. Pero el golpe de realidad me estremece, y mis ideas son cada vez más confusas sobre lo que debería hacer.

Cojo su mano y el tacto cálido de su piel me hace temblar. Recuerdo fragmentos del pasado al ver las cicatrices que le cubren la piel. Montecarlo. El momento en que estaba inconsciente en su cama, cuando Katia me contó todo lo que había sufrido.

Acaricio la alianza en su dedo, esa que jamás se quitó. Después alzo la cabeza e, hipnóticamente, mi mirada se desplaza hasta sus ojos cerrados y sus labios. Mi mano también parece cobrar vida propia, porque la llevo a su mejilla y se la acaricio suavemente. Su piel está tibia bajo mi mano y su barba, áspera y suave a la vez.

«Dios. ¿Qué estoy haciendo?».

Me sobresalto cuando él abre un ojo despacio, como en esas películas donde el malo despierta antes que la víctima.

—Buenos días, pequeña —murmura con la voz más ronca del planeta.

Me congelo. Mi mano sigue ahí, plantada en su cara, como si estuviera venerándolo. La retiro tan rápido que casi me disloco la muñeca.

—Yo no estaba... —Me aclaro la garganta, roja hasta las orejas—. Ha sido un sueño. Estaba soñando.

Máximo ladea la cabeza divertido.

—Soñando que me acariciabas, ¿eh? —Su voz es pecaminosa.

—No.

—¿No?

—No. Ha sido un reflejo físico... sin importancia.

Él guarda silencio por un segundo y luego carraspea.

—Ah. Claro. Un reflejo físico sin importancia —sigue con sarcasmo —. Igual que mi *rifle*. ¿Te acuerdas? Aquel día que me pusiste un cuchillo de juguete en el cuello para intentar convencerme de que desayunara contigo.

Suelta una risita grave y me doy cuenta de que está más guapo aún cuando se ríe. Sus ojos se iluminan y sus pupilas adquieren un tono azul marino, muy oscuro, aunque al menos no es negro.

—¿De qué hablas? —Me muevo incómoda, pero su brazo se cierra en torno a mi cintura como si estuviera viendo mis intenciones de salir disparada de la cama.

—Lo peor de todo es que me habrías rajado el cuello por un simple desayuno si no llego a detenerte.

Joder.

Respiro, o eso creo. Tengo el corazón a mil ahora mismo.

Así es. Recuerdo ese día que lo busqué en el *dojo* y la conversación que tuvimos después.

Pero por Dios si no tiene razón. Fui una necia al intentar atacarlo con un minicuchillo, rodeada de espadas. Entonces, giro la cara, medio enterrándola bajo la sábana.

—Estás sonriendo —me acusa suavemente.

Maldita sea. Lo estoy. Apenas medio milímetro, pero lo estoy.

—Es por... por lo absurdo de todo esto.

—Ajá. —Él se estira un poco detrás de mí—. Pues no sé si es tan absurdo, pero estoy duro, cielo. Una simple reacción sin importancia, claro.

Me vuelvo tan rápido que casi chocamos nuestras frentes.

—¡Máximo!

—¿Qué? —Alza los hombros, inocente como un lobo con piel de cordero—. Solo te estoy informando. Para que no te asustes si lo notas.

Me cubro la cara con las manos.

—No deberíamos...

—Deberíamos —me interrumpe—. Mucho.

Intento apartarme, pero su mano se desliza hasta mi cintura y, con una facilidad insultante, se deja caer sobre mí. Quedo atrapada entre su inmenso cuerpo y la cama.

A continuación, se apoya en un codo y me mira con fijeza desde arriba, envolviéndome con ese olor que me aturde. También he olido a Angelo y a otros hombres que se me han acercado y no han pasado más allá de «lleva un perfume masculino caro» o «huele bien». No. Su olor no tiene nada que ver. Ese olor te excita y te marea. Es exclusivamente suyo.

—No puedes retenerme en la cama —protesto empujándolo en el pecho.

—Claro que puedo. Soy más grande. —Sonríe—. Y mucho más terco.

Se inclina. Un mechón de su cabello roza mi frente.

—Anoche... —empieza.

—Anoche fue un error —lo interrumpo.

Lo digo sin pensar, solo como defensa. Porque si no me defiendo de él, me destruye.

Está tan cerca que siento su respiración rozando mi boca. Me cuesta tragar saliva y mi corazón bombea como si quisiera reventarme en el pecho. Y, aun así, maldita sea, lo deseo. Sigo deseándolo con un hambre que me cabrea.

—Yo no lo llamaría error —corrige—. Un error sería pensar que no quiero volver a tenerte.

El primer beso no cae en mis labios, ni en mi mejilla, sino en mi cuello. Suave y decidido.

—Máximo...

—Chisss... —susurra contra mi piel, su aliento haciéndome cosquillas en la clavícula—. Quiero todo lo que no tuve. Quiero cada noche que no te hice mía en Montecarlo. Cada maldito día que te tuve a un metro y no te toqué, aunque me moría por follarte encima de cada superficie de ese puto castillo que se convirtió en mi cárcel, Anastasia.

Su confesión me saca un gemido ahogado. Intento respirar cuando su boca baja lenta por mi clavícula, arrastrando la lengua con descaro. Me siento desnuda, expuesta, como si pudiera desmenuzarme solo con mirarme.

—No... —gimo, aunque no sé a qué me niego.

Estoy loca por tenerlo.

—¿No, qué? ¿Que no siga? —susurra contra mi pecho, y siento el roce de su barba en mi piel, erizándome hasta el último vello.

Se ríe, es como una risa grave y oscura que me asusta y a la vez me emociona, en el buen sentido. Jamás lo he visto reír con tanta facilidad.

—Voy a estar dentro de ti todos los días —promete—. Hasta que te convenza de que digo la verdad. De que nadie puede cuidarte ni adorarte como yo. ¿Vas a negarme eso, eh? Dime... —me tienta—. ¿Vas a negarme la oportunidad de demostrártelo?

Enmudezco mientras sus manos me desnudan despacio. Muy despacio. Tira de la sábana hasta descubrir mis pechos, observando cómo se erizan desafiantes. Los toma con la boca, primero uno, luego el otro, alternando besos suaves y mordiscos que arrancan de

mi garganta sonidos que me avergüenzan. Mi vientre es una bala disparada en mi cabeza que me grita que salga de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Quizá ya lo es.

—Mira cómo respondes solo con esto —se burla contra mi piel, con los dientes atrapando mi pezón.

—No te creas tan especial —le miento.

Apenas respiro y siento las mejillas incendiadas.

—Tus pechos dicen lo contrario. —Se ríe secamente.

Intento no gemir, me muerdo la mano, pero él se apodera de ella y la arrastra por su abdomen, fuerte y marcado, hasta más abajo, mucho más abajo. Empuja con la cadera y mi palma se encuentra con su dura erección. Está hinchada, palpitante, tan caliente que siento el pulso en la yema de los dedos.

—Una vez pediste clases de anatomía... —ronronea con la voz ahogada—. Déjame ser tu profesor esta mañana.

Mi cuerpo se tensa y siento un latigazo eléctrico en el sexo cuando él me obliga a explorar, a rozarlo, a apretar con la mano hasta oír cómo le tiembla la respiración.

—Es extraño.

—¿Qué?

—Que tengas vergüenza.

—¿Vergüenza? —gruño con el pulso desbocado.

—Pensaba que Barone te había instruido, pero ya veo que eres la misma, aunque quieras hacerme creer lo contrario. —Sus labios dibujan una sonrisa crispada, como si lo jodiera que anoche no le dijera lo que quería oír, y eso es que entre Angelo y yo no ocurrió nada.

¿Cómo podría contárselo? Eso significaría confirmarle que Eryol es su hijo.

—No te preocupes, yo te enseñaré.

Lo miro atentamente. Se lo ve muy seguro de sí mismo, y eso es lo peor que podría hacer para iniciar un enfrentamiento.

—No soy la misma, Máximo —digo pausadamente, sintiendo un fuego extraño apoderarse de mí.

Mis palabras le arrancan una sonrisa ladeada, pero no le permito responder, ya que me sorprendo haciendo que quede de espaldas en un segundo. Me incorporo sobre la cama desnuda, tal y como me acosté anoche, y me lanzo sobre él con una decisión feroz, plantando las rodillas a cada lado de sus caderas.

Lo cojo por sorpresa, lo sé. Y eso me da poder.

—¡Oh, esto sí que no me lo esperaba!

—No es mi problema.

—Hum, y ahora dime..., ¿qué vas a hacer?

—Demostrártelo —susurro inmovilizándole el mentón con una mano.

No distingo su rostro al completo, por la penumbra del cuarto, pero sí percibo sus ojos.

—¿Demostrarme qué?

—Que no soy la misma.

No espero su respuesta. Bajo la cabeza y dejo que mis labios se deslicen por su cuello mientras él cierra los ojos y aprieta los dientes, como si mi atrevimiento le resultara venenoso y vital al mismo tiempo. Bajo la boca por su pecho, probando el sabor de su piel y el latido brutal de su corazón. Mis uñas se clavan en sus costados, y lo marco con fuerza. Y, cuando bajo aún más, lo miro a los ojos.

—Te jode no tener el control, ¿verdad?

—Todo lo contrario, nena. Me encanta... —gime ronco, sin perder ese aire de macho dominante—. Pero no así, no...

Pero yo sigo bajando, porque el orgullo me empuja más que el deseo. Rodeo su miembro con la mano, sintiéndolo duro, palpitante y... vivo. Jodidamente vivo. Me inclino y lo envuelvo con la boca, primero despacio, marcando cada centímetro con la lengua. Después más profundo, dejándole claro que no hay vuelta atrás, que ya no soy una niña y, definitivamente, no soy alguien a quien pueda instruir.

Lo hago con rabia desde la inexperiencia, pero con ganas, deseando demostrarle que he dejado de ser la que él recuerda.

—¿Así no, cómo? ¿Así de descarada? —lo provoco lamiendo con lujuria, tragándolo con más fuerza, hasta notar cómo se hincha más y más en mi boca.

Él jadea profundamente cuando aprieto mis labios alrededor y tira de mi cabello.

En realidad, no tengo idea de lo que estoy haciendo, pero me dejo llevar por el instinto. Sin embargo, algo se quiebra en mi interior. Sé que esto comenzó como rabia, pero la sensación de poder es adictiva. Me gusta la textura de su piel bajo la lengua, el sabor salado y salvaje, el control absoluto de tenerlo así, rendido debajo de mí, temblando. Siento cómo vibra, cómo su olor se vuelve más intenso, y sé que podré dominarlo.

—Joder... —gime vulnerable—. No sigas si no lo deseas de verdad.

Me detengo apenas un instante y miro hacia arriba con la respiración agitada.

—¿De verdad crees que lo hago por ti? Esto lo hago por mí.

Me lo llevo de nuevo a la boca, más fuerte y más profundo. Siento cómo su miembro palpita y se endurece aún más. Succiono con fuerza y su sabor me embriaga, sus caderas huesudas y su abdomen fuerte se curvan hacia mí, y por un instante me siento invencible.

Poderosa. Es mi venganza y mi consuelo, mi manera de decirle que no soy suya, sino mía.

Él me sujeta del brazo jadeando, con el pecho marcado por las cicatrices que ya forman parte de mí tanto como de él. Me empuja el hombro con la mano grande, firme, pero sin un ápice de violencia, solo una advertencia de que no me cree.

—No lo hagas por despecho, ¿vale? —insiste—. No tienes que demostrar nada, sabes que me tienes a tus pies. Solo quiero que me disfrutes tanto como yo a ti.

Sus palabras no me dejan indiferente y, por un instante, me recorre un escalofrío de miedo. Creo que voy a saltar de la cama y huir, buscar refugio en el baño o arrojarme por la ventana si hace falta. Pero no.

No soy esa mujer. Ya no.

Me reincorporo, con el pelo alborotado cayéndome por la espalda, y le sostengo feroz la mirada.

—¿No te parece que hablas demasiado?

El corazón me late como una bomba a punto de estallar, pero no pienso dejar que lo note. Entonces, me deslizo sobre las sábanas hasta quedar pegada a él y fijo la mirada en sus labios, tan carnosos y peligrosos que duelen de solo mirarlos.

—¿Qué ocurre, Imperator? —lo provoco, mordiéndome el labio con descaro—. ¿Esto te pone nervioso?

Él arquea una ceja, esa ceja partida de la noche anterior, y me mira desde abajo, tan peligroso como un tigre al acecho. Su respuesta es una carcajada grave.

—¿Nervioso? —dice con un gruñido—. Lo único que me pone nervioso es la idea de que vuelvas a intentar escapar de mí.

Antes de que pueda replicar, me coge del cuello con una mano y me arrastra hacia arriba, hasta que nuestros labios quedan

perfectamente alineados y mis muslos abiertos a ambos lados de sus caderas. Aprieto los dientes cuando me siento inmovilizada por sus fuertes dedos y lo miro desde arriba con desafío. Noto la tensión eléctrica que nos une y que amenaza con prender fuego a todo el hotel.

—¿Eso es todo lo que tienes, mi señora? —me reta con esa sonrisa de demonio—. Esperaba más de ti.

—No soy *tu* señora.

No le doy ni un segundo de ventaja. Me abalanzo sobre su boca. Le muerdo el labio, le robo el aire y juego con su mente. Por supuesto que lo hago, solo para demostrarle que no podrá conmigo. Jamás podrá doblegarme ni hacerme creer que sigo siendo su esposa, porque no lo soy. Todo fue una farsa perfectamente preparada por él.

Mis caderas se mueven solas, frotándose contra él, sintiendo cómo se endurece más. Máximo me responde con las mismas ansias, atrapando mi pelo en su puño, tirando suavemente hacia atrás para exponer mi cuello. Sus labios bajan, me devoran la garganta, muerden mi clavícula, arrancándome gemidos que no consigo esconder. Su otra mano baja por mi espalda marcando cada vértebra, apoderándose de mi cuerpo como si me moldeara para encajar solo en él.

—No te hagas la valiente —gruñe con la boca sobre mi piel—. Sabes que me perteneces. Y te lo recordaré todos los putos días si hace falta.

—Hasta que te despiertes con un tiro en la cabeza, ¿cómo lo ves?

Mi pecho choca contra el suyo, mi vientre contra su abdomen de piedra. La cama tiembla.

—Ya veo lo poco que tienes de Dragón Blanco. —Sonríe escéptico —. Si lo fueras, sabrías que un Dragón mata con acero.

Maldita sea. Aprieto la boca ante esa derrota, pero no me doy por vencida.

—Como ves, ni siquiera alguien como Romanov puede obligarme a cumplir el código *yakuza*.

—Y eso te hace..., mmm —ronronea—, jodidamente deliciosa.

Me devora la boca, bajando por mi barbilla, por la curva de mi mandíbula, su lengua roza el lóbulo de mi oreja. Siento un escalofrío recorrerme la espalda cuando lo oigo reír por lo bajo, con una risa grave y oscura que se instala en mi vientre.

Y entonces, con una facilidad insultante, me da la vuelta. Tiene más fuerza que yo, y la usa a su favor. Quedo tumbada de espaldas, con él encima, cubriéndome y conquistándome como solo él sabe. Me besa, lento al principio, como si quisiera memorizarme. Después, con urgencia. Su lengua se adueña de mi boca, sus manos me sujetan la cara y sus labios me absorben, me chupan y me muerden.

Oh, Dios mío. Cierro los ojos extasiada. Siento que no existe un mundo fuera de este colchón ni fuera de esta lengua que me arrastra a la locura. Se separa apenas un centímetro, mirándome fijamente, tan cerca que su aliento me quema la piel.

—¿Sabes lo sexy que eres, mi vida? ¿Así, ofreciéndote a mí? Lo feliz que me haces...

Sin esperar más, se desliza hacia mi vientre y me separa las piernas deprisa. Su boca baja hasta mi sexo. Me lame con hambre y precisión, devorándome. Noto su lengua, ancha y firme, abrirme y acariciarme en círculos lentos y después rápidos, alternando la presión, explorando mi placer, saboreando cada gemido que se me escapa.

—Eso es...

Me aferro al cabecero de la cama con ambas manos.

—Joder... —maldigo entre dientes, vibrando bajo su ansiosa boca.

Lo agarro del pelo cuando él tira de mis rodillas y me separa más los muslos. Aprieto más su cabello y gimo desquiciada y empapada de su saliva y del flujo que resbala entre mis piernas.

Pero entonces, en la penumbra, veo que su boca se detiene justo sobre mi vientre.

—¿Qué es esto? —susurra.

Máximo enciende la lámpara de la mesilla. La luz tenue inunda la habitación, y sus ojos caen sobre el tatuaje y la cicatriz que hay en mi bajo vientre, fruto de la cesárea. Se queda inmóvil, con el rostro tan desencajado que me da miedo.

Todo está sumido en una penumbra densa. Esa misma penumbra que anoche envolvía la piscina interior. Ahí no pudo ver nada. Ni el tatuaje ni el recuerdo grabado en mi piel de que él no estuvo cuando más lo necesitaba.

Pero ahora sí, lo está viendo todo.

—Te he preguntado... qué es esto.

No contesto. El silencio pesa tanto que casi me ahoga.

Entonces, él parpadea confuso. Agranda más los ojos como si quisiera confirmar lo que está viendo. Su respiración se corta y el dolor cruza su rostro tan rápido como un latigazo. Uno que yo siento en mis propias entrañas.

Abre la boca consternado, pero no sale sonido alguno. Entiendo que ver el tatuaje de su enemigo en mi piel no debe de ser fácil. Soy consciente de lo desquiciante que le resulta, pero cuando decidió agitar mi vida de nuevo, sabía que soy la heredera de Romanov.

—¿Quién... te hizo esto?

Su dedo repasa la cicatriz en mi vientre.

—Nadie —le digo con el corazón en un puño—. Se llama cesárea; Eryol vino con complicaciones.

Aparto la mirada porque siento punzadas y tengo miedo de que me derrumbe delante de él, recordando esos momentos tan duros que pasé y lo cerca que estuve de perder a mi bebé.

—En realidad..., mi hijo podría no haber nacido.

Ese pensamiento me provoca un escalofrío, y a él también, a juzgar por su rostro horrorizado. Se separa lentamente y se queda inmóvil, con la mirada fija en mi abdomen. No son necesarias las palabras, esto le está recordando cuál es la realidad.

—¿Ves? —susurro decepcionada—. Aunque me dijeras la verdad, aunque jures por tu vida que no tocaste a mi familia, aunque me prometas que seremos una familia... —me apoyo en los codos—, jamás podremos estar juntos, Máximo.

Sus ojos, esos que hace un minuto ardían por mí, ahora tiemblan.

—Anastasia...

Yo niego con la cabeza. Despacio, despiadada.

—¿Sabes por qué? —añado con el mismo dolor latente—. Porque la confianza entre nosotros no existe. Y si en el pasado llegué a creer que la tuvimos, aunque fuese por un maldito instante, fue una ilusión.

Veo cómo traga saliva y el músculo de su mandíbula vibra. Intenta reponerse, pero no puede.

—¿Cómo quieres que lo acepte? —Se agacha sobre mí—. ¡Oh, Dios! Saber que yo no estuve a tu lado en esos momentos tan duros. Pero a la vez saber que te acostaste con otro hombre y... ¡Créeme que lo intento, joder! Quiero reconstruir todo lo que rompí, ¿vale? Pero tú...

—No.

Le planto la mano en el pecho con una mirada gélida. Lo empujo apenas unos centímetros, pero lo suficiente para que entienda.

—Hay cosas que cuando se rompen ya no se reconstruyen.

Él parpadea deprisa y me mira como si acabara de apuñalarlo.

—Igual que un espejo roto, Máximo. —Se lo digo con una calma que no siento, porque mis ojos están empañados—. Puedes unir todas las piezas. Puedes verte en él, pero jamás volverá a reflejarte como antes. Nunca será la misma imagen, ¿cierto?

Él respira hondo.

Duele verlo así, lo admito. Duele tanto como parir sola. Tanto como saber que nuestro cuento no tendrá un final feliz; por más que nos empeñemos, no seremos felices ni comeremos perdices.

—Yo soy... —añado con un hilo de voz— ese espejo que rompiste.

Máximo cierra los ojos. Solo un segundo, pero es un segundo que me parte el alma.

—Lo eres. Lo sé, y no imaginas lo mucho que me arrepiento —susurra con la voz quebrada—. Y puedes intentar pegar tus piezas con quien quieras, pero nadie va a encajarlas como yo. Lo peor de todo es que lo sabes, y eso es lo que más te jode.

20

Sorpresas

Angelo



Ríe con los ojos, como si no supiera hacerlo de otra forma. Y yo lo miro pensando en cuántas risas te estás perdiendo.

El ruido de las aspas del helicóptero se oye de fondo, y Mallorca se abre bajo nosotros como un mar blanco en medio de la inmensidad azul. Desde arriba, todo encaja: las calas de agua tan clara que parece Photoshop, urbanizaciones de lujo con vigilancia privada, rodeadas de muros blancos y palmeras alineadas en los jardines como si fuera Miami, pero sin postureo.

Las piscinas privadas relucen bajo el sol y todo parece detenido en este instante.

Me quedo mirando el paisaje. Aún recuerdo la sal en la piel después de nadar hasta la boya amarilla con mi hermana, carreras por la arena ardiendo y las broncas de mi padre desde la terraza

cuando llegábamos empapados y cubiertos de rasguños. Él siempre estaba con la camisa abierta, oliendo a *aftershave* y a puro. Era un hombre serio, pero también nos daba cariño.

Después, nos mudamos a Montecarlo. Allí la cosa cambió. Mi padre cada vez estaba menos en casa. Mi madre, encerrada en el castillo, se fue apagando hasta que un día simplemente dejó de luchar. El cáncer no avisa ni respeta. Perdí a mi madre y, de alguna manera, también a mi hermana y a mí mismo. Solo me quedó la rabia y el recuerdo de este sitio.

Pero no todo fue perder. Montecarlo me regaló a Beatrice, y esa sí fue una lección inesperada. A veces, la oscuridad también trae un poco de luz, aunque sea efímera.

Vuelvo a mirar por la ventanilla del helicóptero. La bahía de Palma se estira hasta perderse, los veleros anclados en Portals Nous parecen de juguete. Gènova apenas asoma entre los cipreses y, bajo nosotros, la playa de Palma es una sábana blanca, repleta de hoteles.

No sé si volver aquí ha sido buena idea, aunque este sitio pertenezca a esa pequeña parte de recuerdos felices. La infancia siempre lo es.

Miro a mi izquierda. Anastasia tiene los nudillos tan blancos que parece que vaya a romper el reposabrazos. Tiene la mirada clavada en el horizonte y me dan ganas de cogerle la mano, pero después de lo ocurrido esta mañana, no sé cómo actuar. Aún sigo dolido, e imagino que ella también.

—¿Estás bien? —pregunto.

No me mira.

—Si me preguntas si estoy feliz de seguir viva y poder reunirme con mi hijo, entonces estoy bien.

Incluso el piloto parece tenso.

—Listos para descender, señor —anuncia por el intercomunicador.

Asiento sin apartar la mirada de la costa. Allí está la casa de piedra blanca y ventanales enormes que solo un suicida o un millonario se atrevería a construir tan cerca del mar. Muro de seguridad, cámaras camufladas entre las palmeras, escoltas apostados con auriculares en la oreja. Un hogar y una fortaleza. Como todo lo mío.

Cuando tocamos suelo, el olor a salitre me golpea como un puñetazo cálido en el estómago. Inhalo. Otra vez. Por un segundo, creo que voy a marearme, pero no. Anastasia me mira de reojo. No dice nada, de hecho, no necesita hacerlo. Y aunque no me mire del todo, sé que está esperando a ver cómo reacciono yo. Siempre lo hace. Cada detalle mínimo y atención invisible de su parte activa en mí ese instinto primitivo de protección que llevo en la sangre.

—Nunca he entendido cómo puede ser tan distinto todo desde el aire —comento, más para mí que para ella—. Cuando era niño, habría jurado que estas casas eran castillos.

Ella apenas parpadea.

—Cuando eres un niño, todo parece más grande —responde sin mirarme, aunque debe alzar la voz por el ruido estridente—. Imagino que fuiste feliz aquí.

La observo por un segundo. Su perfil tenso, la barbilla alta, esa manía de apretar los labios cuando está enfadada, pero le puede la curiosidad, y me alegro de que sea así. No soportaría un momento más de tensión entre nosotros, y estoy cansado de pelear.

—Mucho. Lo que más feliz me hacía era ir a pescar con mi abuelo.

—¿Tú pescando?

—Sí. —Suelto una risita—. Cuando volvía, oía la música desde la playa. Mi madre ponía música de los noventa en la cocina, aunque

ya nadie lo hacía, eran los dos mil o por ahí. Pero a ella le encantaba, me decía que esa música le recordaba a su juventud.

—Te pareces a ella.

—¿Por qué lo dices?

—Tu cabello oscuro y los ojos marrones.

—Cierto... —susurro, inmerso en los recuerdos—. ¿Sabes? Mi abuelo solía despertarme de madrugada, e íbamos en una barca vieja. Lo de madrugar era la parte que no me gustaba.

—No tienes cara de alguien que sepa pescar —me pincha, sin perder el gesto serio.

—¿De qué tengo cara, entonces?

—No sé, quizá de alguien que preferiría estar en el patio jugando a ser soldado. Espadas, armaduras y esas cosas, ya sabes.

La ironía en su voz es notable, y eso me jode. Me jode que me siga viendo como a una máquina de matar. Alguien sin sentimientos y a quien solo le importa la lucha.

—En realidad, hacía travesuras, me encantaba jugar con la pelota, montar en bici, nadar... —le respondo nostálgico—. Fui un niño normal y corriente, como tú.

—Lo dudo —me corta—. En Serra Rosa no podías ser normal y corriente, y menos siendo una niña.

—Nunca aceptaste las costumbres de los Valkov, ¿cierto? —pregunto pensativo—. Y no porque fueses lista, leída o porque no pertenecieras a ese sitio. Era tu naturaleza.

—Sentido común, Máximo —dice mirando agitada por la ventanilla —. No me hacía gracia ver que mi padre tenía la última palabra en todo. Darme cuenta de que no iba a haber vida más allá de las colinas. De que la mayor aspiración que podía tener era rezar para que aquel que me comprara en el mercado fuese un hombre bueno y cariñoso.

—Aún no me creo que eso existiera aquí, en España, y... —respiro hondo.

—Porque tú no lo hayas conocido no significa que no exista —se apresura a replicar—. Y, aunque no lleve su sangre, no significa que no siga pensando en mi gente. Milena está bien, y ya no puedo hacer nada por Lidia o por... Lenca. —Baja la cabeza por un instante —. Pero sí puedo luchar por las demás niñas. Y pienso hacerlo.

—¿Hacer qué? —pregunto en alerta.

—Visitar Serra Rosa —dice convencida—. O... lo que queda de ella.

Su mirada acusadora hace que me dé un vuelco el corazón. Sus ojos me confiesan que en su mente se libra una batalla atroz entre creerme, por eso que siente por mí y que ya no puede ocultar, o castigarme por mis supuestos actos.

—Iremos a Serra Rosa, entonces. —Le agarro la mano con fuerza y la miro a los ojos con un plan en mente.

—¿«Iremos»? —Aprieta los labios y retira la mano como siempre hace cuando estoy a punto de atravesar su coraza—. Sería mejor que fuese... sola.

Siento cómo me late la sangre en las sienes al pisar suelo firme. El mar, la casa, los recuerdos y su mirada acusadora. Todo mezclado es un trago largo y amargo. Me vuelvo hacia ella, dudando si decirle algo más, si intentar una vez más saltar el muro que ha levantado.

—Te juro por mi madre que yo no los maté, ¿vale?

La agarro por la cintura cuando la ayudo a bajar. Sus manos aprietan mis hombros y me mira con atención buscando la mentira en mi mirada. No la encontrará.

—Eryol me está esperando.

—Solo necesito que me digas que me crees —digo ronco.

Pero ella se queda callada.

La suelto cuando la presencia de unos pasos interrumpe nuestro momento. Lev, mi jefe de seguridad después de la muerte de Sergei, nos espera en la plataforma. Sus tatuajes con fechas en cirílico asoman en sus muñecas.

—Zona despejada, Imperator. Solo empleados y su familia.

—¿El bebé está bien? —pregunta ella preocupada.

—Sí. Está dentro, con la señora Katia.

El personal está alineado en el porche: Catalina, mi ama de llaves mallorquina, una cocinera rusa, el jardinero y un chófer portugués. Todos uniformados, entrenados y discretos.

Mis ojos los recorren uno a uno. Un tic involuntario de vigilancia. Nadie debería mirar demasiado a Anastasia, ni hablarle sin permiso, ni tocarle un solo pelo. Quizá me esté obsesionando, pero después de todos los espías que he descubierto en mi casa a lo largo de estos últimos años, temo que ese Romanov haya llegado aquí, una vez más.

La casa de dos plantas no ha cambiado mucho, salvo por algunas medidas de seguridad que he adoptado para estar a salvo: puertas blindadas, sensores y cristales antibalas. Una fortaleza y un refugio, muy diferente de como lo recuerdo cuando era pequeño. En aquel entonces, los Dragones eran temidos y respetados, y mi padre, el Emperador, el que más.

Y entre todo ese acero, también hay un cuarto trastero con mis fantasmas: la vieja barca en la que iba a pescar con mi abuelo, las bicicletas que destrozamos mi hermana y yo bajando cuestas empinadas y la mesita del porche, donde mis padres solían tomar café todas las tardes.

—Ven —le digo a Anastasia—. Hemos llegado a casa. *Nuestra* casa —recalco.

Me mira fijamente por un instante, pero después desvía su atención hacia los empleados.

—Buenos días.

—Catalina es la hermana de Cordelia. —Señalo en dirección a la cocinera.

Se detiene por un instante y mira atentamente a la mujer de cincuenta y pocos años, muy parecida a Cordelia, la mujer que estaba a cargo de Anastasia en Montecarlo.

—Yo... —se lanza a ella y le aprieta las manos, visiblemente emocionada—, siento mucho lo de su hermana.

—Oh, señora Anastasia... —La mujer intenta mantenerse firme, pero estalla en llanto enseguida—. Cordelia la quería mucho y...

—¡Yo a ella también! Era una gran mujer.

Mi pecho se encoge. Su nobleza y su empatía siempre han sido dos de los atributos que más admiro en ella, aparte de su tenacidad y su inteligencia, pero no me esperaba que reaccionara así con una desconocida.

—Mis condolencias —finaliza conmovida.

Veo la desesperación en sus ojos, como si entrara en un trance sin retorno.

—Vaya a preparar el almuerzo, Catalina. Pronto será la hora de la comida.

Muevo la mano sutilmente para coger la suya, pero no me responde, tan solo aprieta el paso. Y ese simple gesto hace que un fuego lento se encienda en mi estómago. Aun así, la sigo y camino a su lado, donde debo estar. En el fondo, estoy molesto, jamás pensé que lidiar con su carácter fuese todo un reto.

—¡Eh! —Le atrapo el brazo—. ¿Y ahora qué?

—¿De verdad no te das cuenta de que toda esa gente está en peligro por nuestra culpa? ¿Solo por nuestra comodidad?

—No te lo tomes así.

Me pongo recto, viendo por dónde van los tiros.

—¿Cuántas personas más deben morir para que te detengas de una vez, Máximo? —suelta muy afectada—. ¿Cuántas?

—Todos mis empleados firman un contrato en el que expongo los riesgos a los que se enfrentan una vez que pisan esta casa.

No tengo la oportunidad de seguir, porque la voz de mi hermana se oye a lo lejos.

—¡Por fin estáis aquí!

—Oh, Katia... ¿Y Ery? —Le da un abrazo apretado.

—Primera planta a la derecha.

Anastasia sale corriendo hacia arriba, y yo aprieto el puño como un maldito necio. Los celos que sigo teniendo de ese niño no son sanos. El simple hecho de que ese bebé tenga toda su atención me irrita. Pero si he tomado la decisión de recuperarla, eso implica que tendré que aceptarla con todo lo que eso conlleva. Sé que lo haré por todo el amor que siento por ella. Incluso aceptando eso que me destruye.

—¿Todo bien? —dispara mi hermana, con los ojos muy abiertos.

Va vestida con un pantalón negro ajustado, una sencilla camiseta blanca metida por dentro y una chaqueta de cuero fina. Lleva el pelo medio recogido, pero tiene mechones sueltos sobre la mandíbula. La esquivo cuando intenta acercarse a mí con la clara intención de abrazarme.

—¡Genial! —Pone los ojos en blanco cuando doy un paso a un lado, esquivándola.

Ahora es otra cosa lo que necesito.

—Bueno, sabes que no me gustan los abrazos.

—No me digas que tienes celos del niño.

—No es eso —niego, y aparto la mirada de la primera planta.

—Bueno, al grano —dice ella—. ¿Qué coño haremos ahora? Max, ¿sabes la maldita responsabilidad que me has encargado al traer a Ery hasta aquí sano y salvo?

—Lo sé, pero no podía hacer otra cosa.

Respiro hondo y me acerco al bar que hay en una esquina del amplio salón con vistas al mar. Me sirvo un coñac. Los nervios me carcomen.

—No podía esperar a que Barone atacara —le explico con un gesto nervioso—. Sabes que, si hay un sitio peligroso para nosotros en este mundo, es ese. Aunque... —aprieto los dedos en la copa, mirando por las amplias ventanas que dan a la playa y a la piscina—, si ese hijo de puta no acaba muerto, vendrá hasta aquí a buscarlo.

—¿Sigues con esa idiotez de que ese niño no es tuyo?

—No lo digo yo, Katia. —Me vuelvo hacia ella con el rostro endurecido—. Lo dice Anastasia. Y no tendría ninguna razón para mentirme. Puede ser terca e impulsiva, pero no es mentirosa. De todas formas... —mi mirada sube automáticamente hacia la primera planta—, Eryol ya está seguro, y nadie va a tocarlo.

—¿Ni siquiera tú? —pregunta, clavándome esa sonrisa afilada que heredó de nuestra madre.

La tensión se espesa.

—No le haría daño a un bebé. No sé de qué hablas.

—Sigo preguntándome cuándo piensas contarme la verdad. Te he estado apoyando durante años, siempre a tu lado, y todavía no sé por qué ese hombre asesinó a papá y a Beatrice.

—Ya te dije que tuvieron una pelea, un ajuste de cuentas, Katia.

Su risa suena amarga, y es como si me mirara con decepción. En el fondo, comprendo que se sienta decepcionada.

—Hablas como si papá fuese un mafioso, Máximo. ¿Lo fue?

«Sí, lo fue —pienso—. Fue alguien peor de lo que tú y yo podemos imaginar».

—¿Te das cuenta de que estoy luchando por una causa que desconozco? —continúa en ese tono inquisitivo—. He dejado mi vida de lado para apoyarte, y ni siquiera confías en mí.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

¡Demonios! No es confianza. No es confianza, es protección. No quiero que mi hermana sufra. No quiero que sepa la infidelidad de papá. No quiero que conozca la verdad sobre los Dragones Blancos, sobre Viktor Kovalenko, sobre el hombre que para ella fue un héroe y que en realidad era un verdugo.

—Nada.

—Ya veo. Papá solía decirlo —murmura ella—. Hay familias que entierran sus secretos y hay otras que acaban enterradas por ellos.

—Pensé que éramos de las primeras.

—Oh, Max. —Se ríe mordaz—. Siempre fuimos de las segundas.

Me paso la mano por el cabello, impaciente.

—¿Dónde está Igor?

—Encarcelado, ¿dónde va a estar? —me suelta.

—Ni se te ocurra ir a verlo, y menos curarlo o darle tus medicinas, que te conozco. Ese cabrón nos traicionó, desde siempre fue el Zorro, espía de Romanov. Actuó tan bien viviendo en nuestra casa que jamás sospeché de él. ¿Entiendes por qué es tan peligroso?

Abre la boca para responder, pero Marco aparece detrás, acompañado de alguien. Ecaterina. La última persona que quiero ver hoy.

—¿Qué hace ella aquí? —Mi hermana me mira con los ojos como platos cuando esta saluda y nos mira con una sonrisa forzada—. ¿No

fuiste tú el que anoche me dijo que no podía viajar hasta aquí con nosotros?

—Déjanos solos, por favor —le ordeno—. Encárgate de Anastasia, va a necesitar ropa limpia, y muéstrale la habitación matrimonial.

Katia frunce los labios enfadada, pero no dice nada, tan solo sube la escalera, lanzándole una mirada asesina a Ecaterina, a quien le hago una señal para que pase al salón. No sé qué hace ella aquí, pero lo averiguaré. Es la primera vez que la veo después de enterarme de que me traicionó, ayudando a Anastasia a llegar al sótano, en Montecarlo.

Camino detrás de ella y la examino en silencio. Lleva un vestido negro sencillo, el mismo color que usa desde que Vladím falleció, el pelo recogido en un moño bajo. Tiene las ojeras pronunciadas y la mirada ausente, pero no me importa. No me va a impresionar, esta vez no seré benévolo, y juro por mi padre que le rajaré el cuello si intenta sobrepasarse.

La conduzco hacia una estancia pequeña, con un sofá de cuero oscuro, una estantería llena de libros que jamás leo y una mesa redonda donde mi padre solía firmar acuerdos, imagino que peligrosos.

—¿Y bien? —Cruzo las manos por delante—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Hablar? —Frunzo el ceño incrédulo.

Maldita sea. ¿Qué se cree esta tipa?

—Tú y yo dejamos de hablar en el momento en que me enteré de que ayudaste a mi mujer a escapar —digo despacio, intentando mantener la calma—. En el instante en que permitiste al enemigo pisar mi hogar... —Doy un paso en su dirección dolido—. ¡En el maldito momento en que dejaste que ese desgraciado hiciera estallar el sótano de mi puta casa para salirse con la suya!

—Déjame explicarte, yo soy...

Oh, Dios. La mataré por la rabia que siento.

—¿Tú qué, joder? —La cojo del cuello con fuerza y la presiono contra la pared que hay justo a un paso—. ¡¿Qué?! —rujo desquiciado—. ¿Te digo yo quién eres, Ecaterina? Eres una zorra traicionera que me alejó de la mujer que amo, pero me las pagarás... —Aprieto los dedos en su cuello y siento su mano en mi muñeca, intentando detenerme—. Y si aún no te he matado es por la maldita culpa que siento por tu padre, que murió fiel a mí.

—Mi padre era... —murmura ahogada— mi vida. Lo siento, Máximo... —Las lágrimas corren por sus mejillas—. Me arrepiento tanto, pero estaba cegada por lo que sentía por ti.

—No me sirve nada de lo que digas. Nada.

—Si quieres matarme, hazlo... —señala—, pero primero escúchame.

—¡Ya no, diablos! —le grito, apretando más la mano—. ¡Ya no!

Respiro hondo. Una vez. Dos. Tres.

—Angelo Barone tiene un... mensaje —respira asfixiada— para tu esposa.

¿Qué? ¿De qué narices está hablando? ¿Quiere volverme loco? Me detengo en seco y la miro sorprendido.

—No mientas.

—Anoche me reuní con él —dice con el rostro enrojecido.

No me sorprende. Me enfurece, porque después de conocerla de verdad sé que sería capaz de todo. Se muestra muy dolida e incluso baja la mirada un instante.

—Me dio esto para tu esposa. —Saca un pequeño sobre doblado del bolso.

Está temblando, y no sin razón. No sé cómo se le ocurre volver a mi casa después de todo lo que hizo.

Lo analizo, y la tentación de arrancárselo de las manos y romperlo en mil pedazos pasa por mi cabeza. El silencio pesa, y me separo de ella con los ojos como platos.

—¿Ahora traes mensajes de Angelo Barone? —susurro inclinándome hacia ella—. ¿Después de lo que hiciste, Ecaterina? ¿Después de traicionarme como una maldita rata? ¿Cómo te atreves, eh?

—Máximo, por favor.

—No pronuncies mi nombre. —El temblor de mi mandíbula es casi doloroso.

Ella inspira hondo.

—Ayer, después de coger mis cosas, tal y como ordenaste, en lugar de irme a un hotel, me fui a ver al Barón. Tuve que hacerlo. Tuve que hacerle creer que estaba celosa y enfadada contigo y que quería vengarme. Así fue como me gané su confianza, y me entregó esto. ¿No es mejor que te adelantes a los acontecimientos a que te vengan de golpe?

—No te creo... —Aprieto la mandíbula colérico.

—Hoy atacarán —dice nerviosa—. Sabe que tienes esto blindado y que pondría en peligro la vida de ella y del bebé, así que ha decidido sacarla de aquí, para que así le resulte más fácil acorralarte, ¿entiendes?

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Maldita sea. No creo ni una palabra de su puto arsenal de mentiras.

—No estoy aquí para eso, ya sé que te perdí. Estoy aquí porque... —me toma por los brazos— porque me siento culpable y quiero ayudarte.

—¿Ayudarme? Te pasaste casi dos años mintiéndome, ¿vale? Dos putos años trabajando para mí mientras me preguntaba cómo

demonios mi esposa llegó al sótano y salió por esa puerta en el momento justo. ¡Qué coincidencia! Justo cuando explotó. Y ahora vienes a *ayudar*. Vete a la mierda.

Gira el rostro, pero no retrocede. Sigue ahí, valiente. O estúpida.

—Te amo. —Su voz se quiebra, pero no llora—. Por eso lo hice, ¿entiendes? Fue por amor. Por miedo a perderte. Pensé que esa era la solución más fácil. Que ella se fuera y así, quizá, ese ruso nos dejaría en paz.

—No —la interrumpo—. No vuelvas a usar esa palabra conmigo.

—Yo jamás te traicionaría.

—Ya lo hiciste.

Ella cierra los ojos un instante. Cuando los abre, parecen dos pozos oscuros.

—No, no lo hice, pero ella sí. —Su tono cambia—. Tu esposa ya le ha pedido ayuda a Barone. ¿No lo ves? Estás ciego, ¡tienen un hijo juntos!

La temperatura del cuarto cae diez grados.

—¡Cállate, maldita sea!

—Tu esposa... —inspira— no quiere estar aquí. Jamás quiso. ¿Vas a vivir toda tu vida así? ¿Con una mujer que no te ama? ¿Que siempre correrá a los brazos del enemigo?

Un rugido me nace del pecho. Me acerco tanto que casi la aplasto.

—Dame la nota —ordeno.

—Máximo...

—La. Nota.

Ella me la entrega. No me pone el sobre en la mano, me lo coloca en el pecho, suave, como si eso significara algo. Lo arranco y casi lo aplasto en el puño.

—Y ahora lárgate —susurro—. Lárgate antes de que olvide que eres la hija de Vladím.

Se queda inmóvil y sus labios tiemblan. Finalmente asiente, con el rostro crispado, y sale deprisa de la sala. Cierro los ojos mientras oigo sus pasos alejándose. La puerta principal abriéndose y después cerrándose. Y entonces, estallo.

La mesa. El jarrón. El marco. Los libros. Todo.

Mi puño atraviesa el aire y golpea la pared. El sonido retumba en mis huesos. El olor metálico de la sangre me sube a la nariz. Tiro una silla contra la librería. La madera cruje, cae y se rompe.

«Oh, Dios. Ayúdame».

No puedo respirar. No puedo pensar.

¿Cuándo le pidió ayuda sin darme cuenta? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

Anastasia. Angelo. Ecaterina. Traiciones que se superponen, como capas de una misma pesadilla. Apoyo las manos en la mesa y dejo caer la cabeza. Jadeo como si hubiera corrido kilómetros con el pecho abierto.

—Joder... —susurro—. ¡Joderrr!

El sobre sigue en mi mano, y sé que debería leer lo que pone dentro, aunque no quiera.

Sin embargo, sé que, si leo lo que otro hombre le ha escrito a mi esposa, no habrá suficiente sangre en esta isla para calmarme. Y, aun así, leo la nota. La letra es elegante y precisa, destila esa arrogancia típica en Barone.

Un nudo me cierra la garganta, el sudor incrementa y los latidos me martillean el pecho.

«Bien, Anastasia, empecemos —me digo con la rabia fundiéndome las venas—. Veamos cuán buena actriz eres».

21

Duelo en el alma

Anastasia



Dicen que amar también es una forma de declarar la guerra. Quemar el mundo y volver a levantarlo.

—¿Que Nina está viva y ha hecho... qué?

Las olas del Mediterráneo casi llegan a la costa y el paisaje impresiona. Hoy el sol brilla con fuerza y se espera un día cálido. La habitación de invitados está orientada al sur, lejos de la terraza principal. Me apoyo en el alféizar y respiro hondo.

Milena está justo detrás de mí, mirándome fijamente. Yo, en cambio, la evito. Aunque no he podido evitar contarle la verdad; bastantes mentiras pesan en mi conciencia como para seguir ocultándole algo.

—¡Ana!

Su mano tira de mi codo y consigue hacerme girar hacia ella.

—No puedes decirme que tu hermana... —se lame los labios nerviosa—, o sea, mi prima, una niña de diecisiete años —

tartamudea—, está liada con tu... padre. ¡Un hombre mayor!

Se lleva las manos a la boca y respiro aliviada cuando me doy cuenta de que su rostro está recobrando el color. Unos rizos oscuros le caen sobre la frente. Viste un pijama que seguramente le ha dejado Katia. No insiste, solo está intentando comprender qué me está pasando. Bueno, qué está pasando en general. Para ella, yo estaba en Mónaco, felizmente casada con un millonario que le entregó a papá un maletín lleno de billetes. No sabe que luego ese mismo millonario mandó a sus hombres a masacrar a un pueblo entero, recuperar su dinero y así vengarse del hombre que asesinó a su esposa casi diez años atrás.

Aunque después de lo que mi padre ha hecho y todo lo que ha pasado..., me siento perdida.

—¿Por qué no me lo contaste, Mile? —Me giro hacia ella—. ¿Por qué nadie de mi familia me dijo que era adoptada?

Ella suspira y baja la mirada al suelo.

—Porque nadie más lo sabía, salvo tus padres y yo, al ser un poco mayor que Lenca —responde despacio—. Mi tío me prohibió contártelo, y dijo que él mismo hablaría contigo cuando tuvieras la mayoría de edad, pero ese momento nunca llegó, ya sabes.

—No llegó porque me vendió a un hombre sin ni siquiera saber quién era. ¡Ese era Aspar Angelov! —le digo con el pecho encogido —. Eso es lo que pasa con las niñas Valkov, y tú lo sabes mejor que nadie, Milena. A ti también te compraron en ese maldito mercado.

—Ana, nuestras costumbres...

—¡No! —Alzo la voz con fuerza, histérica. Enfadada. Dolida. Furiosa—. ¿No te das cuenta de que destrozó mi vida? Y serías idiota si no vieras que la tuya también.

Estoy cabreada porque no es capaz de ver la realidad. Nos lo han pintado toda la vida como una obligación y una bendición, cuando

en verdad se trataba de negocios: ellos, los beneficiarios, y nosotras, la mercancía.

—Aquel que yo creía mi padre me vendió al mejor postor, Mile.

—Lo sé, mi niña —dice en voz baja—. ¿Y qué? ¿Acaso podemos hacer algo? Sabes quién manda, todos están bajo el poder de Jandro. Y ahora debe de estar negro de furia después de que nos sacarais del burdel. Debéis tener cuidado, ¿vale?

Ella tiene razón.

Trato de no emocionarme y no volver a llorar, pero todo es en vano. Todo. No sé por cuánto más tiempo podré tolerar esta angustia de no saber qué sucederá. No saber cómo detener esta guerra atroz, ya que el mero pensamiento de perder a los tres hombres que existen ahora en mi vida me eriza la piel.

«Te juro por mi madre que yo no los maté».

Esas fueron sus palabras, y parecía sincero.

«Dios mío, ilumíname». Esta rabia me destruye lentamente y me quema el pecho. El sentimiento de culpa por no poder vengar Serra Rosa. El maldito pensamiento de que quizá él me esté diciendo la verdad. La certeza de que no soportaría perderlo por segunda vez. Tampoco quiero perder a Angelo, por el gran cariño que le tengo y lo mucho que me ha ayudado. Y Romanov es... mi padre.

Joder. Esa es la maldita realidad.

Mikhail Romanov es mi padre, y no puedo dejar que lo toque. ¿Entonces?

Debe de haber otra salida, algo que se me escapa.

—Mile... —musito a media voz—, no puedo ocultártelo más, pero cuando estaba en Mónaco, Luca, el hermano de Elsa, intentó matarme. Fue cuando me enteré del ataque a Serra Rosa, y lo peor de todo es que señaló a Máximo como culpable. —Me toco el collar de esmeralda que llevo, intentando mantenerme firme.

Milena abre los ojos sorprendida.

—¿Qué?

—Mi marido fue quien provocó el incendio en Serra Rosa, unos días o semanas después de comprarme, y...

—No creo —responde rápido, rascándose la cabeza—. Yo no lo vi allí el día del incendio. Sabes que siempre he tenido buena memoria.

Parece ausente, y su confesión me cae como un jarro de agua fría.

—¡¿Mile?! —susurro alzando la mirada—. ¿Qué sabes tú del incendio?

—Yo estaba allí.

—¡Imposible! —exclamo con el corazón en un puño.

La miro con los ojos como platos. Necesito que hable.

—Fue la noche que intenté escapar del prostíbulo por primera vez. Luego le siguieron tres veces más en estos dos años, pero nada. Y no sabes las palizas que me daban esos hijos de puta.

—Sigue, por favor.

La tomo por los brazos, con los tobillos como mantequilla.

—Vale, vale —dice nerviosa—. En cuanto pude salir de allí, corrí sin parar, y una familia me recogió con su coche. Así llegué hasta Serra Rosa. Sabes que sería imposible llegar andando desde Barcelona.

—¿Y qué pasó?

—Vi mucho humo y las llamas a lo lejos. Las casas estaban destrozadas, como si hubiesen sido demolidas. No entendía nada.

—¿Una explosión? —balbuceo.

—Algo así. Y... y vi a unos hombres. Muchos hombres.

—¿Vestidos de traje?

—Sí, niña. —Se muerde los labios.

—¿Trajes negros y abrigos largos? —repito con el aliento acelerado.

—Sí —dice—. Pero tu marido no estaba, estoy segura. ¿Crees que no recordaría a un semental así? Me conoces.

—¡Mile! —la riño, casi sin voz—. Esa ropa que has dicho es justo la misma que llevan los hombres de Máximo. ¿No los has visto? Tiene decenas —susurro mirando en dirección a la puerta—. A veces ni los conozco, porque siempre aparecen tipos nuevos.

—¿Tu marido es alguien importante? Bueno, a juzgar por este casoplón y esos coches que hay fuera...

—Bueno... —me remojo los labios—, se podría decir que sí. Pero ahora intenta recordarlo. Máximo no pudo viajar a Serra Rosa porque estaba conmigo en Montecarlo, pero mira bien a sus hombres. —La empujo hacia la ventana y ambas observamos el patio—. ¿Reconoces a alguno?

—Pues no.

—¿Ni una cara conocida? —le digo, suplicándole con la mirada—. De ti dependen muchas cosas. De ti depende si...

«Lo creeré o no», me recuerdo a mí misma.

—No.

—¡Maldita sea! —Tenso los labios nerviosa.

Por un instante permanezco con la mirada perdida en un punto fijo. Después de ducharme deprisa y colocarme una falda vaquera azul y una camiseta oscura, he estado vigilando desde esta ventana, repasando la distribución de la casa, las rondas de los escoltas, los horarios de los empleados y los accesos secundarios.

Todo.

Milena habla, pregunta, se mueve inquieta por la habitación. Apenas la escucho, e incluso parece que estoy flotando a la deriva. Lo único real ahora mismo es Eryol, dormido en la cuna. Sus

pestañas negras tiemblan mientras sueña. La única razón por la que sigo aquí es él, y también las dudas que tengo.

Estoy tan metida en mi propia cabeza que tardo unos segundos en darme cuenta: Igor.

«Dios».

Su imagen aparece sin avisar, atravesando la niebla. Lo tiene encerrado, en algún sitio de esta casa, solo y herido. Podría matarlo, como hizo con Luca y con todos los espías, y, si así fuese, no me lo perdonaría.

—Ahora vuelvo —le indico—. El biberón debe de estar frío, voy a la cocina a calentarlo, no tardo.

Me asomo al pasillo con el pulso disparado y, justo cuando llego a lo alto de la escalera, veo a una mujer vestida de negro salir del despacho de Máximo. La analizo con atención, pero no necesito mucho para darme cuenta de quién es: Ecaterina. Se arregla la falda con manos temblorosas y baja la cabeza, pero ni siquiera su esfuerzo por parecer discreta puede engañarme. Conozco ese andar y esa mirada arrogante, que ella recupera en cuanto abandona un salón que hay en la planta baja.

Retrocedo deprisa y me oculto de vuelta en el pasillo cuando gira la cabeza. Por poco me ve, y eso es lo último que quiero. Tengo bastantes cosas en las que pensar ahora mismo como para ponerme a discutir con ella. Y menos con él. Lo veo salir detrás, doblar una esquina, y eso significa que han estado juntos en la misma estancia.

Aprieto el puño contra la pared con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

¿Otra vez? ¿De verdad?

¿Otra vez ella en la misma casa que yo?

No importa lo que yo haga o lo que le diga, siempre la creerá a ella, y yo seré una maldita loca que ve cosas donde no las hay,

como, por ejemplo, que no fue esa chica quien lo traicionó en su propia casa y me ayudó a escapar. Además, él mismo me confesó que se acostaron, así que..., ¿qué más da?

Pienso en bajar y pedirle explicaciones. Preguntarle si es así como pretende recuperarme y empezar de cero. Sin embargo, el orgullo me para en seco porque no debería importarme su vida y jamás le he dicho que lo perdonaría, o que me tomaría en serio nuestro matrimonio de mentira.

Quiero volver al cuarto para tranquilizarme antes de pedirle explicaciones, pero en ese instante la hermana de Cordelia aparece en el pasillo, detrás de mí. Casi doy un respingo.

—Señora, han dejado esto para usted.

Me entrega un sobre pequeño.

—¿De quién?

—No han dicho nada, pero... —la mujer mira hacia atrás, como si estuviera asustada— me han pedido que no se enterase nadie. Le debo la vida al señor, pero sé que mi hermana la quería mucho, así que...

—¡Gracias! —le digo asombrada—. Mil gracias, Catalina.

Saco el papel doblado del pequeño sobre:

Restaurante Can Ribes. 19.30 horas. Todo controlado.

A.

Leo el nombre del restaurante, la hora y también la inicial. Un sudor frío me recorre, y lo único que pienso es que tengo que salir de aquí y solucionar esto de una buena vez. Hoy mismo. Corro hacia la habitación deprisa.

—Prepara las cosas del niño, Mile —le digo, sin levantar la voz pero con una urgencia que ni yo reconozco—. Esta misma tarde nos vamos de aquí.

Milena se queda boquiabierta, mirándome con unos ojos enormes.

—¿Adónde vamos?

Le sonrío con tristeza, con la incertidumbre y el miedo fundiéndome por dentro, pero a la vez con esa valentía que uno saca en los momentos más inciertos de su vida, donde todo es oscuridad y se agarra al único hilo de luz que le queda. Y, para mí, esa luz la representan los recuerdos: la voz de mi madre, la memoria de mi hermana Lidia, el sabor de una vida robada y la convicción de que la libertad no se pide, se toma.

—Volvemos a casa —le respondo con calma.

Me giro hacia el pasillo, con la cabeza bien alta y la espalda recta. La sonrisa que me curva los labios no es amable; es la sonrisa escalofriante de quien ha decidido sobrevivir, de quien ya no teme perderlo todo porque ha entendido que la verdadera pérdida es renunciar a uno mismo.

Mentiría si dijera que no estoy aterrada. Siento el miedo latiéndome por dentro, pero justo ahí es donde surge la valentía de verdad. No es la de los héroes de cuento, sino la de quien camina sobre un terreno minado y, aun así, decide alzar la cabeza.

No le doy a Milena la oportunidad de responderme. No lo necesita. Y entonces, la advertencia de mi madre resuena en mi cabeza. Esa frase que llevo pegada en mi piel como una segunda identidad desde el día en que me entregó el collar de la esmeralda, allí, en ese infierno disfrazado de la feria anual de los gitanos Valkov.

«No olvides quién eres, Anastasia».

En ese momento no lo entendí. Ahora sí.

Y es justo ahora, en este segundo, cuando decido que mi historia no la van a escribir el miedo ni las dudas, ni siquiera el amor. La voy a escribir yo, la mujer que era antes de Máximo, antes de los Dragones Blancos, antes de perderlo todo.

Mientras bajo la escalera decidida, rompo la nota de Angelo y la tiro a la basura. El corazón me late a mil por hora, pero estoy convirtiendo el miedo en gasolina, y sé que el tiempo no juega a mi favor. Debo encontrar a Máximo cuanto antes, así que cuando veo a Marco cruzar deprisa el salón, lo detengo.

—¿Dónde está mi marido?

Él frunce el ceño, girando la cabeza a la derecha, hacia un largo pasillo. Al final hay una puerta doble lacada. Está cerrada.

—El señor está ocupado, ha dicho que no lo molesten.

—Vale —asiento—. ¿Y el hombre pelirrojo de la coleta que trajeron anoche aquí?

—No puedo responder —baja la voz—, es información confidencial. Lo siento.

—Por supuesto.

«¿Qué esperabas, Anastasia?», pienso.

Clavo la mirada en la puerta doble a la que Marco estaba prestando atención. El suelo cruje bajo mis pies descalzos, porque he dejado las sandalias en el dormitorio, sin pensarlo siquiera. Es la costumbre de andar descalza por casa, como si el contacto con el suelo me ayudara a aclararme en situaciones de crisis. Sí, justo como esta.

Recorro el largo pasillo, repleto de cuadros familiares, aunque ninguno me pertenece. Pero sí a los hermanos Kovalenko. En uno de ellos, Viktor y su esposa posan con una sonrisa, al menos diez años más jóvenes de como los recordaba del cuadro grande del salón del castillo. En otra, un bebé de ojos marrón claro y una sonrisa preciosa. Es él. El padre de mi hijo. Son como dos gotas de agua, y, seré idiota, pero aún no comprendo cómo él no se ha dado cuenta de que le estoy mintiendo.

¿O será mi alma, que en el fondo quiere que ese hombre de acero crea en mí?

Mientras acaricio la versión mini de Máximo, con una sonrisa amarga, me pongo las pinturas de guerra y me prometo a mí misma que seré fuerte. Si se comporta así sin saber que es su hijo, no me gustaría saber de qué sería capaz si supiera la verdad.

En el fondo, me gustaría que no hiciesen falta las palabras entre nosotros, y que él se diera cuenta de que jamás me acosté con otro hombre.

Prefiero continuar para no derrumbarme, así que empujo la puerta doble, con herrajes negros y ese símbolo que he visto tatuado en el pecho de Máximo mil veces, que es el escudo Kovalenko: un águila en vuelo, con una espada en las garras, y en la cabeza una corona.

Me detengo en el umbral, examinando el sitio. La sala es amplia, parece un *dojo*: tatamis oscuros cubren la mitad del suelo, la otra mitad la representa un parquet pulido que brilla como un espejo. Todo parece nuevo, incluso diría que nada de esto lleva aquí más de una o dos semanas.

Al fondo, dos catanas cruzadas en la pared y, a ambos lados, dos cuadros, uno oscuro, imponente, con el escudo Kovalenko. El otro, dominando la estancia con un dragón blanco de ojos verdes, un diseño parecido al que llevo tatuado en las costillas. Mi legado y... el suyo. Ese que rechaza continuamente, como una maldición del destino. Y, en el fondo, no puedo culparlo, lo comprendo demasiado.

Y él está ahí, con esos guantes de cuero en sus manos y la camisa negra que vestía esta mañana abierta por completo y empapada en sudor. Sus fuertes antebrazos están al descubierto, y sostiene una espada reluciente en la mano. Frente a él hay un hombre que parece sacado de un manga de *yakuzas*. Lleva el torso cubierto de tatuajes, una coleta alta, y tiene una postura desafiante. Avanzan y

retroceden con pasos felinos. Hay silencio, salvo por los gritos ahogados que sueltan de vez en cuando y el silbido de las catanas cortando el aire.

No se han dado cuenta de que estoy aquí, así que me quedo observando, hipnotizada. Máximo mueve la catana con una facilidad que ya me resulta familiar. La camisa se le pega al torso, marcando cada fibra de ese cuerpo que conozco demasiado bien. Hay algo en la manera en que pivota sobre el pie derecho y su mirada firme que me corta el aliento.

Recuerdo la primera vez que lo vi luchar con Igor, en Montecarlo. También fue así de implacable, seguro, tan terriblemente guapo que daba rabia. Entonces yo no sabía nada, todo eran incógnitas y señales que no entendía. No podía saber que él dinamitaría mi vida y que meses después querría reconstruirla con los mismos escombros.

El otro hombre avanza y Máximo retrocede, solo para atraer a su rival y bloquearle el ataque con un movimiento tan elegante como letal. Después, se detiene, baja la catana lentamente y sus ojos se clavan en los míos.

De pronto, levanta la mano, interrumpiendo el combate.

—Está bien.

El otro asiente y hacen una sutil reverencia, ambos cara a cara. El hombre desaparece y nos quedamos solos. Él se apoya en la espada, con la mandíbula tensa y esos músculos de infarto contraídos bajo la tela mientras yo me acerco a la puerta lentamente y hago girar la llave.

—¿Qué quieres?

Me giro con una expresión serena.

—Quiero ver a Igor.

Su sonrisa se tuerce maliciosamente, e incluso sé cuál será su respuesta antes de pronunciarla siquiera.

—No.

—No te he preguntado —replico avanzando hasta quedar a dos pasos de él.

—Y yo no te he invitado aquí —dictamina—. Además, es mejor que no lo veas, así te resultará más fácil superarlo. Y te aconsejo que no te encariñes tanto con los empleados, Anastasia, eso representa una debilidad para alguien como tú.

—¿Como yo?

—La heredera de los Dragones Blancos. —Alza los brazos y acentúa la frase jocosamente—. ¿O eso tampoco te lo ha enseñado tu querido padre?

Lo miro atónita. Su actitud ha cambiado de repente, como si no fuese el mismo hombre con el que he viajado en el helicóptero, el cual me decía anoche que no podría vivir sin mí. Parece furioso y frustrado. Algo está pasando, y tengo que averiguar de qué se trata.

—Igor no es un empleado. Además, te salvó la vida.

—Pues menudo error —replica con la misma seriedad.

Me acerco deprisa a él, sin ganas de perder más el tiempo con su jodida cabezonería y su insensatez.

—O lo dejas vivir o esto se acaba aquí y ahora.

—¿Aquí y ahora? —Se ríe. El sonido es tan oscuro como nuestro futuro, confirmándome así que está muy cabreado—. ¿Me estás amenazando?

—Te estoy dando una oportunidad.

—Lo siento, ya está decidido.

Muy bien, empecemos entonces. Si él quiere guerra de verdad, la tendrá. En todos los sentidos. Entonces, sin pensarlo demasiado, me quito la camiseta. Es bastante holgada y temo que entorpezca mis

movimientos y me arruine la victoria. La dejo caer al suelo despacio, sin apartar la mirada de él. Llevo solo el sujetador y una falda corta vaquera que Katia me ha dejado.

Máximo alza una ceja mientras sus ojos descienden a mis pechos. Después, su vista resbala hacia mi abdomen y sé que está mirando fijamente el tatuaje que llevo en el costado.

—Esta mañana no te he dicho que el dragón te queda bien. —Sonríe con el mismo tono jocoso—. Ya sé, «E» de «Emperador». Me incluiste en tu nueva vida, aunque sea a través de un tatuaje.

—Es la inicial de mi hijo.

—Lo sé, no soy tan estúpido.

—Tengo mis dudas, de lo contrario, no aceptarías el duelo al que te acabo de retar. —Me mojo el labio de abajo lentamente y me acaricio el tirante del sujetador con un dedo.

—¿Duelo? —Se ríe—. ¿Estás retando a un duelo a tu marido por un desconocido?

—No es eso. —Niego con la cabeza, aunque no sé por qué lo hago; él sabe tan bien como yo que esto que está pasando no es solo por Igor—. ¿Y bien? Necesito una catana. Tú elige la que quieras, confío en que serás un buen contrincante. Uno justo, que sabrá perder.

—¿Crees que con eso vas a conseguir algo?

—Quizá solo quiero recordarte a quién tienes delante.

—Ya sé a quién tengo delante, cielo. A una mujer guapa, pero también muy... muy necia.

Él pasea la catana por el aire, probando el peso. Y, en un instante, me la lanza.

—¿De verdad vas a luchar conmigo por él?

—Voy a luchar por mí, Máximo —susurro atrapándola.

Alzo el mentón, inyectándome una dosis de confianza.

Ambos estamos descalzos y semidesnudos. Ambos, con un mismo objetivo: ganar. Él, porque necesita seguir reteniéndome a su lado; yo, porque necesito detener esta guerra. Y alejarme de él, aunque duela.

—Romanov te ha comido la cabeza —se burla avanzando en círculo, con la catana girando sobre el puño—. Ahora te tatúas el dragón como él, ¿qué será lo próximo, eh? Pensaba que tenías más personalidad, Anastasia.

—¿Por qué te molesta tanto? —Le sonrío—. Soy su hija.

—Quizá porque pensé que en este tiempo lo conocerías lo suficiente como para saber que tu padre es un asesino y un mentiroso.

—No lo entiendes —le digo, sintiendo el acero vibrar en mi mano —. El dragón no es por él. Es por mí. Porque acepto mi pasado y mi futuro, pero no como tú o mi padre pensáis.

Él se me queda mirando, como si mis palabras representaran una gran sorpresa; a no ser que esté fingiendo.

—Este dragón será justicia —sigo—. Será el final de todo lo que nos destrozó. Y, sí, tienes razón, soy la heredera de Mikhail Romanov. Seré su heredera, pero no la de su mafia. Seré la heredera de una fórmula renovada: los Dragones Blancos haciendo justicia. Imagina la cara de un mafioso falsificador cuando se vea entre rejas por traficar con identidades falsas —me mofo—. O la de un político corrupto y pedófilo cuando se vea con una catana como esta en el cuello. ¿Qué te parece?

—¿Y eso te parece divertido? —ironiza acercándose, casi rozándome la piel con el filo.

—Me parece lo más excitante que podría hacer con mi vida —le contesto con la respiración desbocada—. ¿Ahora entiendes por qué te decía esta mañana que tú y yo jamás podremos estar juntos?

Nunca seremos el matrimonio perfecto, Máximo. Seremos el señor y la señora Smith. Dormiremos en la misma cama con el enemigo.

—El señor y la señora Smith eran espías.

—Le daré la vuelta a la historia, no te preocupes. —Le guiño un ojo—. Yo seré como una especie de castigadora *yakuza*, y tú...

Se ríe. Ya sé, no me cree, piensa que soy una ilusa. Pero jamás en la vida he hablado más en serio que ahora.

—¿Yo qué, futura *yakuza* castigadora?

—Tú solo serás el hombre que me recordará por qué estoy tomando esta decisión, Máximo —le respondo acercándome a él—. Y ahora empecemos, no tengo tiempo que perder. Debo llevarle el biberón a Ery.

Me acerco, sin apartarle la mirada. El aire en la sala de entrenamiento es denso, cortado apenas por el zumbido del aire acondicionado y el eco de nuestros pasos descalzos sobre la lona. Él se quita la camisa con un movimiento lento, y su fuerte pecho, cubierto de músculos y sudor, se mueve con cada respiración pesada. Trago en seco, sabiendo que no es momento de sentir otro tipo de cosas que solo él me provoca.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —me incita—. Esto no es una coreografía de flamenco. No es esa canción de Rosalía.

—Ah, vaya, la recuerdas.

—Jamás podría olvidarla. Fui yo el que se la recomendó al DJ de Barone.

Lo sabía. Sabía que cuando Angelo me pidió matrimonio él quiso llamar mi atención. Se quedó entre la multitud viéndome bailar al mismo tiempo que preparaba el ataque y su aparición estrella cuando el baile finalizó.

—Qué manera extraña de decirme que estabas vivo —respondo.

Nos medimos en silencio mientras aprieto el mango, recordando cómo se siente volver a tener una catana en mi mano. Por un momento no somos marido y mujer, ni enemigos, ni aliados. Somos dos guerreros en un duelo que lleva tiempo gestándose, dos voluntades chocando como olas contra un acantilado. Y, aun así, la electricidad entre nosotros es brutal, casi obscena.

—¿Preparada, cariño?

No le respondo, tan solo me lanzo a él.

—¡Aaah!

El primer choque suena como un trueno. Él me estudia, juega a ser el maestro, pero sé que no lo es. Al menos, no mi maestro. Me dejo llevar por el ritmo de Igor, por sus enseñanzas. Giro sobre un pie, esquivo su embate y paso la hoja a centímetros de su costado.

—Buen movimiento —gruñe sonriente.

Al instante me lanza un golpe rápido y tengo que saltar atrás.

La tensión aumenta. Cada vez que me acerco, el calor de su cuerpo me abrasa la piel. Siento su aliento en la mejilla, el sudor que le corre por el cuello, el bulto innegable en su pantalón cuando nuestras caderas se rozan en un giro demasiado cerrado. Joder. Su jodido cuerpo, sus labios, sus ojos. Todo en él me excita de una manera que mi cordura no entiende.

Entonces, su espada roza mi hombro y, en vez de apartarme, le doy una patada rabiosa en la pierna.

—¿Eso es todo lo que tienes? —lo desafío.

—No querrás que me ponga serio, ¿no, *Dragona*? —replica bajando la catana para marcarme el paso.

Seguimos luchando y siento la adrenalina aumentar como una marea. Intercambiamos golpes reales, aunque ambos sabemos que estamos a un milímetro de romper todas las reglas. Siento su fuerza en cada bloqueo, la precisión casi inhumana de sus movimientos. Él

se burla, me provoca, pero a la mínima oportunidad le hago un corte superficial en el hombro. Nos miramos y ambos respiramos con fuerza. La sangre asoma, roja y brillante.

—¡Vaya! —exclama mirándose el corte—. Me das más miedo así que con una pistola.

—Lo dudo. Ni te doy miedo ni te importo. De lo contrario, no me humillarías permitiendo que tu amante siga viviendo en la misma casa que yo —respondo con el pulso desbocado.

De repente, las bromas se acaban. Él me lanza contra la pared con un giro inesperado, el cuerpo pegado al mío y la espada a un lado. Me inmoviliza, y sus labios se tensan a centímetros de mi boca cuando se inclina sobre mí.

—¿De qué hablas? —pregunta al borde del colapso.

Alzo la mirada, atrevida, y lo bloqueo, pero me tiene completamente retenida y no es fácil lidiar con él.

—La he visto. Ecaterina sigue a tu lado. Te ha dado igual lo que te conté anoche.

—Te equivocas. La largué. Ecaterina ya no trabaja para mí, estaba aquí para pedirme disculpas y...

—¿La largaste? —Sonrío decepcionada—. ¿Cuál es la diferencia entre ella e Igor? Si a esa tipa la has dejado marchar, harás lo mismo con él.

—¡Jamás!

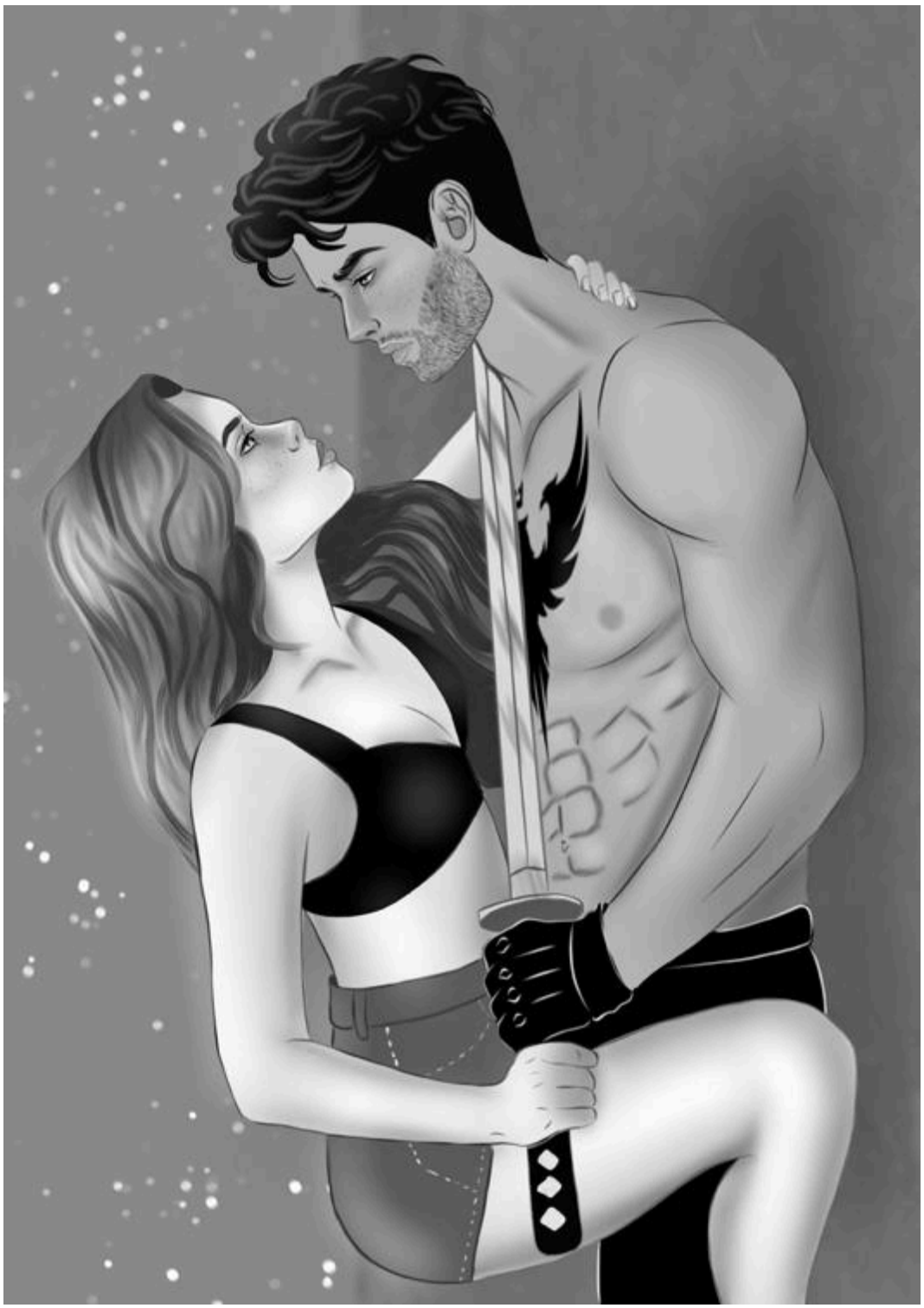
—¿Por qué no dejas a mi gente en paz de una vez y te cobras tu venganza conmigo?

No puedo más. No soporto más esta situación, y ver a Ecaterina en esta casa ha sido la gota que ha colmado el vaso. La cruel puñalada que necesitaba para estallar y enfrentarme a él de verdad.

—¡Hazlo! —Miro el filo de la catana con rabia—. Ahora es el maldito momento. ¿Por qué no lo haces?

Entreabre los labios y sus pupilas se oscurecen de un modo que me provoca escalofríos.

—Porque no puedo... —susurra—. Porque lo que empezó como venganza se convirtió en algo real. Maldita sea, *malyshka*... —Aprieta los dientes torturado—. Creía que con hacer justicia me bastaba, pero había algo con lo que no contaba. Contigo. Aquí, ¡en mi jodido pecho!



22

Te necesito vivo

Anastasia



Si ganarte significa que no te vayas de mi vida otra vez, entonces sí. Quiero ganarte.

El sudor me resbala entre los omóplatos y el pulso se me dispara. Me duele todo el cuerpo; sin embargo, lo único que quiero es que el tiempo retroceda. Daría lo que fuese por volver a ese punto en el que confiar en él era tan fácil como respirar. En realidad, no sé en qué momento nuestra historia se llenó de sangre, desconfianza y tantas mentiras. Pero ahora, viéndolo ahí, con los ojos enrojecidos y el orgullo hecho trizas, siento que lo perdería todo antes de perder esta última batalla. Antes de perderlo... a él.

«Dios».

Maldigo el momento en que me enamoré, pensando que eso me traería la libertad. La paz. Ni de lejos, y a veces pienso que el amor es solo una tregua entre dos guerras.

Las palabras no salen, tan solo lo sigo con la mirada. Él tira la espada al suelo y, sin apartar los ojos de los míos, me coge el rostro

entre las manos. Sus dedos tiemblan, pero su voz es de acero.

—Anastasia... —susurra con la respiración entrecortada—, dime que aún queda algo por lo que luchar y te juro que arrasaré el mundo por ti.

—No necesito que arrases el mundo por mí —le respondo con la misma mirada tierna, llena de amor—. Solo necesito creer en tus palabras. ¡Te necesito a ti! Y te necesito vivo, ¿entiendes? Olvídate de los Dragones Blancos. De Angelo y de... mi padre.

Lo miro suplicante mientras aprieto su hombro. Sé que esto debe acabar ya, y no hay sitio para las medias tintas. No lidiando con fieras de combate como ellos.

—¿Cómo hago para olvidarme de todo? —dice ahogado—. ¿Cómo hago para olvidarme de esa noche, eh? La tengo tatuada aquí, ¡en mi maldita cabeza!

Golpea su dedo índice en su sien.

—Puedes hacerlo. Por mí, por nosotros.

Sus ojos se agrandan cuando se da cuenta de que es el precio que le estoy pidiendo para perdonarlo. Para darle una oportunidad.

—Tú, que tanto piensas luchar en nombre de la justicia... —suelta con ese deje viperino que muestra cuando siente que las cosas se descontrolan—, que quieres proteger a los indefensos y cazar a los criminales, ¿me estás diciendo que debería perdonarle la vida al asesino de mi familia?

Me callo, intentando deshacerme del nudo que me atora el pecho. Es justo eso lo que quiero decirle, pero no entiende de razones, y su respuesta así me lo confirma.

—Jamás lo perdonaré, y siento decírtelo, pero estás condenada a quedarte sin marido, o sin padre. —Sus cejas se alzan como si el mero pensamiento de Mikhail lo hiciera hervir por dentro—. No quiero darte a elegir.

—¿Cómo puedes decirme eso? —replico, al límite.

Aprieto los dientes y lo empujo para alejarlo de mí, pero sus manos de hierro me inmovilizan.

—¡Escúchame!

—No —contraataco con un movimiento rápido doblando la rodilla.

Él gruñe mientras se aparta y se inclina hacia delante frustrado.

—Así que ese es tu plan para dejarnos sin herederos.

Sonríe mientras se endereza lentamente, y el dolor en su voz es real. Aun así, no soy imbécil. Ignora mi pregunta a propósito, pero sus actos y su cabezonería me demuestran que no le importo. Nadie en su sano juicio le diría eso a la mujer a la que supuestamente ama. Me parece egoísta.

—¿De verdad crees que volverás a tocarme después de todo esto?

Tiemblo.

—No seas inocente. Sabes que no podemos estar alejados el uno del otro.

Es extraño, pero en un momento me dice que arrasaría el mundo por mí y en otro me suelta gilipolleces. Bueno, lo primero también lo es.

—Muy bien. ¿Qué más calificativos tienes? Me has llamado necia, fácil de manipular, inocente... —enumero—. Venga, dispara.

—Creo que también te he dicho que lo eres todo para mí —responde—. ¿Eso no cuenta?

El juego ha terminado. Me lanzo deprisa hacia él, tomándolo por sorpresa. Lo tumbo contra el tatami, me monto a horcajadas y aprieto la catana contra su cuello, justo sobre el tatuaje de la rosa y la calavera. Mi respiración es un vendaval, y siento el temblor en las rodillas por el gran esfuerzo que he hecho para inmovilizar a una verdadera montaña como él.

—No seguirás burlándote de mí, Máximo —suelto furiosa—. Soltarás a Igor y dejarás en paz a mi gente, de lo contrario...

—¿Qué? ¿Vas a matarme? —susurra con una sonrisa socarrona—. Hazlo, no me importa. Moriría feliz, ¿sabes? Lo último que vería sería tu rostro.

Se relaja y no opone resistencia, incluso juraría que parece estar más en la cama tumbado que en un tatami, con una espada en el cuello.

—Mmm... —ronronea, y lleva una mano a mi mejilla—, recordaría tus preciosos ojos. También recordaría estas cejas, que frunces cuando te enfadas. Y este hoyuelo en la mejilla, que echo de menos porque te sale solo cuando sonríes. ¿Te he dicho alguna vez que me encanta?

El filo de la catana descansa contra su cuello, pero ni se inmuta. Estoy montada sobre él, con las piernas firmes a cada lado de su cuerpo. Aún no puedo creer que esté echándole humor al caos en el que vivimos.

—¡Menuda delicia, cariño! —Me mira con una sonrisa—. Creo que jamás me has montado así. Y, si sigues moviéndote, ya sabes qué pasará.

—Te digo yo lo que pasará: nada —le respondo, apretando más la hoja afilada en su clavícula.

Mis muslos se estremecen. Siento su erección apretada bajo los pantalones. Me inclino hasta quedar a un suspiro de sus labios.

«Estás jugando con el diablo, Anastasia», resuena esa voz en mi cabeza.

—¿Esto era lo que querías? —me desafía en voz baja—. ¿Ganar y después reclamar tu *trofeo*?

—No sé qué pretendes. Pero ten claro que ya soy una asesina, Máximo —respondo descolocada—. Y si tengo que convertirme en la

peor versión de mí misma para conseguir lo que quiero, lo haré.

—Saca todas las versiones. —Sus manos suben lentas y me agarran por las caderas—. Porque amo todas tus versiones: buena, mala, necia, vengativa..., *moya*.

«Mía», recuerdo esa palabra en ruso.

Su respuesta es un gruñido amenazante, pero hay algo que me indica que está dispuesto a jugar todas sus cartas.

De repente, su mano firme sube por mi columna vertebral. Sus dedos se enredan en mi pelo y me obliga a mirarlo, a perderme en esa mirada feroz que está aprendiendo a pedir perdón, aun sin palabras de por medio.

—Solo mía —repite.

Antes de que pueda rebelarme, tira de mí con fuerza y su boca choca contra la mía con violencia. Su beso no es dulce. Es hambre, es guerra, es la prueba de que no importa cuántas veces nos hayamos hecho daño, siempre volvemos a caer.

Siempre.

Siento el calor de su aliento, el roce de su barba raspando mi piel y la presión de su cuerpo contra el mío, como si necesitara dejarme claro que sigue siendo el único capaz de romperme y recomponerme a la vez.

Me besa con pasión, invadiendo mi boca con la fuerza de un huracán, y el calor de sus labios me eriza hasta el alma. Me arqueo hacia él sintiendo el frío del acero entre los dos. Y cuando me pega más a su torso desnudo, la catana resbala de mi mano.

No sé qué estoy haciendo, pero no puedo parar. Tan solo estoy centrada en todo lo que me provoca. Siento sus abdominales tensos, el latido acelerado de su pecho, la electricidad que recorre cada milímetro de mi cuerpo. Incluso me quedo sin aire, pero no me

importa. Ya nada me importa, porque no quiero respirar si no es en su boca.

Sus dientes chocan con los míos y la violencia se mezcla con la ternura. Con una mano me aprieta la espalda y con la otra, el muslo. Un cosquilleo me recorre la columna y me hace gemir. Sus labios bajan por mi mandíbula, descienden por mi cuello, besan el punto exacto donde el pulso desbocado me delata y vuelven a mi boca. Le muerdo con hambre mientras mi vientre vibra.

—Me encanta esta versión de ti —jadea atrapando mi oreja entre sus labios.

—¿Cuál? —lo provoco dejando que mi mano viaje hasta su abdomen, presionando su piel caliente.

—La de guerrera.

—Eso lo dices porque sabes que no podrás conmigo. Sabes que te ganaré.

—Oh, ¿me acabas de retar?

—Qué sorpresa. Yo, una mujer, retándote a ti. ¡Menuda idiotez! —suelto irónica y a la vez fastidiada, maldiciendo a todos los hombres que piensan que las mujeres valemos tan poquita cosa.

Él me observa por un instante, con la mirada fija y la mandíbula tensa.

—No te confundas. La fuerza no está en los músculos, ni en el sexo, ni en la genética, Anastasia. Se entrena aquí... —me señala la sien con dos dedos, después el corazón— y aquí.

Vuelve a acercar mi rostro al suyo, tanto que su aliento me acaricia el mentón.

—Lo nuestro no es una guerra, ¿y sabes por qué? Estando juntos, ambos salimos ganando. Una guerra sin un perdedor no es guerra.

Esa mirada oscura y tierna a la vez me cala profundamente. La frase me sacude, y siento cómo me arde en la piel. No, no puedo.

—Te equivocas... —Aprieto su cuello con una mano, decidida a ponerme de pie—. Tú ya has perdido.

Él suelta una risita oscura mientras con una mano me sube la falda.

—¿Eso crees?

En un movimiento rápido, me gira y caemos rodando. Me atrapa las muñecas por encima de la cabeza, e incluso parece que la situación lo divierte.

—Ya sé que siempre te ha gustado jugar con el villano —me susurra, rozando mi cuello con la nariz—. Pero ahora tendrás que asumir las consecuencias, pequeña.

Cuando giro la cabeza, veo en su mano una cuerda trenzada que ha sacado no sé de dónde. Parece una cuerda de entrenamiento, áspera, usada para ejercicios de fuerza. El otro extremo de la cuerda está anudado en unas anillas metálicas que están fijas en la pared.

—¿Qué es eso?

La enrolla con maestría en mis muñecas. Siento el tirón mientras sus ojos oscuros me buscan, esperando mi aprobación. Pero no la encontrará. Muevo las manos; sin embargo, su presión me doblega.

—¿Te rindes? —me provoca, atando el nudo con una sola mano.

—Nun...

La palabra se apaga en su boca cuando se agacha y me besa con fervor. Es un beso corto y tosco, solo para callarme, y, cuando se endereza, la catana vuelve a aparecer entre sus manos.

De repente, sin saber cómo o por qué, estoy tumbada y él de pie, con la espada en la mano. Entonces, me muestra esa sonrisa incitante que siempre me ha hecho perder el norte.

—Ya sabes que los cuchillos son peligrosos —murmura—, pero esto... esto es arte. Y no lo digo por la catana.

Lo dice por mí.

Trato de incorporarme, pero la punta de la espada me presiona, manteniéndome pegada al suelo. El gélido filo baja por mi abdomen, aparta la falda y sube por mi muslo hasta el borde de las bragas. El sonido de la tela cediendo ante la hoja me eriza hasta el último vello, y el calor de su mirada me incendia irremediablemente.

—Vaya, no conocía esta faceta tuya —le digo mordaz—. ¿Cuántas más cosas tengo que descubrir?

Suelta una palabra en ruso, áspera y deliciosa. No la entiendo, pero me estremece igual. Sin embargo, no le basta. Se baja la bragueta del pantalón con la otra mano y, con la mirada prendida en la mía, lo desliza por sus caderas. Lo hace despacio, desnudándose frente a mí como si fuera un dios en su propio templo privado. El bóxer sigue el mismo camino. Lo deja caer sin prisas y sin apartarme la mirada, y tampoco el filo de su juguete de acero.

«Joder».

Mi aliento se detiene al verlo así, tan brutal y viril, como una estatua pagana. Mis ojos bajan a su erección, y solo verla hace que me tiemblen las piernas.

—Mírame —me ordena con las pupilas dilatadas de deseo.

La punta de la catana está bajo mi barbilla y me obliga a alzar la cabeza sutilmente.

—Aunque digas que no eres mía, yo sí quiero ser tuyo. Siempre he sido solo tuyo, y te mentí. Jamás he tocado a Ecaterina o a cualquier otra mujer desde que te conocí.

Me quedo sin palabras, y tan solo puedo doblar las rodillas sin dejar de mirarlo.

—Y necesito que me creas, Anastasia. Por una maldita vez.

Suspiro nerviosa, pero una sensación liberadora me sacude. Lo creo. Sé lo fiel que Máximo Kovalenko puede llegar a ser. Lo sé por Beatrice, y por lo mucho que le costó darme un simple beso.

—Es lo único que me creo de ti.

Sonríe, retirando la espada de mi barbilla. Trago el nudo de saliva que se ha instalado en mi garganta. El sudor resalta los surcos de sus músculos y su abdomen marcado, dibujando caminos que descienden perfilados hasta perderse en el casi imperceptible vello púbico que asoma bajo el ombligo. El tatuaje del águila cubre su pecho, pero lo que de verdad me roba el aliento es la espada del tatuaje; baja en diagonal, apuntando directamente hacia su pelvis, rozando el ombligo y perdiéndose en la piel tensa.

Sus brazos, duros y venosos, brillan bajo la luz, y la fuerza que emana ahora mismo pone en alerta cada célula de mi cuerpo.

—¿Te gusta lo que ves?

—De cerca seguro que me gusta más.

Él vuelve a sonreír. Esa maldita sonrisa preciosa que me funde por completo.

—Chisss..., paciencia, gitana.

«Gitana».

Me muero y resucito.

No tarda en usar el filo para abrir el sujetador con un tajo seguro. Mis pechos quedan a merced de su mirada hambrienta y la catana roza mis pezones. Siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal y arqueo las caderas soltando un gemido gutural. Lo deseo más que nunca.

No soy consciente de cuándo tira la espada al suelo, porque está ya arrodillado y entre mis piernas. Su lengua se apodera de mi abdomen, y cierro los ojos cuando su lengua resbala por mi piel hasta enterrar uno de mis pechos en su boca como si quisiera arrancarme el alma y devorarla ahí mismo, sobre el tatami. Su cálida saliva incrementa las contracciones en mi vientre.

—Joder —maldigo bajito cuando él desliza los dedos lentamente sobre mi pubis y me acaricia con suavidad.

—Eres mi puta droga —susurra en mi oído—. Mi Imperatritsa, mi gitana, mi... todo.

No le respondo, no hace falta. Solo levanto la cabeza cuando él presiona mis muñecas atadas, por encima de mi cabeza. Busco su boca impaciente. Arqueo las caderas y lo beso mientras él empuja contra mí y su dura erección golpea mi muslo con violencia.

«Dios santo».

—Dilo otra vez, Máximo. Lo necesito.

—¿Qué quieres oír? —Me besa—. ¿Que eres mi refugio? ¿Mi veneno? —Me besa—. ¿Mi puta perdición? —Otro beso—. ¿La mujer que quiero?

Gimo desquiciada cuando me embiste de golpe, sin avisar. Me ha vuelto a ganar, me tiene bajo él, loca por sentirlo de esa manera.

—Te odio tanto... —le miento al oído mordiéndole la oreja sutilmente.

Él gruñe en mi cuello mientras avanza hasta el final, expandiéndome a su paso.

—Mientes fatal, *malyshka*.

Estampa sus caderas contra mí con fuerza, ganando más ritmo.

—Te juro que te mataré un día de estos. —Se me corta el aliento.

—Que sea haciéndome el amor, ¿vale?

—¿No puede ser follando? —murmuro extasiada—. El amor me da miedo.

—A mí no. No contigo.

—¿Qué me estás haciendo? —le digo con un hilo de voz, hipnotizada por su boca y sus golpes de cadera.

Le atrapo el labio entre los dientes y lo beso con pasión. Lo aprieto más entre mis piernas, con el pulso desbocado. Entonces, él

se endereza y me mira, inmerso en la misma aura romántica y sensual que yo. Me aprieta el pecho con una mano y acaricia mi mejilla con la otra. Desliza el pulgar sobre mi boca, y lo muerdo.

Su mirada diabólica ha desaparecido, dejando espacio a una mirada tierna y llena de significados. Los espasmos aumentan en mi vientre. Siento cómo deshace el nudo de la cuerda mientras me lanza una mirada tan profunda que me estremece.

—Eres mi vida. No tienes idea de lo mucho que te he echado de menos.

«Oh, Dios...». Mi corazón late tan rápido en mi pecho que creo que se me saldrá por la boca. Sus ojos, sus palabras, su olor. Todo. Todo hace que no pueda aguantar más la presión que me aplasta el pecho. No puedo frenar más esas palabras que luchan por salir de mi boca.

—Yo también...

Enrosco los brazos en su cuello una vez que noto mis manos liberadas y lo beso enloquecida. No puedo más. No quiero resistirme más.

—¡Yo también, Máximo! Te he echado mucho de menos, a pesar de todo esto que... —susurro contra su boca, acariciando su nariz con la mía.

—Chisss... —me acalla con un suspiro—. No pienses, por favor. Solo disfrútalo como si fuese la primera vez. ¿Te acuerdas? En nuestra biblioteca.

«Nuestra».

Para él y para mí, nuestra primera vez siempre será ese día. El día que me hizo suya contra el mueble lleno de libros, en la biblioteca de Beatrice. Suya, ya no. Nuestra.

Sin previo aviso, me levanta a pulso mientras me da otro beso. Sus brazos rodean mi cintura como grilletes de hierro y, en un giro

rápido, me apoya de espaldas contra uno de los pilares que salen de la pared, recordándome esa primera vez nuestra, tan especial.

—Solo faltan los libros.

Me muestra una sonrisa preciosa.

—No —niego, tan emocionada que apenas puedo respirar—. No falta nada, lo más importante está aquí. Tú.

Mi alma brinca en mi pecho mientras nuestras bocas se hacen el amor en una sintonía maravillosamente perfecta. Igual que este momento.

—Creemos nuevos recuerdos, Anastasia. Tú y yo —me responde.

Me sujeto contra su cintura y me aferro a sus hombros con la falda enrollada en las caderas. Me sostiene con una sola mano y, con la otra, guía su miembro de nuevo a mi interior. Empuja con una embestida lenta y demoledora.

—Suéltalo, preciosa. Tu marido quiere verte disfrutar. Hoy y todos los días que nos quedan.

Su boca se hunde en mi cuello, en mi pelo, en mi oído. Siento su respiración caliente y el pulso se me dispara. No sé si grito, sollozo, o qué coño estoy haciendo, pero jamás he sentido esto con él en la cama.

—Bésame. —Mi voz se apaga, pero él la recoge como si fuera un tesoro.

Gruñe contra mi piel aumentando sus golpes de cadera. El deseo me estalla por dentro cuando me separa de la columna y se tumba, arrastrándome sobre él. Nuestros labios chocan con fuerza dándome el mejor beso de mi vida mientras nos derrumbamos sobre el tatami. Yo encima y él debajo.

—Móntame, nena. Hazme tuyo.

Agarra mi trasero con ambas manos y sus labios atrapan mis senos. Me muevo en su regazo ágil y sensual, guiada por puro

instinto animal. Le aprieto la nuca, golpeando contra su pelvis con una fricción brutal, deliciosa y sencillamente... eléctrica.

Él jadea empujando hacia arriba, profundo y duro. Yo gimo, con el vientre en llamas y las manos aferradas a su pecho, hincando las uñas en el tatuaje. Siento la calidez de su estallido llenándome cuando me quiebro, y el placer me atraviesa como un latigazo. Me dobla y me deshace. Me derriba. Pero él no me deja. Máximo me sostiene mientras ambos nos derrumbamos, derrotados y a la vez victoriosos.

Siento el temblor de su cuerpo contra el mío y el pulso como un tambor de guerra. Pierdo la noción del tiempo. Podrían ser minutos, horas o una eternidad. Cuando logro recuperar el aliento y soy capaz de abrir los ojos, lo miro. Sus pupilas están dilatadas y sus labios arqueados.

—Confiésalo, guerrera. Ya te has rendido —dice, igual de emocionado que yo.

Pega su frente contra la mía mientras me acaricia la espalda con dos dedos. Cierro los ojos cuando sus labios me devoran como si el mundo se acabase.

—Nunca me rendiré contigo.

—Me alegro —dice besándome la cabeza mientras yo le abrazo la cintura—. Porque yo contigo tampoco. Pero hay que reponer fuerzas, y yo tengo un hambre que me muero.

Me río, pero la realidad me golpea sin remedio. Coloco la cabeza en su hombro cuando me estruja entre sus brazos, literalmente. Acaricio su abdomen con las uñas, en silencio. Pero sé que no puedo huir ni esconderme. Tampoco quiero. Tengo que afrontar mis actos y buscar soluciones.

—Máximo... —Alzo la cabeza temerosa—. ¿Y si vamos a cenar a un restaurante esta noche?

Mi pecho estalla por un instante, pero trato de controlarme. Necesito que diga que sí.

—¿A un restaurante? —Se apoya en los codos y me escucha atentamente.

—Sí. —Respiro hondo, incorporándome junto a él—. Tu hermana me ha hablado de uno muy famoso. Can Ribas... —Le sonrío—. Me gustaría conocer más la isla, el sitio donde naciste.

Sus ojos se agrandan y su mandíbula se contrae. No sé si por sorpresa o porque teme sacarme fuera de estos muros, sabiendo el peligro que acecha fuera.

Sea como sea, debo convencerlo, así que frunzo los labios seductora y paseo un dedo por su torso.

—Creo que me debe una cena, señor Kovalenko.

23

Hombres de acero

Máximo



Desde que él existe, ya no me juego solo mi vida.
Y eso lo cambia todo.

La miro como si estuviera viviendo en una pesadilla.

Sé perfectamente que lo que busca es ganar tiempo. Que detrás de esa propuesta inocente hay un mensaje, y que ese mensaje viene firmado por Angelo Barone. La noto más tensa que de costumbre, como una leona que olfatea el lazo antes de sentir la cuerda en la garganta.

¿Por qué lo hace? Las cosas se están solucionando entre nosotros, y pensar que Anastasia ha fingido me destroza. Y aun así..., por un segundo, quiero creerla. Por un puto segundo, soy capaz de imaginar que lo que acaba de ocurrir entre nosotros puede ser el comienzo de algo bueno, y que ella de verdad quiere cenar conmigo. Pero el veneno ya está en la sangre desde que he leído esa nota.

No la detengo.

Afirmo con la cabeza mientras me pongo en pie de un salto.

Mi garganta se cierra y le doy la espalda. Me empiezo a vestir y ajusto la cremallera del pantalón, ausente.

—Debo darle el biberón a Eryol.

—¿Cómo está?

—Bien —dice tranquila—. A ver si le hago dormir una siesta antes de irnos.

Antes de irse. Por supuesto.

—¿A qué... hora? —Aprieto el puño y carraspeo, sin poder mirarla.

No puedo, maldita sea. Contar hasta diez no sirve. Contar hasta cien tampoco, y solo quiero que me deje solo. No soportaría darme la vuelta y mirarla a la cara. Ha tenido la oportunidad de hablarme de esa maldita nota. Ha podido hacerlo, pero no lo ha hecho.

—¿Sobre las siete? —pregunta con voz melosa—. Seguro que a Katia le gustará la idea, y Milena ha estado encerrada mucho tiempo en ese sitio, un poco de aire fresco le vendrá bien.

—De acuerdo.

—Bueno, entonces... luego nos vemos —dice cohibida.

Oigo sus pasos detrás mientras me coloco la camisa. Y, aunque me doy la vuelta deprisa, ella ya está saliendo de la sala. Hay algo cruelmente bello en esa espalda erguida, en la forma en que gira la cabeza, apenas un segundo, antes de irse. Me sonríe, pero no soy capaz de reaccionar.

Una parte de mí querría congelar ese instante, retenerla ahí, contra el tatami, y otra me grita que no puedo hacerlo. Que debo averiguar la verdad.

«¿La vas a dejar irse con ese cabrón, Máximo?», me enfado conmigo mismo.

¿Y si lo que acaba de ocurrir entre nosotros tenía esa finalidad?

¿Y si ella se ha entregado a mí haciéndome creer que hemos hecho las paces justo para conseguir llevarme a ese sitio? A ese puto

restaurante donde Angelo Barone la espera.

«Creo que me debe una cena, señor Kovalenko...».

Siento el corazón en un puño mientras miro la puerta por donde acaba de salir. Me abotono la camisa y la meto por dentro del pantalón, con la rabia sacudiéndome de los pies a la cabeza. Soy tan sumamente idiota que a mí incluso se me había olvidado esa maldita nota, pero parece que a ella no.

—¡Diablos!

Mi palma choca contra la puerta antes de abrirla, y apoyo la cabeza contra la madera, intentando pensar con frialdad. Sin embargo, no puedo; las palabras de Ecaterina retumban en mi mente con un eco horrible:

«¿Vas a vivir toda tu vida así? ¿Con una mujer que no te ama? ¿Que siempre correrá a los brazos del enemigo?».

En parte, tiene razón. No puedo ocultarme toda la vida detrás de una mentira, y sé que hoy averiguaré la verdad.

Camino por el ala norte de la mansión y, tras dirigirle un gesto con la cabeza a Marco, este avanza dos pasos por delante y avisa al resto. La sala de reuniones, oculta tras una puerta caoba que hay junto a la salida trasera de la finca, es donde he congregado a mis hombres.

Cuando entro, el aire se electriza. Más hombres de los que cualquiera imaginaría me esperan en perfecto silencio, hombro con hombro, alineados como una columna de hormigón. Sus trajes oscuros están impecables, y llevan abrigos largos en los que ocultan el acero de una catana. Ningún botón desabrochado, ni una mota de polvo en las botas ni una mirada titubeante. Todo a imagen y semejanza de los Dragones Blancos, pero con la astucia y la rapidez de un Águila.

Aquí, la jerarquía no necesita presentaciones: los *vory*[1] ocupan la primera línea, y todos obedecen a Marco; los *bratki*,[2] como Lev, custodian los flancos, y los *shestyorki*,[3] agentes recién reclutados y más jóvenes que los demás, cierran filas detrás. Los novatos apenas osan levantar la vista.

He triplicado mi ejército en el último año. Todos mis hombres llevan tatuado el águila en la espalda, en el cuello o en los brazos.

Me detengo ante ellos y les dedico una mirada de reconocimiento. El silencio es total, hasta el aire parece contener la respiración. Nadie espera discursos largos, solo órdenes que giran en torno a ese nombre tan conocido: Romanov.

Creé este ejército por y para él.

Para pagarle con la misma moneda. Humillarlo creando una mafia igual que aquella a la que mi padre perteneció, pero con otro nombre. Desafiarlo demostrándole que soy mejor que él.

Me detengo delante de todos, cien hombres o más, y basta un solo gesto para que el círculo se abra, disciplinado y silencioso. Marco da un paso al frente. Su mirada es firme, y él es uno de esos hombres que no temen a la muerte, pero sí a fallarme.

—Imperator, todo en orden. La seguridad perimetral está reforzada.

—¿Los accesos secundarios?

—Bloqueados. Doble ronda en el jardín sur.

—¿Vehículos preparados?

—Diez, jefe. Dos blindados, cuatro de apoyo. Cada uno con un conductor armado. El helicóptero está disponible.

Inclino la cabeza en señal de aprobación.

—Esta noche cenaremos fuera —anuncio en voz baja—. Restaurante Can Ribas, 19.30.

Marco no reacciona, pero su mandíbula se tensa.

—¿Lo esperamos, señor?

—No. Iré con mi familia, solo necesito cuatro coches. Quiero que los demás esperen allí. Escanea el recinto, asegúrate de tenerlo todo despejado y las cámaras del restaurante y alrededores controladas. Además, tendrás el equipo preparado en el aparcamiento sur. Nadie entra ni sale sin mi orden.

—Entendido.

—Y una cosa más.

Me acerco lo suficiente como para que solo él me oiga.

—Aunque el objetivo sea Angelo Barone, Romanov también estará.

—Entendido.

—Quiero a todo el mundo armado pero invisible. No somos una pandilla de inexpertos, así que espero que nadie vea lo que no debe ver.

Silencio absoluto. Los hombres asienten, unánimes.

—Y, Marco...

—Señor.

—Tienes una doble misión —le hablo al oído—. Vigila a los nuestros. Esta noche, la traición puede venir desde dentro.

Veo cómo su mirada se afila suspicaz, pero no titubea.

—Nadie respira aquí sin su permiso, jefe.

Le dedico una sonrisa seca.

—Eso espero. Si caigo, darás la señal de alarma, y sé que él acudirá al rescate. Llevarás a mi hermana, a mi mujer y al niño a la zona cero, ¿me has oído?

—Sí, señor. Si algo sale mal, señal de alarma.

—Solo si yo caigo, Marco —subrayo—. No antes.

Aprieto el bastón con la mirada perdida. Jamás le pediré ayuda al distinguido general Dimitri Kovalenko, mi tío, hermano de Viktor

Kovalenko. A no ser que no tenga otra opción. No asumiría una derrota ante él, no soportaría que me soltara en la puta cara que tenía razón desde el principio.

Miro mi reloj. Faltan cuatro horas.

—¡Escuchadme! —Alzo la voz. Respiro hondo, sabiendo que hoy se decidirá todo. O esa manada de cabrones o nosotros. El silencio es absoluto. Alguno traga saliva, pero nadie se mueve. Avanzo un paso entre las filas y los observo uno a uno. Leo respeto y miedo en los ojos de los más jóvenes—. Hoy no protegemos solo a una familia, protegemos un apellido. Y quien ose tocar lo que es nuestro no vivirá para contarlo.

Marco distribuye los auriculares y revisa cada detalle en voz baja, mientras yo continúo, con el tono seco y directo que siempre he utilizado antes de un ataque. Doy media vuelta, me acomodo la chaqueta sobre el hombro y concluyo.

—Muchos creen que somos monstruos..., y lo somos. Nadie domina el mundo criminal mejor que nosotros. Hemos cambiado identidades y hackeado mafias enteras. También somos unos monstruos con la catana —especifico—. Por necesidad, no por gusto. Pero aprendimos a amarla, ¿verdad?

Me aclaro la voz, mirándolos a todos con atención. Sigo.

—Creen que nacimos para mancharlo todo de sangre. Que así es el destino de los Kovalenko..., de los depredadores como nosotros. ¡De los Águilas! —insisto con la voz alzada—. Y quizá tengan razón. Pero los monstruos también son fieles, y no olvidan.

Me detengo ante los *shestyorki* y les hablo como lo haría un padre antes de mandar a sus hijos a la guerra.

—No somos santos, ni mártires, ni héroes. Somos hermanos. Luchamos por la justicia, por los que cayeron antes que nosotros, por Viktor Kovalenko, por Beatrice, por Vladím, vuestro *vor*. Por

Sergei, por Klaus... y por cada hombre que dejó su vida en Montecarlo defendiendo nuestro legado. ¡Es por ellos, maldita sea! ¡Se lo debemos!

Todos me escuchan con atención, percibo el brillo del orgullo en sus miradas.

—Lo que nos sostiene no es el odio, sino la memoria. Y solo sobreviven los que no tiemblan. Y ahora decidme..., ¿quiénes sois?

Silencio. El eco de mis palabras flota en el aire, denso, como si el tiempo se suspendiera antes del asalto. Todos me observan con los rostros tensos y la mirada afilada.

—¡Águilas!

El rugido atraviesa la sala, primero tímido, luego más fuerte, hasta convertirse en un estruendo unánime.

—¡Hijos del acero!

Y antes de que dé la orden, uno de los *vory*, con la voz rota y el puño alzado, me señala.

—¡Imperator!

De inmediato, todos lo siguen. Gritan con orgullo, con sus espadas en alto.

—¡Imperator! ¡Imperator! ¡Imperator!

No necesito mirar atrás. El sonido retumba en mis huesos, y sé que ninguno de esos hombres vacilará cuando llegue la hora.

Avanzo hacia la puerta que hay a la izquierda. Bajo la escalera con rapidez, con Lev pisándome los talones. Marco se ha quedado organizándolo todo. Camino hacia el sótano donde está Igor, con la cabeza en mil sitios a la vez.

Este sitio huele a humedad y está muy cambiado. Recuerdo que estas paredes antes guardaban tinajas de vino, estanterías con herramientas y muebles antiguos. Antes, cuando pensaba que éramos una familia normal y corriente.

El techo es bajo, apenas iluminado por una bombilla amarilla, y un desgastado banco de madera ocupa el centro de la estancia. Hay ganchos en las paredes, anillas de hierro y una vieja estufa oxidada en la esquina.

Igor está sentado en el banco, con la espalda recta y la mirada perdida en el halo de la bombilla. Tiene la cara llena de sangre y la misma ropa de anoche, ahora arrugada y sucia. Sus tobillos están sujetos por una cadena corta, anclada al suelo. Las manos, aunque libres, reposan entrelazadas sobre las rodillas. Tiene la mandíbula tensa, el moño despeinado y la sombra de una barba crecida.

No habla. Yo tampoco, al principio. Me apoyo en el marco y lo observo.

—¡Oh, bienvenido a mi humilde celda! ¿O debería decir sótano?

Una media sonrisa le cruza el rostro.

—¿Cómo estás?

—He estado en sitios peores —responde resignado—. Al menos, aquí no me muero de frío.

No sé si reír o partirle la cara otra vez. Respiro hondo.

—Sigues siendo un hueso duro de roer. —Me acerco despacio.

—Créeme, eso no supone una ventaja para ti.

—Tampoco una desventaja. —Le señalo las cadenas con la cabeza —. Eres mi prisionero, Igor.

—Bien, gracias —se jacta—. No me había dado cuenta.

Me acerco más.

—Tengo una pregunta para ti, Sensei —sigo, sin ganas de perder el tiempo—. Solo una, a la cual espero que respondas.

—Soy todo oídos.

—¿Por qué no me mataste? —disparo—. Viviste en mi casa durante seis putos... años. ¿Por qué?

Él baja la mirada pensativo y yo espero impaciente la respuesta.

—Era mi misión —admite—. Estar a tu lado, informar y... no matarte. Hasta que lo ayudaras a encontrar a su hija.

—¿Cómo sabía que la iba a buscar? —le pregunto despacio.

No, no doy crédito. No puede ser que Romanov supiera que estaba buscando a Anastasia. Imposible.

—Eras el único que sabía dónde estaba, según los rumores.

—Igor... —susurro mirándolo fijamente—. No tenía ni puta idea de dónde estaba hasta unos días antes de ir a buscarla, ¿te lo tengo que recordar? Y qué bien hice en no contárselo a nadie, solo a Vladím. Y, aun así, ese animal se enteró.

—Pero te adelantaste, y a la vista está. —Sonríe—. Compraste a la chica.

—¡No juegues conmigo, demonios! —le grito—. Mikhail Romanov no podía haber desperdiciado una oportunidad así. Seis malditos años en los que podrías haberme quitado de en medio.

Se ríe jocosamente cuando lo cojo por el cuello de la camisa blanca holgada que lleva, como todos los Dragones.

—¡No sigas mintiendo, joder! —bramo en su cara—. ¡Ya basta!

—Tu padre le dijo que tú eras el único que sabía dónde estaba Anastasia. Justo antes de morir.

—¡Querrás decir antes de que ese maldito perro lo matara! —rujo, sacudiéndolo más por el cuello—. Eres un mentiroso, Igor. No tiene sentido que se lo contara. El día del ataque, en mi boda con Beatrice, yo ni siquiera sabía a qué demonios se dedicaba mi padre.

—¿Y si le mintió para mantenerte a salvo, eh? —dice, y suelta un escupitajo al suelo—. ¿Qué esperabas? En su lugar, yo habría hecho lo mismo.

Me retiro, congelado, y me apoyo en el bastón para no caerme mientras todo se nubla a mi alrededor.

¿Y si tiene razón? Romanov llevaba buscando desesperadamente a Anastasia desde hacía años, pudo creer que mi padre sabía dónde estaba su hija. Él, en un momento de desesperación, pudo contarle eso con tal de protegerme. Una mentira, por supuesto. Ni él ni yo sabíamos dónde estaba esa niña, y así lo demuestra la carta que me escribió. En esa carta dice claramente que Viktor Kovalenko no sabía nada.

Tiemblo, con la mirada en el suelo. Aun así, asiento despacio, notando un sabor amargo en la garganta.

—Vale, supongamos que dices la verdad —le suelto mientras lo observo con dureza—. Después de comprarla, tampoco me mataste. ¿Por qué él no dio la orden?

—Creo que es obvio —duda, como si le costara hablar—. Tenías a su hija, si algo te pasaba, Katia, Vladím, el clan..., todos iban a ir a por ella. Y él quería a su hija viva.

No sé si sentirme aliviado o más paranoico que nunca. No entiendo nada. ¿Fue mi padre capaz de contar una mentira con tal de protegerme de Romanov?

Los dos callamos unos segundos.

—¿Y qué coño hacías tú anoche en el burdel, Igor? —pregunto finalmente.

Él alza el entrecejo, y la cicatriz en el pómulo se le tensa.

—Cumplía órdenes. El *Tsar* no quería dejar que su hija viajara sola a España, pero no contaba contigo ahí.

La sinceridad me atraviesa, y sus palabras me duelen más que una herida abierta. La rabia me confunde un segundo.

—Créeme, tienes mucha suerte, Sensei. Mucha. Y todo se lo debes a ella, no a mí.

—La vida nos ha dado muchas hostias, amigo. Pero tu mujer es de los pocos motivos por los que vale la pena seguir recibiéndolas,

¿sabes? Siempre la protegeré, pase lo que pase.

Me encojo de hombros, fingiendo que no me afectan sus palabras. Pero lo hacen.

—¿Acaso estás enamorado de ella? —susurro con los dientes apretados.

Él me mira con el rostro desencajado, como si no diera crédito.

—Solo respóndeme, hijo de puta... —le ordeno apretando los dientes—. No te atrevas a negarlo. He visto cómo la miras.

—¿Enamorado?

—¡Contéstame! —rujo como un animal, agarrándolo por el cuello de la camisa.

Jadea, con gotas de sangre cayéndole en la comisura de los labios. Estoy a un solo puto centímetro de volver a romperle la cara.

—Anastasia es... mi hermana.

Anastasia



Me cuesta reconocer la imagen de mí que me devuelve el espejo. No por las ojeras, sino por el vestido. Rojo, corto, entallado en la cintura, con un escote de infarto. Uno de esos vestidos que hacen que te cuestiones si tienes suficiente autoestima para ponértelo o suficiente inconsciencia para salir con él a la calle.

Hoy voy a por todas, y sé que, en el fondo, quiero verme guapa y atractiva. Necesito terminar con esta pesadilla, y he elegido hacerlo tranquilamente y con glamur. Además, el rojo me recuerda a ese día

que Máximo me visitó en el cuarto y estuvo de acuerdo con el supuesto contrato nupcial, uno que jamás se cumplió.

Por supuesto.

Y es ahora cuando sé que todo fue una excusa. Quizá de él. Quizá mía. Nos buscamos, aun cuando ni siquiera éramos conscientes de ello. Sea como sea, sé que jamás en la vida he estado tan segura de algo como de lo que voy a hacer esta noche.

—Tía, tienes que ponerte este sujetador —me dice Katia, lanzándome uno negro con mucho relleno que parece diseñado para torturar—. El que llevas no vale ni para limpiarte las gafas.

Le doy la espalda y me empiezo a colocar el sujetador con tal de darle el gusto. La conozco y sé que no dejará de insistirme; la cabezonería es el rasgo estrella de los hermanos. Ella, por supuesto, se pasea por la habitación como si estuviera en la alfombra roja de Cannes. Lleva un vestido negro asimétrico que le deja un hombro al aire y la falda le llega a media pierna. Tacones de aguja, labios pintados de rojo carmín. Sus ojos delineados me miran como si fuera su obra maestra.

—Chiquilla, nadie diría que acabas de dar a luz, ¡menudo cuerpo!

Suelto una carcajada y me dejo caer sobre la cama, terminando de colocarme el sujetador. El vestido se sube peligrosamente y Katia resopla.

—He entrenado duro.

—Lo que daría por esas piernas —dice ella en un tono dramático —. Si las tuviera yo, te aseguro que me pondría faldas hasta para dormir.

—Ya está —protesto arreglándome el sujetador, que, por cierto, lo sube todo a un nivel que es pura fantasía—. ¿Contenta?

Miro la cuna de mi precioso bebé y me aseguro de que sigue dormido. Al final, la siesta le ha durado más que nunca. Le acaricio

las mejillas enrojecidas y pienso en lo rápido que crecen los niños.

—Estás espectacular, mi hermano me lo tendrá que agradecer.

Por un momento, no puedo evitar sentirme como una adolescente antes de asistir a la fiesta de fin de curso, en este caso, a una cena que no sé cómo acabará.

Mi corazón empieza a latir más fuerte, de modo que elijo distraerme analizando la habitación de mi cuñada. Un armario enorme está abierto de par en par; los vestidos cuelgan perfectamente ordenados, por colores y por largura, y en una de las estanterías hay montones de zapatos de tacón. También tiene al menos cinco sombreros. En un lado de la cómoda guarda el juego que le regalé en Montecarlo.

—No lo tiraste...

—¿Tirarlo? —Me sonríe—. Imagínate que mi sobrino quiere ser médico. Tendrá el juguete perfecto.

Me giro hacia ella y la miro con el mismo cariño de siempre.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Qué pasa contigo, Katia?

—Yo también lo seré, te lo prometo.

—¿Palabra de honor?

Ella me guiña un ojo, sonriente, y no hace falta más. La creo sin reservas, Katia irradia una nobleza y una valentía casi magnéticas. Posee ese tipo de luz cálida y rebelde que vuelve adictiva su presencia. Es una de esas personas imprescindibles que, casi sin darte cuenta, sabes que necesitas. Sin más.

A continuación, me centro en las fotos familiares que cubren las paredes celestes de su cuarto. Hay ilustraciones antiguas de París y postales de viajes. Sin embargo, lo que más llama mi atención es la multitud de fotos que tiene con su hermano: de pequeños, en la playa, adolescentes, disfrazados, en carnaval. Ambos abrazados y felices.

Me estremezco.

—Imagino que las cosas entre Máximo y tú se han arreglado —digo tratando de no sonar demasiado curiosa.

Ella se encoge de hombros exagerando la indiferencia, pero no engaña a nadie.

—Estoy acostumbrada a vivir con un bloque de hielo al lado —responde con una mueca burlona—. Aunque últimamente se está derritiendo, será cosa tuya. Pero te aseguro que, si algún día se vuelve humano del todo, yo me pido unas vacaciones indefinidas en Hawái, Cancún o donde puñetas haga falta. Que me lo he ganado, ¿no crees?

—Te lo has ganado de sobra —le respondo tirando del vestido hacia abajo y girando ante el espejo—. Por cierto, no te lo he preguntado, ¿este era tu cuarto de pequeña?

Katia asiente, mirando alrededor con una sonrisa sincera.

—Desde que era una enana. Me encanta esta casa, y te digo una cosa, Anastasia: cuando estoy aquí, siento que nada malo puede pasar. —Suspira.

Su mirada se vuelve más suave por un instante. Hay ternura en sus ojos, y me doy cuenta de que ama esta casa tanto como él.

—¿Sabes qué es lo mejor? —añade ajustando su pulsera con aire distraído—. Que, ahora, la casa vuelve a estar llena de vida.

—De bebés llorando. —Suelto una risita y miro la cuna, vigilando la hora; quizá deba despertarlo.

—¡Eso sí que no lo cambio por nada! —exclama entusiasmada—. Mi chico ha salido a la tita: chillón.

El silencio se cuela entre nosotras, pero es un silencio cómodo. De los que solo se dan entre quienes pelean en el mismo bando. Pero, de repente, la puerta se abre y entra Milena, la gitana más dicharachera al este del Guadalquivir, ataviada con un vestido azul

que, sospecho, perteneció a Katia en alguna fiesta del siglo pasado. Lleva el pelo rizado en una trenza suelta y unos pendientes de aro.

—¡Ay, señorita Katia! —exclama con una reverencia teatral—. Si mi madre, que en paz descanse, me viera con este vestido, le daba un infarto. En serio, ni en las bodas gitanas he visto algo así.

Katia le guiña un ojo y le tira un beso al aire. Milena se ríe, pero no pierde la oportunidad de girar frente al espejo, admirándose desde todos los ángulos. El vestido le queda como un guante, y por un segundo la habitación parece una fiesta de fin de año, en lugar del sitio donde me estoy preparando para una batalla.

—Ana, te juro que nunca he tenido un vestido tan bonito —dice Milena, tocando la tela con devoción—. Solo me falta el novio. Oye, ¿y tú? ¿Te has visto? Cuando ese bombón moreno te vea así, le dará un infarto.

Enrojezco, sintiendo el calor subirme desde el escote hasta las orejas. Miro de reojo a Katia, que me observa con una sonrisa pícara, y me maldigo por no poder controlarme.

—No digas tonterías —murmuro ajustando el dobladillo del vestido —. Es solo ropa.

—Sí, claro. Y yo soy la Virgen de Fátima —responde Milena, estallando en carcajadas.

Intento no pensar en lo que ha ocurrido en la sala de entrenamientos. En su cuerpo sobre el mío, en sus palabras, en las manos de Máximo recorriéndome como si aún le costara creer que soy real. En la manera en que su boca buscaba la mía como quien busca agua en medio del desierto.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo.

Lo amo. Lo amo. Lo amo más que nunca. Y lo creo. Creo que él no mató a los Valkov de Serra Rosa.

El bebé empieza a balbucear. Milena se acerca y lo levanta, haciendo ruiditos con la boca para que se ría. Eryol le tira del pendiente y ella finge dolor, provocándonos una carcajada.

—Cuando este pequeño caballero crezca, va a ser más guapo que el padre, ¿verdad, niña? —me guiña un ojo.

Lo miro con amor. Por un momento, olvido todo lo demás. Olvido las guerras y lo que me espera esta noche. Solo queda él. Y también Katia y Milena. Porque en ningún sitio me he sentido tan en casa como aquí, junto a Máximo y ellas. Y ya no importa lo que venga después.

Milena se lo pasa a Katia, y esta le da un beso sonoro en la mejilla.

—Ven, campeón, vamos a la cocina a preparar el biberón. ¡No tardéis, Max debe de estar esperándonos! —señala mientras sale con el bebé en brazos, bailando al ritmo de una canción inventada.

Milena y yo nos quedamos solas en la habitación. Ella da una vuelta, se mira en el espejo y sonríe. Su pie se ve mejor y esta noche está más guapa que nunca.

—Oh, ¡cómo no he visto eso antes! Ese collar que llevas es precioso —me dice de repente, señalando la esmeralda en mi pecho.

Acaricio la piedra mientras me acerco a ella.

—De mi madre... biológica —respondo bajando la voz—. Anna Romanova. Me lo dio mamá el día del mercado. Seguramente Anna se lo confió para mí.

Milena se acerca con los ojos agrandados por la curiosidad.

—¿Cómo era ella? —Me sonríe—. Ah, nada. No me hagas caso, ¡seguro que guapísima como tú!

Me siento en la cama, con el corazón apretado en un puño. Abro el pequeño cuaderno de color blanco perla que guardo en la mochila

y, con cuidado, saco una fotografía. La foto está desgastada, con los bordes un poco doblados.

—Dicen que sí —respondo mostrando la foto.

Milena la coge y la observa con atención. En la imagen, mi madre sonríe radiante. Mi padre, Mikhail, aparece a su lado, con el rostro grave, una mano en el hombro de ella, y yo dormida en sus brazos. La misma foto que Angelo me hizo llegar en Montecarlo.

—Los mismos ojos verdes. Aunque el color de pelo lo he heredado de mi padre.

Por un momento, el silencio es absoluto. Solo se oye el rumor lejano de voces en la planta baja y la risa apagada de Katia. Pero mi prima ya no se ríe. Su mano tiembla y se la lleva a la boca, de repente.

—Dios mío... —susurra como si acabara de ver un fantasma—. Es él.

Me incorporo alarmada y le arrebato la foto de las manos.

—¿Quién? —le pregunto atónita.

Ella niega con la cabeza, subiendo la mirada a mí con miedo. Con tanto temor y pena que me preocupa.

—Este hombre..., lo vi. La noche del ataque en Serra Rosa, Ana —dice con voz asustada—. Él estaba allí.

24

Solo trampas

Máximo



Te amo incluso cuando debería huir de ti. Sobre todo, entonces.

No hay silencio real cuando la guerra entra en casa. Todo lo que oigo, incluso el murmullo de las olas, suena filtrado, diría que irreal. Parece que hasta el Mediterráneo me está juzgando, rugiendo a los cuatro vientos que al final tengo lo que me merezco.

Vigilo el perímetro desde la ventana, abrochándome los gemelos de la camisa como un robot. El reflejo duro y tenso de mi rostro en el espejo me devuelve la imagen del hombre que siempre he sido, aunque hubo una época, no muy lejana, en que pensaba que podía ser feliz.

Porque ella creía en mí. Confiaba en mí. Me amaba.

Pero ya no.

Dios. ¿Podría culparla?

La compré como una rata con sed de venganza, cegado por lo único que me importaba en ese momento, ver derramada la sangre

del Zar a cualquier maldito precio. Un hombre como yo, con mi educación y mis principios, comprando una mujer en un mercado como si se tratara de una alfombra o una televisión.

¿Cómo pude? ¿Cómo se me ocurrió?

Me merezco esto. Me merezco todo lo malo que me pueda pasar, incluso el hecho de que ella quiera abandonarme. Sin embargo, ¿cómo hago para no sentirme tan decepcionado? ¿Tan jodidamente destrozado?

La conversación con Igor retumba en mi cabeza, palabra por palabra. Ato cabos. Recuerdo que una noche él estaba bebiendo whisky en el salón principal del castillo, mirando fijamente el cuadro de mi padre. Justo el día que comí con Anastasia en el restaurante de Pietro. También recuerdo cómo la observaba y lo celoso que me ponía a veces. Pero no era una mirada de amor, sino de cariño porque acababa de enterarse de que ella era su hermana.

Ahora lo entiendo todo.

«—No siempre lo supe. Lo descubrí tarde, unas semanas antes de que él atacara Montecarlo. ¿Recuerdas que Zorro se reunió con la *bratva*? —Sonrió irónico—. Allí me enteré.

»—Dame una razón para creerte.

»—Cada uno elige su bando, y yo ya elegí el mío.

»—¿Y cuál es ese? —le pregunté.

»—El de mi hermana.

»—¿Y Romanov? Es tu padre.

»—Todos tenemos nuestros secretos».

Ni una palabra más. Ese «todos» me martillea por dentro. Igor nunca ha sido de los que me contaban todos los detalles sobre su vida, pero tampoco de los que traicionan a su propia sangre. Bajo la mirada porque, en el fondo, todos somos traidores de alguien, incluso de nosotros mismos.

Me aparto de la ventana echando un último vistazo al patio, donde mis hombres se mueven como piezas de ajedrez. Dos junto a la puerta principal y otros dos revisando el lateral este.

Miro el iPad. Los informes de Palermo siguen llegando, y todos coinciden. Los Cavalli y los Karamanlis han roto el tratado con el Barón. La familia Barone ha sufrido ataques directos en sus clubes del puerto, aunque nadie en su sano juicio creería que fue un ajuste de cuentas. De uno soy culpable, el otro probablemente sea uno de sus exsocios.

Y ahora Angelo está aquí, en Mallorca, para recuperar a su familia. Esa que una vez fue mía. Su orgullo está herido, y debe de estar furioso.

Sigo leyendo el informe: el barrio de Kalsa arde cada noche, los aliados cambian de bando según el viento, y hasta los camorristas de Corso Vittorio se han visto envueltos en tiroteos con los griegos.

Y en medio de todo, Romanov.

Su mansión de Palermo también sufrió un ataque hace tres noches. Cuatro vehículos embistieron la entrada, reventaron los candados de los depósitos, y dos almacenes en las afueras saltaron por los aires. Dieciocho muertos, la mayoría de ellos *vory* viejos, Dragones Blancos de honor que creían que un juramento ruso valía más que cualquier póliza de seguro. Desde entonces, la ciudad es un desastre.

Excelente. He sembrado la discordia y ahora estoy disfrutando del espectáculo.

Al menos hay algo que se me da bien.

«Porque el amor no», pienso.

Me coloco el abrigo oscuro, lentamente. Al girarme, oigo el leve chasquido de tacones en el pasillo y, sin mirar, sé que es ella.

Conozco hasta su manera de taconear, aunque le gusta más andar descalza.

Anastasia entra en la habitación matrimonial, aquella que fue de mis padres, y, por un segundo, la realidad se detiene. El vestido rojo corto la envuelve como una llamarada. Trago en seco al percibir el contraste con su piel de porcelana. Sus labios gruesos y delineados representan un pecado capital para mis sentidos. Sus ojos brillan de una felicidad casi insolente. Su pelo color fuego cae suelto, con una naturalidad peligrosa, y sus labios se arquean cuando sus ojos tropiezan con los míos.

No sé qué me impresiona más, si lo guapa que está o lo tranquila que parece, como si de pronto se hubiese quitado un peso de encima. Por dentro, la sospecha me corroe porque nada ocurre de casualidad cuando se trata de ella; ni siquiera ese vestido es algo casual.

—Ya veo que estás listo —murmura echándome un vistazo de arriba abajo.

—¿Y tú?

—Yo sí, pero falta, eeeh..., Ery.

—Bien.

Miro el reloj, son las siete en punto, y tardamos unos veinticinco minutos hasta el restaurante. No podemos retrasarnos mucho.

—¿Te pasa algo? —pregunta en voz baja.

No le respondo, solo la miro suspicaz. Se acerca a la mesilla de noche y deja un cuaderno envuelto en una tela blanca con dibujos extraños. No alcanzo a distinguir bien qué hay ahí, parecen dibujos de animales. Lo deposita a un lado, como si quisiera asegurarse de que yo lo vea.

—¿Qué es eso?

—Un regalo —dice.

—¿Para mí? —Arqueo una ceja sorprendido.

—Quiero que lo abras cuando volvamos de la cena, Máximo —me contesta con una sonrisa radiante. Incluso se lleva ambas manos a la boca, como si estuviera emocionada—. Es muy importante.

Una corriente me atraviesa la espina dorsal, y aprieto los labios para aguantar las punzadas que me acribillan los ojos. ¿Es un regalo de despedida? ¿Una bomba que me deja para cobrarse su venganza por la muerte de los gitanos Valkov? ¿Qué demonios puede ser?

—¿Y si no volvemos? —La pregunta me sale antes de poder contenerla.

Ella sonríe misteriosa.

—Entonces, supongo que te quedarás con la duda.

Estoy a punto de interrogarla, pero me callo. Mi corazón quiere creerla, pero mi cabeza solo ve trampas. No sé, hay algo en su serenidad que me incomoda, y siempre se ha dicho que el enemigo más peligroso es el que parece rendido. Y no porque yo la vea como un enemigo, todo lo contrario. Es ella la que me ve así, salvo... ahora mismo.

Qué curioso.

Me giro hacia el espejo para ponerme la corbata, pero Anastasia se adelanta.

—Déjame a mí.

Me coloco de frente, con el pulso disparado.

—No pensaba que supieras anudar corbatas —señalo intentando mantener la mente fría mientras me la coloca, ajustándola con precisión y diría que hasta cariño.

El contacto es eléctrico, y el olor a vainilla que desprende su cuello actúa como una droga en mi cuerpo.

—Llevas perfume.

—Sí. —Sonríe acercándose más a mí—. Sé que te gusta.

Sus ojos buscan los míos con ese destello de amor y dolor que me pone más nervioso aún. Por un instante, casi se me olvida que estamos a punto de ir a un restaurante donde ella ha quedado con otro hombre.

—¿Has intentado contactar con alguien de fuera? —pregunto modulando la voz, como si eso bastara para descubrir la mentira.

Ella frunce la nariz y aparta un mechón de pelo a un lado.

—¿No confías en mí? —responde, pero percibo el temblor en sus pestañas, lo que me confirma que está nerviosa, aunque finja calma.

—No es eso.

—¿Has reservado mesa? —pregunta de pronto.

La observo un segundo más, leyendo su lenguaje corporal. Estoy decepcionado, pensaba que me lo contaría, aunque fuera en el último instante. Pero solamente cambia de tema.

—Sí —contesto breve—. Parece que esta noche hay un cóctel en el restaurante. Y una fiesta.

—¿Una fiesta?

—Así es.

—Entonces tal vez terminemos bailando —bromea.

Diablos.

Observo sus labios curvados en una sonrisa que no termino de entender.

«Es otra mujer», me repito.

O quizá yo sea otro hombre y aún no soy consciente de ello. La guerra ruge fuera, pero esta batalla, que es la más importante, se libra aquí, a puerta cerrada.

—No te los pongas —me frena cuando cojo los guantes de cuero —. No los necesitas, Máximo. Tus manos me gustan así, tal cual.

Las coge entre las suyas con una delicadeza que me arranca la última gota de cordura. Sus dedos acarician los nudillos, la palma,

las cicatrices marcadas en mi piel, como si quisiera memorizar cada línea.

—Oh, ojalá todo salga bien esta vez —dice emocionada, abrazándome en un arrebato.

Abro los ojos sorprendido cuando se aferra a mi cuello y pega su mejilla a la mía. Seré idiota, pero siento que a quien abraza de verdad es a Máximo Kovalenko, y no a la sombra de un monstruo, un rival o un marido impuesto por la vida. Es un gesto simple, pero me sacude tanto que enrosco mis brazos a su alrededor y la aprieto contra mi pecho con fuerza.

—Mi pequeña... —susurro desbordado.

Cierro los ojos y me obligo a no derrumbarme justo ahora, cuando más fuerza necesito. Presiono su cabeza contra mi cuello y le beso el pelo, inhalando su aroma. Pero, de repente, una realidad horrible me atraviesa de la cabeza a los pies: ella me está ocultando el mensaje de Barone. Me ha mentido diciéndome que quiere cenar en un restaurante. Está dispuesta a ir a ese sitio con tal de verlo.

¿Con qué maldito propósito?

Entonces, me separo de golpe, muy incómodo. Retiro las manos bruscamente y cojo los guantes de cuero.

—Máximo...

Los dedos me tiemblan, pero consigo disimularlo cuando me los pongo dándole la espalda. No puedo mirarla. No quiero. Y no es debilidad, es dolor y decepción. No saber cómo actuar.

Joder. La amo. La amo demasiado, y justo por eso sé que estamos al borde de una tragedia. Al borde de algo que sé que no soy capaz de controlar, y no soporto no tener siquiera el control de mi propio cuerpo.

—¿Qué te pasa? —pregunta, y esta vez la voz le sale casi cortante.

—Me pasa que estás demasiado amable, Anastasia —respondo girando apenas la cabeza—. No sé si es peor tu ira o tu amabilidad repentina.

Ella resopla y se cruza de brazos.

—¿En serio? ¿Ahora tampoco te parece bien? Decide lo que quieres de una vez. ¿No era esto lo que deseabas? ¿Borrón y cuenta nueva? —Me mira dolida—. Pero si no puedes con ello, dímelo y me ahorro el maldito esfuerzo.

Da un paso hacia la puerta sin mirarme siquiera. Es ella la que está harta de mis dudas, está claro. Pero, antes de que salga, la sujeto del brazo.

—¡Espera! —murmuro apretando la mandíbula—. Perdón. No es contigo. Me llegan muchos informes de Palermo, todo es un desastre. Los clanes de la Dinastía están enfrentados.

—¿Y Angelo? —me corta fulminante, con el ceño fruncido.

Suelto su codo, sintiendo cómo me atraviesa una punzada de celos que me remata.

—Es curioso —digo en voz baja, con la sangre hirviéndome en las venas.

—¿El qué?

—Que el padre no venga a por su hijo... —Cojo el bastón y me acerco a ella—. Además, ¿qué le dirás? ¿Cómo le contarás que has decidido quedarte con tu marido y que lo vuestro fue solo una... aventura? —Sigo apretando con fuerza la cabeza del bastón—. ¿Compartiréis la custodia? ¿En eso has pensado, Anastasia? Eso, en el caso de que ese cabrón siga vivo, por supuesto.

—¿Lo dices porque ya has tomado una decisión?

—La decisión está tomada desde hace tiempo —le respondo seco —. Y no me has respondido. ¿Qué le dirás cuando lo veas..., no sé, estos días o en unos meses o...?

Estoy a un paso de estallar, y solo sé que tengo ganas de llorar. Justo por eso me sale hablarle suspicaz y borde. Ya no soy dueño de mí mismo, aunque sé que debo reprimirme.

—Eryol... está llorando —responde al fin, casi en un susurro.

Se oyen los llantos del pequeño, así que se libera de mi agarre y sale al pasillo dejándome solo. Pero no la dejo irse. Bajo la escalera detrás de ella. Al fondo del recibidor, mi hermana y esa chica del prostíbulo nos esperan con el bebé en brazos.

Katia está nerviosa, ajustando el lazo de Eryol, que hoy lleva un pelele blanco impecable y unos zapatos diminutos, como si fueran a bautizarlo en vez de llevarlo a una cena donde probablemente yo acabe desenfundando la catana. Incluso el hecho de que se lleve al niño me parece peligroso, pero ella es la madre, yo no soy nadie para opinar sobre ese bebé. Quizá se lo lleve porque piensa largarse esta misma noche.

—Vaya, parece que la realeza baja por fin de la torre —ironiza Katia, guiñando un ojo a Anastasia.

—Niña, pero si parece que este hombre va a casarse otra vez, ¡y ese traje tan impecable! —añade la prima, ajustando su vestido—. Yo no tengo edad para tantas emociones.

Ignoro el comentario de la gitana y clavo los ojos en el exterior, asegurándome de que hay movimiento.

—¿Listas? —digo sin sonreír.

Pero entonces Katia da un paso al frente y, antes de que pueda apartarme, me pone a Eryol en los brazos.

—A ver, Imperator —susurra bajito—, hoy te toca cargar con el miembro más valioso de la familia.

Durante un segundo, no sé qué hacer. El calor de su pequeño cuerpo traspasa la tela de mi camisa y me quedo sin palabras. Eryol

me mira con esos ojos marrones enormes y se agarra a mi mano como si fuese un juguete.

Anastasia se acerca despacio.

—Cógelo así —me indica en voz baja, acomodándole la cabecita contra mi pecho—. Le gusta sentir los latidos, suele calmarse.

El niño solloza un poco al principio, incómodo con el cambio, y yo me quedo tenso, sin atreverme siquiera a respirar. Sus dedos diminutos se aferran a mi chaqueta con fuerza. Eryol alza entonces la cara y me observa con los ojos todavía húmedos, como si intentara recordar cada rasgo.

Cielos. Es un niño guapísimo, y sus largas pestañas hacen que su mirada se vea muy profunda.

—Tiene hambre cada tres horas —susurra Anastasia—, pero ahora tiene cólicos. Si le hablas, se queda muy atento. Reconoce las voces más de lo que parece.

No digo nada. No puedo. Solo balanceo los brazos con torpeza, copiando el movimiento que ella hacía antes. Y entonces ocurre. Eryol deja de llorar. Su pequeña boca se arquea y me sonríe, fundiéndome lentamente.

El silencio dura apenas un segundo, porque enseguida Katia rompe a aplaudir como la exagerada que es.

—¡Ole tú! —susurra—. El niño ha notado los brazos de papá.

«Papá».

Maldita sea.

El nudo en mi garganta se hace más grande. Siento el peso de ese niño en los brazos, y su fragilidad hace que me pregunte si alguna vez he sido capaz de proteger algo tan puro. La vista se me nubla con lágrimas amargas, y aprieto tanto la mandíbula que me duele.

Entonces, la puerta de uno de los pasillos se abre y aparece Igor, impecable con un traje oscuro, las cicatrices recientes en su cara. Ya

está afeitado y lleva el cabello mojado. Anastasia se lanza a su cuello en cuanto lo ve, estrechándolo con una fuerza desesperada. Él la envuelve entre sus brazos, apretándola también.

—Gracias... —susurra él, mirándome de reojo.

Asiento apenas, sigo marcando las distancias, no quiero que piense que he perdonado su traición. No es olvido ni perdón, solo respeto. Y todo porque quiero recuperarla. Porque quiero luchar por ella, aunque duela, y esto que sujeto entre los brazos es un recordatorio constante de lo difícil que será todo. Pero me da igual, la quiero y punto.

—Bueno, bueno, que nos vamos a quedar sin cena y sin mesa. —Mi hermana da dos palmadas—. Yo tengo hambre, el niño también, y si Anastasia no come a su hora, es capaz de declararnos la guerra.

—Oye, que yo solo ataco con cuchillo y tenedor —responde Anastasia, pero a continuación la alcanzo de dos zancadas y le suelto al niño en brazos.

—Voy a ver si están preparados los coches.

Mentira. Camino deprisa porque necesito aire. Mucho aire. Y también concretar los últimos detalles. Marco se acerca a mí mientras revisa el móvil con la aplicación de la empresa.

—Todo el perímetro está cubierto —musita en ruso, sin levantar la vista—. Los sensores térmicos y las cámaras del local están «en mantenimiento», así que controlamos todos los accesos en tiempo real.

—¿Y el interior?

—Nuestros hombres ya están camuflados entre el personal. Dos en la barra, uno en la cocina y otro en la puerta de servicio. Todos llevan microauricular y el botón de alerta integrado en el reloj.

Hace una pausa, bajando el tono.

—Si detectamos cualquier movimiento raro, activamos el código A y bloqueamos los accesos del salón principal.

—Bien —asiento ajustándome los guantes—. ¿Los alrededores?

—Controlados en un radio de al menos un kilómetro.

—Quiero localizadores en la señora y en la manta del niño —le indico en voz aún más baja—. Por si acaso.

—Sin problema.

Probablemente use un alfiler GPS, tan discreto que apenas se percibe.

—Esta noche, nadie puede bajar la guardia, Marco. Nadie.

Cuando las chicas e Igor están fuera, reparto las órdenes en voz baja. Anastasia, el bebé y yo en el primer coche. Katia, Milena e Igor en el segundo, con mis hombres delante y detrás.

Todos asienten, salvo mi hermana, como era de esperar.

—¡No! —exclama—. El pequeño guerrero se viene con nosotros, me parece que mamá y papá tienen que hablar.

Nos mira de reojo, y aún me cuesta asimilar lo jodidamente lista que es. O eso o me conoce demasiado bien.

—Gracias, Katia —le responde ella mientras le da un beso apretado al bebé en la mejilla—. Te quiero, mi amor. Luego ves a mamá.

Espero a que ella monte primero y después lo hago yo. El silencio en el coche es espeso, incluso parece un campo lleno de minas que temes que estallen a cada paso que das. Fuera, las luces del paseo costero salpican destellos, pero dentro solo hay oscuridad y nuestro aliento desbocado.

Anastasia mira por la ventanilla ausente, con los labios apretados y las manos entrelazadas sobre el regazo. Demasiado tranquila. No hemos hablado casi nada desde que arrancamos.

—Estás muy callado.

Sigue la línea de mi mandíbula con los ojos, como si necesitara grabarse cada detalle de mi rostro. Quizá lo esté haciendo porque jamás me volverá a ver.

—Dicen que, si la guerra te roba el habla, estás muerto antes de empezar —le respondo en un susurro.

La frase suena a dicho popular, pero en realidad es una advertencia para mí mismo. Ella se mueve en el asiento y, sin avisar, apoya la mano sobre mi muslo. El gesto es sencillo e íntimo, y el cariño con el que me está tratando es el mismo. La miro de reojo.

—Bueno... —dice bajando la voz—. Olvidémonos de guerras, aunque sea por un día. Vamos a un restaurante a cenar y a pasarlo bien.

¿A un restaurante a pasarlo bien?

La observo, aún consternado.

—Siempre haces eso —digo seco—. Hablar del mañana, como si el hoy estuviera garantizado.

—Y tú siempre te aferras al pasado, Máximo —replica—. Pensé que después de todo lo que hemos vivido mirarías más al futuro. Ya veo que no has aprendido nada.

—¿Y tú qué has aprendido?

—A perdonarte —me suelta con voz tajante—. ¿Te parece poco?

Su respuesta se me clava en el pecho como un cuchillo. Permanecemos unos segundos más en silencio, pero ella vuelve a hablar con serenidad. Sin embargo, sé que es una tapadera, le tiemblan las manos.

—Cuando todo esto pase, quizá podríamos irnos unos días —prosigue con una sonrisa suave—. Los tres. Eryol, tú y yo. A algún sitio donde nadie nos conozca. Al fin y al cabo, estábamos muertos para el mundo.

Aprieto la mano con fuerza en el asiento mientras ella mira por la ventana. Trago saliva, porque el recuerdo de todo lo que hemos vivido en este tiempo me golpea de repente.

—Para ti también estuve muerto.

Ella gira el cuerpo hacia mí. Aprieto el puño, con el corazón quebrado en el pecho.

—En realidad, nunca me lo creí —responde—. Y, aunque no te lo preguntara, tengo mucha curiosidad por saber cómo conseguiste sobrevivir.

La miro aturdido. Es cierto, ella jamás me lo preguntó y yo tampoco se lo conté. Quizá porque necesitaba olvidar esos momentos horribles que viví y centrarme en lo que era verdaderamente importante: el presente. Aun así, cojo aire con fuerza y le respondo.

—Me encontró un anciano —redirijo mi mirada al frente—. Desperté en una casa pequeña, en un pueblo monegasco, cerca del río. No recuerdo nada, parece que entré en coma.

De repente, aprieta mi mano. Yo también aprieto la suya, e intento mantenerme fuerte. Odio estos malditos momentos de vulnerabilidad.

—¿Y cómo conseguiste encontrar a Katia?

—Ese buen hombre vio una noticia en la televisión. Yo figuraba como desaparecido. Allí salía un número de contacto por si alguien sabía algo. Después, simplemente le pagamos para que mantuviera la boca cerrada.

Mi voz no tiembla. Al menos, por fuera.

—Me llevaron a un refugio en Montecarlo. Estuve meses en coma. Al poco de despertar... —esbozo una sonrisa cruel—, adivina qué fue lo primero que supe.

—Que me iba a casar con otro.

—Exacto.

—¿Podrías culparme después de cómo me mentiste? ¿Después de hacerme creer que compraste una esposa porque no te fiabas de las mujeres de tu alrededor?

—No. Pero pensé que lo que construimos en Montecarlo fue real —digo con un hilo de voz.

—Máximo...

Tenso la mandíbula, pero intento controlarme.

—¿Y tú? ¿Podrías culparme por sentirme traicionado?

—Fue la prensa —se apresura a decir—. Todo fue una mentira.

La miro atónito. Me giro en su dirección, histérico.

—No sé por qué me da la impresión de que me estás ocultando cosas, Anastasia. Y ojalá no me entere de que ese cabrón te estaba presionando para que lo aceptaras en tu vida, porque entonces...

—No —niega con un brillo extraño en los ojos, y eso me jode—. Angelo nunca me presionó, todo lo contrario. Siempre me ha apoyado. Incluso más que... mi propio padre.

Ahí. Justo ahí. La ira me estalla en el pecho una vez más, y por un momento incluso juraría que ella siente la misma ira al pronunciar esas palabras.

—Entonces, ¿qué me dices del bebé y de esa maravillosa pedida de mano que interrumpí? —suelto con veneno.

Ella guarda silencio y, luego, hace referencia al futuro. Otra vez.

—¿Y si te dijera que tenemos que hablar? —pregunta firme, mirándome a los ojos—. Es algo muy importante.

—Hablemos.

—No... —dice frotándose las manos en el regazo, como si estuviera nerviosa—. Ahora no es el momento. Me gustaría hablar contigo esta noche, cuando volvamos. Con calma y sin gritos.

—¿De qué? —repito con una sonrisa ladeada.

—De nosotros. Quizá haya llegado el momento de cerrar etapas.

—Maldita sea... —murmuro apretando los labios.

«Cerrar etapas».

Diablos. No soy capaz de responderle, solo me tenso en el asiento. ¿Qué me va a decir?, ¿que se irá con él? ¿Que se ha dado cuenta de que quiere volver con el padre de su hijo y que no significo nada para ella?

Puede que sienta atracción por mí, puede que me desee y se aferre a todo eso que vivimos en Montecarlo. Puede que incluso tenga dudas de lo que siente, pero no tiene claro que me ama, y eso me confirma que lo ocurrido hoy entre nosotros ha tenido el único objetivo de mantenerme controlado para llegar hasta aquí.

Algo se rompe en mi pecho, porque las dudas me destruyen. Esto tan profundo que siento por ella me destruye. Entonces, el silencio vuelve a instalarse entre nosotros. Asumir que piensa hablar conmigo para «cerrar etapas» y despedirse de mí destroza mi puta cabeza al completo.

—¡Joder! —Alzo la voz, sin poder controlarme más—. Dime la verdad. Sé que Barone te ha mandado una nota citándote en el restaurante. ¡Lo sé todo!

Ella se queda helada, con los ojos fijos en los míos, y tarda un segundo en reaccionar.

—No es lo que crees, ¿vale? —suelta con los ojos agrandados; se ha dado cuenta de que la he descubierto.

La furia me nubla la vista, y siento náuseas.

—No es lo que creo, ¿eh? —Le atrapo el brazo y la acerco a mí—. Entonces, ¿por qué coño no me lo has contado? ¿Por qué me estás diciendo todas estas porquerías de un futuro juntos si estás a punto de verte con otro hombre a mis espaldas?

Su mirada cambia, y frunce esos labios rojos que me llevan al infierno.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso ya da igual —le digo furioso, apretándole el codo—. Eso importa una mierda ya, ¿comprendes?

—Máximo...

—¡Maldita sea! —le digo dolido—. Podrías haber confiado en mí.

—No podía contarte nada. No cuando la ira y los celos te ciegan. Yo solo necesitaba hablar con Angelo porque es algo de vida o muerte, ¿comprendes?

—Ya veo lo importante que es verlo, tanto que prefieres mentirme —le digo con la cabeza a punto de estallar—. ¿De verdad ibas a fingir hasta el final? ¿También has fingido esta tarde cuando te has acostado conmigo, eh? ¿Eso también era parte del puto teatro?

La veo encogerse, como si le hubiera dado una bofetada. Pero no retrocede.

—Ojalá no lo hubiese hecho —dice con los ojos vidriosos—. Ojalá no te hubiese abierto mi corazón.

—¡Anastasia! —grito en su cara, acercándola más a mí—. Lo he sabido todo desde el momento en que le he dicho a Catalina que te entregara esa nota. ¿Y sabes qué? Estaba dispuesto a dejarte ir. Estoy... —recalco la palabra con firmeza— dispuesto a dejarte ir con ese hijo de puta, si eso es lo que quieres.

—¿Has sido... tú? —pregunta atónita.

—Ecaterina. Ha sido ella quien ha traído la nota, es por eso por lo que la has visto. Ha venido de parte de Barone, y créeme que he estado a punto de estrangularla con mis propias manos.

—Máximo... —dice conmovida—, ¿estás diciendo que me has tendido una trampa?

—Quería comprobarlo con mis propios ojos.

—Con ayuda de Ecaterina.

—Al menos, ella no me miente. No finge —suelto—. Ni siquiera sé quién eres esta noche, joder. No sé quién demonios eres ni lo que quieres de mí.

Sus ojos se humedecen, pero no me aparta la mirada. Sigue enfrentándome con la misma mirada llena de valentía y fuerza. Sé que todo se está yendo al cuerno, pero no puedo más, no puedo mentirle sobre cómo me he enterado del plan de Barone, y siento que he llegado a mi límite.

—¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Que sería capaz de traicionarte? —susurra sorprendida.

La miro confuso. Los celos y el cabreo que siento aún me encadenan.

—Entonces no tienes nada más que temer, Máximo Kovalenko —continúa con voz rota—. Si de verdad me tienes tan poca fe..., para el coche.

—Yo...

—Para el maldito... coche —repite firme.

Me callo, pero no doy la orden de que detengan el vehículo. No puedo, y lo sabe. Sus ojos se llenan de lágrimas que no llegan a caer, pero duele igual. Todo lo que creí que habíamos empezado a reconstruir se nos viene abajo como un castillo de naipes.

Siento que la estoy perdiendo. De verdad. En este maldito instante.

Y entonces, sucede: el mundo estalla. Primero es un zumbido en los oídos, después, el asfalto tiembla y un fogonazo blanco lo devora todo: el primer coche de seguridad explota delante de nosotros, un estruendo sordo que revienta el aire y hace crujir el cristal del parabrisas. El calor golpea nuestro coche como una ola y los restos llueven sobre el capó.

Y, de repente..., un rostro toma forma en mi mente.

La bomba me ha devuelto una parte de la memoria que perdí.

Hace más de un año. El puente. Montecarlo.

Igor.

Siento que el aire me falta y los oídos se me llenan de ese pitido insoportable que deja la pólvora. Lo comprendo. Ahora comprendo por qué anoche, en el prostíbulo, me dijo que me salvó la vida. Fue Igor quien me empujó del puente, justo segundos antes de que todo estallase. ¡Fue él quien me salvó de una muerte segura!

Abro los ojos cuando las ruedas quedan clavadas sobre el asfalto al frenar de golpe. Los cinturones nos lanzan hacia delante, y la cabeza me retumba.

—¡Mierda! —jadeo, y en el mismo segundo oigo el grito de Anastasia a mi lado.

No pienso. Actúo. Me abalanzo sobre ella, la cubro con mi cuerpo, encajo su cabeza contra mi pecho y aprieto fuerte, como si pudiese absorber el impacto. Siento sus uñas clavarse en mi espalda, sus hombros tensos y el temblor en sus piernas.

—No te muevas —susurro sin aliento.

El cristal delantero está agrietado, apenas veo nada, solo humo y chispas. El chófer intenta comunicarse con los ocupantes del otro coche, pero las interferencias lo ensordecen todo. Me mira por el retrovisor, esperando órdenes que no llegan. Siento la sangre martillear en mis sienes, y el miedo de que algo malo les haya ocurrido me aplasta contra el suelo.

No soy capaz de hablar, simplemente la miro. Sus ojos quedan fijos en la carretera y su mano aprieta la mía.

—Eryol...

Es lo último que oigo antes del caos.

Demonios.

La realidad es aplastante: no soy yo el que ha tendido la trampa esta noche. Han sido ellos.

25

En sus brazos

Anastasia



Todo cobra sentido, una y otra vez. Porque tú estás a mi lado.

El silencio no existe después de la explosión, solo ese pitido agudo y esa luz deslumbrante que se te hinca en los oídos y en los ojos. No siento el cuerpo, salvo el tirón del cinturón clavado en mi pecho y el peso brutal que me aplasta contra el asiento.

Máximo.

Su cuerpo cae sobre mí y me cubre entera. Me encaja la cabeza contra su pecho con tanta fuerza que me cuesta respirar. Veo el destello rápido de un fogonazo a unos metros. Oigo el silbido seco de la onda expansiva. El chófer intenta maniobrar, pero el vehículo tiembla, frena en seco, y una rueda chirría contra el asfalto.

Huele a humo y apenas me mantengo consciente. El parabrisas es ahora una telaraña de grietas, los destellos naranjas de delante parecen el infierno abierto sobre la carretera, y el coche de seguridad que iba primero ya no es un coche. Es una bola de fuego.

Intento salir del vehículo, pero él me lo impide.

—No te muevas —me gruñe al oído.

Su voz me llega deformada, ahogada tras el pitido.

Parpadeo. Noto el sabor metálico de la sangre en la boca. Algo caliente me resbala por la sien, y no sé si es mi sangre o la suya. No importa, lo único que me importa es mi hijo.

—Eryol...

La imagen de su mantita blanca impecable, el lazo azul, sus manos aferrando la camisa de Máximo poco antes, me atraviesa el pecho como otra explosión.

Y, sí, ahora todo cobra sentido.

«Mikhail Romanov..., maldito asesino», susurro para mis adentros.

Recuerdo la conversación. Un escalofrío me recorre la espalda rememorando la foto y las palabras de Milena.

«—¿Estás segura? —le pregunté.

»—Segurísima, Ana —me respondió minutos atrás—. Es él, aunque aquí se viera mucho más joven. Se subió a uno de esos coches de lujo y salieron deprisa del pueblo, dejándolo todo en llamas».

«No puede ser», pensé.

Pero sí, podía ser. Joder. Claro que podía ser. Mi puto padre acabó con los Valkov cuando fue a buscarme a Serra Rosa. Lo hizo para incriminar a Máximo. Pero ¿por qué Nina decidió acompañarlo?

Maldita sea.

¿Cómo pudo irse con el mismo hombre que asesinó a su familia?

Quizá no supiera la verdad. Quizá él la amenazó.

¿Sería él capaz de hacerle daño a su propio nieto?

Estoy delirando, aun así, la ansiedad me puede, y solo sé que necesito salir de aquí. Pero Máximo me sujeta con mucha fuerza, examinando la carretera y lo que ocurre delante de nosotros. Su

antebrazo cruza mi pecho y me clava contra el asiento. Su cuerpo es un muro.

—¡Eryol está en el otro coche, joder! —le espeto entre dientes, con el pulso desbocado.

Trato de incorporarme, pero mi cuerpo no responde. La ansiedad me nubla la vista, y solo sé que necesito llegar a mi bebé. Tocarlo. Saber que respira.

—¡Escúchame! —Sus ojos me taladran, obligándome a permanecer quieta—. Es peligroso. Mírame... —Sus manos atrapan mis mejillas—. No voy a dejar que nada malo os pase.

El pecho se me encoge.

—¡Y me da igual que no sea su padre! —continúa con un susurro intentando tranquilizarme—. Me da igual todo, Anastasia. Ese niño es tuyo, y todo lo que es tuyo es mío. Lo voy a querer y a proteger con mi vida..., te lo prometo.

El aire se me queda atascado en los pulmones y es como si no pudiera reaccionar.

—Déjame salir, por favor...

—Confía en mí ahora, maldita sea —murmura—. Cinco segundos. Solo cinco. Y te llevaré hasta él, aunque deba arrastrar medio infierno conmigo.

Pero no tenemos ni cinco segundos. La ventanilla explota en mil fragmentos. Una lluvia de cuchillas transparentes cae dentro del coche y oigo a alguien gritar fuera. El humo no me permite ver ni lo que ocurre a medio metro.

—¡Agáchate! —me grita—. Tranquila, no tienen ningún motivo para hacerle daño al niño, es a mí a quien quieren.

—Te equivocas. —Alzo la mirada hacia él, muerta de miedo—. Él sí podría hacerle mucho daño...

—¿Él...? —susurra—. ¿Quién?

Máximo está a punto de añadir algo más, pero de repente identifico a los Dragones a un paso. Quizá los hombres de Barone también están y han disparado contra nuestro coche. No sería nada sorprendente, son socios. Aun así, sé que Angelo no sería capaz de hacerme daño, y a Eryol tampoco.

Dios. Me estoy volviendo loca.

No puedo esperar más, y entonces lo hago. Me escurro bajo su antebrazo aprovechando el instante exacto en que gira la cabeza para evaluar el flanco derecho. Abro la puerta de un empujón y salgo del coche antes de que pueda detenerme.

—¡Anastasiaaa! —ruge a mi espalda.

El aire me golpea la cara como una ola de fuego. El humo me ahoga y no me deja ver. El suelo vibra bajo mis pies mientras corro hacia el coche donde sé que está mi hijo.

—¡Te dije que esperaras, joder! —grita Máximo mientras sale tras de mí.

Una espada impacta entonces contra el parabrisas y atraviesa al chófer al instante. El sonido seco de cristales me hace agacharme por puro instinto. Resbalo, caigo de rodillas y me arrastro hasta quedar protegida tras la rueda reventada.

No tengo armas, solo mis manos vacías y el corazón a punto de salírseme del pecho.

Delante de nosotros, cortando completamente la carretera, hay dos o tres todoterrenos. Apenas distingo movimiento y no sé si los demás siguen en el coche. Muevo la mano intentando desvanecer el humo que me irrita la garganta y enseguida veo a los hombres de Mikhail. Los Dragones Blancos avanzan desde ambos lados en formación cerrada, con pasos sincronizados y catanas en mano.

Máximo llega pronto a mi lado y se coloca delante de mí, cubriéndome con su cuerpo. Su catana ya está fuera del bastón, y el

acero refleja las llamas como si ardiera por dentro.

—¡Estás completamente loca! —gruñe sin girarse—. ¡No vas armada!

—¿Acaso crees que importa? —le digo entre dientes—. ¡Hay decenas de ellos!

Miro el vehículo que nos seguía, lleno de agentes, pero todos están carbonizados y el coche está a varios metros, de costado sobre la calzada.

—¡Maldita sea!

Máximo avanza un paso, pero uno de los Dragones nos localiza y arroja una catana. Él la esquiva y logra cortar el cuello del hombre, el filo entra limpio y la sangre brota a presión. El cuerpo cae en silencio mientras la sangre mana. Todo sucede en segundos.

—¡Atrás! —me ordena sin mirarme.

Cuando el humo empieza a disiparse, la escena se recompone ante mis ojos por fragmentos, como una pesadilla mal montada. A unos veinte metros, ligeramente a la izquierda del todoterreno central, Katia forcejea con un Dragón que la acorrala contra el capó. Él la supera en altura y peso, intenta estrellarla contra el metal, pero ella se mueve con furia, lanzando cortes rápidos con una navaja, buscando tendones, carne blanda, cualquier punto vulnerable.

Un par de metros detrás de ella, Igor mantiene a raya a otros dos hombres. Pelea a puñetazos, cubriendo el flanco de Katia como un muro humano, recibiendo golpes que no parecen hacerlo retroceder.

—Confiesa —le gruñe Igor mientras bloquea un golpe—. Echabas de menos estas fiestas, ¿eh?

Katia ni se inmuta. Le responde con los labios apretados, justo antes de lanzarle una patada en la espinilla a su contrincante.

—Un poco. Mis patadas han mejorado, ya verás cómo duele si te pillo por medio.

Él se ríe, jadeando, y remata a su adversario con un codazo certero.

Más atrás, casi pegada al arcén derecho, Milena sostiene a Eryol contra el pecho, protegiéndole la cabeza con el antebrazo. Está inmóvil, paralizada por la situación, pero cuando me ve, levanta una mano con un gesto breve, tembloroso.

Está vivo.

—¡Eryol! —grito.

Mi voz atraviesa la carretera, porque uno de los rusos tira de ella y le arranca el bebé de los brazos. Es Grigori, uno de los subalternos de Mikhail y el encargado de mi seguridad todo este tiempo. Hasta Grigori actúa como un robot, y no le importa que esté condenando a una madre a estar sin su hijo. Pero no sé por qué me sorprende, son asesinos, sin conciencia ni alma. Él incluido. Máximo.

Cuando gira la cabeza hacia mí, me doy cuenta de que sus ojos están encendidos.

—¡Quédate detrás de mí! —me ordena—. ¡No te separes!

—¡Eryol! —vuelvo a gritar—. ¡No lo toques!

Aunque corra como una desquiciada, con los dientes apretados y ganas de enfrentarme a quien haga falta, siento de repente un brazo enroscado en mi cintura, frenándome en seco.

—¿Qué haces, joder? —le grito a uno de los Dragones que conozco.

—¡No le pongas las putas manos encima! —le grita Máximo, que llega desde atrás y lo atraviesa con la espada, separándolo de mí deprisa—. ¿Estás bien?

Su abrazo me conmueve y le agarro la mano cuando me rodea la cintura atrayéndome más hacia él.

—Grigori... —Me acerco lentamente al hombre barbudo con el que tantas veces he conversado estando en la casa de Romanov—. Por

favor... —le ruego—. No sé qué está pasando, pero entrégame a mi hijo.

—Lo siento, señora.

Agacha la cabeza y sigue sujetando a Ery, sin intención de entregármelo.

¿Cómo que lo siente? No entiendo nada de todo esto.

—¡Soy la que manda, maldita sea! —le grito caminando furiosa hacia él, pero dos rusos que parecen dos montañas se colocan delante como una pared de hormigón, bloqueándome el paso.

Me detengo en seco y, cuando giro la cabeza, veo que un coche negro de lujo avanza desde el fondo de la carretera cortada. Lento e impecable. Los Dragones se abren para dejarlo pasar y el vehículo se detiene frente a nosotros.

La puerta trasera se abre y él baja.

Mikhail Romanov.

Traje oscuro perfecto y abrigo largo. Rostro de piedra. El mismo maldito hombre que incendió Serra Rosa y que, por desgracia, me dio la vida.

El silencio pesa, y siento las piernas tensas, las manos todavía temblando por el eco de la explosión. Máximo está justo detrás, no veo su expresión, pero seguramente lo mira igual de sorprendido que yo.

Romanov alza una mano, pausado, y su voz resuena clara:

—*Syurpriz...*[1]

El sonido me atraviesa el pecho, porque su tono de voz es seco. Demasiado.

Quedo completamente atónita cuando, a su derecha, entre las sombras que proyectan los focos de los todoterrenos, se mueve una silueta.

Ecaterina.

La maldita rubia sale del coche mirándonos por encima del hombro, con esa arrogancia que siempre la ha caracterizado. Su vestido es oscuro, señal de que sigue manteniendo el luto después de la muerte de Vladím, pero sus labios son rojos como la sangre. La expresión en su rostro es serena, incluso diría que imperturbable. Ni siquiera parpadea cuando sus ojos se cruzan con los míos.

Siento un latigazo de incredulidad.

—Tú... —musita Máximo, avanzando al frente—. ¿Qué... has hecho?

Al instante, un ruso lo bloquea, agarrándolo por los brazos, y otro le pisa el tobillo con la bota. Máximo la mira como si le hubieran disparado de cerca, con el mismo rostro desencajado que el mío.

—¡No lo toquéis! —grito con la garganta áspera.

Ecaterina no retrocede. Avanza dos pasos hasta colocarse junto a Romanov, casi rozándole el brazo.

—Lo siento, Imperator. —Su acento ruso resbala por la palabra como veneno—. Podrías haberlo evitado. Si tan solo me hubieses perdonado y me hubieses dejado seguir a tu lado, nada de esto habría pasado. Pero tú la elegiste a ella, incluso después de dispararte y follarse a otro.

Veo cómo a Máximo le tiemblan los labios, porque lo está entendiendo todo, al igual que yo. Romanov ni se inmuta, solamente me mira con desprecio por haber elegido quedarme con el hombre que tanto odia.

—La nota era mentira... —dice Máximo con voz gutural, sin dar crédito—. Lástima de tu padre y de mí, que me tragué el cuento.

—La nota es real —rebate Mikhail—. Ahora mismo, Barone está en el restaurante, esperando; eso, si sigue vivo. Nadie sobrevive a la furia de los Dragones ni al acero, Kovalenko. A nuestro acero, por supuesto. El tuyo es solo una imitación barata de aficionados. Eres

únicamente un payaso de circo que intenta ponerse a mi altura, pero no me llegas ni a la suela de los zapatos.

Hace una pausa mientras sonríe con malicia.

—¿Eso crees? —Máximo se ríe jocoso—. Ese acero barato es el que ya ha acabado con todos tus escuadrones. ¿Has contado los hombres que te quedan?

—Más de los que crees.

—Bueno, no he contado a los sicilianos —añade este.

—No iba a ser tan imbécil como para fiarme de los hermanos Barone. Los europeos... —nos barre a todos con la mirada— son blandos y enormemente estúpidos. Sabía que rompería el trato que hicimos, y todo por tu jodida culpa, Kovalenko.

Oh, Dios. ¿Cómo he podido confiar en este hombre durante tantos meses?

Entiendo perfectamente que Angelo quisiera retirarle la ayuda, este demonio es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Pero ¿sabes cuál es el problema? —continúa Romanov—. Que puedes ser estratega en la manipulación, pero en el combate sigues siendo una mierda.

Un Dragón golpea a Máximo en el costado con el mango de la espada. Él protesta con un codazo en su mandíbula, pero no puede hacer más, porque le arrebata la catana de un tirón y le asesta dos fuertes puñetazos mientras uno lo tiene inmovilizado.

—¡Basta! —chillo, con lágrimas ardiendo en los párpados—. ¡No lo toquéis!

Lo veo encorvado, jadeando. El sudor brilla en su frente y la sangre le resbala por la comisura de la boca. Pero no aparta la vista de Ecaterina.

—¿Contenta? —le lanza un rugido—. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, ¿verdad?

Quiero ir hacia él, pero otro Dragón me bloquea. Katia, Igor y Milena aparecen arrastrados por al menos cinco Dragones más. Los ojos de Katia destellan odio; Milena se aferra al brazo de Igor, que parece una fiera acorralada, con la camisa rota y los pómulos llenos de arañazos.

Y entonces, el corazón se me dispara. Grigori le entrega a mi hijo a Mikhail, y este lo sostiene entre sus brazos como un trofeo. El bebé me busca con los ojos vidriosos y mueve los brazos hacia mí.

Siento un frío glacial subiéndome por la espalda.

—Mikhail..., dámelo —le suplico, temblando de rabia y miedo—. Dámelo.

Él mira a Máximo, a Ecaterina. Después clava los ojos en mí, como si deseara destruirme.

—Qué decepción, hija —dice, casi con ternura—. Verte aquí, junto a él, traicionando a tu sangre y tu apellido.

Escupe la última palabra con odio, porque sé que no me lo perdonará.

—Tú no eres mi apellido —le gruño con el corazón a punto de rompérseme—. Tú eres una vergüenza.

Me acerco, ignorando el temblor de mis piernas y los dedos crispados por la impotencia.

—¡Eres un asesino! —le espeto con el alma rota—. Mataste a mi familia en Serra Rosa.

—¿Tu familia? —Se ríe con rabia—. Ya veo..., justo por eso no mereces criar a mi nieto. Porque eres una maldita traidora, digna del destino que te espera, Anastasia. Ya elegiste tu camino, y pagarás las consecuencias.

Sus ojos negros se estrechan como los de un animal que acaba de recibir un mordisco inesperado.

—¡Es mi hijo, maldita sea! —le grito acercándome más a él, dispuesta a arrancarle a Eryol de los brazos. Incluso a arrancarle el alma si hiciese falta.

Pero él me agarra por el cuello con su enorme mano cuando estoy a un palmo de recuperar al bebé, y sus ojos me taladran con odio. De repente, la respiración se me corta como si se tratase de un cuchillo que secciona mis vías respiratorias, y no soy capaz de decir nada.

—¡Quítale las putas manos de encima a mi mujer! —El rugido de Máximo parte el aire como un trueno, pero no llega a mí. Un quejido de dolor se oye a mi espalda.

Doy por hecho que lo están golpeando con violencia.

Y yo no puedo hacer nada.

«¡Oh, joderrr!».

Al momento se oye un puñetazo y veo a Igor, que se zafa de los Dragones que lo sujetan y se lanza hacia nosotros, haciendo que Mikhail se tambalee y libere mi cuello.

—¡No la toques! —le grita—. No toques a mi hermana, maldito degenerado.

«¿Qué?».

Tiro de Eryol y, por un segundo, lo recupero mientras asimilo las palabras que acabo de oír. Estoy tan bloqueada, mirándolos, que no me doy cuenta de cuándo Grigori aparece a mi lado y me lo arranca de los brazos.

—¡Noooooooooo! —chillo con lágrimas en los ojos cuando unas manos me inmovilizan desde atrás—. ¡Maldita sea! No puedes hacerme esto...

—*Sukin syn!*[2] —Romanov le atesta un puñetazo a Igor de vuelta y lo deja en el suelo—. ¡Cogedlo!

También lo inmovilizan. Son demasiados, y es muy probable que no salgamos vivos de esta. Entonces, caigo de rodillas, intentando liberarme del agarre de los cabrones que me sujetan desde atrás. Eryol está llorando, y mi alma desaparece poco a poco con su llanto de fondo, quedando nada más que el odio y la desesperación.

Veo entre lágrimas que Grigori le entrega el bebé a otro Dragón un poco más joven y lo mete en el coche.

—Claro, me había olvidado de ti, Sensei —dice Romanov tocándose la mejilla donde ha recibido el puñetazo de Igor—. Otro perro traidor y mentiroso.

Su puño acaba en la cara de este, que se revuelve en los brazos de los rusos.

—¡Romanoooooov! —ruge Máximo desde atrás—. ¡Es a mí a quien quieres! Déjalos en paz. Enfréntate a mí como un hombre. ¿O te da miedo que se repita lo del puente, eh?

Giro la cabeza y veo a Máximo de rodillas, con la cara cubierta de sangre y la cabeza alzada por la mano de uno de ellos, que le tira del cabello. Unas lágrimas se deslizan por mis mejillas, pensando que va a ser la última vez que vea su rostro.

¿Por qué no me he dado cuenta antes? ¿Por qué he perdido tanto tiempo con guerras absurdas y no he mirado en mi corazón?

Parece que puede leer mi mente, porque sus ojos también se llenan de lágrimas, sabiendo el destino que nos espera esta noche.

—Máximo...

—Tranquila... —susurra—. Lo lograremos...

Mi garganta está atorada y siento el duro suelo bajo las rodillas.

—¿Eso crees? —le responde Mikhail, obligándome a girar la cabeza—. ¿Crees que solo te quiero a ti? No es solo contigo,

Imperator —suelta burlón—. Todo aquel que me traiciona lo paga.

—¡Mikhail Romanov! —le chilla Igor, como un perro rabioso—. ¡Soy un traidor, mátame si quieres, pero a ella déjala en paz! ¡¿Te das cuenta?! —Sigue revolviéndose como una fiera—. Te quedarás solo y sin herederos, matando a tus propios hijos.

El aire se espesa cuando él vuelve a fijar su atención en Sensei.

—¿De qué mierda estás hablando? —le dice con los labios apretados, mirando a Igor con horror—. Que te haya permitido criarte como un Dragón y te haya dado un plato de comida no significa que lleves mi sangre. ¿Quién te crees que eres? Eres un criado. Un maldito criado que morirá por traidor.

—¡Lo soy, *papá*! —le grita con lágrimas en los ojos—. Soy un maldito criado porque mi madre lo fue. Yelena Karpova..., ¿te suena?

Me quedo helada, cambiando la vista de uno a otro. No entiendo nada.

«Dios mío, ¿qué es todo esto?».

—Soy tu hijo —dice con voz temblorosa pero firme—. El hijo de Yelena Karpova. La criada de Anna Romanova. La misma que mandaste asesinar el día que ayudó a huir a tu esposa con el hombre que amaba, Viktor Kovalenko. Por algo sería, ¿te lo has preguntado alguna vez?

Todo se detiene a mi alrededor, tan solo mi pulso aumenta tanto que siento un pitido en los oídos.

—¡Mentira! —le chilla este—. Esa zorra de Yelena jamás me dijo nada.

—¡Cállate! —Sensei aprieta los puños—. Tienes suerte de que no te aplastara la cabeza. Y si no lo hice, fue por mi hermana. Pero cuando Anastasia se fue, entendí que ya no tenía nada que perder. ¿Quién crees que intentó envenenarte? —Se ríe, con lágrimas en los ojos—. Nina se dio cuenta, si no, ahora estarías muerto.

—¿Fuiste tú?

—*Papá*... —dice este enloquecido—. También estuviste a punto de estallar en pedazos hace un par de días, antes de irme al aeropuerto. Es una lástima que no lo lograra.

Mi cerebro rechaza la información y muevo la cabeza desconcertada. Mi estómago se contrae y siento que voy a vomitar cuando miro a Mikhail. No hace ningún gesto, pero los ojos... los ojos se le abren una fracción de segundo que solo alguien como yo, que ha aprendido a leer a los depredadores, podría detectar.

—Hijo de puta...

Nadie se atreve a respirar. Miro a Máximo y él me mira a mí. En su mirada no hay triunfo, ni siquiera un «te lo dije». Tan solo una verdad cruda: el enemigo es más monstruoso de lo que podríamos haber imaginado en nuestras peores pesadillas.

Y yo...

Yo, de repente, ya no soy solo la hija de un asesino. Soy también la hermana de su bastardo. A continuación, miro a Igor atentamente y, aunque su rostro se vea manchado de ceniza, lo veo todo más nítido: la curva de la mandíbula, el color de su pelo, la rabia en la mirada, la manera de apretar los labios. Él siempre se pareció a mí y a él..., a ese monstruo que no se merece que lo llamen «padre».

He estado ciega. Tan tan ciega...

«Esa es mi jefa. Eh, *parny*, ella es la única que sabe tocarme el corazón».

Las palabras cariñosas de Sensei se repiten en mi mente, una y otra vez. Su simpatía y la protección que siempre me ha mostrado. Su gran dedicación con mi entrenamiento. Su admiración por Máximo y todas las veces que lo ha defendido, dejándome con la boca abierta.

Porque él ya sabía quién era Romanov. Sabía que asesinó a su madre, una mujer fiel a Anna.

«No le temo a la muerte, Imperatritsa. Siempre y cuando tú estés a salvo», decía.

El rostro de Romanov se contrae de furia, como si las palabras de Igor hubieran abierto una grieta impensable para alguien como el Zar. Sus ojos, antes de hielo puro, se tornan negros, no por la oscuridad, sino por el orgullo herido de un hombre que jamás ha aceptado que tuviera debilidades.

Entonces, su mano se desliza bajo el abrigo con un movimiento rápido, y lo comprendo antes de verlo. Su catana emerge con un destello frío, anunciando la muerte. Y no tengo tiempo para detenerlo, aunque quiera.

—¡No! ¡No lo hagas! —grito con una voz que no reconozco.

Maldita sea. Siento la opresión de los Dragones en mis muñecas y tan solo puedo abrir mucho los ojos con rabia cuando Mikhail gira con destreza su muñeca y atraviesa el pecho de Igor. La respiración se me detiene cuando veo que la hoja entra por el costado y sale por la espalda con una explosión de sangre oscura que salpica el asfalto.

Sensei exhala un sonido que no es humano. Su cuerpo se arquea un segundo alrededor de la espada, como si aún intentara aferrarse al mundo, y después se desploma insoportablemente lento hasta caer de rodillas.

—Igor... —susurro.

No oigo mi voz, solo el golpe de su cuerpo contra el suelo. Siento que algo dentro de mí se parte de forma irreversible. Mikhail ha sido capaz de matar a su propio hijo, a... mi hermano.

—¡Oh, Dios, te voy a mataaaaaaaaaaar! —ruge Máximo con un grito que nace del fondo del infierno.

Y entonces todo sucede a la vez, en un caos perfectamente macabro. Máximo se impulsa hacia atrás y estampa su cabeza contra el rostro del Dragón que lo sujeta. El crujido del impacto suena a hueso roto. El hombre retrocede y el segundo no tiene tiempo de reaccionar. Él le arranca la catana de las manos con una fuerza salvaje y la lanza hacia Mikhail.

El tiempo se detiene.

La catana vuela delante de mí girando sobre sí misma, como un cometa de acero atravesando el aire. Me estoy volviendo loca, porque incluso parece que va a cámara lenta. Puedo seguir cada giro, cada destello, cada reflejo del fuego en su filo.

Impacta en el objetivo con fuerza. Se clava en el hombro de Romanov con un sonido brutal, sacándole a este un gruñido estremecedor de dolor. Miro cómo mi maldito padre se tambalea, dando un paso hacia atrás. La sangre empieza a empapar su abrigo oscuro y sus ojos se alzan hacia mí.

Me mantengo firme hasta que sucede lo peor. Lo que acaba de romper mi mundo.

Los ojos de Ecaterina están fijos en Máximo. Veo cómo alza un arma con una serenidad inhumana y percibo el brillo metálico del cañón.

«No. No. No. ¡Maldita sea!».

No pienso. No calculo. Ni siquiera dudo.

Mi cuerpo se mueve antes que mi mente y doy un paso al frente, colocándome delante de él. Aquí y ahora. Siempre. Porque ya no es mi cabeza la que piensa, sino mi alma, que guía mis propios pies. El horrendo pensamiento de que a él pudiera pasarle algo me mueve y me nubla la razón, como si no importara nada que no sea él.

El primer disparo me golpea en el pecho. Lo siento como un puñetazo de fuego que me atraviesa la caja torácica. El segundo

llega apenas dos segundos después, más abajo, en mi abdomen, profundo y doloroso. Una quemazón que me arranca lágrimas y un quejido que no puedo reprimir.

—¡ANASTASIA! —Su voz desgarrada me llega pausadamente, y el aire se me escapa de los pulmones de golpe.

Apenas siento mi cuerpo y el dolor ha desaparecido. Un frío denso y extraño me envuelve. El mundo se tambalea, y tan solo veo de reojo a alguien derrumbando a Ecaterina contra el suelo. Parece Katia. Veo a Romanov apretarse el hombro herido, mirándome con el rostro descompuesto. Los Dragones se mueven a cámara lenta.

Y después... lo veo a él. Su bello rostro sobre mí. Sus ojos oscuros y la cicatriz en la ceja. Sus labios apretados y ese adorable hoyuelo en la barbilla. Su mirada rota de dolor, que me atraviesa más que cualquier arma. Siento sus fuertes brazos sujetándome cuando mis piernas ceden.

—Máx... —No termino la frase.

Me atrapa antes de caer. Me estrecha contra su pecho con una desesperación salvaje, como si hacerlo pudiera anclarme a la vida. Su corazón golpea contra mi oído e intento agarrarme a su cintura cuando ambos nos desplomamos al suelo.

—No..., no... —solloza—. *Malyshka*..., mírame..., mírame...

Siento su cálido aliento en mi cara, pero yo apenas puedo respirar y los párpados me pesan.

—No cierres los ojos..., por favor —me suplica entre sollozos mirando horrorizado mi pecho—. ¡No! ¡Te lo prohíbo! —Su semblante se desfigura—. Quédate conmigo, ¡te lo ordeno!

Tiendo la mano hacia su rostro y lo acaricio.

—Eres tú en estado puro, Máximo... Mi villano favorito —susurro con una sonrisa, repasando sus rasgos.

—Y tú eres mi vida... —Atrapa mis mejillas entre las suyas y acerca más su rostro al mío.

—Máximo...

—Chisss, no te pasará nada, ¿vale? —Me besa la frente y cierro los ojos, disfrutando de sus labios—. No te puede pasar nada. Porque no podría soportarlo, ¿me oyes?

—Te dije que... —siento las lágrimas en mis ojos— nuestro cuento no iba a tener un final feliz. Y ojalá pudiéramos cambiar el pasado, pero ya es tarde. —Respiro hondo, sintiendo cómo la vida se escapa de mi cuerpo.

—¡Ooooooooh! —exclama feroz, besándome con amor—. No, nunca es tarde. Te amo, Anastasia, ¡Dios santo! Siempre te he amado. Sea lo que sea de lo que estén hechas nuestras almas, la tuya y la mía son idénticas, ¿recuerdas? Es por eso por lo que no puedes dejarme. Maldita sea..., sé que no podré vivir sin ti.

«Cumbres borrascosas».

Él lo recuerda.

Y quiero responderle. Maldita sea, ojalá pudiera.

Quiero decirle que siempre ha sido él.

Quiero decirle que me arrepiento de no haberle contado la verdad sobre el bebé, por miedo y desconfianza. De haberle disparado. De haber perdido tanto tiempo y haber librado tantas luchas sin sentido. Que lo amo con todo mi corazón.

—¡Abre los ojos, preciosa! —me grita, con las lágrimas resbalándole por el rostro —. ¡Oh, joder!

Mis labios apenas se mueven, y no consigo responderle. Las palabras se me disuelven en la boca, igual que la fuerza en el cuerpo. La oscuridad empieza a envolverlo todo con una suavidad aterradora. Y juro que no me importa morir, no con la imagen de su rostro sobre el mío. Hermoso. Destilando amor.

Cuando la muerte decide mirarte a los ojos, ya no existen juramentos ni promesas. Solo queda el último latido aferrándose a su voz. Ni siquiera todo el amor del mundo puede salvarme de la oscuridad. Aun así, aprieto su mano con las últimas fuerzas que me quedan. Mi alma sonríe, porque no importa lo que nos hagan, no importa el dolor ni la traición, ni el final. Máximo es mi igual, mi reflejo, mi otra mitad. Somos la misma alma partida en dos.

Finalmente, me rindo.

Y sé que no hay un sitio mejor para hacerlo que en sus brazos.

—Cuida de... nuestro hijo —consigo susurrar con las últimas fuerzas que me quedan.



26

El pasado siempre vuelve

Máximo



Desde que te tengo en mis brazos, el verdadero hogar es donde oigo tu risa.

«Nuestro hijo».

No dejo de repetírmelo, una y otra vez, sin poder asimilarlo del todo. Esas dos palabras me dan vueltas en la cabeza. Nuestro. No de Barone, no de otro hombre. Es mío. MÍO.

Siento que algo se ha roto por dentro. La tengo entre mis brazos y por un momento, de verdad, querría ser yo el que estuviera tirado en el suelo, sangrando, en su lugar. Esa bala iba dirigida a mí. No es justo, pero a estas alturas, nada lo es.

El pecho no le sube apenas, y me da un miedo que no sé describir. Sé que, si la pierdo, todo lo demás da igual. No hay nada que pueda llenar ese vacío.

He estado todo este tiempo convencido de que Eryol era hijo de Angelo. Tragando celos, rabia y esa sensación asquerosa de no poder reclamar lo que de verdad quiero. ¿Por qué no me lo dijo

antes? ¿Por miedo a perderlo? ¿Por miedo a que yo quisiera arrebatárselo?

Y ahora, en el peor momento posible, lo suelta. Con la vida escapándosele. No tengo tiempo ni para enfadarme ni para venirme abajo. No puedo permitírmelo. No ahora. No cuando ella se me muere en mis brazos y todo sigue como si aquí no pasara nada. Pero ese cabrón tiene al bebé. A mi hijo.

Dios. No hay nada justo en esto.

La sangre me cubre las manos. Es caliente y espesa, con ese olor que me recuerda a otras veces, a otras pérdidas. Me golpea el recuerdo de Beatrice y, por un momento, el pasado y el presente se mezclan y siento que no puedo más.

Oigo sirenas. Primero muy lejos. Luego cada vez más cerca. De fondo, disparos. Todo pasa demasiado deprisa como para poder procesarlo, y es como si estuviera a la deriva.

No lo pienso. Me echo sobre Anastasia, tapándola con mi cuerpo, como si pudiera protegerla de todo con solo abrazarla. Ni siquiera sé si sirve de algo, pero no puedo hacer otra cosa.

—No... —susurro apenas—. No te vayas ahora.

Sus ojos siguen cerrados, y eso me aterra. Le busco el pulso. Lo encuentro, aunque es muy débil. Necesito ayuda, necesito un médico, y sobre todo necesito detener a ese bastardo que intenta huir. Romanov se sube al coche, con esa frialdad suya, como si ver a su hija muriéndose en el suelo no le afectara lo más mínimo.

La rabia me quema el pecho. Levanto la cabeza, incapaz de quedarme quieto.

—¡ROMANOV!

Me incorporo de golpe. Mis piernas protestan, el mundo gira, pero no me importa. Veo mi catana en el suelo, manchada con su sangre.

La sangre que le he arrancado del hombro. La agarro, sabiendo que esta vez no va a escapar.

Corro hacia él y todo se estrecha. Solo existe su espalda. La puerta abierta. Y entonces una mano me agarra el brazo. Es ese perro suyo de la barba, un capo ruso. Me giro y lo embisto. La catana choca contra la suya con un estruendo que me sacude los huesos. Peleamos a centímetros, respirándonos la muerte en la cara. Él es fuerte y preciso, un verdadero guerrero. Pero yo estoy roto, y eso me vuelve más peligroso.

Lo empujo y lo golpeo mientras la hoja roza su costado, y él gime. Sin embargo, eso me frena y, cuando me doy cuenta, el coche de ese demonio ya se ha ido, con otro más detrás, que lo cubre. Las balas revientan este último vehículo, que hace de escudo. Sin embargo, no hay nada que se pueda hacer. Ha desaparecido de mi campo de visión.

—¡Maldita sea! —grito completamente fuera de mí.

Levanto la espada con ambas manos, dispuesto a atravesar de una vez al maldito capo ruso que tengo delante. Siento el filo temblar por la fuerza de mis propios dedos y, durante un segundo, todo lo que quiero es acabar con él, aquí y ahora. Pero entonces...

—¡Máximo! Hijo..., no lo hagas.

Mi nombre retumba entre el estruendo, y no es un grito cualquiera; lo oigo distinto, pero familiar. Jamás podría confundir esa voz. La he oído desde niño, y siempre ha tenido el mismo efecto: me detiene en seco, como si tiraran de una cuerda invisible atada a mi pecho. Siento los dedos aflojarse, la tensión resbalar hasta los nudillos. Giro la cabeza, respiro hondo y lo veo.

Dimitri Kovalenko.

Mi tío.

El general.

El último hombre al que quería encontrarme hoy aquí. Le dije a Marco que no activara la alerta roja, salvo si yo moría. No necesito su ayuda, maldita sea. No la necesitaba.

Mi tío está de pie al frente de sus tropas, imponente, como siempre lo he recordado. A su espalda se despliega un pequeño ejército: soldados vestidos con uniformes oscuros, algunos llevan chalecos antibalas, todos perfectamente alineados. Son los que están aquí, gran parte de ellos han salido detrás del coche de Romanov.

Veo varios vehículos aparcados a los lados de la carretera cortada: hay al menos tres todoterrenos militares blindados y dos coches más pequeños llenos de soldados apostados en los laterales, atentos a cualquier movimiento entre los cuerpos esparcidos por el suelo. Los faros iluminan la escena con una luz fría, blanquecina, que hace que la sangre sobre el asfalto parezca aún más oscura.

Miro a mi alrededor. Más allá, veo a Milena, de rodillas en mitad del asfalto, temblando mientras aprieta un paño contra el abdomen de Anastasia. Tiene las manos manchadas de sangre y el rostro empapado de lágrimas.

Katia tiene la cara desencajada. Me doy cuenta de que se mueve entre los heridos, buscando con la mirada a Igor. Y entonces lo veo también a él. Sensei está tirado en el suelo, con un hilo de sangre oscura que se extiende bajo su costado, y tiene los ojos abiertos.

Siento el frío de la espada en la palma y la dejo caer. El metal golpea el suelo con un sonido seco, brutal, como un final inevitable. No tengo palabras. Lo único que puedo hacer es dejarme caer de rodillas junto a Milena y Anastasia, con el corazón al borde del colapso.

—Un médico... —Mi voz sale rota, pero la fuerza me vuelve de golpe y grito—: ¡UN MÉDICO, YA!

No mato al ruso. No puedo. No ahora. Todos mis hombres están muertos y hay tres Dragones aún con vida, rodeados y reducidos. No me importan. Nada me importa salvo ella.

—Anastasia... —le susurro.

La cargo en brazos, tembloroso, temiendo que cada segundo le cueste la vida. Su cuerpo ahora está frío, demasiado frío para ser real, y esa sensación me recorre los huesos. Su cabeza cae contra mi pecho y por un instante me olvido de todo lo demás, de las órdenes, de los gritos, de la sangre en el aire, y solo importa que ella respire.

Mi tío impone su autoridad y no pierde tiempo en preguntas innecesarias.

—Tranquilo, estará bien.

Yo tampoco le pregunto nada, no puedo apartar la vista de ella.

Nos llevan directamente a una de las furgonetas militares aparcadas junto a los todoterrenos blindados; los soldados abren paso entre los cuerpos caídos y los restos de cristales, y yo entro con ella en brazos, negándome a soltarla, aunque me lo pidieran.

—Señor, déjeme ayudarla. Soy médico.

Una mujer me mira seria cuando aprieto las manos en su frágil cuerpo, suplicándome con la mirada. Lleva el pelo recogido bajo la gorra militar, los labios fruncidos y los guantes puestos incluso antes de que termine de evaluarla.

Coloco a mi esposa en el suelo de la furgoneta mientras la médica coge un estuche militar de urgencia. No pregunta nada, empieza a trabajar de inmediato, abriendo la bolsa de emergencia, cortando ropa, localizando las heridas, presionando con gasas que enseguida se tiñen de rojo oscuro. Hay palabras técnicas, instrucciones cortas lanzadas a los soldados que la asisten: «Más luz... Oxígeno... Prepara la adrenalina...».

—¡Suba! Debemos llevarla a un hospital.

Todo a mi alrededor se mueve y las rodillas me tiemblan. Solo veo a Katia hablar con mi tío, mi hermana lanzándose a mi cuello susurrándome un «Tranquilo, estará bien». Al general tirando de ella y llevándola a uno de los todoterrenos blindados.

Siento el pulso en el oído cuando las tenebrosas palabras llegan a mí.

—General... —dice uno de los soldados—. Lo hemos perdido.

Romanov ha escapado. Dios. Ese hijo de puta se ha largado con mi hijo.

—No... —balbuceo con la vista nublada, en un trance.

—Máximo... —Mi tío me agarra por los brazos, e incluso su rostro se me antoja distorsionado mientras la vista se me va a Anastasia, que yace en el suelo de la furgoneta, con al menos tres personas sobre ella que intentan... resucitarla.

No puede ser. No puede... ser.

—¡Escúchame! —Mi tío gruñe a unos centímetros de mi cara—. Lo atraparemos. Ahora ve con ella.

Ni sé cuándo subo a la furgoneta, de rodillas a su lado, y tampoco cuándo arranca el motor. No la suelto ni cuando la intuban. Me quedo junto a su cabeza, mirando su rostro en la penumbra, tan solo iluminada por una luz de emergencia. Le sujeto la mano con fuerza, como si eso fuera suficiente para impedirle marcharse.

—Vamos... —susurro una y otra vez, besándole la mano—. Vamos, preciosa. No te rindas ahora.

Siento cómo su pulso late bajo mis dedos, irregular, cada vez más débil, y lo único que puedo hacer es suplicar en voz baja mientras veo cómo el pecho se le mueve débilmente bajo el vendaje.

—Señor, ha tenido suerte —dice la doctora, y me tiende algo entre las sombras—. Esto ha frenado la bala. Aun así, la otra le ha tocado

el costado. Si la sacamos, hay esperanza.

Miro el collar que hay en mi mano. Es el collar de esmeralda que Anastasia siempre llevaba.

—¡Ella tiene que vivir! —rujo enloquecido mientras lo aprieto en la palma—. Saca esa maldita bala y haz lo que consideres oportuno.

—Necesitamos refuerzos, ya hemos avisado, no tardarán en llegar.

La furgoneta avanza a toda velocidad hasta la villa de la playa, que parece estar en el confín del mundo. No sé quién ha dado la orden, supongo que ha sido mi tío. Puede que sea porque el hospital está más lejos o porque no quiera comprometerme cuando la policía acuda al sitio y haga preguntas. Ni idea. No tengo fuerzas para nada, tan solo guardo el collar en el bolsillo.

Nada más llegar, los soldados abren la puerta y yo salto fuera con Anastasia en brazos, caminando a zancadas, con los pulmones ardiendo de miedo y el corazón martilleando en la garganta. Cuando cruzo el porche de la villa, me encuentro a un equipo médico esperando. También están Catalina y mis hombres. Katia, unos pasos por detrás, me pisa los talones, y unas personas —también militares — quieren arrebatármela de las manos. Pero no la suelto, subo la escalera hasta el dormitorio principal deseando que hagan algo para estabilizarla.

La dejo con cuidado sobre la cama. Los tres médicos llegan detrás de mí, comprobando los signos vitales. Katia irrumpe en la habitación, tan pálida como la sábana, con las manos todavía cubiertas de sangre y los ojos llenos de lágrimas. No hace preguntas, no se deja arrastrar por el pánico. Sabe lo que hay que hacer y ayuda con cada movimiento, buscando el instrumental en la mochila médica, presionando donde le indican, sosteniendo la cabeza de Anastasia.

Milena se queda fuera, en el pasillo, sollozando, abrazada a sí misma. A través de la puerta entreabierta, la oigo rezar en voz baja, un murmullo que se confunde con el golpeteo de la lluvia en los ventanales. La maldita lluvia que tanto odio. Me giro hacia mi hermana, con la voz tan rota que apenas sale.

—Ve con Igor —le pido señalando el otro extremo del pasillo, donde otro médico acaba de llegar y los soldados preparan una camilla—. Ahora. Por favor.

Ella asiente sin decir nada, con la mandíbula tensa y la mirada perdida, y sale corriendo sin volver la vista atrás.

Las voces se atropellan. Los médicos me exigen con firmeza que salga de la habitación. Niego con la cabeza, sumamente perdido, pero sé que, si me quedo allí, interponiéndome en su camino, no ayudaré a Anastasia. Aprieto la mandíbula, doy media vuelta y salgo a trompicones del dormitorio.

Bajo la escalera a toda prisa, agarrándome a la barandilla para no caerme, con la cabeza aún zumbando y la rabia retorciéndome las tripas. En la planta baja, la casa está llena de hombres, algunos míos; otros, soldados del general. Algunos de mis hombres se han parapetado cerca de las ventanas, otros revisan los dispositivos de seguridad y dan instrucciones rápidas por radio.

Veo a Marco, con el rostro blanco, los labios apretados, la mirada descompuesta. Apenas lo reconozco así, pero cuando lo tengo delante lo agarro por la camisa y lo sacudo como si de ese modo pudiera exprimirle alguna respuesta que me calme.

—¿Cuántos han muerto? —le exijo, con la voz ronca de tanto gritar.

Marco tarda unos segundos en contestar, pero cuando lo hace, no le tiembla la voz.

—Más de cincuenta, señor. —La frialdad con la que lo dice me atraviesa.

Me recorre una corriente eléctrica.

«Joder.

»Más de cincuenta».

—Quiero que prepares a todos los que quedan en pie —ordeno clavándole los ojos—. Romanov se ha largado con mi hijo. Ni un minuto más. Sacad los coches. Pon a los francotiradores en alerta máxima. El helicóptero operativo es la vía más rápida.

Marco asiente, pero justo en ese instante mi tío se acerca con pasos firmes y el rostro pétreo.

—Detente, Máximo —exige con voz seca y autoritaria—. No te lances al vacío. Debemos actuar con cabeza, no a ciegas. Ya he dado la orden para que todos mis hombres rastreen la zona y cierren las salidas hacia la costa y hacia el aeropuerto. También están cubriendo las rutas principales. Mikhail Romanov no puede estar lejos.

Le sostengo la mirada, sintiendo la ira que me funde por dentro, como si me estuvieran inyectando fuego directamente en las venas.

—¿Estrategia? ¿Eso es lo que quieres ahora? —escupo clavando los puños en la mesa del salón—. Por esa rata, mi mujer está en esa maldita cama. Tiene a mi hijo. ¡A mi hijo!

—Y lo recuperaremos —responde Dimitri—. Te lo pido por favor, deja que los sistemas trabajen, deja que los equipos hagan su parte.

Ni lo miro.

—Quiero las coordenadas exactas —le ordeno a Marco, que ya está pegado a una de las pantallas del centro de mando improvisado en el salón, rodeado de tabletas y dispositivos—. Eryol lleva un localizador GPS oculto en la manta, con autonomía satelital y

geolocalización en tiempo real. Dame la última señal. ¡Ya, maldita sea!

Empieza a teclear con los ojos clavados en la pantalla, sin atreverse a mirarme.

—El localizador está activo, señor, pero ahora mismo la señal está parada al este, en la carretera de la costa.

—Que vayan ya a buscarlo.

—Entendido.

Mi mente se activa en automático, repasando mapas, rutas secundarias, posibilidades de emboscada.

—¿Dónde está Lev? —pregunto, sabiendo que necesito a todo mi equipo operativo—. ¿Está aquí o en el restaurante?

—En el restaurante, señor. Hemos conseguido que el equipo de seguridad derribara a los italianos. Están de camino.

Asiento, procesando toda la información a velocidad de vértigo.

—Bien. Quiero a todos en posición de ataque en menos de diez minutos. Que preparen el dron de reconocimiento y la unidad antiinterferencia. Los coches blindados salen primero, el helicóptero de apoyo sigue nuestra ruta, y el escuadrón B debe rodear la salida sur de la ciudad. Si Romanov se acerca al puerto, lo interceptaréis antes de que embarque, ¡maldita sea! No dejaré que se largue con mi hijo.

La rabia me retuerce por dentro y comprendo lo que ha pasado. Mientras estaba en la carretera, atacaron aquí también, aunque no consiguieron entrar en la casa. Lo único bueno es que en el restaurante todo ha ido como planeamos: la trampa ha funcionado, y los Barone han perdido el control en Sicilia por primera vez en décadas. Angelo Barone también perderá la vida.

—No abandonará Mallorca —dice mi tío con voz firme—. Llevo más de quince años detrás de él y sé cómo actúa.

—¿Qué haces aquí, general? —le espeto, acercándome hasta quedar a un palmo de su cara.

—Ayudarte.

—¿Ayudarme? —rujo enloquecido—. Cuando más te necesité, no estuviste para ayudarme. Cuando mataron a mi padre... ¡no estabas! —sigo encolerizado—. Cuando ese hijo de puta irrumpió en mi boda y degolló a mi esposa delante de mis narices, no estabas. ¿Por qué ibas a estarlo ahora?

Dimitri Kovalenko me mira sin pestañear, con esos ojos azul marino idénticos a los de Katia y mi padre.

—Porque eres mi sobrino. Mi sangre corre por tus venas.

—Lárgate —le suelto entre dientes.

—Querías respaldo para crear una mafia a imagen y semejanza de los Dragones. Querías venganza y yo no estaba dispuesto a ayudarte a caer en el mismo agujero que... mi hermano.

Baja la cabeza por un instante, y sus ojos se tornan vidriosos. Pero no me da pena, tiene lo que se merece.

—¿Venganza? —Lo miro con desprecio—. Quería justicia. *Justicia*.

—Hijo...

—¿Hijo? —repito asqueado por esa palabra.

—Sé que jamás lo comprendiste, pero todo lo que me pedías iba en contra de lo que siempre he defendido.

No bajo la voz.

—¿Y por qué ahora sí? ¿Y por qué no te vas con ese maldito italiano? —le escupo—. Sé que te reuniste con él a mis espaldas. En París. El año pasado.

El general aprieta los labios, pero no pierde la compostura.

—No es lo que crees. Esa reunión era necesaria.

—Entonces, ¿qué es? —lo desafío, y durante un segundo siento que podría arrancarle la verdad a puñetazos si hace falta. Aunque

luego sus soldados me derribasen a tiros.

Pero no me responde, porque en ese momento la puerta principal se abre de golpe y entra Lev, medio empujando a un hombre esposado que, aunque tiene la cara ensangrentada y la nariz rota, reconozco de inmediato por la forma de moverse con soberbia.

Angelo Barone.

No pienso, ni siquiera respiro.

En cuanto lo veo entrar, esposado, me lanzo sobre él con toda la furia que llevo acumulada desde que Anastasia cayó al suelo. Lo estampo contra la pared más cercana, el golpe seco resonando en toda la casa.

—Se acabó —le gruño clavándole el antebrazo en el pecho.

Pero el Barón no se encoge ni me aparta la mirada, al contrario. Sonríe.

Una sonrisa ladeada y orgullosa, de esas que solo tienen los hombres que no saben arrodillarse.

—Tranquilo, *Imperator* —dice con sorna, escupiendo un hilo de sangre al suelo—. Es fácil hacerse el fuerte cuando el otro está esposado. Si quieres un enfrentamiento de verdad, hazlo como un hombre. Sin esposas y sin público.

—No te daré ese gusto. Eres hombre muerto desde que se te ocurrió fijarte en mi esposa, Barone.

Pero hay algo en su mirada que me detiene. Enseguida retrocedo un paso. Solo uno. Él levanta la cabeza despacio y su voz cambia.

—Vaya. Eres el menos indicado para dar lecciones de moral. Pero ¿sabes qué es lo que más duele de todo esto? —dice mirándome fijamente—. El bebé.

Mi mandíbula se tensa cuando pronuncia esas palabras.

—Lo sentí moverse antes que nadie —continúa más bajo—. Fui el primero en sentirlo en el vientre de su madre. El primero en verlo

cuando nació. El primero en cogerlo. Yo le compré los primeros juguetes, Kovalenko. Yo estuve ahí cuando tú no estabas.

No levanta la voz, ni dramatiza. Habla como quien enumera verdades que no necesitan adorno, y es por eso por lo que, durante un efímero instante, lo aprecio. Siento admiración por el tipo de hombre que es. Detrás del mafioso sin escrúpulos, hay un hombre con valores.

—Deberías darme las gracias —añade.

Una horrible garra estrangula mis cuerdas vocales, y me odio a mí mismo por no haber estado a su lado en esos momentos. Dios santo. ¿Cómo seré capaz de recuperar el tiempo perdido? Todos esos meses que no estuve al lado de mi pequeño.

—Es cierto, me comportaba como si fuera mío, porque durante meses lo fue —continúa, metiendo más el dedo en la llaga—. Y eres un gilipollas por no haberte dado cuenta. Ella no dijo nada para protegerlo; sin embargo, lo más fácil para ti fue pensar que Anastasia y yo tuvimos algo.

Aprieto tanto el puño bajo el guante que siento que el cuero cederá. Maldito hijo de puta.

—Me equivoqué con Romanov —prosigue con un deje de furia en la mirada—. Pensé que era más listo. Pero no. Infiltré una espía, me enteré de que los *yakuzas* rusos querían quedarse con mi territorio y orquesté los atentados en su casa, en Palermo.

—No mientas, ¡joder! —le suelto, con ganas de matarlo—. Romanov nos ha atacado esta noche, habéis viajado juntos hasta aquí.

—No —me responde seco.

—¡Le mandaste una nota a mi mujer!

—Cité a Anastasia en el restaurante, sí. Quería decirle que se mantuviera alejada de su padre, y que ese tratado entre la Dinastía

y los Dragones nunca se iba a llevar a cabo.

Me clava la mirada.

—¿Me estás diciendo que no habéis firmado ese puto trato?

—No, no lo hemos firmado —niega con la mandíbula contraída—. Pero no te equivoques, Kovalenko. No hay nada que te haga distinto de él. No pienses que esto acaba aquí. No pienses que podré perdonarte por la muerte de Enzo.

Barone ladea la cabeza, sonriendo con desprecio.

—Ah, tu hermano —le suelto.

—Ya veo, lo sabías. Sabías que Enzo era mi hermano, Alessandro, aun así, aceptaste ser mi socio cuando te lo propuse —continúa con el mismo tono viperino.

—Es mejor tener a los enemigos cerca —replico con el mismo veneno en la voz que él.

No le hace gracia. Son los nervios que siente porque sabe que está por completo a mi merced.

—¿Crees que la Dinastía se quedará de brazos cruzados después de arrebatarles a uno de sus herederos, eh, puto cabrón? —me grita Angelo—. ¡Te mataré con mis propias manos!

El aire se espesa y, entonces, la voz de mi tío irrumpe en la estancia como un trueno.

—¡Ya basta! —ruge el general—. Alessandro Barone no está muerto.

Angelo lo mira mientras su piel se vuelve más blanca que una hoja de papel. Al instante entreabre los labios, queriendo decir algo, pero su mirada queda clavada en algo detrás de mí. Giro la cabeza lentamente, persiguiendo la dirección de sus ojos. Katia está parada en medio de la escalera, con los ojos como platos.

«Joder».

27

Eryol

Katia



La decepción es el precio que pagamos por esperar que cuiden de nuestro corazón como lo hacemos nosotros.

—Alessandro Barone no está muerto.

Me quedo petrificada en mitad de la escalera, sin saber si bajar o subir, con la mano sobre la barandilla. Oigo perfectamente lo que ha dicho mi tío Dimitri, pero mi cerebro tarda varios segundos en aceptarlo. Todos se quedan en silencio y el mundo se me viene encima de golpe.

No.

¡Qué leches! Yo misma confirmé la noticia: Enzo d'Angelo está muerto.

No, Enzo no.

Alessandro.

Mi hermano me mostró los documentos de su defunción. Tenía la cara desencajada y ojeras profundas. Me miró y me soltó, sin

rodeos: «Enzo era un espía de Romanov. Yo mismo lo maté. No sabías con quién estabas casada, Katia». Aquello fue como una puñalada directa al estómago.

Lo odié a él y odié a Enzo. Odié que fuese el primer hombre en mi vida al que amé de verdad. Lo odié por haberme robado el puto corazón con ese aire encantador, y que luego resultara ser un espía enviado por Romanov. Recuerdo que aquel día no fui capaz de acercarme, simplemente permanecí en la distancia, oculta detrás de un árbol, viendo cómo Vladím y los chicos se encargaban de darle sepultura. Después, me quedé encerrada en mi habitación, en el castillo de Montecarlo, a oscuras, sin querer ver ni hablar con nadie.

Me pasé el día en la cama con los ojos abiertos, mirando al techo. Solo me levanté para tragarme un bote de pastillas con la esperanza de no despertar, pero ni siquiera eso me salió bien. Me encontraron a tiempo y me obligaron a seguir adelante.

¿Y ahora qué?

¿Ahora resulta que mi jodido marido está vivo? ¿Después de todo el dolor, después de pasarme noches enteras odiándolo y llorando, después de dejarme destrozar por la culpa?

Y lo que es peor: Angelo Barone es su hermano. No me lo creo.

¿Ese imbécil arrogante con el que no puedo estar en la misma sala sin querer partirle la cara es... mi cuñado? El mismo que irrumpió en el castillo con sus hombres y sus aires de grandeza. El mismo que ahora me está mirando de arriba abajo como si fuese la primera vez que me ve. Siento las mejillas arder solo de pensarlo. Es absurdo, pero es así.

Lo miro con atención. Tiene la cara hinchada, un corte en el labio, sangre seca bajando de la nariz, la camisa desabotonada y las manos esposadas a la espalda. Y aun así no parece derrotado, ni mucho menos. Mantiene el mentón alto y los ojos fijos en el general.

Yo también miro a Dimitri Kovalenko, mi tío. No comprendo lo que dice. Entonces, doy unos pasos y llego hasta el centro del salón.

—¿Qué has dicho? —Mi voz suena rota mientras mis ojos cambian del general a mi hermano.

Está hecho polvo. Tiene los ojos enrojecidos y el rostro pálido. Sus manos tiemblan y el miedo de perder a Anastasia lo está destrozando; como a todos. En realidad, lo prefiero duro y frío. Prefiero que no me hable o que no me abrace cuando más lo necesito. Se me encoge el estómago solo de pensar que a ella o al bebé podría pasarles algo. No sé si soportaría otro duelo.

—*Mio Dio!* —exclama Angelo en italiano—. ¿De qué estás hablando?

Por primera vez, el Barón parece perdido. Sus cejas se fruncen y se queda boquiabierto. El general no me mira a mí, sino a Máximo. El aire se me espesa en los pulmones, y es como si viviera una pesadilla.

—¿No les has contado nada? —le dice mi tío, muy serio.

Máximo baja la mirada, pero no es capaz de hablar, así que el general interviene.

—Mi sobrino jamás mató a tu marido, Katia. Lo soltó. Creía que así llegaría a Romanov.

Angelo parece en shock y mira a Máximo fijamente.

—Entonces, ¿dónde coño está mi hermano? —pregunta boquiabierto.

Él se lleva el puño a la boca y traga saliva mientras se pasa una mano por el pelo, desbordado.

—No lo sé. Le perdí el rastro a los dos días. Lo dejé marchar, pensando que sería una herramienta útil para encontrar al Dragón Blanco, pero... desapareció. Nunca volví a saber de él.

Todo se congela a mi alrededor, nadie parpadea, ni siquiera respira. A continuación, Máximo mira al general, igual de sorprendido que todos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El general se pone aún más recto, si es posible.

—Hijo, llevo mucho tiempo siguiendo los pasos de Romanov y vigilando a todos los hombres que movía.

«*Hijo.* Siempre lo ha llamado *sobrino* y, sin embargo, hoy lo llama *hijo*».

El pulso me golpea las sienes. Me quedo clavada al suelo. Las manos me sudan y el corazón me da un vuelco.

—Entonces, ¿fuiste tú quien me dejó las pistas? —le pregunta a mi tío con un hilo de voz—. ¿El aviso de que Enzo, el hombre con el que se casó Katia, era un espía?

El general asiente con calma y no hay palabras que pueda pronunciar. Su gesto es generoso, no quería que estuviéramos en peligro, pero como sabía que mi hermano no quería verlo siquiera, recurrió a informarlo de otro modo. Máximo está muy cabreado con Dimitri y, a decir verdad, yo también lo estoy. Incluso pienso que mi tío está aquí para ayudarnos porque se arrepiente de no haber estado cuando más lo necesitábamos.

No aguanto más esta situación, y siento un temblor en el pecho. Miro a Máximo y, sin decir una palabra, le estampo contra el torso un cuaderno blanco, envuelto en una mantita. Lo he visto en la mesilla, con una nota que decía: «Máximo». Su habitación está llena de médicos y he preferido cogerlo, porque, viéndolo por fuera, sospecho lo que es. Además, recuerdo que anoche mi cuñada dijo algo de que ese cuaderno era de mi hermano.

—Ahí tienes —digo seria—. Seguramente a Anastasia le gustaría que lo vieras. Y no pierdas el tiempo con los hermanos Barone. —

Miro de reojo a Angelo—. Ahora necesitamos encontrar al bebé.

Me llevo una mano a la boca porque no puedo más con la presión, con ese maldito sentimiento de que siempre pierdo a las personas que quiero, y estoy cansada.

Me doy la vuelta, camino a paso firme, salgo de la sala y recorro el pasillo hasta el *dojo*. Cierro de un portazo. Me quito el abrigo deprisa, busco la catana más pesada y la agarro con fuerza. Noto el metal frío y el mango rugoso en la palma.

«Dios mío».

Me trago las lágrimas cuando quieren desbordarse por mis mejillas, pero no me vencerán. Necesito distraerme, así que empiezo a moverme. Cada corte, cada estocada, me ayuda a respirar. Siento cómo mis músculos se contraen, y la adrenalina quema. Solo quiero olvidarme del pasado, de los muertos, de las mentiras, del dolor. De que arriba los médicos no me dejan acompañarlos. Ni a Anastasia ni a Sensei.

¿Qué puede ser más cruel que eso?

Quizá que tu propio hermano te haya mentido durante los últimos diez años.

Máximo



Siento un malestar que me deja sin respiración mientras observo a Katia alejándose por el pasillo. Mi hermana ya sabe que no maté a Enzo, y no sé si eso hará que me odie más o que me perdone.

Apenas noto el golpe del cuaderno en el pecho, pero lo aprieto con fuerza. Lo reconozco, es el mismo que Anastasia dejó hace horas en la mesilla, antes de irnos al restaurante.

«Anastasia».

No sé qué hora es, estoy perdiendo la noción del tiempo.

—Prepáralo todo —le ordeno a Lev, echándole un último vistazo a Barone—. Que los rehenes vayan al sótano.

—¿Él también?

Me doy media vuelta y miro a Angelo, que aún lleva la mandíbula contraída.

—De momento no.

Atravieso el salón a zancadas, subo la escalera de dos en dos, sin mirar a nadie. La cabeza me va a estallar y las sienes me laten como si fueran a romperse. Solo pienso en Anastasia y en que necesito verla. Necesito saber que está bien.

Pero justo cuando alcanzo la puerta del dormitorio, alguien me corta el paso. Es la médica militar. Se planta delante de mí, con los guantes manchados de sangre. No tiene ni media sonrisa ni medias palabras.

—No puede entrar —me dice con voz autoritaria—. Su esposa tiene fiebre y...

—¿Y qué?

—La estamos perdiendo —contesta, y traga saliva—. Las próximas cuarenta y ocho horas son críticas. Lo siento.

Mi visión se nubla por un instante. Miro por encima de su hombro y la veo. Anastasia está tendida en la cama, a unos metros. Las sábanas están arrugadas, manchadas de sangre, su piel se ve de un color mortecino, su boca está entreabierta y tiene las mejillas empapadas en sudor.

No. No es verdad.

Intento controlarme, pero no puedo.

—Sálvala, maldita sea —le gruño a la doctora, apretándole el brazo con fuerza—. Por favor. No permitas que ella...

Me detengo, con el pecho encogido. La mujer me sostiene la mirada, pero sus ojos me dejan claro que no controla el destino de nadie. No la suelto hasta que noto una mano fuerte en mi hombro. Me doy la vuelta de un tirón.

—Tranquilízate, no puedes hacer nada —dice mi tío, repitiendo lo que ya sé—. Ahora solo queda rezar, ¿entiendes?

—No me des órdenes, no soy uno de tus soldados. —Le lanzo una mirada llena de rencor y me aparto de un empujón.

El general suspira y me deja pasar. Marco aparece de pronto, subiendo la escalera. Está con el teléfono en la mano y trae cara de malas noticias.

—Señor, han encontrado la manta del bebé tirada en el suelo. El localizador no ha servido y no hemos podido rastrear nada más.

«La manta».

Bajo la mirada y miro el cuaderno que Katia me ha dejado. Está envuelto en una mantita blanca, con un hilo azul. Me la llevo a la nariz e inhalo profundamente. Huele a colonia de bebé. A mi bebé.

Mío.

«—¿Qué es eso? —recuerdo que le pregunté.

»—Un regalo.

»—¿Para mí?

»—Quiero que lo abras cuando volvamos de la cena, Máximo —me dijo ella.

»—¿Y si no volvemos?».

Entonces, se me hace un nudo tan grande en la garganta que no puedo tragar. Camino deprisa, tropezando con un par de militares. Necesito aire y pensar las cosas fríamente, así que me dirijo a la

terraza de la primera planta. Una vez fuera, inhalo con fuerza, aguantándome las lágrimas.

—Eryol...

Bajo una escalera hasta el pórtico en busca de luz. Necesito verlo. Necesito ver ese cuaderno que ella me ha dicho que era importante. Me dejo caer en una de las sillas viejas donde mis padres se sentaban para tomar café por las mañanas. El amanecer asoma por el horizonte, el cielo despejado empieza a teñirse de naranja. Ha llovido durante horas, la barandilla aún gotea y el suelo huele a tierra mojada.

Me quedo allí sentado, apretando el cuaderno en mis manos, y solo oigo mi propia respiración descompuesta. El miedo me atraviesa. Pienso en ella, en todo lo que hemos sido y lo que podríamos no ser si algo le ocurriese.

«Hasta el último latido —le decía—. Esto siempre te reclamará».

Me llevo una mano al pecho, sintiendo que mi corazón se detendrá en cualquier momento si ella no lo logra. No sé si sobreviviremos a esto o si ella me perdonará. Lo único que sé es que no puedo perderla. Ni a ella ni a nuestro hijo.

No sé cuántos minutos paso allí sentado, con la mantita apretada entre los dedos y el cuaderno sobre las piernas. La madera húmeda de la silla me cala el pantalón, pero no lo noto. Solo cuando el temblor de las manos me obliga a aflojar el agarre, me decido por fin a abrirlo.

Al principio no entiendo lo que estoy viendo. Es una libreta de tapas blancas, algo gastada en los bordes, con pegatinas pequeñas de animales. Debe de ser un álbum, porque hay fotos. Dentro, la primera página es una imagen impresa en papel normal: una ecografía. La fecha es de hace más de un año. El trazo negro y gris

es casi abstracto, pero ahí, en la esquina inferior, hay un texto escrito con bolígrafo azul:

Tres meses de embarazo.
Hoy ha sido la primera vez que he oído su corazón.

Debajo, una frase más pequeña, casi borrosa:

Ojalá hubieras estado allí, Máximo. Aunque no te lo merezcas. No sabes lo fuerte que latía.

Aprieto los dientes con fuerza mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

Me llevo una mano a la boca e intento distinguir algo en la imagen borrosa.

Dios santo. No puedo.

Paso la página, temblando. Veo otra foto. Se trata de otra ecografía, un poco más nítida. Leo, con la vista nublada:

Cinco meses de embarazo.
Es un niño. Sigo dándole vueltas al nombre, pero creo que ya lo tengo: Eryol. Es una versión de la palabra «águila», en ruso. Eryol Kovalenko Romanov. Me parece precioso. Creo que también te gustaría.

Me limpio la mejilla, y el temblor en mi pecho se intensifica.

Pero la siguiente página es un estallido. Hay una foto de nuestro pequeño recién nacido, arrugado y rojo, llorando en los brazos de una enfermera. Anastasia apenas se ve, solo una mano y una pulsera de plástico con el nombre «Ana Rosell». La manta que cubre al niño es la misma que tengo entre mis manos ahora mismo. Sonrío como un idiota enamorado hasta la coronilla de esa pequeña criatura.

25 de marzo, 05.19 horas.

Eryol ya está aquí. No sabes lo fuerte que ha llorado y lo difícil que ha sido el parto. Me han tenido que hacer una cesárea, parecía que no quería venir al mundo. Es precioso. Si pudiera, te prestaría mis ojos para que lo vieras. Y mis manos... para poder sentirlo.

—Joder... —susurro mientras me deshago de los guantes de cuero y los tiro al suelo.

Las lágrimas cálidas y el nudo que siento en la garganta me destruyen lentamente, pero sé que necesito el tacto de la hoja, aunque sea para sentirme un poco menos culpable por haberla dejado sola.

Sola.

Maldita sea.

Me apoyo en un codo, desbordado. Paso la hoja con miedo, como si fuera a romper algo sagrado. Y ahí está, otra foto. El bebé, muy pequeño, con el puño cerrado y un chupete.

Un mes.
Hoy ha sonreído por primera vez. Nadie me cree, pero lo ha hecho. Te juro que lo ha hecho.

Respiro hondo y sigo, a duras penas.

Dos meses.

La foto muestra una imagen de Eryol en la cuna, rodeado de juguetes.

El tiempo pesa en mis brazos y en mis párpados, pero cuanto más lo miro, más te veo. Como si tu rostro insistiera en no desaparecer.

Sigo pasando hojas. Hay notas, citas y frases de sus reflexiones, y una foto, cada mes. Él, pareciéndose cada vez más a mí.

Tres meses.

Hoy te echo de menos más que nunca. Ponerse una máscara y fingir no es difícil. El problema llega cuando te la tienes que quitar y mirarte al espejo.

Mi corazón da un vuelco.

—Yo también te echo de menos, *malyshka*. Mucho.

Cuatro meses.

Se duerme encima de mi pecho. No hay nada que me dé más paz. Ojalá vieras cómo se ríe cuando le hago cosquillas.

Mi mirada resbala por las hojas, deteniéndose en cada palabra. Necesito grabar este momento en mi memoria para siempre. Las fotos de Eryol y esas notas.

Cinco meses.

Apenas duerme por la noche. Tiene cólicos y lo pasa mal. Le gusta la música clásica porque, cuando la oye, se calma. O eso quiero creer. Teniéndolo a él, me siento menos sola. Sé que cuando crezca le hablaré de ti, porque eres su padre. Aunque a veces desearía que no lo fueras.

Hay un borrón en la tinta, como si una lágrima hubiera caído justo sobre la palabra *sola*.

Aprieto los labios con fuerza. Cada palabra suya y cada foto me golpea como un puñetazo. Siento el dolor de lo que me perdí y de todo lo que provoqué. Me siento jodidamente culpable. Muy culpable.

No puedo más, sé que debo encontrar a Eryol, y no hay tiempo que perder. Pero, al levantarme bruscamente, algo cae al suelo con un sonido metálico. Bajo la vista. Es el colgante de esmeralda de Anastasia, lo tenía guardado en el bolsillo.

Me agacho para recogerlo. La piedra está manchada de su sangre, pero me congelo cuando veo la bala incrustada en un lateral. Se ha quedado atrapada ahí, deformando el metal. El colgante ha detenido

la bala, y quizá esa sea la única razón por la que Anastasia sigue respirando.

De repente, noto que el corazón de esmeralda, que siempre había visto cerrado, tiene una pequeña ranura apenas perceptible. Lo fuerzo con el pulgar, y dentro encuentro la alianza de matrimonio. La misma que yo le reproché haber perdido, vendido o tirado como si no valiera nada. No es así, ella siempre la guardó consigo, dentro del collar.

¿Cómo pude dudar de ella y de su amor por mí?

¿Cómo fui tan sumamente idiota?

«—Confiésalo, guerrera, ya te has rendido... —le decía ayer, en el *dojo*.

»—Nunca me rendiré contigo».

La culpa me golpea una vez más, y todo me da vueltas. Lanzo la silla contra la pared de un puntapié y, con el puño apretado, arremeto contra el muro de piedra, descargando la rabia.

—¡Aaaaaaaaaaah, maldita sea! —gruño con los nudillos ardiendo.

Un golpe. Dos. Tres. Cuatro.

Estoy al límite. No sé si quiero gritar o romper algo más. Solo sé que le he fallado en todo lo que importaba, y que le hice daño incluso cuando solo quería protegerla. Entonces oigo pasos detrás de mí. Me doy la vuelta y ahí está Katia, de pie bajo el marco de la puerta, deshecha y con los ojos llorosos.

—Máximo...

Se acerca a mí con pasos lentos, desviando la mirada en dirección a mis nudillos ensangrentados. Me mira en silencio, tan cerca que puedo ver la forma en que aprieta los labios para no desmoronarse. Yo, en cambio, apenas puedo sostenerle la mirada.

—A ti también te he fallado —le confieso con un suspiro.

Trago saliva, me ahogo en mis propias palabras.

—¿Por qué lo hiciste?

Sonrío amargamente, a punto de llorar. Otra vez. No sé si lo comprenderá, pero ya da igual.

—No quería que sufrieras más, sabía que querrías buscarlo. Solo deseaba que siguieras con tu vida, que me odiaras si hacía falta. No soportaba la idea de verte sufrir por ese tipo. Si creías que estaba muerto, iba a ser más... fácil.

Katia niega con la cabeza, mirándome de una forma que me rompe aún más.

—Pensaste que era mejor cargar tú solo con todo —murmura—. Preferiste que te odiara antes que decirme la verdad sobre Enzo. Cargar con un secreto tan grande como el de nuestro padre, antes que compartirlo conmigo. ¡Maldita sea, Máximo! Tuve que encontrar esa carta para descubrir que papá fue un Dragón Blanco —suelta furiosa—. Y no sabes lo mucho que me habría gustado que contaras conmigo.

Las palabras me atraviesan. El nudo en mi estómago se aprieta y no hay nada más que hacer. Ella sabe la verdad.

—Lo siento —susurro quebrado.

No puedo hablar y tampoco retener más el llanto. Simplemente me rompo. Casi por inercia, doy un paso hacia ella y la abrazo. Al momento, Katia me devuelve el abrazo. Le rodeo la espalda con los brazos y la sujeto con una fuerza torpe, casi violenta, como si temiera que se me escapara también.

—¡Oh, hermano!

Ella entierra la cara en mi cuello y llora conmigo, sin intentar ser fuerte, sin fingir nada.

—No sé cómo cuidaros sin haceros daño. Soy un monstruo, Katia.

—Solo eres alguien que ha tenido muy mala suerte.

Siento su mano en mi nuca, firme, protectora, exactamente igual que cuando éramos niños y yo volvía magullado de algún entrenamiento o de alguna pelea absurda. Ella me consolaba, aunque yo fuese el mayor. Y yo la abrazaba y le besaba la frente, agradeciéndoselo. Ella era la chica dura de la familia, yo el niño llorón y cariñoso.

—Joder. Te he fallado —consigo decir entre sollozos—. A ti, a Anastasia, a... mi hijo. Todo lo que toco lo destrozo.

—Deja de decir gilipolleces —me espeta con la voz rota.

Mi hermana me aprieta más fuerte. Asiento contra su hombro, con una suave sonrisa en los labios. Sigue siendo la misma, y eso me reconforta. Al menos, *ella* sigue siendo la misma.

—Tenía mucho miedo de que acabases como yo. De que no estuvieras a salvo —le digo una y otra vez, con la boca pegada a su oscuro cabello.

—Ya está —susurra—. Ya pasó. Ahora respira y ve a por tu hijo, ¿vale?

Se separa apenas unos centímetros y me coge la cara con las dos manos, obligándome a mirarla. Tiene los ojos enrojecidos, las mejillas mojadas, pero la mirada sigue siendo la de siempre: directa y valiente. Como ella es.

—Si a Anastasia le pasa algo..., no voy a poder vivir con eso.

—No le va a pasar nada. —Niega con la cabeza, secándome las mejillas.

Me encantaría creerlo, pero el miedo me paraliza.

Respiro hondo. La lluvia ha limpiado el aire y, cuando levanto la vista por encima de su hombro, veo un arcoíris precioso cruzando el cielo todavía gris. Trago saliva, aún con lágrimas en los ojos. La voz de Anastasia resuena en mi cabeza: «Mi madre siempre me decía que los arcoíris salen cuando alguien en el cielo llora de felicidad».

Sigo con la mirada fija, pensando en todas las cosas que mi mujer con cabellos de fuego me enseñó.

—Nuestros padres ya están descansando en paz, hermana —es lo último que digo mientras le beso la frente.

28

Dueña de mi destino

Anastasia



Hoy elijo mi historia, con todas sus cicatrices. Porque he aprendido que ser fuerte no es no caer, sino levantarse en cada ocasión y decidir, una vez más, ser la dueña de mi destino.

Abro los ojos lentamente.

La habitación está envuelta en penumbra, y una mujer de cabello castaño y unos ojos verdes muy intensos está inclinada sobre mí. Sostiene a un bebé en brazos y lo mece con suavidad mientras su mano presiona mi frente, con una sonrisa en los labios. Me toma la fiebre con tanta dedicación que me pregunto qué está pasando. Los párpados me tiemblan por el cansancio.

Pero al instante reconozco sus rasgos, su rostro es igual que el de la foto desgastada. Sé que no podría ser otra que Anna, mi madre.

—Te pondrás bien. No sabes cuánto me habría gustado abrazarte y cuidarte.

—Mamá... —susurro, sin poder creérmelo.

¿Por qué la estoy viendo? ¿Estoy muerta?

No distingo bien lo que hay a mi alrededor, y solamente percibo su dulce voz y el halo de luz que la envuelve.

—No te rindas ahora, Anastasia. Tu hijo te necesita. *Él* te necesita.

Quiero abrazarla, quiero abrazar a mi bebé —o al menos creo que es Eryol—, aunque la mantita en la que está envuelto es de color rosa, igual que la de la foto.

No. Esto no es nada normal, y la mente me está jugando una mala pasada.

Una asfixia repentina me invade cuando agarro su mano, deseando notar el tacto de su piel. Necesito sentir que es real, pero eso no ocurre. Todo se desvanece y una corriente eléctrica me atraviesa. Abro los ojos.

«Joder».

Ha sido un sueño.

Me despierto sobresaltada, con la boca pastosa y la piel empapada de sudor. Me quedo unos segundos mirando al techo, sin saber si he dormido horas o días. Todo me pesa. La luz del atardecer se cuela por la ventana y respiro aliviada cuando reconozco el dormitorio.

Mallorca.

Me esfuerzo por girar la cabeza y mi cuello protesta, como si llevara años anclada en esta cama. El sudor frío me resbala por la nuca y tengo la garganta seca. Intento moverme. Solo llevo las bragas y un sujetador negro, el vendaje blanco me ciñe el abdomen y la piel me escuece bajo la gasa. Veo el morado en mis costillas y el raspón en la cadera.

—¿Hay alguien? —pregunto.

No recibo respuesta. Mis manos tiemblan y todo duele. Pero lo que más duele es este vacío que siento. Apenas recuerdo nada de lo que pasó, salvo el rostro de Máximo sobre el mío y sus ojos

desesperados. Sangre. Mucha sangre. El ardor en el abdomen y a Eryol en los brazos de... ese hombre. Mi padre.

«Maldita sea».

¿Cómo pude ser tan estúpida para creer en Mikhail? Debería haberme dejado guiar por mi intuición y darle una oportunidad a Máximo desde el principio.

Me obligo a sentarme, despacio, notando cómo la habitación da vueltas. Y, de repente, algo llama mi atención. En la mesilla de noche hay un ramo de rosas blancas. Sonrío, porque sé que él lo ha dejado para mí. Esbozo una mueca de dolor mientras me acerco y lo huelo. Pero hay algo más. Un libro de tapas antiguas, verdosas, y una nota con mi nombre, escrita de su puño y letra.

Al lado, veo la alianza. La reconozco al instante: es la misma que guardé en mi colgante de esmeralda, y no sé cómo, pero ha llegado a él. La misma alianza que él pensaba que había tirado o vendido.

Vuelvo a centrarme en el libro y, aunque me cuesta moverme, lo agarro. Cuando miro el título en la tapa, con los dedos engarrotados, el corazón se me cae al suelo.

Cumbres borrascosas.

Una de las primeras ediciones, a juzgar por la fecha. Y es preciosa.

Paso los dedos por la tapa y abro el libro, con el pulso acelerado. En la primera página él ha escrito algo para mí. Leo la dedicatoria, recordando las notas que me enviaba en Montecarlo:

> Malyshka...
> Una vez te dije que no creo en los finales felices. Te mentí. Por miedo. Por inseguridad. Por odio.
> Pero, si me dejas, quiero escribir el mío contigo.
> Necesito recuperar todo el tiempo que perdí, y me encantaría que la próxima foto que colguemos en el álbum sea nuestra, junto a nuestro hijo.
> Si algo me ocurre, que sepas que te amo.

Te amo y siempre te amaré. En esta vida y en el más allá.

M. (Heathcliff)

Las punzadas en los ojos me acribillan y las lágrimas no tardan en salir. Pero son lágrimas de felicidad. Mi alma está saltando en mi pecho. Saber que él ha leído el álbum y ha visto las fotos de Ery me emociona aún más; aunque me habría gustado que las viera junto a mí. Pero, a veces, la vida no pregunta, solo actúa por su cuenta.

Cierro los ojos. Trago saliva. Me duele la garganta y me arde la herida, pero hay algo peor, ese nudo en el pecho que no se va. Siento la tentación de quedarme aquí para siempre, en esta especie de burbuja donde él habla de un final feliz, pero sé que no puedo. No ahora.

Intento incorporarme y el mareo me golpea como una bofetada. Mi cuerpo no responde; sin embargo, no me rendiré. Necesito saber que todos están bien.

Entonces, la puerta se abre de golpe y entra Catalina.

—Por Dios, señora, ¿qué hace fuera de la cama? —me regaña mientras me ayuda, sin darme tiempo a protestar—. ¿No ve que no está para estos trotes?

Me siento como una niña pequeña, pero no le hago caso.

—¿Qué hora es?

—Casi de noche. Pero no debería moverse de la cama, tuvo fiebre y creíamos que la íbamos a perder. —Se frota las manos—. No sabe el miedo que pasamos. Y si el señor vuelve y la encuentra fuera de la cama...

—¿Vuelve? —susurro mirándola fijamente—. ¿Dónde está?

—Ha salido hace unas horas, con la señora Katia y el general.

—¿Y Eryol? —pregunto con el aliento cortado, poniéndome en pie como un resorte.

Debe de ser una pesadilla, pero presiento que Mikhail sigue teniéndolo.

—Catalina... —le suplico con la mirada, agarrándola por los brazos cuando estoy a punto de caer—. Dime que mi hijo está bien.

Aprieto los dientes por el miedo que siento.

—No lo sé, solo sé que han ido tras el niño. Aquí no queda nadie más que Lev y un hombre herido que trajeron anoche. Uno con melenas que parece un cantante de rock —añade.

«Igor».

—Ayúdame a vestirme.

—Pero ¿y la herida?, ¿no le duele?

La vida sigue, aunque duela. Hoy me toca salir a buscar lo que queda de ella.

Catalina, pese a sus protestas, termina vistiéndome con una camiseta de algodón oscura y un vaquero azul elástico. Me ayuda con cuidado a ponerme las botas de cuero y, sin darme cuenta, ya estoy de pie, con el vendaje bajo la ropa tirante y una sensación de vacío insoportable en el estómago.

—¿Le traigo algo para comer? —pregunta la mujer, pero niego con la cabeza.

—Luego —murmuro, y antes de que pueda pararme, salgo al pasillo, tambaleándome un poco por el mareo.

Camino despacio, agarrándome a la pared. La puerta de la habitación de Katia está entreabierta, y me asomo cuando oigo ruido. En medio de la cama, yace Igor, con la piel pálida y los labios resecos. Milena está agachada sobre él, despeinada, con unas ojeras del tamaño de la Gran Muralla china y un paño en la frente. En cuanto me ve, corre hacia mí.

—¡Dios mío, Ana! —Me abraza con fuerza, temblando, y yo intento no desmoronarme ahí mismo.

—Tranquila, estoy bien —le miento, aunque no engaño a nadie.

Milena no para de hablar, atropellada, como si tuviera que soltar todo lo que lleva dentro, y en el fondo, la comprendo.

—Virgencita, pensaba que no lo contabas, que te ibas al otro barrio. Bueno, tuviste suerte, dicen que la bala no te tocó *na* importante. Pero vaya susto, niña. ¿Tú sabes el miedo que pasé? Estaba yo rezando a todos los santos, y mira, aquí estás, más dura que el acero. Pero tienes una pinta, hija, que ni *pa* ir a tirar la basura. Y él, pobrecito mío, lleva ardiendo de fiebre desde anoche. ¿Y tú qué haces fuera de la cama? ¿Te duele mucho? Porque, hija, tienes una cara... ¡Ay!

Intento sonreírle, pero mi atención se va a Sensei. Está tan quieto, tan frágil, que por un segundo me asusto de verdad. Me acerco y le cojo la mano. La boca se me seca cuando noto su piel ardiendo. Le beso la mejilla, con una ternura que me sale del alma. Solo espero que no lo pierda a él también.

—Pero ¿quién es este payo? —pregunta Milena, confusa por mi actitud.

—Mi hermano —respondo sin pensarlo, sintiendo que el estómago se me revuelve de nuevo por la emoción—. Cuídalo, por favor.

Ella asiente, con una mano en la boca. Se vuelve a tirar a mis brazos y me promete que no se moverá de su lado hasta que despierte. Se lo agradezco en voz baja, salgo de la habitación deprisa antes de derrumbarme y cierro la puerta tras de mí.

Bajo la escalera lo más rápido que puedo, esquivando el sudor frío que me recorre. En la planta baja, la casa es un ir y venir de hombres de seguridad. Ordenadores, mapas desplegados, teléfonos sonando. Lev está frente a una mesa, con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está Máximo? —pregunto.

Lev apenas me mira, pero noto el alivio en su gesto cuando ve que sigo en pie.

—Señora, ha salido en busca del Dragón —me explica mirándome como si viera un fantasma.

—No me digas que... Eryol... —La voz no me sale.

—Lo siento. El último aviso que tengo es que han peinado la costa y los puertos, pero nada. Ni los rehenes saben dónde lo ha llevado. Llevan horas interrogándolos y no sueltan prenda.

—¿Los rehenes?

—Los tipos que atrapamos anoche. Están abajo, en el sótano.

—Llévame ahí, Lev.

Apenas puedo tenerme en pie mientras bajamos por unas escaleras estrechas y mal iluminadas. La luz amarilla parpadea en los tubos, proyectando sombras largas contra las paredes. Allí, en un banco, con los pies encadenados, está... Angelo Barone. Su camisa blanca tiene salpicaduras de sangre en el cuello. Su pelo castaño, siempre impecable, luce desordenado, pero aun así percibo que, a pesar de las circunstancias, sigue frotando nervioso el pulgar contra la costura de la manga, obsesionado con un hilo suelto que no deja de mirar. El tic es tan suyo como el brillo sarcástico en los ojos.

—¡Angelo! —exclamo.

Parpadea aturdido.

—*Principessa...* —me llama con voz rota y una media sonrisa que no consigue ocultar el temblor de su mandíbula.

No lo dudo ni un instante. Cruzo la sala a zancadas torpes y lo abrazo con una fuerza que ni yo sabía que me quedaba. Él tarda un segundo en reaccionar, tiene unas enormes ojeras y una herida abierta en el pómulo.

—¿Estás bien? —pregunta apretando los ojos para controlar la emoción y susurrando, como si el resto de los rehenes no existieran.

Veo de reojo a tres hombres más.

Le tiembla el pulso y hace el gesto de acomodarme un mechón de pelo detrás de la oreja, incapaz de resistirse a ese ritual suyo de poner orden en el caos, aunque sea en detalles mínimos.

Me sale una risa ahogada, mezclada con lágrimas, mientras él me aprieta las manos.

—Dime que han encontrado a Eryol. Me estoy volviendo loco... —pide en italiano, bajando la voz.

El nudo en mi garganta amenaza con romperme en dos, pero no lo permito. Me obligo a tragar, a ser fuerte, por Máximo, por mi hijo, por él, y por todos.

—Máximo ha ido tras él.

—Seguro que lo recuperará, *amore*. Tu marido es el mafioso más duro que conozco. El más cabrón.

Se ríe, sé que lo dice de broma, no noto ni un atisbo de ira en sus ojos cuando habla de Máximo.

—Gracias. Él es... maravilloso, Angelo —le digo—. Pero ahora debo irme.

—Anastasia... —Atrapa mi mano—. Déjame acompañarte, *per favore*. Te lo debo. A ti y a Kovalenko.

Una fuerte tos hace que gire la cabeza. Entonces, veo a los rehenes que observan la escena. Los reconozco: son Dragones Blancos. Uno de ellos, Grigori, la mano derecha de Romanov, me sigue con la mirada como un lobo acorralado.

Me vuelvo hacia él. El tipo está pálido, tiene una herida en el hombro y el rostro cansado. Pero en sus ojos veo miedo, más que dolor. Me arrodillo a su lado, ignorando el escozor del vendaje.

—Grigori, dime dónde lo ha llevado —le suplico con la voz quebrada.

El hombre barbudo que siempre ha velado por mi seguridad cierra los ojos y niega con la cabeza. No quiere hablar, por miedo o por lealtad.

—Por favor... —Le aprieto la mano, con las lágrimas a punto de salir de nuevo—. Eryol es un Dragón Blanco. Es lo único que me queda.

Pero su boca está sellada, y sé que alguien como él jamás traicionaría a Romanov. Entonces, me pongo de pie, perdida y tambaleante. Me giro y miro a Lev, que estaba detrás con dos hombres más.

—Desencadénalo —le ordeno, mirando a Angelo.

—Pero, señora...

—Es una orden. —Aprieto los labios colérica.

Necesito componer mi vida, y Angelo Barone no se merece acabar en un sitio como este. Máximo tendrá que aceptarlo, y sé que el amor que me tiene y que me ha demostrado hará que respete mi decisión.

Intento mantener la voz firme, aunque la garganta me queme. Lev se acerca, duda un segundo y, al ver mi expresión, busca las llaves. Le quita las gruesas cadenas al Barón. Pero, de repente, cuando estamos a punto de salir del sótano, Grigori carraspea.

—Manacor... —susurra en un tono apenas audible—. Está en una finca, cerca de Manacor. El *Tsar* contactó con los gitanos Valkov hace un par de días. Tiene túneles bajo tierra, antiguos pasadizos de contrabando. Solo se accede por la entrada principal o desde un pozo al norte, cerca de una gasolinera.

Miro a Grigori, luego a Angelo, pero no me sorprende la alianza oculta entre mi padre, Jandro y los gitanos Valkov. Siempre han ido un paso por delante, moviendo los hilos, y me asquea pensar que Jandro, nuestro *baró*, fue capaz de vender a su propio pueblo por

Romanov. Lo más probable es que este lo comprara después de que Máximo fuera al mercado. Todo lo que vino posteriormente fue un plan orquestado a la perfección para que yo dudara de Máximo y pensara que él estaba detrás del incendio de Serra Rosa.

Maldita sea.

Lo odio.

Oh, Dios. Lo odio como nunca he odiado a nadie.

—Avisa al señor —sigo, mirando a Lev—. Dile que vamos a Manacor, a la finca del clan Valkov. Solo se accede por la entrada principal o un pozo situado al norte, cerca de una gasolinera. Tienen túneles subterráneos.

—Y también llama a la Dinastía —añade Angelo, ya en modo capo, como si acabara de enfundarse un traje invisible de autoridad—. Los quiero a todos allí. Mi hermana responderá al instante. Sabrán moverse rápido.

Lev no espera réplica. Saca el teléfono mientras los tres salimos del sótano y llegamos a la planta baja. Empieza a disparar órdenes en ruso, italiano y ese castellano cortante de la vieja escuela.

—¿Nos vamos? —dice Angelo agarrando una pistola de las que hay en la mesa, repleta de ordenadores.

Revisa el cargador y después me tiende un arma, mirándome fijamente.

—Dame dos minutos.

No cojo la pistola. Camino directa al final del pasillo, donde recuerdo que está el *dojo*.

Las paredes están flanqueadas por al menos diez catanas alineadas en perfecta simetría. Al fondo, el cuadro del dragón blanco preside la sala; a su derecha, el águila en pleno vuelo, su símbolo. No puedo evitar sonreír, de esa forma que se sonríe cuando reconoces el terreno de batalla como propio.

Máximo me hizo suya ayer mismo. Aquí, a ras de suelo. En esta sala fui su mujer, su rival y dueña de mí misma. Aquí fue donde tomé la decisión de creer en él y de no seguir luchando contra mi corazón. Lo hice antes de que Milena me contara que fue Mikhail quien atacó Serra Rosa.

Mis dedos rozan la empuñadura de la catana más bonita de todas. Quizá la cojo porque veo la inicial «I» en el mango, y eso me recuerda a él: «Imperator».

¿Quién lo iba a decir?

Yo aquí, dispuesta a usar eso que siempre odié. Todo por amor, pero también por odio.

Porque recuerdo las arrogantes palabras de mi padre y la prepotencia que destilaba cuando se dirigía a mí: «No eres digna de mi apellido. Siempre recurres a la opción más fácil. Jamás sabrás usar una espada ni serás digna de los Dragones Blancos».

La desenfundo frente al espejo que cubre media pared. Mi reflejo no es el de una víctima; es el de una heredera, una líder, la hija del Dragón Blanco, aunque odie que así sea. Él solía decirme que «la sangre se hereda, pero el legado hay que ganárselo». Hoy, por primera vez, entiendo lo que significa. El miedo y la rabia se han convertido en combustible.

—Bien, *papá* —hablo en voz alta, como una chiflada—. Ha llegado el momento de que pagues por todos tus malditos pecados.

29

No creo en los finales felices

Anastasia



> Apuesta siempre por el amor. Incluso cuando todo te indique que el odio es el camino.

Nadie habla durante el trayecto en coche hacia la villa del clan Valkov. Angelo va a mi lado, pegado al móvil, dando órdenes en italiano a los suyos. Lev está al volante y otros dos coches más nos siguen. Me echo el abrigo por encima, con la catana oculta debajo. Siento la herida en el abdomen, pero me niego a caerme ahora.

Nos desviamos junto a la gasolinera. Es de noche, y la finca de los gitanos parece un búnker. Por un momento, temo que no consiga recuperar a mi hijo. Hay hombres por todas partes, armados hasta los dientes. Nadie espera un ataque por el norte, pero nosotros vamos directos al pozo cubierto de maleza. Lev abre la trampilla y entramos, uno tras otro, al pasadizo subterráneo.

—¿Lista? —me pregunta Angelo.

—Más que nunca.

Tras atravesar un canal que lleva agua e incluso sospecho que materia fecal, porque huele horrible, salimos en silencio por el sótano de la casa. Dos hombres en la puerta apenas tienen tiempo de reaccionar. Angelo dispara primero, sin pestañear, y caen. Un Dragón se me echa encima y me hace chocar contra una nevera vieja que hay a un lado, pero le suelto un tajo en la pierna y lo dejo en el suelo, gritando de dolor.

—¡Vamos! —grita Angelo, aún con el rostro magullado pero con una determinación férrea.

Subimos deprisa unos escalones estrechos hasta la planta baja. Lo analizo todo alrededor. Es una mansión antigua de al menos dos plantas, con muebles desgastados. La adrenalina me tiene medio ciega, así que ni me entero de cuándo nos atacan. Uno le asesta un puñetazo a Angelo y otro me bloquea el paso y me tira al suelo de un empujón.

—¿Qué haces aquí, eh, muñeca? —me escupe, pero le clavo la rodilla y le golpeo la cara con la empuñadura de la catana.

—Muñeca, tu puta madre.

Me levanto como puedo y no miro atrás mientras el gitano se desmaya. Angelo me cubre las espaldas, en guardia. Veo cómo encañona a un tipo que nos sorprende por la derecha y lo deja fuera de combate.

—Uno menos —gruñe después de arrearle un codazo.

Lev avanza delante, despejando el camino. Nadie habla, y el hecho de que tenga conmigo a menos de diez hombres me eriza la piel. No puedo competir con las decenas de gitanos y rusos que se mueven de un lado para el otro.

Después de mirar a mi alrededor y no ver ni rastro del niño, le hago una señal a Angelo y subimos por la escalera, con la sangre

latiéndome en las sienes. Otro Dragón me bloquea, pero esta vez no me tiembla la mano: le corto el muslo, lo empujo y sigo adelante.

—Continúa, no pares —le digo a Angelo.

Cuando llegamos a la primera planta, estoy desesperada. Oh, Dios. Necesito oírlo. Necesito ver a mi hijo, e incluso por un momento dudo de que esté aquí. Pero entonces oigo el llanto de Eryol. El mundo se detiene.

—Es él... —susurro.

Subo los últimos escalones hacia la segunda planta, que es donde me ha parecido oírlo. El pasillo se abre ante mí y, casi cuando piso el último escalón, veo a alguien.

Romanov.

Sujeta a Eryol con una sola mano, alzado sobre el hueco de la escalera, como si fuera un objeto. Mi hijo llora desesperado, con la cara roja y los brazos agitándose sin control. El sonido me atraviesa el pecho.

Me quedo clavada en el suelo. Apenas puedo respirar.

«Dios mío».

Esto no puede ser verdad; Romanov no podría ser tan cruel como para hacerle eso a su propio nieto.

—Mikhail... —susurro, pero mi voz no suena a súplica. Es puro terror.

—Un paso más y lo suelto.

Pero Angelo me adelanta de golpe.

—¡Bastardo! —ruge fuera de sí—. No toques a ese bebé o te arrepentirás. ¿Qué le hiciste a mi hermano? ¿Dónde está Alessandro?

Romanov gira apenas la cabeza sin dejar de sostener a mi hijo en el aire, como si fuese un trapo. Sabe que no podemos hacer nada contra él.

—¡Lo obligaste a hacer de espía, en Montecarlo! —escupe Angelo —. ¡Me traicionaste, joder! Yo te abrí Europa, confié en ti..., ¿y pensabas acabar con la Dinastía?

—Jamás pensé someterme a las normas de unos cabrones arrogantes e imbéciles como vosotros. Y tú el que más, si crees que Alessandro es un santo.

—¡Me dirás dónde está, maldita sea!

Angelo está completamente fuera de sí, por más que yo tire de su brazo, sabiendo que podría ocurrir una desgracia. Y, cuando da un paso hacia él, Mikhail le lanza una patada brutal en el pecho. Barone sale despedido hacia atrás, choca contra la barandilla y cae rodando por la escalera.

—¡Angelo!

Acaba en la primera planta. No se mueve, y quizá... esté muerto.

No, esto es una pesadilla.

Mi atención vuelve al bebé. Eryol sigue llorando, y mis manos tiemblan tanto que apenas puedo sostener la catana. Me agacho despacio y dejo la espada en el suelo mientras unas lágrimas amargas me nublan la vista.

—Por favor... —le digo—. No lo hagas. Es tu nieto.

Su rostro luce más serio de lo que nunca lo he visto. Tan solo niega con la cabeza despacio, casi con asco. El corazón me da un vuelco.

—Mi nieto jamás llevará la sangre de los Kovalenko —replica—. Y este niño la lleva.

—Pero también lleva la tuya..., papá —susurro.

Me acerco a él dos pasos, con el corazón encogido. Debo recurrir a la manipulación para convencerlo.

—Eso dejó de importar cuando decidiste irte con ese hijo de puta.

Y ahora lo veo más claro que nunca. Su odio es maligno, infinito, y no tiene cura. No parará hasta acabar con todo aquello que odia. Igual que hizo en el pasado.

—Tú la mataste, ¿verdad? No fue Viktor. —Trago saliva, con el horrible presentimiento de que tengo razón—. Mataste a mi madre, Anna.

Su sonrisa se curva, oscura y enferma.

—Se lo merecía —responde—. Me traicionó. Y todo el que me traiciona acaba bajo tierra, hija. ¿Aún no lo entiendes?

No le contesto, tan solo niego con la cabeza, conmocionada.

—Tu hermanita, esa gitana sucia, también pagó el precio cuando le fue con el cuento a Barone.

«¿Qué?». Siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Dónde está Nina? —pregunto con un hilo de voz.

—En el fondo del mar.

Se me corta el aliento. La imagen de él y Eryol en su mano se me nubla por un instante.

—Estás loco —digo con la voz quebrada—. ¡Loco! Y tienes lo que te mereces. Igor está herido y no quiere saber nada de ti.

Sus ojos se endurecen mientras yo aprieto los dientes.

—Qué pena que no haya muerto.

Romanov suelta una risa seca y maquiavélica, de las pocas que he oído de su boca.

—¡Eres un monstruo! —le grito, con los tobillos como mantequilla —. ¿Nunca te has preguntado por qué te has quedado sin hijos? ¿Sin mujer? Jamás estarás a la altura de un Kovalenko.

Sus ojos se encienden como llamas tras oír esas palabras.

—Yo me he quedado sin hijos... —dice—, pero tú también.

Y suelta a Eryol.

De verdad.

Simplemente...

—¡Noooooooooo! —grito, y corro hacia él, sin sentir las piernas.

Me quiero morir. Lo empujo con todas mis fuerzas y me lanzo hacia el hueco de la escalera con la sangre congelada en todo el cuerpo. Pero Eryol ya está cayendo al vacío, pagando por un maldito pasado del que ni él ni yo tenemos la culpa.

Agarro la barandilla con fuerza y miro hacia abajo aterrada, pero no lo veo caer. Lo veo en brazos de Máximo. Está ahí, en la planta baja, sano y a salvo. En los brazos de su padre, y con Katia al lado.

—¡Anastasiaaaaaa! —exclama Máximo airado, mirando hacia arriba.

De repente, los ventanales estallan por los disparos y se oyen las aspas de un helicóptero. Unos hombres uniformados que parecen soldados y otros con abrigos largos irrumpen en la planta baja. Me derrumbo por el susto y las piernas me fallan. Caigo de rodillas mientras el aire regresa a mis pulmones a trompicones.

No me da tiempo a reaccionar. De un tirón brutal, Mikhail me agarra por el pelo, me arrastra hacia él como si fuera una muñeca de trapo y me susurra al oído:

—Eres igual de zorra que tu madre, Anastasia.

Me lanza contra la pared y, en un segundo, recoge la catana que yo he dejado antes en el suelo. Me empuja hacia una puerta lateral y me arroja dentro, como si estuviera tirando la basura. Es un salón vacío, apenas quedan un par de sillones polvorientos y una mesa rota.

Cierra la puerta de un golpe, pasa la llave y la tira en algún sitio. Se acerca, con la espada en la mano, y la tira a mis pies.

—¿Crees que vas a salir viva de aquí? —sisea con los ojos enloquecidos—. Has venido haciendo el ridículo con una maldita catana. Toma. Lucha conmigo y muere como la puta débil que eres.

Recojo la espada, temblando. Pero esta vez no tiemblo a causa del miedo porque sé que Ery está en buenas manos, y eso me hace respirar aliviada. Tiemblo por la rabia y el dolor que siento. Este ser me ha arrebatado a toda mi familia. Toda. ¿Cómo podría asimilar eso?

No me deja siquiera procesar ese lado suyo que me muestra hoy aquí y que nunca antes me había mostrado.

—Siempre fingiste, Mikhail —le digo apretando más el mango—. Fingiste que me querías.

—Y te quiero. Por eso no te puedo perdonar.

Se lanza a por mí. Es rápido, mucho más de lo que imaginaba para un hombre de su edad. Siento el filo rozar mi costado y apenas logro apartarme antes de que me atraviese el vientre. Contraataco, apretando la empuñadura, y consigo hacerlo retroceder un paso.

Sonríe y me corta el brazo con un movimiento seco. El abrigo actúa como barrera, pero, aun así, noto la sangre caliente resbalar hasta mi muñeca. El dolor me nubla la vista, pero no me rindo.

—¿Eso es todo cuanto puedes hacer? —se burla.

Trato de hacerle frente, y esta vez ataco yo. Chocamos espada contra espada, y el eco metálico retumba en mis oídos, provocándome un escalofrío. El vendaje del abdomen se empapa y mi herida arde. Me tira al suelo de un golpe, ruedo por la alfombra, pero me levanto de un salto. La rabia me da fuerzas y la voz de mi madre resuena en mi cabeza: «No te rindas ahora, Anastasia».

En ese instante, la puerta revienta de un golpe y Máximo entra hecho una furia. Lleva el hombro ensangrentado y la mirada homicida.

—¡Apártate de ella! —ruge.

Romanov apenas lo mira.

—Al fin, el héroe aparece —se mofa.

Máximo no responde con palabras. Avanza con la espada en alto, furioso. Romanov gira sobre sí mismo con una agilidad que me sorprende y, en una fracción de segundo, cambia de objetivo.

Siento el tirón en el pelo antes de entenderlo. Me arrastra hacia atrás y el frío del acero se me clava en el cuello. La hoja presiona justo bajo la mandíbula, lo suficiente para que cualquier movimiento sea una sentencia.

—Un paso más y le abro la garganta —dice con calma, casi con placer.

Máximo se detiene en seco.

Lo veo. Veo cómo se le tensan los músculos, cómo aprieta la empuñadura hasta que los nudillos se le ponen blancos. Sus ojos no están en Romanov. Están en mí. Midiendo y calculando la situación. Suplicándome en silencio que aguante.

—Suéltala —dice al fin, con una voz temblorosa que no le había oído nunca—. Esto es entre tú y yo.

Romanov sonríe, ladeando la cabeza. Presiona más el acero contra mi piel.

—Siempre ha sido entre tú y yo —continúa.

Aprieta un poco más. No grito. No lloro. Solo levanto despacio la mano que aún sujeta la catana y la dejo caer al suelo, con un golpe seco que retumba en la sala.

—No hay nada que puedas hacer, ¿comprendes? Pagarás por todo... —Máximo aprieta los labios.

—Ella también.

—No te atrevas a tocarla. ¡Nos tendiste una maldita trampa! —escupe él, jadeante—. Los gitanos jamás quisieron matar a Anastasia. Tú no querías. La bala del restaurante de Pietro fue a la ventana a propósito. Usaste a Luca, a todos, para sembrar el miedo y hacerle creer a Anastasia que yo era el malo.

—La compraste como un perro para vengarte de mí. ¿Eso es ser bueno, eh, Kovalenko?

—¡Cállate!

Las lágrimas me nublan la vista al pensar que quizá sea la última vez que vea al hombre que amo delante de mí.

—Mikhail... —hablo con un hilo de voz, decidida a intervenir—. Ya has ganado, ¿vale?

Él suelta una risa baja, enferma.

—Sabía que obedecerías cuando te vieras con una espada en el cuello, *doch*... —me llama «hija» con desprecio—. Como tu madre.

Máximo intenta tranquilizarme, y entonces entiendo lo que va a suceder. Romanov no. Porque él no sabe entender a Máximo con una mirada, como yo. Ni ve cómo da un paso a un lado. No hacia delante, sino hacia la derecha. Justo fuera del ángulo de mi padre.

—¿Algo que decir antes de morir? —me pregunta arrogante.

Y ese segundo de arrogancia es todo lo que necesitamos.

Máximo lanza la espada, pero no a él —sería imposible herirlo, yo actúo de escudo y su cabeza está a unos centímetros de la mía—, sino al espejo. El cristal estalla en mil fragmentos. Romanov gira instintivamente la cabeza a causa del ruido, aflojando apenas la presión.

Lo justo.

Clavo el codo con todas mis fuerzas en su estómago y me dejo caer hacia delante. El filo me corta sutilmente, pero no me degüella. Siento cómo pierde el equilibrio y Máximo ya está encima de él. Le propina varios puñetazos salvajes. Intercambian golpes rápidos y violentos. Romanov lo empuja a un lado deshaciéndose de él. Cuando yo quiero atacar, su mano acaba en mi cara, y consigue derrumbarme con un golpe sobrehumano.

Me tuerzo el tobillo al desplomarme y, cuando intento levantarme, noto que Máximo ha recuperado la espada y están luchando. Romanov consigue herirlo en el costado y Máximo le responde con un tajo profundo en el muslo.

Oh, Dios, esto debe acabar ya. No puedo más.

Romanov lo ataca con un movimiento desesperado y Máximo se aparta y lo mira furioso.

—¡Ríndete ya, puto cabrón! ¡Estás rodeado, no tienes adónde ir!

—Ven, haz que me rinda.

«Está enfermo, no hay duda».

Máximo lo bloquea y lo empuja, deshaciéndose de su espada y, finalmente, Romanov cae de rodillas. Intenta levantarse, pero él le propina una fuerte patada en la cabeza, de manera que lo deja aturdido. A continuación, Mikhail saca una navaja y se la arroja.

«Maldita sea».

La navaja acaba en el hombro de Máximo, que suelta un alarido de dolor.

—¡Para ya, maldita sea! —le grito desquiciada.

Siento que ese es mi momento, así que me levanto deprisa, aferrándome a la última gota de fuerza que me queda. Él me mira. Por primera vez, hay algo distinto en sus ojos cuando ve que recojo la catana del suelo, deprisa. Avanzo hacia él, a punto de colapsar, con la sangre resbalándome por el brazo y en la comisura de los labios. Pero no me detengo.

Cuando levanta la cabeza y me ve con la catana en la mano, sonríe, aún creyéndose superior.

—No te atreverás a matar a tu propio padre.

Me coloco frente a él y lo miro con odio mientras la alzo con ambas manos. No tiemblo.

—Púdrete en el infierno, *papá*.

Y, con un movimiento firme, le rajo el cuello. No hay discurso final, solo el golpe seco del acero cortando lo que debe. El sonido del corte al atravesar la carne. La sangre que estalla de él como una fuente.

Romanov cae hacia atrás, muerto antes de tocar el suelo.

El horror de lo que acabo de hacer me golpea con crueldad, porque, al fin y al cabo, el que yace en el suelo con el cuello rajado es ni más ni menos que... mi padre. No. No lo es. Ni siquiera es un ser humano.

El silencio que queda después es ensordecedor, tan solo oigo mi respiración y el golpe punzante de la espada al caer de mi mano.

Tiemblo de pies a cabeza mientras alzo la mirada a Máximo, que presiona su hombro. Está hecho polvo. Literalmente. La sangre le mancha la mano y tiene un corte en el pómulo. El traje destrozado. La camisa abierta. El pecho subiendo y bajando con dificultad.

Y aun así...

Nunca me ha parecido tan atractivo.

Sus ojos desbordan alivio y amor. Mucho amor. Ese amor feroz y torpe que siempre ha sido suyo, el que no sabe expresarse con palabras bonitas pero que te atraviesa igual, directo al corazón. Esa mirada no se puede ocultar.

—Lo has hecho —susurra con la voz rota mientras tira la catana al suelo.

Niego muy despacio, con un nudo en la garganta y la vista nublada. Sin apartar los ojos de los suyos.

—Lo *hemos* hecho.

No hace falta nada más.

La conexión entre nosotros es tan intensa que casi duele. Nos acercamos despacio, mis manos tiemblan, las suyas también.

Estamos a un suspiro de distancia. Simplemente nos lanzamos el uno en los brazos del otro.

—¡Oh, joderrr! —exclama desbordado.

Me rodea con fuerza y con desesperación, como si temiera que pudiera desaparecer. Yo me aferro a él, a su cuello, a su espalda, a todo lo que es real, y entierro la cara en su pecho. Huele a él. Huele a *hogar*.

—Te amo —murmuro contra su piel mientras cierro los ojos y lo aprieto contra mí, con la misma desesperación que él.

—*Malyshka...*

Nuestros labios se buscan, como siempre han hecho. Nos fundimos en un beso delicado y lleno de confianza. Un beso puro, sin rencor ni odio. Ese beso con el que siempre he soñado.

—Te amo, Máximo... —susurro con las lágrimas cayendo por mis mejillas, mezclándose con la sangre de nuestros rostros.

—¡Oh, Dios! Yo también te amo, pequeña. Te amo tanto...

—Lo siento —le respondo—. Lo siento mucho.

Nos desplomamos de rodillas, en el suelo. El cansancio y el aturdimiento nos vencen.

—Chisss... —Coge mi cabeza entre las manos y me obliga a mirarlo—. Soy yo el que lo siente.

Sus pulgares limpian mis lágrimas con ese cuidado y esa ternura que siempre me han enamorado de él. Con su piel rozando la mía, sin guantes de por medio.

—Debería haber confiado en ti, aun cuando me decías que Eryol no era mío. Debería haberme dado cuenta de que tu única intención era protegerlo, como siempre has hecho. Conmigo, con Katia... Siento haberte roto el corazón de mil maneras, Anastasia —dice con la voz quebrada.

—Te he hecho daño... —susurro recordando todas las palabras que le dije y su sufrimiento desde que volvió a mi vida—. Mucho daño.

—Me lo merecía.

—No... —Niego con la cabeza, arrepentida.

No, él no se lo merecía. Se equivocó al comprarme en ese maldito mercado, pero todo lo que vino después fue real.

—¡Mírame! Estoy aquí y siempre lo estaré. Y si el mundo volviera a arder, seguiría aquí, contigo entre mis brazos, porque ya no sé vivir de otra manera, ¿entiendes?

Se me quiebra el pecho.

—Eres mi héroe, Máximo Kovalenko. —Lo beso con pasión—. Y no sabes lo orgullosa que estoy de ti, mi amor. Eryol también.

—No soy un héroe —murmura emocionado mientras me besa la mejilla y después la nariz—. Solo quiero ser tu marido y el hombre que duerma abrazado a ti, en una cama tan pequeña que nos mantenga juntos de por vida.

Me río. Se acuerda de mi petición. En Montecarlo le dije que quería elegir unos muebles blancos para nuestro dormitorio, con una cama pequeña.

Sin decir nada más, meto la mano en el bolsillo de mi abrigo. Él frunce el ceño, confuso, cuando saco la alianza que me ha dejado en la mesilla.

—Entonces necesito una boda en condiciones —digo con una sonrisa temblorosa—. No ese desastre de boda que tuvimos. Esta vez, con música y alegría. Y sin catanas, a ser posible.

Parpadea y se ríe. Una risa baja, incrédula, preciosa. Una risa feliz.

—¿Estás segura? —murmura con los ojos brillantes.

—Jamás en la vida he estado tan segura de algo.

Toma la alianza de mi mano. Sus dedos tiemblan cuando me la coloca en el dedo despacio, como si ese gesto fuera más solemne que cualquier juramento.

—Cásate conmigo de nuevo, Anastasia —dice—. Y no solo esta vez. Cásate conmigo todos los días de nuestra vida.

No respondo.

No es necesario.

Él y yo no somos un cuento de hadas. No buscamos finales felices; construimos nuevos comienzos. Y este, lo presiento, va a ser el más jodidamente épico de todos.

Epílogo

Anastasia



Dos meses después

No sé quién fue el genio que decidió que las bodas debían ser un día para disfrutar, sin nervios ni contratiempos. Seguramente alguien que no tuvo que casarse dos veces, ni dejar la preparación de la novia en manos de una gitana hiperactiva. En serio, si salgo viva de esta, ya me da igual la mafia, las balas o las catanas. Que venga el apocalipsis.

Me observo en el espejo por décima vez, ajustando el corpiño blanco, mientras intento mantener el equilibrio sobre unas sandalias de tacón dorado que Milena juró que eran comodísimas. «Prima, palabra de honor». Miento si digo que la creí.

—¿Lista para destrozar esos tacones en la pista de baile?

Mi prima lleva un vestido rojo espectacular, los rizos cayéndole sobre los hombros y una sonrisa tan luminosa que cualquiera diría que la que se casa es ella. De hecho, Igor la ha mirado dos veces

antes de salir a vestirse. Y no precisamente por el ramo de novia que sujeta en las manos.

—No sé si lista, pero... alternativa no tengo —respondo medio en broma, notando cómo me tiemblan las piernas—. El vestido ya está puesto. ¿Seguro que no parezco una niña de comunión?

—¡De comunión, dice! —Se ríe—. Estás impresionante. A tu hombre se le va a caer la baba.

Milena me da un beso en la mejilla, intentando ocultar su emoción.

—Y dime —añado mirándola de reojo—, ¿cuándo piensas contarme por qué estás tan feliz? Sé que es por mi boda, pero te conozco demasiado. Y tengo la sensación de que Igor tiene mucho que ver.

Se encoge de hombros, fingiendo inocencia. No le dura ni un segundo.

—Será el calor de Mallorca..., ya sabes.

La rojez en sus mejillas la delata. Estamos a finales de noviembre, sí, pero el verano se resiste a marcharse. Aun así, sé que el calor no tiene nada que ver.

—Ajá. A ver si al final ese ramo va a acabar siendo tuyo —la pico alzando las cejas.

—Calla, bicha. Aunque no te voy a mentir..., ese ruso pelirrojo me tiene *derretía* —susurra mientras me arregla el velo con cuidado.

—¿No era que solo lo cuidabas porque tenía fiebre?

—Lo cuidé tan bien que quiso repetir.

Suelto una carcajada y cojo un abanico del tocador.

La ventana está abierta. El mar ruge a lo lejos, y la brisa hace bailar la cortina. Respiro hondo. El corazón me late desbocado y doy un pequeño salto cuando llaman a la puerta.

Antes de que pregunte quién es, Milena la abre de par en par. Catalina entra con una nota en la mano. La cojo deprisa. Solo Máximo deja notas por toda la casa, día sí y día también. Algunas decentes, pero otras no tanto. Sonrío recordando la de esta mañana, pero al leerla frunzo el ceño sorprendida. No es de él.

Siento no poder acompañaros en un día tan importante. Me reclaman en Sicilia, asuntos de familia. Sin embargo, no podía dejaros sin regalo.
Os deseo mucha felicidad. Os la merecéis.

Angelo

—¡Ana, mira!

Me acerco a la ventana a zancadas y abro los ojos sin dar crédito. En el patio hay una moto preciosa, una Ducati oscura, con un lazo rojo atado al manillar. Me río, negando con la cabeza. Angelo es el único mafioso que conozco capaz de combinar elegancia, locura y sentido práctico en un mismo regalo.

Milena silba. No sé si por la moto... o por Igor, que espera al lado.

Mi hermano aguarda en el patio, impecable con un traje azul y el cabello recogido en un moño. A su lado está Raskol, más elegante que nunca, con un lazo blanco y un pequeño ramo de rosas atado al cuello. Todavía me parece increíble que mi caballo haya sobrevivido dos veces. Máximo siempre dice que tiene más vidas que un gato, y no le falta razón.

Bajo la escalera sonriendo, con Milena detrás, dándome las gracias por haberla elegido como dama de honor.

—¿Lista para arrasar, Imperatritsa?

Sensei me espera en la entrada con una sonrisa.

—¿Y tú para confesar que estás medio loco por mi prima? —le pregunto cuando me abraza con fuerza, con uno de esos abrazos que te recolocan todos los huesos del cuerpo.

Nos reímos.

—Algo hay, no lo niego. Pero ahora, cuéntame, ¿preparada para decir que sí o vas a salir corriendo a caballo? —bromea mientras me ayuda a montar a Raskol—. Pórtate bien, campeón. Hoy eres el coche oficial.

Acaricio el lomo de mi bicho y cruzamos el jardín, que está espectacular: el césped recién cortado, blancas colgando de las pérgolas, la piscina reluciente, el mar brillando al fondo y las sillas alineadas bajo la sombra de dos olivos centenarios.

Un violín comienza a sonar y los invitados se ponen de pie. Son pocos, pero bien escogidos. Veo a Dalila, la joven que salió herida en el burdel, con un vestido morado corto; a la mujer de Sevilla que rescatamos junto a su hija adolescente, ambas emocionadas y vestidas de azul. Cécile, mi cómplice de locuras en Montecarlo, también está. Me manda un beso al aire cuando cruzamos miradas. Cree que no me he dado cuenta de que está mirando de reojo a Marco. Yo dibujo un corazón con los dedos y le sonrío. Reconozco a los hombres de Máximo que sobrevivieron al último ataque y a Grigori, que me dedica un saludo con la cabeza al pasar.

Los Dragones Blancos ocupan las primeras filas, ahora bajo el mando de mi hermano y Grigori. Al fondo, los gitanos de Serra Rosa, entre ellos Elsa, la amiga de Milena y hermana de Luca, el que nos atacó en Montecarlo y al que Máximo asesinó. Mejor que ella no lo sepa, hoy es un día feliz. Todos los Valkov se ven más elegantes que de costumbre, aunque llenos de color, con las manos repletas de anillos y pulseras doradas.

Sin embargo, faltan los más importantes. Mi familia. Los Angelov. Mamá, Lidia, Lenca. Los abuelos. Karl...

¿Por qué esto es tan difícil?

Intento sonreírles a todos, aunque las lágrimas cálidas me nublan la vista.

Me habría encantado que ellos estuviesen aquí, y solo me queda disfrutar de sus recuerdos y pensar que ahora mismo me están viendo desde el cielo. Tan guapa, vestida de novia, a lomos de Raskol hacia el sitio donde me espera el hombre al que amo.

Porque en el altar, bajo un arco de rosas blancas, está él.

Máximo Kovalenko.

El amor de mi vida.

Mi emperador.

Mi hombre.

Jamás lo comprendí. Siempre le decía que esas palabras —«Eres mía»— no me gustaban, pero ahora ya lo entiendo todo. Soy suya y él, mío. No nos pertenecemos en cuerpo, sino en alma.

Lo miro emocionada. Máximo lleva un traje oscuro con una corbata gris, la barba cuidada y el cabello perfectamente arreglado, aunque el mechón rebelde que le cuelga en la frente sigue ahí. Sonríe de esa manera que me desarma por completo. A su lado está Katia, vestida de celeste, con el pelo recogido y una pamela extravagante. Mi pequeño está entre los brazos de su padre, vestido de gala. Sonrío orgullosa, Ery está más guapo que nunca, y se nota a leguas que es el hijo de papá.

Mi marido lo mece entre sus brazos y me guiña un ojo cuando Igor me ayuda a bajar del caballo.

Está todo controlado, aun así, siento las piernas de gelatina.

Respiro hondo cuando Sensei me ofrece el brazo y recorremos el metro y medio que queda hasta el altar. Raskol relincha con un rugido, como si quisiera expresar su felicidad. Nos arranca una carcajada. Sabe que hoy también es protagonista, y no podría ser diferente.

—Estás preciosa, hermana. Os deseo lo mejor del mundo —dice Igor con un hilo de voz—. Y ahora te dejo con tu esposo, que se me

ha metido algo en el ojo.

Le doy un pisotón suave, riendo, sin apartar la mirada de Máximo ni de mi bebé. Eryol estira la mano para tocar mi velo. Me derrito.

—Mi amor... —susurro apretando su manita.

—Ya es hora de que este grandullón vaya con la tita —dice Katia con dulzura.

La abrazo emocionada. La quiero como a una hermana, y tenerla a mi lado es un privilegio.

—Estás preciosa, Anastasia.

—Tú también.

—Venga, campeón —murmura Máximo con una sonrisa—. Mamá necesita a papá, luego volvemos contigo.

Se me humedecen los ojos —¡otra vez!— al verlo jugar con su pequeña nariz antes de que se lo entregue a Katia.

—Cariño... —dice él mientras coloca su mano en mi cadera—. Ha llegado el momento.

—Así es.

Busco su mano mientras nos colocamos frente al general Dimitri Kovalenko, impecable con su uniforme y las insignias brillando en su traje oscuro. Nos mira serio, pero relaja el semblante cuando Eryol lo distrae con una sonrisita. Le guiña un ojo.

—¿Estás bien? —me pregunta Máximo al oído mientras me aprieta la mano con la misma fuerza que yo.

—Sí.

—Si es por los tacones, tranquila —dice llevándose mi mano a los labios—. Más tarde los quitamos, igual que el vestido. Estás muy guapa, pero yo te prefiero sin él.

Me besa la mano con ese aire seductor y varonil, tan familiar. Y eso me pone más nerviosa aún. Siento las mejillas arder y esa

sensación de querer tenerlo entre mis piernas a cada minuto del día. Es muy poco romántico, pero es real.

—Tenemos una cita pendiente —susurro de vuelta—. En la playa. Sin ropa.

—¿Con champán? —me pregunta mientras sus dedos resbalan sobre mi trasero con disimulo.

—Bueno... Cuando se hayan ido los invitados.

—¿Y si los echamos ya? —murmura juguetón—. Podríamos simular un ataque *yakuza*.

Le lanzo una mirada asesina y nos reímos con complicidad.

—Empieza la ceremonia —avisa el general.

Después de dedicarnos unas palabras, a los invitados y a nosotros, el tío de Máximo nos invita a pronunciar nuestros votos. Cuando llega el momento, él toma la palabra. Su voz es ronca, y por un segundo parece que va a titubear. Pero no lo hace.

—Anastasia... —empieza—, mi gitana guerrera. No prometo dejar de ser terco ni no discutir contigo. Pero sí prometo luchar por ti cada día de mi vida. ¿Aceptas casarte conmigo, a pesar de todo?

El general nos mira con una ceja alzada, probablemente sorprendido por el sentido del humor de su sobrino. Aprieto más su mano cuando una corriente eléctrica me recorre.

—Aceptamos —respondo firme, con una sonrisa.

—¿«Aceptamos»? —repite él confuso.

Me muerdo el labio, intentando controlar lo emocionada que estoy.

—Sí, yo y... alguien más. —Me llevo la mano al vientre.

Máximo se queda blanco, después rojo, y después la cara se le ilumina de una manera que nunca he visto.

—No me jodas. Anastasia, ¿tú...?

—Estoy embarazada —susurro reprimiendo las lágrimas.

Las hormonas están haciendo de las suyas últimamente, porque lloro a cada rato.

—¡Lo sabía! —grita Igor.

—¡Olé ahí! —chilla Milena.

Máximo me besa sin pedir permiso, apartándome el velo del rostro antes de que el general lo indique.

—¡Oh, por Dios! —Me mira como si viera un batallón de fantasmas —. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque quería darte una sorpresa.

Acaricio el colgante de la esmeralda recordando a mi madre, Anna. Si no fuese por ella, no estaría aquí, viviendo este momento tan mágico. Fue ella la que me protegió desde el principio. No puedo dejar de recordar que mi collar frenó una bala que habría podido matarme.

—Anastasia... Joder. ¡Te amo!

Sus labios acaban sobre los míos deprisa, con el murmullo de los invitados de fondo y el general cerrando el libro que tenía delante, dando por hecho que su función ha terminado.

—Te amamos —intento responderle mientras él me aprieta contra su pecho con cuidado y torpeza a la vez, temiendo que pueda hacerme daño.

Entonces, los aplausos estallan. Me río cuando su mano baja a mi vientre y me vuelve a besar, sin importarle ni el pintalabios ni el maquillaje que me ha costado dos horas. A decir verdad, a mí tampoco me importa nada de eso.

Solo quiero sentirlo y disfrutar de este momento tan especial juntos, con nuestro hijo y nuestra familia. Porque lo amo. Porque estoy feliz. Porque, sencillamente, no puedo pedir más. Bueno, en realidad, sí, hay algo más: pido que los invitados se vayan pronto, que Milena se convierta en mi cuñada, que Katia encuentre el amor

y que Raskol no se coma la tarta de vainilla que he horneado para Máximo.

Sinceramente, eso sí sería un final feliz de verdad.

Máximo



Nueve meses después

—No mires —susurro tapándole los ojos con una mano, mientras con la otra la guío por el vestíbulo de la Facultad de Filología y Comunicación de la Universitat de Barcelona.

Podría acostumbrarme a esto. No a las sorpresas ni a las universidades, sino a verla a ella así: preciosa y embarazada hasta la coronilla. O, como dice Milena, «más redonda que una sandía». Pero, joder, no hay belleza más salvaje y valiente que la de mi mujer. Su barriga asoma por el vestido como si, en vez de uno, estuviese gestando a una camada de dragones.

Nunca mejor dicho.

Hay algo en ella, en su manera de apretar mi mano, en cómo suelta un resoplido cada vez que siente una contracción, que me hace pensar que he ganado todas las guerras solo porque haya aceptado acompañarme hoy hasta aquí. Pero no sé qué me sorprende, es una guerrera.

—Máximo, dime de una vez dónde estoy —protesta, aunque sé que está disfrutando.

Cada vez que frunce el ceño y se enrosca ese mechón de pelo en el dedo, me enamoro un poco más.

—Confía en mí, *malyshka*. Un par de pasos más y...

Avanzo con cuidado, esquivando universitarios y alguna que otra mirada curiosa. La recepcionista nos observa divertida, pero yo estoy muy nervioso. No, nervioso no, estoy atacado.

—¿Puedo mirar ya? —pregunta ella, abanicándose con la mano. Estamos en julio, y el calor es muy seco estos días.

—Ahora sí.

Aparto la mano y guardo silencio mientras Anastasia mira a su alrededor asombrada. Justo delante tiene el área de recepción de la facultad. Detrás del mostrador, una señora de pelo plateado y gafas nos sonríe.

—No puede ser... —susurra llevándose una mano a la boca.

Le tiendo un bolígrafo negro que ella reconoce al instante.

—Bueno, solo falta que firmes la hoja de tu matrícula, y listo.

Coge la pluma que ella misma me regaló en Montecarlo y lee la frase: «A veces el destino se escribe con tinta invisible». Le tiembla la mano y se queda unos segundos mirándolo como si fuera una reliquia.

—Máximo... —me observa boquiabierta—, lo sigues guardando.

Entonces, se le humedecen los ojos y me mira atentamente con ese rostro que me deja sin aliento. Me dan ganas de arrodillarme ahí mismo y pedirle matrimonio otra vez, pero supongo que sería excesivo hasta para nosotros.

A continuación, le sonríe crispada a la señora del mostrador, pero enseguida vuelve a ponerse nerviosa y me tira de la chaqueta.

—¿Estás loco? —susurra apartándome para hablar en privado—. ¿Cómo voy a estudiar en la universidad? Mírame, estoy embarazada.

—¿Y qué?

—Serra Rosa me necesita, soy la nueva alcaldesa —suelta, más nerviosa que nunca—. Milena se ha convertido en mi secretaria, pero dentro de poco tendrá que cogerse un permiso por luna de miel. Tengo que ayudar a Sensei con la formación de los Dragones, ahora que estamos organizando esa unidad secreta antimafia. Sabes que el general nos dio solo un año.

—¿Y para qué estoy yo?

Le aprieto las manos, a punto de estallar en carcajadas.

—Además, Ery está creciendo muy deprisa, y aún no hemos terminado de hacer la mudanza a Barcelona, y...

Le aprieto la cintura, acaricio suavemente *nuestra* barriga y la obligo a mirarme. No hace falta mucha fuerza; solo con una mirada ya la tengo rendida. Soy su debilidad, y ella la mía.

—Señora Kovalenko, ¿has terminado?

—¡No!

Me río, sin poder reprimirme más.

—Bueno, ahora escúchame. Siempre has mirado hacia el futuro, cuando yo solo sabía mirar atrás —le digo sin evitar ponerme serio —. No dejes de perseguir tus sueños, Anastasia. Yo estaré aquí para apoyarte, siempre. Sea lo que sea, donde sea. Solo quiero verte feliz, ¿vale?

Ella me mira, con esos ojos llenos de dudas. Por un momento, parece que va a decir que no. Por un instante, creo que volverá a sacar mil excusas, solo porque su espíritu de sacrificio es infinito.

—Máximo, yo... —Mira insegura al suelo—. Te prometo que estoy muy feliz.

—No me rechaces. Quiero que lo hagas, y ya nos las arreglaremos con todo lo demás.

De repente, una preciosa sonrisa asoma en sus labios.

—De acuerdo. —Aspira hondo y asiente—. Lo haré. Lo haré por mí, por ti y por Eryol. Y por la pandilla de locos que tenemos por familia.

—Eso es todo lo que quiero oír, guerrera.

Me inclino y le doy un beso en la frente. El mundo podría venirse abajo, pero mientras ella sonría así, yo no pienso ceder un milímetro. No obstante, justo entonces, algo ocurre. La veo abrir mucho los ojos y apretar la mandíbula acto seguido. Mira al suelo.

—Máximo...

—¿Qué pasa? —Ya me pongo en alerta. Porque una catana o una pistola no me intimidan, pero con estas cosas sigo siendo un novato.

Ella se dobla un poco, con la mano en la barriga y esa sonrisa entre pánico y felicidad.

—Creo que... —empieza, pero la frase se le corta con un gemido —. Creo que acabo de romper aguas.

—¡Oh, mierda! —exclamo, sacando el móvil deprisa—. Aguanta.

—¡Que avisen a Katia! —señala histérica, apretando mi brazo—. Quiere ser mi matrona, me lo ha repetido miles de veces.

Hago una llamada sin soltarle la cintura mientras la llevo hacia la salida.

—Marco, manda el helicóptero. Mi hija está a punto de venir al mundo.

—¿El helicóptero? —pregunta ella con una risita crispada, entre muecas de dolor—. ¿Has llamado a un puto helicóptero para llevarme a un hospital que está a quince minutos?

Sonrío. Ahora por fin entiendo lo que significa pertenecer a alguien de verdad. No hablo de bodas o de votos matrimoniales. Hablo de ese vínculo que te arranca del pasado, te planta en el presente y te empuja, sin permiso, al futuro. Que te llena el alma y te hace invencible.

Recuerdo todas las veces que intenté huir de lo que sentía. El miedo a no estar a la altura, a perder, a fracasar. Pensé que podía controlar la vida como si fuera una partida de ajedrez. Qué iluso. Con ella, el tablero explota cada día y, aun así, siempre acabo volviendo a la misma casilla: donde están sus brazos.

No puedo apartarle la mirada. Tiene el rostro encendido y camina con la furia de una leona, luchando hasta en el último segundo. Pienso que no hay fortaleza más grande que la suya. Ni mayor suerte que haberla conocido, aunque daría lo que fuese por que no hubiera sido en ese mercado de novias. Pero supongo que es el destino.

Sonrío.

La familia que construimos es de todo menos perfecta, pero sé que no la cambiaría por nada. Y aunque la vida vuelva a ponerlo todo patas arriba —y lo hará, seguro—, sé que no me va a faltar valor para afrontarlo.

—Vamos, *malyshka*. Tú puedes con todo.

—¿Lo dudabas? —Me sonríe—. Lo aprendí de ti.

Angelo



Me siento en el confesionario sin mirar al altar. Hoy no. Hoy no tengo fuerzas para fingir respeto. La rejilla se abre y, desde el otro lado, la

voz del padre Paolo rompe el silencio. Exhalo despacio.

—Padre..., hace mucho tiempo que no vengo.

Cierro los ojos mientras saco el rosario que guardo en el bolsillo del pantalón.

—Mi hermano está vivo. Alessandro.

El silencio se alarga mientras aprieto el rosario en una mano y bajo la cabeza.

—¿Y eso es un pecado, hijo? —responde al fin—. Todo lo contrario. Es motivo de celebración. Dios ha obrado un milagro.

—Llevo meses buscándolo y no tengo ni una sola pista de dónde está. —Trago saliva—. Y lo peor es que hay días en los que no sé si lo busco porque lo quiero... o solo por deber. Para dejar de sentir esta mierda clavada en el pecho.

El cura no me interrumpe. Sabe cómo funciona esto.

—He dejado de ir al psicólogo —lo suelto de golpe—. No estoy mejorando, todo lo contrario. Cuando me siento amenazado o vacío, mi cerebro busca estímulos. Poder. Riesgo. Sexo. Pecado.

Aprieto los dientes.

—Lo llamó *hipersexualidad reactiva*. Yo lo defino como perder el control.

—¿Y lo has perdido muchas veces? —pregunta con calma.

Suelto una risa baja, amarga.

—Cada vez que veo a una mujer casada. —El rosario vuelve a arder bajo mis dedos—. Al principio pensaba que era deseo y miedo al compromiso, pero ya sé que no. Es como si algo dentro de mí necesitara tener lo que no me pertenece solo para demostrar que puedo. Es como una droga, padre.

El sacerdote respira hondo al otro lado de la rejilla.

—¿Has hecho daño a alguna mujer en esos encuentros... lujuriosos?

—Aún no. Al menos, no físicamente.

Una pausa.

—¿Qué te preocupa, Angelo? ¿Por qué has venido a verme?

Bajo la mirada, con un miedo más grande que cualquier otro que haya sentido.

—Porque tengo un problema aún más serio, padre.

—¿Cuál?

—Katia Kovalenko está aquí. En mi casa. Desde... —tartamudeo— esta mañana.

—¿La hermana del ruso?

—La mujer de mi hermano —corrijo—. La que no debería ni cruzarse por mi cabeza. Oh, padre. Alessandro la amaba. Pero omitió lo más importante: por qué se casó con ella.

—¿Qué temes?

Toco el rosario con el índice. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. Me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor metálico de la sangre.

—Que no pueda controlarme.

Agradecimientos

Terminar este libro ha sido una odisea tan emocionante como la propia historia de Anastasia y Máximo. Si he llegado hasta aquí, no ha sido sola. Cada página está tejida con la paciencia, el apoyo y el cariño de personas que merecen ser nombradas.

En primer lugar, gracias a mis editoras: Esther y Valentina. A Esther, por tu profesionalidad y tu infinita paciencia, incluso cuando te decía que te enviaría el manuscrito por la mañana *temprano* y al final era por la tarde. Todo por el bien de la novela. Has sido mi brújula y mi motor en todo este viaje. Y a Valentina, por ese ojo crítico que tanto me ha ayudado. Gracias también a Editorial Esencia por apostar por esta bilogía desde el minuto uno y hacer posible este gran sueño. A mis ilustradoras, @ale_graphic5 y @_supernova.art_, por darles color y vida a mis chicos.

A mi familia, por tolerar bien mis ausencias y mi obsesión por los detalles. Gracias por no soltarme la mano cuando parecía que no veía la meta y por recordarme que todo esfuerzo tiene recompensa.

A mis amigas de toda la vida, las que me bajan a tierra y celebran cada pequeño logro como si fuera el mayor de los premios.

A mis lectoras-diosas, mi comunidad más fiel y ardiente: gracias por cada mensaje, cada meme, cada audio y cada madrugada compartida teorizando sobre la bilogía. Sin vosotras, esta historia no sería la mitad de intensa ni la cuarta parte de divertida.

Y, en especial, a tres mujeres increíbles que han dejado huella en estas páginas: @may_jones_mj, @book_criss y @nany

bwilliams. Las tres me habéis empujado a ir un paso más allá, y no hay palabras suficientes para expresar lo agradecida que estoy. Por vosotras y mis lectoras-diosas, creo de corazón que las mejores amistades pueden nacer entre páginas y palabras.

A todas las personas que han formado parte de este viaje y se han convertido en guerreras y guerreros, gracias. No tengo palabras suficientes para devolveros todo lo que me dais cada día.

Este libro es tan vuestro como mío.

Nos vemos en la siguiente aventura.

Banda sonora

«Di mi nombre», ℗ 2018 Columbia Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Rosalía.

«Earned It», ℗© 2015 The Weeknd XO, Inc., manufactured and marketed by Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd.

Notas

1. Legado en la piel

1. En italiano, «La desaparición del empresario ruso-español envuelta en misterio...».
2. «¡Hostia!», «¡joder!», «¡maldita sea!», en italiano.
3. «¡Imbécil!», en italiano.
4. «¿Va todo bien?», en italiano.

2. Prueba no superada

1. «¿Comprendes?», en italiano.
2. «Emperatriz», en ruso.

3. De lecciones y yakuzas

1. En ruso, «Zar, pelea como un demonio».
2. «Pequeña», «nena», en ruso.

4. El Barón

1. «Hermana», en italiano.
2. «¿Te gusta?», en italiano.
3. «Santa María, madre de Dios, líbrame de este pecado», en italiano.

5. Rosas blancas

1. «Buenas tardes, emperatriz», en ruso.

2. «Chicos», en ruso.

6. Fiesta de disfraces

1. «Perdón», en italiano.

7. Déjà vu

1. «Zar», en ruso.

10. La próxima jugada

1. «Pequeño», en ruso.

12. Desilusión

1. «¡Maldita sea!», en italiano.
2. «Pero, por el amor de Dios, cariño...», en italiano.
3. «Hija», en ruso.

13. El infierno en sus ojos

1. «Emperador, todo despejado», en ruso.

18. Secretos que queman

1. «¡Venga, hermano!», en italiano.
2. «Mi tío favorito», en italiano.

23. Hombres de acero

1. «Padrinos», en la mafia rusa.
2. «Hermanos menores» (capos de menor rango).
3. «Novatos».

25. En sus brazos

1. «Sorpresa», en ruso.
2. «¡Hijo de puta!», en ruso.

El mercado de novias 2. Votos de acero
Miss Red

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Ale Graphic

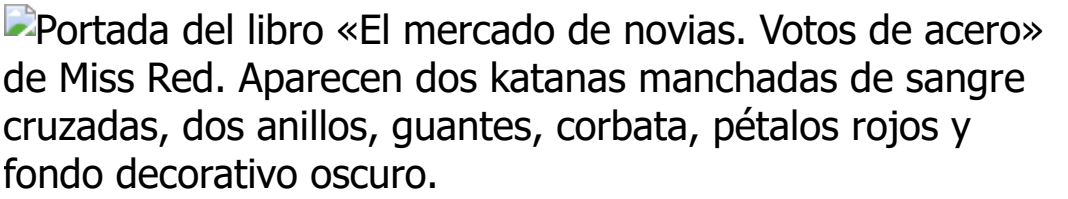
© Ilustraciones del interior: Ale Graphic (@ale_graphic5), y de las páginas 324 y 391: Silvia Matamoro Parra (@_supernova.art_)

© Miss Red, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31829-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «El mercado de novias. Votos de acero» de Miss Red. Aparecen dos katanas manchadas de sangre cruzadas, dos anillos, guantes, corbata, pétalos rojos y fondo decorativo oscuro.